José Vissarionovich Dzhugashvili

'Stalin' (1879-1953)



Sumario:

En la ciudad de las cavernas

El 21 de diciembre de 1879, en Gori, una ciudad que entonces habitaban unas 5.000 personas cerca de Tiflis, Georgia, a sólo cuarenta kilómetros de la capital de Osetia del sur, con un costado en el Mar Negro y otro en las montañas del Cáucaso, Vissarion Dzhugashvili y Ekaterina Geladze tuvieron un hijo al que llamaron José.

Mientras en Moscú Alejandro II ejercía de zar sobre toda la inmensa geografía de Rusia, en la esquina georgiana aquel invierno fue muy duro: la nieve descendió de las cumbres de la montañas y en la primavera el deshielo inundó de barro los caminos, que quedaron impracticables. El rio Aragva que recorría la aldea se desbordó, anegando los campos, arruinando las cosechas y ahogando el ganado. No hubo feria y, en un pueblo tan aislado, el desabastecimiento vació las despensas. No hacía mucho que una epidemia de peste había sembrado el luto entre los vecinos de Gori y el año anterior le correspondió el turno a la disentería.

El padre era un artesano zapatero muy pobre que curtía el cuero y las pieles, analfabeto e hijo de esclavos que labraban los campos en la aldea de Didi-Lilo. Antes de José el matrimonio había perdido ya a dos hijos a causa de la miseria en que el zarismo había sumido a todas las inmensas poblaciones de su imperio.

Aquí aparece una de esas falsificaciones que se ha convertido en una constante en las múltiples biografías del bolchevique georgiano: su padre sería un alcohólico que golpeaba con frecuencia a su hijo, lo que explicaba la especial sicología *bárbara* de Stalin y sus *brutales* métodos de gobierno. En efecto, el padre de Stalin era alcohólico y murió de una puñalada en una pelea de borrachos, pero la leyenda de las palizas no tiene un ápice de verdad. En una entrevista Stalin desmintió este extremo de forma expresa, pero sus palabras nunca tuvieron demasiado eco. En su vida privada Stalin solía contar con admiración que su madre era una mujer severa y enérgica y que, cuando era pequeño, era ella quien le zurraba y zurraba también al padre por sus borracheras. Nada fuera de lo común.

Su madre, sirvienta, también hija de siervos, aportaba los escasos recursos económicos con la esperanza de que el joven José se instruyera. Stalin comentaba de ella que era una mujer inteligente. Se refería a las cualidades de su espíritu, no a su instrucción, pues apenas sabía estampar su firma y nunca aprendió a hablar el ruso. Quedó viuda pronto, y se hizo más severa aún. Había tenido muchos , pero todos los demás hijos murieron de pequeños. Únicamente sobrevívió José. Se trataba de una mujer mUy devota y soñaba con que su hijo se hiciera sacerdote. Mantuvo su fe hasta el final de sus días. Poco antes de morir, cuando Stalin la visitó, aún insistía en que era una pena que no se hubiera ordenado sacerdote. Siempre demostró desdén por el cargo político que su hijo había alcanzado y eso a Stalin le gustaba. Nunca abandonó Georgia para trasladarse a Moscú, aunque Stalin se lo pidió expresamente. Siguió llevando su vida apacible, modesta, de sencilla y devota viejecita. Murió en 1936, cerca de los ochenta años de edad; su hijo quedó muy afectado por su muerte y, desde entonces, hablaba con frecuencia sobre ella con sus más allegados (1).

Por el contrario, el padre se opuso a que su hijo estudiara, ya que ello le privaba de unos ingresos que hubieran mejorado la precaria situación económica de la familia. La infancia del georgiano se desenvolvió en medio del hambre y las privaciones. La casa familiar era de madera y, frente a la puerta de entrada, podía verse la de una cueva que ampliaba aquella reducida estancia. En un libro de viajes, Gorki había descrito a Gori como una *ciudad de cavernas*, por la abundancia de este tipo de construcciones. Delante de la casa, una calle empedrada atravesaba la aldea, la mayor parte del tiempo como cauce de una corriente de agua. En el pueblo no había médico y, con cinco años de edad, José perdió a su tío y la familia abandonó la aldea para desplazarse a Tiflis, una capital de apenas 150.000 habitantes, donde Vissarion trabajó como obrero en un taller de calzado. No era la primera vez que fracasaba en su intento de establecerse por su cuenta como artesano independiente.

En 1888 comenzó a estudiar en la escuela parroquial de Gori, donde obtuvo un premio por su aplicación y, además, el Ayuntamiento le proporcionó una beca para que continuara su formación.

En aquella escuela comenzó a conocer la represión zarista. El primer curso fue en georgiano, pero en el segundo llegaron funcionarios rusos que prohibieron la enseñanza en el idioma vernáculo, imponiendo duros castigos y humillaciones a los niños que lo hablaban. Empezó a cundir entre ellos el espíritu de rebeldía, a través de la difusión de libros patrióticos de relatos. Aunque materialmente pobre, Georgia

era un pueblo más formado que el ruso y tenía una rica tradición cultural que el zarismo transformó en rebeldía nacional.

Tras terminar sus estudios básicos, cuando cumplió los catorce años, su madre pudo matricularle en el seminario de Tiflis, que era la única institución de enseñanza superior que había en Georgia. La gestión del seminario de Tiflis estaba encomendada a la Orden de San Andrés, fundada por Pedro I. Allí estudiaban 260 alumnos en régimen de internado, la mayoría de ellos hijos de terratenientes y de altos oficiales del Ejército zarista. Pero en aquella época aquel seminario de Tiflis era también la única posibilidad de estudiar para los hijos de los pobres que acudían allí con más conciencia de clase que vocación religiosa. Ya antes de la llegada de José Dzhugashvili, el seminario era un hervidero de propaganda marxista que circulaba clandestinamente con más profusión que la cristiana. La enseñanza religiosa era ritual y limitada, e inferior en mucho a la enseñanza revolucionaria que corría de boca en boca, por elemental que fuese ésta. Cuando Stalin ingresó en el Seminario, hacía 20 años que los estudiantes promovían motines y revueltas. Por sus galerías habían desfilado varios hombres llamados a desempeñar un papel relevante en la historia de Georgia. Quince años antes había pasado por allí el menchevique Nicolás Chjeidze, aquel *viejo zorro hipócrita*, como lo llamaba Lenin. También Noé Jordania, el fundador de la socialdemocracia caucásica e impulsor de su corriente reformista, estudió allí diez años antes de llegar José Dzhugashvili. En sus aulas se sentaron los hermanos Lado y Vano Ketshoveli que están también entre los primeros organizadores bolcheviques de Georgia. En 1893, antes de la llegada de Stalin al seminario, Lado Ketshoveli ya había organizado un plante de los estudiantes contra algunos profesores exigiendo la enseñanza en georgiano. Pero fue expulsado con otros 86 alumnos, y no era la primera vez que eso sucedía. En 1885 Silvester Dzibladze abofeteó a un arzobispo, un ruso que había calificado al georgiano como un *idioma para perros* y, para desesperación de los clérigos, la mayoría de los estudiantes habían aplaudido el gesto de su compañero; dos años después otro estudiante ejecutaría al rector.

Junto con Armenia y Azerbaián, Georgia integra la Transcaucasia, entonces en la periferia del Imperio zarista, un rompecabezas de naciones y religiones donde habitaban en conflictiva convivencia, además de los tres pueblos citados, abjasios, turcos, judíos, kurdos, osetinos, chechenos y otros del más variado origen, todos ellos brutalmente enfrentados entre sí por el zarismo como forma de preservar su dominación. En su propia capital, Tiflis, los georgianos eran una minoría.

En su peculiar biografía de Stalin afirma Trotski -al más puro estilo racista- un supuesto origen *oriental* o, lo que es aún peor,*asiático*, e incluso *mongol*, del niño, para justificar sus posteriores *crímenes* y su despótica *dictadura personal*: *El difunto Leónidas Krasin* -comienza escribiendo Trotski- *fue el primero que llamó a Stalin 'asiático'. Al decir esto no pensaba en atributos raciales problemáticos, sino más bien en esa aleación de entereza, sagacidad, astucia, crueldad, que se ha considerado característica de los hombres de Estado de Asia*. Las imputaciones racistas de Trotski no se acaban aquí: *Los emigrados de Georgia en París aseguraron a Suvarin* [...] *que la madre de José Dzhugashvili no era georgiana sino osetina y que hay mezcla de sangre mongola en sus venas* (2). La falacia de Trotski consistía en poner siempre en boca de terceros las afirmaciones propias que quería deslizar como un rumor notorio y compartido por todo el mundo, como cuando apunta que *se ha considerado* que los asiáticos son personas crueles, o cuando se ampara en unas supuestas afirmaciones de Krasin, o en las de los emigrados georgianos en París. En efecto, en la versión biográfica que Suvarin nos hizo llegar, no descuidó poner de manifiesto la *fuerte dosis de sangre mongola transmitida por un turco o un tártaro* (3). Esa misma preocupación por el origen étnico de Stalin manifiesta el biógrafo Emil Ludwig (4) y, naturalmente, los primeros biógrafos contrarrevolucionarios, que encuentran la sangre osetina en el padre y, por tanto,

se trataría de una familia de genes persas, gente *belicosa* que luchó contra los turcos al lado de Pedro el Grande (5).Las referencias a una circunstancia étnica irrelevante, son propias de la época de entreguerras y de la guerra fría, desde el discurso de Churchill sobre el *telón de cero*, el mundo quedó dividido entre oriente y occidente, blancos y amarillos. Hoy día nadie reprocha el origen asiático de Sun Yat-Sen, Mao Zedong, Ho Chi-Minh o Kim Il-Sung. En todo caso, se trata de un tipo de afirmaciones por completo ajenas la marxismo y, por tanto, sirven para destacar el tipo de *argumentos* con los que se manipula sistemáticamente los acontecimientos vividos en la URSS en la época de Stalin. Evidencia también cómo se viene tomando por fuente historiográfica lo que no constituye más que una de tantas mixtificaciones de Trotski, que ha sido, junto con el Informe Secreto de Jruschov, el venero inspirador de todas esa colección de infundios. Por lo demás, la etnia blanca y europea se califica antropológicamente como caucásica precisamente, y Georgia fue considerada siempre por los colonialistas como el último baluarte de la cristiandad frente al otomano musulmán. No obstante, la manipulación de las coordenadas históricas es una constante que permite a las clases explotadoras justificar cualesquiera de sus mezquinos propósitos, por cambiantes que sean en cada momento.

Georgia es un país de altas montañas y valles estrechos que sólo se podía atravesar en trineo en invierno y en caballo en verano. Apenas tenía entonces dos millones y medio de habitantes; era un país pobre que se había incorporado el Imperio zarista en 1801. Sufría varios yugos sobrepuestos. La servidumbre no se había abolido hasta 1865 pero los campesinos aún era tratados como ganado. La administración rusa trataba a los georgianos como un pueblo conquistado. Entre privaciones materiales y sumido en una opresión feroz, el pueblo georgiano se alzaba con revueltas periódicas que alimentaban el alma colectiva con relatos de la resistencia al invasor ruso del norte. Además del hambre y las epidemias, los georgianos tenían una tercera plaga: los recaudadores de impuestos enviados por el zar. Circulaban octavilas y explotaban bombas; como en todo el gran Imperio, Georgia también comenzaba a alzarse contra la autocracia; se formaban círculos de lectura, se discutían los acontecimientos y se conspiraba.

En 1867 había comenzado la construcción del ferrocarril entre Bakú y Tiflis, con 2.000 obreros trabajando a lo largo de las vías férreas; en torno a las primeras industrias mecanizadas nacía un proletariado miserable al que los estudiantes del seminario, fuertemente influidos por los escritos de Marx y Engels, aportaban con ardor un objetivo socialista. Los obreros y estudiantes georgianos vieron pronto en el *Manifiesto Comunista* un reflejo exacto de su propia situación.

José Dzhugashvili, conocido por Sosso entre sus compañeros del seminario, sin ninguna clase de ingresos, llevará allí una vida austera, dedicada por entero al estudio, revelándose como un alumno brillante. Ya era ateo antes de ingresar en sus aulas, pero allí tuvo ocasión de reforzar sus convicciones al estudiar a Darwin y leer el *Manifiesto Comunista*. Su afición a la lectura era realmente sorprendente, hasta el punto de que su expediente académico está lleno de referencias a actos de indisciplina consistentes en leer libros o en disponer de ellos, que eran sancionados con el encierro en celdas de castigo.

La rebeldía natural que incubaba su generación tomó en él una forma consciente. Con ser muy importante, no bastaba con leer y saber. Sosso comprendió que había que organizarse y luchar por los de su clase pero, Georgia era un hervidero de grupos revolucionarios, a cada cuál más confuso, lo que no favorecía la elección. El problema era cómo luchar, cuáles eran los objetivos.

En 1895, con apenas 16 años, entró en contacto con los grupos de militantes desterrados en el Cáucaso, que le acercan al marxismo. Posiblemente entre ellos estuvieran Miguel Kalinin y Sergio Aliluiev, un obrero de Petersburgo -de origen gitano por cierto- que luego sería su suegro. Noé Jordania había fundado en 1892 *Messamé-Dassi* (*La Tercera Vía*), el partido socialdemócrata georgiano, llamadado de esa forma para diferenciarse tanto de la burguesía liberal como de los populistas. Con sólo 19 años de edad, en agosto de 1898 Sosso Dzhugashvili y una decena de alumnos del seminario entran en *Messamé-Dassi*.

Messamé-Dassi estaba dirigido por Jordania, que había impuesto en la organización el estilo de los marxistas legales, es decir, más bien un círculo de estudio que un partido combatiente. No había un línea estratégica definida ni vínculos sólidos con los demás grupos socialdemócratas de Rusia. Al ingresar en *Messamé-Dassi*, Dzhugashvili se entrevista con Jordania y le manifiesta su deseo de abandonar el el Seminario para dedicarse por entero a la lucha política. Jordania le aconsejó seguir preparándose dentro del Seminario. Tres meses después Jordania se entera por terceros que Dzhugashvili está actuando por su cuenta entre los trabajadores ferroviarios de Tiflis y que distribuye propaganda contra el zarismo y contra ellos: Dzhugashvili ya estaba enfrentado a la tendencia conciliadora y reformista de la organización socialdemócrata georgiana. Dentro de ella se encarga de la redacción del programa de estudios de los círculos obreros, poniendo de manifiesto una buena preparación teórica e intelectual, un dominio muy amplio de las obras de los clásicos marxistas y, sobre todo, una claridad expositiva capaz de hacer comprensible el materialismo dialéctico a los obreros que pocos revolucionarios han sido capaces de desarrollar. Comienza a impartir cursos de marxismo a los obreros avanzados, explicándoles *El Capital*, el *Manifiesto Comunista* y demás obras básicas de Marx y Engels que él había estudiado a escondidas en el seminario.

A la clandestinidad con 21 años

El 29 de mayo de 1899 por la tarde fue sorprendido por los clérigos cuando saltó los muros del seminario para apoyar a los obreros en huelga. Es expulsado del seminario antes de finalizar sus estudios y se gana la vida dando clases particulares. Pero su verdadera atención la tiene puesta en el círculo de obreros ferroviarios de Tiflis, al que pretende sacar del estrecho campo de la lectura y la discusión. Esto le aleja definitivamente de Jordania y el reformismo. En torno a los hermanos Ketshoveli, Miguel Tshakaja y otros, se va formando un núcleo que va bastante más allá de la literatura. *Kvali* el periódico que editaba legalmente *Messamé-Dassi*, no les parece suficiente. La censura impedía tratar los asuntos políticos más candentes, lastrando la evolución del movimiento obrero.

Pero Ketshoveli y Dzhugashvili, por más que lo intentan, no logran editar un periódico propio clandestino. Sólo alcanzan a distribuir octavilas en las fábricas con un contenido abiertamente político, algo inusual hasta entonces. El Primero de Mayo de 1900 obtienen un clamoroso éxito cuando organizan la primera manifestación de masas, consistente en unos 500 obreros que se reúnen en los alrededores de Tiflis con baderas rojas y retratos de Marx y Engels. Ante ellos Sosso pronuncia su primer discurso público. Algo empieza entonces a cambiar: el estudiante georgiano no se dirige ya a un pequeño círculo de intelectuales sino a las masas de obreros, y eso exige aprender algo que los libros no pueden enseñar. Dzhugashvili tiene que fundirse con los trabajadores, conocer sus problemas, hablar su mismo lenguaje.

A causa de la extensa actividad política desplegada, Dzhugashvili comienza también a ser muy conocido por la reacción; la policía ya le vigila y hasta sus oidos llega el nombre de guerra de un agitador que llegará a ser temible: *Koba*. Es aún muy joven pero empiezan entonces a forjarse algunas cualidades que le destacarán como revolucionario profesional. Sabe moverse en la clandestinidad; tiene constancia y manifiesta una voluntad inquebranbtable; reúne a los luchadores más avanzados de cada fábrica; es un organizador concienzudo y su sencillez le acerca a los obreros, que le consideran uno de los suyos.

Lo que aún le falta no tarda mucho en llegar. En agosto de 1900, al tiempo que Lenin salía para Suiza, entra en contacto con Víctor Kurnativski, uno de los iskristas que envía a Tiflis para impulsar la difusión del periódico que debía conducir a la reorganización del Partido y a la lucha contra las tendencias economicistas y conciliadoras. Kurnativski llegaba a Tiflis para exponer el proyecto de *Iskra* y se encontró con aquellos jóvenes que no habían logrado sacar adelante un periódico ilegal. Las charlas de Kurnativski encajaron en un marco más general todo aquel descontento que los hermanos Ketshoveli, Dzhugashvili y otros experimentaban de una manera confusa. Koba descubre entonces que no era un problema personal con Jordania, ni un problema georgiano exclusivamente, sino toda una tendencia dentro de la socialdemocracia internacional con la que había que romper de forma resuelta. Era la concepción misma del partido la que estaba en juego; había que acabar con los reducidos círculos de discusión y pasar a la acción de masas, a la agitación y a las manifestaciones en las calles.

A Koba se le abre entonces una nueva perspectiva, mucho más amplia. Lo que hasta entonces no era más que una intuición confusa, adquiere todo el peso de la concepción marxista del partido, de la vanguardia dirigente, de la estrategia, de la lucha de clases. Había que reagrupar a los círculos dispersos, salir del localismo, encarar la lucha política contra la autocracia.

Kurnativski les enseñó a aquellos jóvenes georgianos cómo montar una imprenta clandestina y les propuso que lo hicieran en Bakú, un fuerte centro proletario, mejor que en Tiflis. Allí podían contar, además, con el apoyo de Leónidas Krasin, el ingeniero de la central térmica, hermano de un militante bolchevique muy próximo a Lenin. Acordaron que Lado Ketshoveli partiera para Bakú para encargarse de esa tarea y que Koba se quedara en Tiflis para aportar los fondos económicos necesarios para instalar la imprenta.

El objetivo era claro: había que ganarse a las masas con el periódico y convocar manifestaciones contra la autocracia, rompiendo el estrecho marco de las reivindicaciones sindicales. Había que desfilar por el centro de la ciudad, ante todo el mundo, no por la periferia, como habían hecho en el Primero de Mayo anterior. En base a los núcleos obreros existentes, había que sentar las bases del movimiento socialdemócrata georgiano y tejer lazos entre la teoría revolucionaria de vanguardia y el movimiento obrero. Lo mismo que Lenin en Rusia, los jóvenes del Cáucaso comienzan a salir del reducido marco de los intelectuales y teóricos, por un lado, y de los economistas y practicistas estrechos por el otro, fundiendo la teoría con la práctica.

En marzo de 1901 Kurnativski es detenido junto con otros militantes, pero Koba Dzhugashvili se libra de la redada, aunque su vivienda y su lugar de trabajo en el Observatorio Metereológico fue registrada por la Ojrana, la sección especial de la policía zarista dedicada a la represión política. Tiene que pasar a la clandestinidad, de la que ya no saldrá hasta la Revolución de 1917. No había cumplido aún los 22 años y, al igual que él, todos los revolucionarios se habían lanzado a la lucha contra la autocracia muy jóvenes, como jóvenes han sido siempre todos los comunistas.

Sin embargo, ya sabían de la clandestinidad, de burlar las pesquisas policiacas, de reunirse, organizarse y salir a la calle a enfrentarse con las tropas. Revolucionario profesional, la juventud de Dzhugashvili no conoce domicilio fijo; transcurre bajo nombre supuesto y documentación falsa, eludiendo siempre las persecuciones policiales y a expensas de los recursos de las organizaciones revolucionarias locales, primero en Georgia, luego en el Cáucaso y finalmente en toda Rusia.

Ni la clandestinidad ni la detención de Kurnativski paralizan el trabajo político emprendido. Otros militantes como Dzhugashvili transmiten las consignas leninistas y se ponen inmediatamente a la tarea. En agosto una huelga masiva en los talleres ferroviarios de Tiflis señala otra vez el tránsito desde los círculos de estudio hacia la agitación y el trabajo político de masas.

A mediados de año Lado Ketshoveli ya tiene dispuesta la imprenta en Bakú, a la que se le dió el nombre clandestino de *Nina*; por su parte, Lado Ketshoveli, que tenía correspondencia directa y secreta con Lenin, fue conocido como *el padre de Nina*. Después de la revolución de 1917, un anciano musulmán llamado Jachim contó cómo funcionaban en aquella época las imprentas bolcheviques. Había conocido a Dzhugashvili después de que éste desmantelara la imprenta del cementerio en el que la tenía instalada y se la llevara consigo. La tarea no era nada sencilla; en aquella época una imprenta era el tesoro más preciado para una organización revolucionaria, pero se trataba de una máquina grande y pesada que había que desmontar para traladarla por piezas. La vigilancia de la policía hacía ese transporte aún más complicado para los revolucionarios. Por si no fuera suficiente, junto con la rotativa había que desplazar a los obreros tipógrafos que conocían su funcionamiento. La sede de la imprenta debía ser completamente segura y a la mínima sospecha había que desmontarla deprisa; los tipógrafos eran militantes bolcheviques a toda prueba: disciplinados, discretos y capaces de trabajar día y noche, semanas enteras sin descanso. La rotativa y el tipógrafo bolcheviques eran las arterias por las que corría el huracán revolucionario hasta la conciencia de los más explotados y oprimidos. Nada podía fallar pero había que encontrar a militantes seguros y capaces. Normalmente la imprenta se albergaba en las viviendas de personas que, como el viejo Jachim, no estaban fichadas por la policía. Este humilde campesino se dirigió a Koba después de escucharle en un discurso y le llamó *afirjatza*, que significa dirigente y héroe popular en abjás:*Pareces nacido del trueno y el relámpago. Eres ágil y posees un gran espíritu y un corazón inmenso*, le dijo. Y es que Stalin hablaba directamente al corazón de las masas obreras y campesinas con un lenguaje extremadamente sencillo que desentrañaba sus problemas y les ofrecía soluciones precisas. El viejo se prestó a albergar a Koba Dzhugashvili y a instalar la imprenta en su misma casa. Un numeroso grupo de obreros tipógrafos acudía allí todos los días disfrazados de mujeres, cubiertos por el fulard musulmán. Pero los vecinos no tardaron en alarmarse por el ruido espantoso de la rotativa y no dejaban tampoco de resultar sospechosas esas idas y venidas de Jachim a las puertas de la fábrica con una pesada cesta por los caminos, en la que bajo las hortalizas se escondía el papel tintado de las octavillas, folletos, periódicos y libros convocando a la lucha contra el opresor. Pensaron que el anciano Jachim, su misterioso amigo Koba y aquellos tipógrafos disfrazados de mujer fabricaban moneda falsa. Se fueron a hablar con ellos porque comprendían que la miseria empujara al anciano hacia el delito. Fue Koba quien les explicó que efectivamente era la miseria la que había empujado a Jachim hacia una actividad distinta del arado, pero que no se trataba de moneda falsa sino de propaganda contra la autocracia. La charla del georgiano se prolongó varias horas y su persuación logró que aquellos humildes campesinos colaboraran en la elaboración y la distribución de la propaganda. Muchos años después, el anciano Jachim fue descubierto y tuvo que huir de su pueblo. Cuando tras la Revolución pudo regresar a su hogar, la pesada rotativa y todas sus piezas estaban dispersas entre las zarzas que habían

invadido su huerto. Reunió las piezas y le dijo a su hijo: *Mira, con esto hemos hecho la Revolución* (6).

Una vez instalada, la imprenta de Bakú no descansó. La tirada de algunas octavillas alcanzó los cien mil ejemplares y desde ella se surtía de proclamas, folletos, libros y periódicos a los comités revolucionarios de otras regiones fuera del Cáucaso. La importancia de aquella primera imprenta de Bakú fue tan grande que fue allí donde se imprimieron algunos números de *Iskra* que luego se distribuían por todo el extenso territorio de Rusia. Al detectar la instalación de la imprenta, la Ojrana la situó en Petersburgo y eso permitió que pudiera seguir funcionando durante mucho tiempo, por más que las detenciones y asesinatos cambiaran a sus integrantes. El 31 de diciembre de 1901 los aduaneros detectaron en Bakú una caja de doble fondo con los clichés del *Iskra* procedentes de un buque francés que había arribado a Batum. Fue detenido Ketshoveli y aunque ferozmente torturado durante meses, no delató el sitio que albergaba la imprenta. El 30 de agosto de 1903 fue asesinado de un tiro en la cabeza. Gracias a su extraordinario sacrificio, su obra siguió funcionando durante años, llevando al proletariado la savia ideológica revolucionaria que debía guiar sus pasos.

Fruto de la nueva línea leninista, Koba Dzhugashvili organiza otro Primero de Mayo, para lo que despliega una impresionante campaña de agitación distribuyendo octavillas por todas las fábricas. El dia señalado cerca de 2.000 personas se concentran en el Soldatski Bazar, en el centro de Tiflis, produciéndose violentos choques con las tropas cosacas que blandían sus *nagaikas*, con un saldo de catorce obreros heridos y otros cincuenta detenidos.

Esto marcó toda una etapa dentro del movimiento obrero georgiano: la revolución no era una camino alegre. Son cosas que no se aprenden en los manuales, que requieren un aprendizaje en la propia carne pero que, una vez experimentadas, permiten prepararse mejor, dar una salto en el compromiso político. Habría que sufrir, prepararse para los más duros sacrificios, crear una verdadera organización de combatientes. Al día siguiente se decretó la ley marcial en Tiflis y dos semanas después desembarcó un equipo especial de la Ojrana para perseguir a los socialdemócratas locales. Desde el número 6 de *Iskra* Lenin se hizo eco de la importancia de esta movilización: *Los sucesos que se han producido el domingo 22 de abril* [calendario antiguo]*en Tiflis, marcan una fecha histórica para todo el Cáucaso: a partir de ese día, un movimiento revolucionario declarado ha comenzado en el Cáucaso*.

La imprenta de Bakú permite que en setiembre de 1901 aparezca *Brdzola* (*La Lucha*), el primer periódico marxista en lengua georgiana o, como decía él mismo en el editorial del primer número, *el primer diario libre de Georgia*, imprescindible para superar las concepciones economicistas estrechas y pasar a la batalla política contra la autocracia. Koba Dzhugashvili, demostrando su sólida formación marxista, redactaba los artículos de fondo más importantes del periódico. A Georgia llegaba el*Iskra* leninista, pero al estar redactada en ruso, los obreros no podían comprenderla, por lo que la aparición de *Brdzola* tuvo una extraordinaria importancia para el desarrollo del movimiento obrero caucásico. A diferencia de otros órganos del Partido, no se trataba sólo de un complemento local del *Iskra* con noticias de interés sectorial, sino un verdadero órgano central, en el que Dzhugashvili abordaba trascendentes cuestiones ideológicas y políticas de actualidad. Sólo se publicaron cuatro números de*Brdzola*, los dos últimos cuando Ketshoveli y Dzhugashvili estaban ya en prisión. Pero no se dejó de publicar porque fuera desmantelada la imprenta de Bakú, sino porque la detención de Ketshoveli y Dzhugashvili y otros dejó al periódico sin redactores. Sin lugar a dudas fue, con el *Iskra* leninista, el mejor periódico socialdemócrata. Lenin saludó efusivamente la

iniciativa de sus camaradas georgianos, en cuya lucha contra el liquidacionismo coincidían totalmente.

El 11 de noviembre de 1901 se celebra la Conferencia de la organización socialdemócrata de Tiflis, resultando elegido Dzhugashvili como miembro del comité de dirección de la ciudad. Pero Jordania maniobró para deshacerse de él enviadolo a Batum, donde la organización estaba dominada por Chjeidze. Cerca de la frontera de Turquía, Batum era una pequeña ciudad portuaria de 35.000 habitantes que disponía sin embargo de un núcleo de obreros de las refinerías de petróleo muy importante. La organización socialdemócrata era allí totalmente legal y nunca se habían convocado manifestaciones. Ante esta situación Koba Dzhugashvili tuvo que actuar por su cuenta, trabando contacto con los obreros más avanzados y poniéndolos en relación con el Partido. En muy poco tiempo, la organización se extiende a los principales centros de trabajo e incluso entre los campesinos. Chjeidze reaccionó escribiendo cartas contra Dzhugashvili al comité de Tiflis.

Koba no se detiene por eso: redacta y difunde entre el proletariado numerosas octavillas, comunicados y manifiestos de agitación que le permiten organizar las primeras huelgas en aquella localidad. El despido de 389 obreros en la fábrica de Rothschild el 8 de marzo de 1902, tuvo una respuesta eficaz por parte de los obreros de Batum, que se movilizaron organizadamente por vez primera. Se convocó una huelga y 32 obreros fueron detenidos. A consecuencia de ello unos 600 de sus compañeros marcharon exigiendo la liberación de los represaliados. Todos ellos fueron detenidos y encarcelados. Pero la policía no logró detener el movimiento: una nueva manifestación obrera recorre de nuevo las calles de Batum y las consignas sindicales se mezclan con las proclamas dirigidas directamente contra el zarismo. La policía dispara, asesina a 15 de ellos y hiere a 54.

Era el bautismo de sangre del movimiento obrero georgiano, que de nuevo volvía a experimentar en sus carnes que no habría revolución sin lágrimas y que, a su vez, deberían golpear con más fuerza, devolver sangre con sangre, si querían lograr sus objetivos. Por medio de la dura prueba de las manifestaciones, los obreros van comprendiendo la necesidad de pasar de la lucha sindical a la lucha política contra la barbarie zarista, de la lucha contra el patrono a la lucha contra la burguesía como clase y contra su Estado.

Pero las pesquisas de la policía se dirigen contra la cabeza, contra los organizadores socialdemócratas. Koba Dzhugashvili estaba considerado como un revolucionario *extraordinariamente peligroso*, el más perseguido por la Ojrana. Fue el militante bolchevique más veces encarcelado y el que más veces se fugó de las mazmorras zaristas, convirtiéndose en la auténtica columna vertebral del Partido en el interior de Rusia, en el ejecutor material de la política revolucionaria leninista en el corazón del imperio zarista.

El 5 de abril de 1902 Koba Dzhugashvili, con 23 años de edad, fue detenido por primera vez durante una reunión del Comité del Partido de Batum a causa de la delación de Okladski. Le encarcelaron durante ocho meses, primero en Batum, luego en Kutais y finalmente le deportaron a Siberia durante tres años. Le esperan largas jornadas de privaciones en Novaia Uda, distrito de Balaganski, en la región siberiana de Irkutsk. Es allí donde en diciembre de ese mismo año recibe una carta de Lenin.

La reunión tenía como objetivo preparar la Conferencia caucásica. Estando en prisión, en marzo de 1903 se celebra una Conferencia en Tiflis para agrupar y coordinar a las diversas organizaciones socialdemócratas del Cáucaso que venían

funcionando de manera aislada. Los diversos Comités se fusionan y adoptan el nombre de Unión Caucasiana del POSDR, adoptan el programa propuesto por Lenin en *Iskra* y crean un centro dirigente para el que eligen, entre otros, a Koba. También aprueban los Estatutos de la organización que, en una región tan conflictiva, adopta un marcado carácter internacionalista. Por encima de cualquier origen nacional, constituyen una dirección única para agrupar a los obreros de todas las nacionalidades oprimidas y dirigir la lucha contra la opresión zarista.

Poco después, en abril de 1903, apareció *Proletariatis Brdzola* (*Lucha Proletaria*), portavoz de la Unión Caucasiana, una revista clandestina que fusiona el *Brdzola* georgiano con el *Proletariat* armenio, y que se difundía en tres lenguas con tres cabeceras diferentes: *Proletariatis Brdzola* en georgiano, *Proletariati Kriv* en armenio y *Borba Proletariata* en ruso.

En julio de aquel mismo año el POSDR convoca una huelga general en Bakú que se extiende inicialmente a Tiflis y luego se propaga como un alud por todo el sur de Rusia: Odessa, Kiev, Ekaterinoslav...

Muy lejos de allí, en Bruselas, se celebró a finales del mes de julio de aquel año el histórico II Congreso del POSDR, que marca la escisión entre bolcheviques y mencheviques. En este Congreso Lenin y los bolcheviques rechazaron las tesis de los delegados oportunistas sobre la naturaleza del partido, de la vanguardia de la clase obrera. El plan había sido diseñado porLenin en el periódico *Iskra* y se basaba, por un lado, en la cohesión interna de la organización; por el otro, en deslindar posiciones respecto a los demás partidos: *Antes de unificarse y para unificarse es necesario empezar por deslindar los campos de un modo resuelto y definido*, era el lema del periódico (7). Estos dos sencillos principios leninistas son desde entonces los puntos de choque con los reformistas -desde entonces llamados mencheviques- y lo que diferencia a un partido comunista de cualquier otra forma de organización. Un partido comunista, decía Lenin, es *una organización formada por revolucionarios profesionales y dirigida por verdaderos dirigentes de todo el pueblo*, lo que necesariamente desemboca en una organización *no muy amplia y lo más clandestina posible*. Nuestrea tarea consiste, dijo Lenin en este Congreso, en *mantener en la clandestinidad a un grupo más o menos reducido de dirigentes e incorporar al movimiento a una masa lo más amplia posible*.

Los mencheviques defendían otra concepción organizativa; hablaban de un *partido de masas* basado en la unión de fuerzas diversas, con tendencias incluso opuestas y, por supuesto, abierta y legal. Trotski, que participó en el Congreso, apoyó activamente a los mencheviques, acusando a Lenin de prenteder crear un grupo de conspiradores en lugar de una partido. Esa posición del trotskismo como una variedad del menchevismo, apareció reforzada por las propias tesis de Trotski que, al igual que todos los revisionistas, no sólo ignora las tesis leninistas acerca de la unidad del Partido, sino que alienta y promueve toda clase de facciones en su seno.

Después del Congreso, Trotski combatió sus resoluciones. Lenin decía el 14 de octubre de 1904 en una carta a E. Stasova, F. Lengnik y otros: *Hace poco se ha publicado un nuevo folleto de Trotski* [...] *El folleto constituye la más insolente mentira, un falseamiento de los hechos* [...] *El II Congreso ha sido, según él, un intento reaccionario de afianzar los métodos de organización propios de los círculos, etc. Este folleto es una bofetada tanto a la Redacción actual del Órgano Central como a todos los militantes del partido* (8).

Gráficamente puede decirse que en su crítica a los populistas (que por estas fechas se habían transformado en *socialistas revolucionarios* o eseristas) los mencheviques se habían deslizado por el otro extremo: mientras los populistas concedían el papel

protagonista de la revolución democrática a los campesinos, los mencheviques se la concedían a la burguesía. Estos últimos, lo mismo que Trotski, no tenían en cuenta para nada a los campesinos, a los que consideraban una masa amorfa y reaccionaria que necesariamente estaba enfrentada al proletariado. Esta será una cuestión decisiva, no solamente para dirigir la revolución, sino incluso después durante la construcción del socialismo, hasta el punto de que Trotski acusará a Stalin de*desviación campesina* por defender esta tesis. Para los bolcheviques el proletariado era la fuerza dirigente, tanto durante revolución democrática como durante la revolución socialista; pero el campesinado era una fuerza de reserva enorme con la que había que contar necesariamente para llevar adelante ambos procesos. La clase obrera, decía Lenin, no puede subordinarse al campesinado, pero debe contar con él si quiere llevar adelante la revolución.

El 5 de enero de 1904 Koba huye del destierro. Era la primera de una larga cadena de fugas, casi tan larga como sus detenciones. Tras un largo recorrido que dura un mes, regresa a Tiflis y se casa con Ekaterina Svanidze y, aunque al año siguiente nace su hijo Jacobo, la alegría dura muy poco porque dos años después, en 1907, muere su mujer.

Se reintegra en la organización socialdemócrata y en la redacción de *Proletariatis Brdzola*. Pero la situación que se encontró dentro del Partido a su llegada no era fácil. Al regresar Jordania del II Congreso, había logrado que la mayoría de la organización de Tiflis se posicionara a favor de los mencheviques, consumando en el Cáucaso la escisión producida dentro del Partido. Pero Dzhugashvili no duda en ponerse del lado leninista, aunque la escisión le obliga a multiplicar su trabajo político: a la batalla contra el zarismo se une otra batalla, esta vez interna, por lo que se ve obligado a poner en tensión todas sus energías.

La situación era distinta en Bakú porque allí la organización se había alineado con los bolcheviques. Por eso Dzhugashvili se trasladó allí en junio, disolvió la organización existente y la reorganizó de nuevo sobre principios leninistas. Aunque se mueve ya por todo el Cáucaso, es en Bakú donde fija su residencia para luchar contra los mencheviques, consiguiendo convertir en una fortaleza proletaria a esta ciudad del Mar Caspio.

Al perder el control sobre los órganos de dirección del Partido, los bolcheviques preparan el III Congreso, para lo cual en agosto de 1904 organizaron una conferencia en Suiza a la que asisitieron 22 delegados. En cumplimiento de estos acuerdos, en noviembre de 1904 Dzhugashvili agrupa a los bolcheviques caucasianos en una Conferencia de todas las organizaciones regionales con la perspectiva puesta en el nuevo Congreso.

El combate contra los mencheviques se desata también en el ámbito de la teoría y de la prensa. En el segundo número de*Proletariatis Brdzola*, publicado en enero de 1905, aparece un artículo contra las tesis reformistas acerca del Partido. En abril de 1905 publica *Vistazo rápido a las divergencias en el Partido*, un ataque a la línea de flotación de los mencheviques que se tradujo al ruso y al armenio. Se trata de un estudio de gran calado que mereció el elegio de Lenin. Estos escritos contribuyeron a desmantelar las posiciones mencheviques en el Cáucaso, constituyendo el más sólido baluarte de las tesis leninistas en la región.

En setiembre de 1904 aparece su primer artículo en *Proletariatis Brdzola*, titulado *Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión nacional*. Analiza las diversas posturas de las clases sociales en Georgia sobre la cuestión nacional, un tema que, como integrante de la organización caucásica, le preocupará siempre de manera especial.

En los confines de su imperio, el zarismo había ideado como método de dominación, el estímulo del odio y las matanzas entre las múltiples nacionalidades: armenios, judíos, georgianos, azeríes, tártaros, etc. Frente a esta situación, en todos sus escritos José Dzhugashvili defendió siempre de manera intransigente el internacionalismo proletario, la unidad de la clase obrera por encima de todo, así como el más escrupuloso respeto por la igualdad de todos los pueblos oprimidos y la reconquista de sus plenos derechos nacionales, incluido el derecho a la autodeterminación. Así, cuando el 13 de febrero de 1905 se produjo un sangriento incidente entre tártaros y armenios provocado por la policía de Bakú, redactó un llamamiento: *¡Viva la fraternidad universal!*

El artículo es su primera gran aportación a este tema, del que será el gran experto de los bolcheviques. En especial analiza cómo la burguesía nacionalista, ante la escasez de sus fuerzas, trata de arrastrar tras de sí al proletariado adoptando apariencias *socialistas*. De ese modo la burguesía logra, además, dividir a la clase obrera según su origen nacional, que es la misma política que persigue el zarismo: *La autocracia persigue de una manera bandidesca la cultura nacional, la lengua, las costumbres y las instituciones de las nacionalidades* 'extrañas' *de Rusia. Las priva de los derechos cívicos indispensables, las oprime en todos los sentidos, siembra entre ellas de una manera farisaica la desconfianza y el encono, las instiga a choques sangrientos, demostrando con ello que la única finalidad de la autocracia rusa es enemistar a las naciones que pueblan Rusia, exacerbar entre ellas las discordias nacionales, reforzar las barreras nacionales y desunir así con más éxito a los proletarios, atomizar con más éxito a todo el proletariado de Rusia, dividiéndolo en pequeños grupos nacionales, y cavar de este modo una tumba para la conciencia de clase de los obreros, para su unión de clase*. Por el contrario, la posición de la clase obrera debe ser bien distinta: *La destrucción de las barreras nacionales y la unión estrecha de los proletarios rusos, georgianos, armenios, polacos, judíos, etc., es condición indispensable para la victoria del proletariado de Rusia*. El Partido -afirma Stalin- es la organización proletaria de vanguardia de Rusia; no es un partido *ruso*; agrupa a los obreros por su clase social, no por su nacionalidad.

Luego pasa a examinar un punto extraordinariamente interesante para la táctica revolucionaria: es imposible la liberación de las nacionalidades oprimidas *mientras el dominio político se encuentre en manos de la burguesía*; pero esto -añade- es sólo un concepto general que *no excluye que puedan darse condiciones económicas y políticas en que los círculos avanzados de la burguesía de las nacionalidades* 'extrañas' *deseen la liberación nacional*. Para ello el Programa del Partido tenía previsto el reconocimiento de la plena independencia de las nacionalidades oprimidas. Por eso la vanguardia proletaria no puede defender ninguna opción concreta, ni la unión ni la separación, al margen de las condiciones en las que se se deba ofrecer una solución taxativa a ese dilema: *Lo que a nosotros nos incumbe* -finaliza Stalin- *es conquistar para ellas el derecho de resolver esta cuestión*, esto es, lo que luego se llamó el derecho de autodeterminación, que es un principio abstracto que deja abiertas todas las posibilidades sin pronunciarse por ninguna de las opciones, ni por la unión ni por la separación.

El 13 de diciembre Dzhugashvili organiza otra huelga general en Bakú con la consigna de la jornada de ocho horas y aumentos salariales, entre otras. Fue un éxito total ya que obligó a la patronal, por primera vez en la historia de Rusia, a firmar un convenio laboral con los obreros. Este trabajo sindical inclina definitivamente al proletariado de Bakú del lado de los bolcheviques, donde tendrán siempre una de sus más firmes fortalezas. Fue el comienzo del auge revolucionario en el Cáucaso, que porteriormente se transmitiría a toda Rusia hasta desatar la Revolución al año siguiente.

Notas:

★ Diez años mayor que Stalin, Noé Jordania tenía un enorme prestigio entre la socialdemocracia rusa. Había regresado del exilio, donde conoció a Plejanov y Kautski. En 1903 participó en el II Congreso del POSDR con voz pero sin voto. En 1906 fue diputado de la Duma (Parlamento) y a partir de 1907, miembro del Comité Central menchevique. En febrero de 1917 encabezó el soviet de Tiflis y tras la Revolución de Octubre, en 1918, y hasta 1921, el gobierno *independiente* contrarrevolucionario en el Cáucaso, a las órdenes de los imperialistas alemanes. Al año siguiente, tras el desalojo de los alemanes y su sustitución por los ingleses, se puso al servicio de éstos para dirigir una Federación Transcaucásica controlada por ellos. Tras ser derrotado por los bolcheviques, en 1924 estableció su cuartel general en París con una subvención del gobierno francés de cuatro millones de francos. Dos estrechos colaboradores georgianos de Jordania, Karumdzé y Sadatierachvili, fueron juzgados en Alemania en 1930 por fabricar billetes soviéticos (chervonetz) falsos, destinados a ser distribuidos en el Cáucaso para sembrar el caos y justificar así una intervención extranjera. Tras ellos dirigían los hilos los imperialistas alemanes, capitaneados por el general Hoffmann. Noé Jordania falleció en 1953 al mismo tiempo que Stalin.

★ Nicolás Chjeidze había nacido en 1864. Destacado dirigente menchevique, ocupó cargos políticos importantes en la Rusia zarista. Fue presidente del grupo parlamentario menchevique en la Duma y tras la revolución de febrero de 1917 presidente el soviet de Petrogrado. En tal condición acudió a la estación de tren de Petrogrado para recibir a Lenin. Luego, en mayo, fue ministro con Kerenski y después de la Revolución de Octubre se exilió.

★ El populismo ruso fue una corriente pequeñoburguesa que surgió en los años setenta del siglo XIX. Se consideraban socialistas, pero su socialismo era utópico y tenía más parecido al anaquismo; de hecho, fue conocido en Europa occidental como nihilismo. Su objetivo era derrocar la autocracia y entregar la tierra de los latifundistas a los campesinos. No confiaban en la clase obrera como motor de la revolución, sino en los campesinos. Tampoco confiaban en las masas, sino en la acción de los héroes y en el atentado individual espectacular, al más puro estilo blanquista. A finales del siglo fueron perdiendo su carácter revolucionario y los que mantuvieron la bandera de lucha contra el zarismo se denominaron *socialistas revolucionarios*, más conocidos por sus siglas como *eseristas*.

★ Ivan Okladski era un antiguo militante populista que se prestó a colaborar con los verdugos zaristas cuando iba a ser ahorcado en la cárcel de Petersburgo. Tras la Revolución siguió colaborando con los zaristas, hasta que fue capturado por la Cheka en 1925 y fusilado.

(1) Svetlana Stalin: *Rusia, mi padre y yo*, Planeta, Barcelona, 1967, pgs.221 y 222.

(2) León Trotski: *Stalin*, Plaza y Janés, Barcelona, 1967.

(3) *Staline. Aperçu historique du bolchevisme*, Éditions Gérard Lebovici, Paris, 1985, pg.33.

(4) *Staline*, Éditions de Deux-Rives, París, 1945.

(5) G.Bessedovski y M.Laporte: *Staline. L'Homme d'acier*, Alexis Redier Éditeur, Paris, 1932, pg.21.

(6) Henri Barbusse: *Stalin, un mundo nuevo visto a través de un hombre*, Editorial Cénit, Madrid, 1935, pgs.31 y 32.

(7) V.I.Lenin: «¿Qué hacer?», en *Obras Escogidas* en doce tomos, tomo II, pg.20.

(8) V.I.Lenin: *Obras Completas*, tomo 46, pg.450

La revolución de 1905

Con la derrota de la autocracia en la guerra con Japón, desde comienzos de 1905 la situación en Rusia se agravó; por centenares estallaron los atentados, las huelgas, los motines militares. El ejército, reprimió despiadadamente las insurrecciones, hizo pedazos el levantamiento de Moscú y encarceló al Soviet de Petersburgo. Las provocaciones criminales y los incidentes raciales y religiosos se promovían en medio de la tempestad revolucionaria con el vano propósito de frenar el ascenso del movimiento obrero que se desató a lo largo de todo aquel año. Sólo en el domingo sangriento, los cosacos mataron a 140 obreros en Petersburgo.

Las masas estaban en la calle y los reducidos comités revolucionarios salían de su aislamiento y de su clandestinidad. Esta primera revolución produjo millares de combatientes, héroes y dirigentes del proletariado. Y también produjo el instrumento de lucha política de que se dotaron a sí mismo los obreros, al margen de la legalidad zarista: los soviets.

De enero a octubre de 1905 Dzhugashvili se desplaza continuamente por Bakú, Tiflis, Kutais y Chiatury para intervenir en las asambleas obreras. También viaja hasta Moscú para conocer de primera mano la situación general del país y recibir instrucciones de la dirección del Partido. No duerme dos noches seguidas en el mismo sitio. En parte gracias a su persistente actividad proselitista, en el Cáucaso la tormenta tuvo tal violencia que arrasó con todo durante algunos momentos y la revolución gobernó en casi toda la región. El movimiento no fue tan intenso como en Polonia, Petersburgo o Moscú, pero se prolongó durante mucho más tiempo. Sólo en marzo de 1908 el Virrey de Georgia, Vorontzov-Dashkov, pudo telegrafiar al zar:*Por fin la canalla está domesticada*. En tres años de revolución, en el Cáucaso se quemaron más de 400 palacios de la nobleza, y sus bienes fueron expropiados y repartidos entre las comunas campesinas locales.

Pero todo ese entusiasmo había que encuadrarlo, organizarlo, conferirle un programa y una dirección, y Dzhugashvili volvió a demostrar entonces sus extraordinarias cualidades de militante revolucionario, de organizador profesional. Supo combinar la agitación bolchevique con las necesidades organizativas de la vanguardia obrera, participando en noviembre en la IV Conferencia de la Unión Caucasiana.

Las tesis leninistas se imponen en el III Congreso del Partido, celebrado en Londres en el mes de abril de 1905, al que los mencheviques fueron invitados, aunque no acudieron y se reunieron aparte en una conferencia celebrada en Suiza. La revolución profundizó la distancia entre mencheviques y bolcheviques. La polémica, hasta entonces ceñida al papel impreso, adquirió de repente toda su enorme

dimensión práctica, intensificando la escisión interna. Lo que en principio sólo era una disputa organizativa fue ampliándose luego hacia una confrontación en la táctica, que Lenin combatió en su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*.

En diciembre Stalin acudió a la Conferencia bolchevique de Tammerfors (Finlandia), donde conoció a Lenin. Era la primera vez que participaba en una reunión de los órganos centrales del Partido. Todos los militantes eran presa de un entusiasmo indescriptible y de la euforia del momento. En los descansos entre las sesiones se entrenaban disparando -al aire- con sus pistolas.

Aunque tenía una enorme estimación por las tesis de Lenin y había secundado siempre sus posiciones políticas e ideológicas, en la reunión se produjo una tensa discusión entre ambos.

Lenin presidía la sesión y, visto el reflujo revolucionario, propuso participar en las elecciones parlamentarias a la Duma. Dzhugashvili con su fuerte acento sureño levantó la voz para oponerse y propuso continuar con la táctica de boicot. La mayoría de los pocos delegados asistentes se manifestó a favor de la propuesta de Dzhugashvili y alguien llegó a calificar de*crimen* la participación en las elecciones. Lenin reconoció que se sentía cómplice de ese *crimen* pero que dada su prolongada lejanía del interior de Rusia, no podía conocer el estado de ánimo de las masas, por lo que dejaba al criterio de los militantes del interior decidir al respecto. Por ello se aprobó la propuesta de Dzhugashvili, aunque resolvieron aprovechar las reuniones electorales para propagar la insurrección armada.

Al finalizar la sesión, Lenin se acercó al georgiano para saludarle y estrecharle la mano. Desde entonces José Dzhugashvili fue conocido como José Stalin.

Otro de los acuerdos de Tammerfors fue tomar la iniciativa para recuperar la unidad dentro del Partido, por lo que se convocó el IV Congreso, que se celebró en abril de 1906 en Estocolmo. Este Congreso de unificación fue un éxito para los mencheviques, que obtuvieron la mayoría en las votaciones, aunque por un escaso margen. Stalin resultó elegido para representar a la organización caucásica y defendió dos ponencias.

El IV Congreso realizó también un balance de la Revolución de 1905, aunque bajo puntos de vista diametralmente opuestos. Las divergencias tácticas fundamentales concernían básicamente a tres puntos:

— Dado el carácter democrático de la revolución, los mencheviques adjudicaban a la burguesía liberal la dirección del movimiento

— No existían fuerzas revolucionarias aparte de la burguesía y el proletariado, por lo que los mencheviques no tomaban en consideración la importancia del campesinado, al que consideraban como una masa reaccionaria

— La cuestión de la lucha armada, pues mientras los mencheviques esperaban pasivamente la *insurrección de las masas*, los bolcheviques eran partidarios de crear destacamentos especiales de combate para dirigirla incluso antes de que estallara.

Sobre la cuestión campesina se pusieron de manifiesto tres posiciones en el Congreso:

— los mencheviques defendían la municipalización de las tierras
— los *teóricos* (encabezados por Lenin) propugnaban su nacionalización
— los *prácticos* (de los que Stalin formaba parte) abanderaban su reparto.

Después de la Revolución, además de los bolcheviques y los mencheviques, aparecieron un sinfín de organizaciones pequeño burguesas de todo tipo, proceso que si bien, por un lado, era normal dada la naturaleza burguesa de la Revolución, por el otro, ponía de manifiesto el atraso económico de Rusia: *El atraso de Rusia explica la extraordinaria abundancia de corrientes y matices del oportunismo pequeñoburgués entre nosotros*, decía Lenin (1).

En ese confuso cuadro político, Trotski no pertenecía ningún partido y no era siquiera una corriente, sino un personaje individualista que trataba de nadar entre todas ellas, buscándose aliados por todos los rincones que se hicieran eco de sus escritos. En Trotski fue siempre evidente su propensión a hablar de personas más que de estrategias o líneas políticas. Su discurso político, por tanto, no llega más allá de las *grandes individualidades* y sus soterradas conspiraciones y alianzas para adueñarse del poder. Él entiende los partidos como agregados de *segundones* que siguen ciegamente las órdenes de un jefe, en el peor estilo cuartelario. Su hondo desprecio por las masas trabajadoras e incluso por los mismos militantes comunistas, carece de parangón entre los pensadores progresistas, de los que queda muy lejos.

Lenin comparaba a Trotski con el menchevique Martov, pero mientras éste representaba a toda una tendencia dentro del movimiento obrero ruso, Trotski *en cambio, representa únicamente sus vacilaciones personales y nada más*. No obstante, Trotski se inclinó siempre a ser un peón de los mencheviques y todas sus ideas pertenecían a la corriente reformista de la socialdemocracia rusa, por más que él se esforzara en disfrazarlas con frases altisonantes. Cuando estalló la Revolución de 1905 fue elegido presidente del soviet de Petersburgo, un soviet donde los mencheviques eran la mayoría y fueron ellos precisamente los que le auparon a la dirección porque le consideraban uno de los suyos. Lenin resumía así sus continuas vacilaciones políticas:

Fue menchevique en 1903; se apartó del menchevismo en 1904; volvió a los mecheviques en 1905, sólo que presumiendo de fraseología revolucionaria; en 1906 volvió a separarse de ellos; a fines de 1906 defendió los pactos electorales con los demócratas-constitucionalistas (es decir, de hecho estuvo de nuevo con los mencheviques) y en la primavera de 1907 dijo en el Congreso de Londres que su diferencia con Rosa Luxemburgo era más bien una diferencia de matices individuales que una tendencia política. Trotski plagia hoy el bagaje ideológico de una fracción y mañana el de otra, en vista de lo cual se proclama por encima de ambas fracciones (2).

Después empezó a desempeñar un papel abiertamente liquidacionista, hasta el punto que Lenin atacó sus posiciones ideológicas cada vez con más intensidad. En 1914 Lenin volvía a hacer balance de su sinuosa trayectoria: *Jamás, ni en un solo problema serio del marxismo, ha tenido Trotski opinión firme, siempre se ha metido por la rendija de unas u otras divergencias, pasándose de un campo a otro* (3). Le acusaba de *tránsfuga*, uno de esos que se declaran *por encima de las fracciones por la única razón de que hoy toman las ideas de una fracción y mañana las de otra* (4). En una carta a Alejandra Kolontai le expone la propensión de Trotski a ocultar sus verdaderas posiciones derechistas con frases altisonantes aparentemente izquierdistas, hasta el punto de insultarle llamándole *cerdo* (5) y lanzar contra él las más furibundas acusaciones: el *más vil arribista y fraccionista* (6), conciliador, casamentera, charlatán, de falsear el bolchevismo y, finalmente, calificándole de *Judas* varias veces, una de ellas en una conocida carta

a Inés Armand y otra en un artículo titulado *El rubor de la vergüenza del Judas Trotski* (7). La calificación de *Judas* a Trotski no tiene la simple noción de traidor que deriva del Nuevo Testamento; ni siquiera tiene un sentido religioso. Proviene de uno de los personajes de la novela *Los señores Golovliov* del escritor ruso M.Saltykov-Schedrin, y responde al prototipo de santurrón que encubre su perfidia con palabrería hipócrita. Por tanto, el papel de Trotski en el exilio estaba resultando penoso mucho antes de su conflicto con el Partido bolchevique en los años veinte, por lo que su discrepancia no fue nunca de tipo personal, con un determinado dirigente. Lenin lo remarcó con claridad:
Trotski agrupa a todos los enemigos del marxismo [...] Trotski agrupa a cuantos les es agradable y entrañable la disgregación ideológica; a cuantos les tiene sin cuidado la defensa del marxismo; a todos los filisteos, que no comprenden el motivo de la lucha ni desean aprender, pensar y buscar las raíces ideológicas de la discrepancia. En nuestros tiempos de confusión, disgregación y vacilaciones, Trotski puede convertirse fácilmente en el héroe de un día que agrupe a su alrededor todo lo trivial. Pero cuando más descarada sea esta tentativa, tanto más grandioso será su fracaso [...]

Trotski agrupa y, por medio de fullerías, se engaña a sí mismo, engaña al partido y engaña al proletariado (8).

Las divergencias entre los bolcheviques y Trotski pasaron a enfrentarles en aspectos decisivos de la estrategia revolucionaria. Trotski contrapuso a la teoría leninista sobre la transformación de la revolución democrático burguesa en revolución socialista, teoría copiada al alemán Parvus, de la *revolución permanente*, que reflejaba su falta de fe en la hegemonía del proletariado en la revolución democrático burguesa: *El error fundamental de Trotski consiste en que da de lado el carácter burgués de la revolución y no tiene una idea clara del paso de esta revolución a la revolución socialista* (9). De este error deriva el siguiente: la negación de las posibilidades revolucionarias del campesinado, como aliado del proletariado.

Por el contrario, Stalin estaba en el interior de Rusia defendiendo, a riesgo de su vida, las posiciones del Partido bolchevique. Fue uno de los pocos dirigentes que, tras el declive de la Revolución no se refugia en el exilio de la durísima represión. En el interior de Rusia la situación era extraordinariamente difícil y esa situación no la conocieron otros bolcheviques, como Zinoviev, que siempre vivió fuera de Rusia, ni tampoco Trotski, que jamás regresó al interior. En este tipo de actitudes se advierte otra de la falacias divulgadas acerca de Stalin como persona ávida de poder, porque las personas ambiciosas se aproximan a los poderosos de una manera directa, mientras que el georgiano tomó precisamente el sendero opuesto, el de la oposición, la clandestinidad y la cárcel. Su biografía, en este sentido, no deja lugar a dudas, poniendo una vez más al descubierto la inconsistencia de las versiones más difundidas. Stalin no era un militante de gabinete; su sitio estaba con los obreros perseguidos, en la lucha clandestina, incluso en momentos tan críticos como aquellos en los que comenzaba el reflujo de la insurrección y muchos vacilaban. De 1905 a 1909 la cifra de presos políticos pasó de 85.000 a 200.000 anuales. Entre los obreros había cundido la desmoralización, las organizaciones locales estaban dispersas y desorientadas. El zarismo parecía más fuerte que nunca y la revolución, apenas un sueño lejano. Siempre en la más rigurosa clandestinidad, Stalin asume sus responsabilidades políticas al frente de la organización caucásica y redacta un folleto titulado *Dos batallas* que constituye uno de los mejores, más claros y más sintéticos análisis de la Revolución de 1905.

No descansa. Tras la celebración del Congreso de Tammerfors, regresa a Tiflis, donde aprovecha las conquistas obtenidas en la Revolución para organizar los primeros sindicatos obreros. En 1906 organiza la publicación de otro diario

legal, *Dro* (*Tiempo*) con una tirada de 200.000 ejemplares, que fue pronto clausurado por la censura zarista, pero al que en la clandestinidad sustituye *Bakinski Rabochi* (*El Obrero de Bakú*).

Tampoco cesa en su trabajo teórico, publicando su folleto *Anarquismo o socialismo*. A finales de 1905 y comienzos de 1906, en Georgia, un grupo de seguidores de Kropotkin dirigidos por V.Tcherkezichvili desataron una campaña contra los marxistas publicando en Tiflis los periódicos *Nobati* (*La Llamada*), *Mucha* (*El Obrero*), *Jma* (*La Voz*) y otros. No tuvieron influencia entre la clase obrera pero sí entre la pequeña burguesía, los estudiantes y los desclasados, lo que incitó a Stalin a criticar aquella corriente con un serie de artículos. Los cuatro primeros aparecieron en el diario bolchevique *Ajali Tsjovreba* (*Vida Nueva*) en junio y julio de 1906 y los otros no se pudieron publicar por el cierre del diario. Aquellos cuatro artículos se reprodujeron entre diciembre de 1906 y enero de 1907 en un diario sindical legal georgiano, *Ajali Droeba* (*Tiempos Nuevos*), ligeramente modificados. La reedición de los artículos fue solicitada por el sindicato de trabajadores y otros militantes, y el diario solicitó a Stalin que los retocara para hacerlos aúun más accesibles para un círuculo de lectores más amplio. Más tarde aquellos cuatro artículos tuvieron su continuación en los diarios *Tchveni Tsjovreba* (*Nuestra Vida*) en febrero de 1907 y *Dro* (*Tiempo*) en abril del mismo año. Pero Stalin nunca terminó aquella serie de artículos; a mediados de 1907 el Comité Central le envió a Bakú donde, algunos meses más tarde fue detenido.

Se trata de un estudio teórico, sencillo aunque completo, de las diferencias ideológicas y políticas entre ambas corrientes del movimiento obrero en el que repasa las ideas básicas de la dialéctica y el materialismo. Stalin afirma que el problema del anarquismo en Georgia no consistía en su escaso apoyo popular porque si sus tesis fuesen correctas, el pequeño núcleo anarquista cabaría abriéndose camino y ganándose el sostén de las masas. Pero no era -y no fue- así porque esas doctrinas eran erróneas y quedarán, dice Stalin, *suspendidas en el aire*.

Bastantes años después, en 1946, Stalin autocriticó estos primeros escritos, en dos aspectos básicos:

— la cuestión agraria, reconociendo que, frente a las de Lenin, sus tesis y las de la mayoría de los bolcheviques no respondían a la realidad

— que en los países atrasados no era necesaria la existencia de una mayoría obrera entre la población para que triunfe la revolución.

Naturalmente que salvando esas dos excepciones que él mismo destacó, los primeros escritos de Stalin muestran una sorprente lucidez y sencillez, aún al abordar las cuestiones filosóficas más complejas del materialismo dialéctico.

En abril de 1907 sale de nuevo de Rusia para participar en el V Congreso de Londres del POSDR. Rosa Luxemburgo también participó en este Congreso en representación de Polonia y Alemania, apoyando las tesis leninistas, excepto en un punto: no estaba de acuerdo con las expropiaciones y asaltos a mano armada que practicaban los destacamentos armados bolcheviques, cuestión en la que los leninistas quedaron en minoría. La cuestión era muy importante, como expuso Lenin, porque formaba parte de la preparación de la insurrección armada.

Es una de las cuestiones más desconocidas del trabajo revolucionario de los bolcheviques y en la que Stalin tuvo una destacada intervención. En plena Revolución de 1905 y cumpliendo los acuerdos del III Congreso, Stalin había creado

un destacamento de combate y un laboratorio clandestino para la fabricación de explosivos. Por medio de Ordjonikidze, el destacamento mantenía contacto permanente con los grupos guerrilleros de campesinos que se alzaron en armas durante la Revolución.

En la noche del 12 al 13 de abril de 1906, en Dusheté, cerca de Tiflis, seis militantes bolcheviques armados vestidos con uniforme de soldados de un regiminto de infantería, haciéndose pasar por guardias, penetraron en la oficina local del tesoro público y recuperaron 315.000 rublos, una cifra astronómica para aquella época.

Una de las acciones más espectaculares de estos destacamentos armados fue ejecutada el 13 de junio de 1907 cuando asaltaron en Tiflis un furgón blindado del Banco del Estado. El jefe del destacamento que operaba en el Cáucaso, formado por 20 militantes y 5 adjuntos, entre ellos dos mujeres, era un militante armenio, Petrosian, conocido bajo el nombre de guerra de*Kamo* que llegó a entrar en la leyenda de la revolución bolchevique, hasta el punto de que Gorki escribió sobre él un perfil literario. Había perdido una de sus orejas en una acción armada y fue cuatro veces condenado a muerte, que le fueron conmutadas por una pena de 20 años de reclusión.

El dinero llegaba desde Moscú escoltado por un vehículo con cuatro soldados y un escuadrón de 50 cosacos a caballo. En Solalaskaia, una calle en pleno centro de Tiflis, no lejos del Palacio del Virrey Vorontzov-Dashkov, los bolcheviques se apostaron y, a la llegada del convoy, lanzaron una granada en medio del escuadrón cosaco. La explosión fue tan violenta que destrozó todos los cristales en dos kilómetros a la redonda. Después lanzaron otras dos bombas contra el furgón y abrieron fuego contra los cosacos desde los dos extremos de la calle. Con la primera explosión salió despedido el conductor del furgón, que perdió también sus cuatro ruedas. Pero los caballos se espantaron arrastrando el furgón y Petrosian tuvo que arrojar otra bomba para detener su marcha, tras lo cual entró en los restos calcinados del mismo y se llevó la caja fuerte en un caballo.

La policía no descubrió la trama del asalto hasta doce años después. El dinero estuvo un tiempo guardado en el Observatorio astronómico de Tiflis donde Stalin había trabajado. El problema era que acababa de salir de la imprenta del Estado y su numeración era consecutiva, por lo que uno de los miembros del destacamento, el que luego sería ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Litvinov, tuvo que salir al extranjero con los billetes para cambiarlos y fue detenido en París. También Petrosian fue detenido en Berlín, pero 375.000 rublos lograron llegar a la caja bolchevique.

El 26 de abril de 1906 se había producido otra expropiación en Dusheté, cerca de Tiflis cuando seis combatientes bolcheviques vestidos de oficiales penetraron en una delegación de Hacienda y se apoderaron de 315.000 rublos.

Hubo otras muchas acciones armadas de los destacamentos militares del Partido bolchevique, especialmente durante aquella etapa de reflujo de la Revolución. A Stalin la Ojrana le atribuyó siempre el lanzamiento de una bomba desde el tejado del Palacio del Príncipe Sumbatov.

Este trabajo militar de los bolcheviques fue analizado por Lenin en su obra *La guerra de guerrillas* y sirvió de experiencia para preparar luego la insurrección de 1917.

La lucha armada no era entonces incompatible para los bolcheviques con la participación electoral. Tras las grandes luchas de 1905, el zarismo tuvo que recular y convocar elecciones. Aunque al principio los bolcheviques promovieron el boicot, se abrió luego un cierto periodo de coexistencia de la lucha clandestina con la legal. Pero era el zarismo quien menos respetaba su propia legalidad: el 3 de junio el gobierno disolvió la II Duma con la excusa de que los diputados socialdemócratas habían fomentado un complot a mano armada. La mayor parte de los diputados fueron condenados a la deportación y a trabajos forzados. Stalin tuvo entonces que combinar el trabajo legal con la clandestinidad, organizando la denuncia de la campaña de intoxicación y creando los primeros núcleos armados de autodefensa que debían hacer frente a las Centurias Negras desatadas por el zarismo. En setiembre, mercenarios a sueldo de la patronal asesinan a Jaular Safaraliev, dirigente bolchevique en Azerbaián, convocando el POSDR una huelga general de respuesta en cuya manifestación participan 20.000 obreros. Ante la tumba del dirigente proletario, Stalin pronunció un emocionado discurso llamando a continuar la lucha hasta el final, por duro que fuera el camino.

Al mismo tiempo dirige la campaña electoral del Partido a la III Duma y redacta el programa electoral, que era un auténtico*mandato* de los obreros dirigido a los futuros diputados.

Además el 14 de febrero de 1908 organiza la huelga de los obreros de los pozos petrolíferos de Bakú en la que participaron 1.500 trabajadores.

Por eso es nuevamente detenido el 25 de marzo y encarcelado en la prisión de Bailov (Bakú) durante ocho meses. En aquella cárcel, prevista para 400 presos, se hacinaban unos 1.500 que dormían en los pasillos; en ella coincidió, Stalin con Ordjonikidze y el entonces menchevique Vychinski. Fue finalmente deportado por tres años a Solvytchegodsk, en el distrito de Vologda, contrayendo la tuberculosis a causa de las duras condiciones de vida y los rigores del traslado.

De allí se fuga el 24 de junio del siguiente año, peripecia que se convirtió en algo verdaderamente legendario. La tuberculosis que padecía era una enfermedad letal que hubiera acabado con su vida en pocas semanas. Pero durante la fuga le sorprendió una tempestad de nieve, el temible *buran*; en esos casos los esquimales se sepultan dentro de la nieve para salvar su vida, pero el georgiano siguió adelante por un río helado durante varias horas, hasta que encontró una cabaña. Al entrar, sus moradores le tomaron por un espectro con síntomas de congelación por todo el cuerpo. Lograron hacerle reaccionar, pero se desplomó y estuvo durmiendo dieciocho horas seguidas. Al despertar la tuberculosis había desaparecido por completo; cuando el frío no mata al hombre, mata sus enfermedades.

Stalin fue el militante bolchevique más perseguido y el que más fugas protagonizó, lo cual habla elocuentemente de su tenacidad y de su entrega. También se cuenta entre quienes cumplieron más años de presidio y conoció muchas de las espantosas cárceles zaristas, de las que muy pocos regresaron vivos. Si hubiera tenido que cumplir las condenas que le fueron impuestas, no le habría bastado con un siglo. En 18 años, desde 1899 a 1917 pasó cerca de 8 años encarcelado o confinado en Siberia, por lo que sus camaradas le llamaban «El Deportado»; pero también podrían haberle llamado «El Fugado»: se evadió en cinco de sus seis detenciones. Aquellas terribles condiciones de la deportación en la tundra son hoy apenas imaginables. Emil Ludwig relató así la vida de confinamiento en Kuleika, una espantosa región Siberia: *Era una villa desolada compuesta únicamente de tres casas. El país no se libra de la nieve más que durante tres meses al año. Es la gélida estepa en la que el hombre debe vivir como un Robinson del Polo* (10). Stalin tenía que fabricarse redes y arpones para pescar, lanzas para cazar y también

hachas para cortar el hielo y la leña. Por la noche, hasta altas horas de la madrugada, a la luz de una triste vela, no faltaban las cartas, los libros y los periódicos; había que estar informado del desarrollo de la organización; había que seguir estudiando; había que mantener el contacto con los círculos obreros.

Desde el destierro redacta en noviembre de 1909 uno de sus escritos más importantes, las *Cartas desde el Cáucaso*, dos informes dirigidos a la dirección del Partido en el exterior en los que analiza la difícil situación de la organización socialdemócrata en la región. La primera de las *Cartas* aborda la situación del proletariado en Bakú, y la segunda en Tiflis. Ambos documentos se tenían que publicar en el *Sotsial-demokrat*, el órgano central del POSDR, pero el segundo de ellos fue saboteado por los mencheviques que lo dirigían y tuvo que ser publicado bastante después en otro medio.

Se fuga otra vez. A su regreso, la situación interna del Partido era dramática y Stalin tiene que enfrentarla perseguido de cerca por la Ojrana. No había fondos y, para sobrevivir, se ve obligado a trabajar de cochero, en una fábrica y en una imprenta. Al mismo tiempo, reorganiza otra vez la Unión y la imprenta clandestina en Bakú.

Era su despedida del Cáucaso. Petersburgo, el epicentro de la revolución rusa, esperaba al infatigable georgiano. Allí prepara meticulosamente otra de sus más conocidas acciones militares: el asalto con explosivos al Banco Popular Ruso, muy cerca de la fortaleza de Pedro y Pablo, logrando rescatar un botín de 350.000 rublos.

Una semana después aparece un nuevo periódico bolchevique que haría historia en todo el mundo: *Pravda*.

Plenos poderes del Comité Central

En enero de 1910 Stalin es nombrado delegado del Comité Central y, a pesar de que no había cumplido aún los 30 años, el Partido bolchevique le concede plenos poderes. Desde entonces abandona el marco regional del Cáucaso y asume la dirección práctica de toda la organización en el interior de Rusia, en las condiciones más rigurosas de clandestinidad, preparando el traslado al interior de las tareas organizativas del POSDR. Pero no puede cumplir esta misión porque en marzo es otra vez detenido y enviado a prisión.

A pesar de su ausencia, la Conferencia del Partido que se celebra en París en junio de 1911 le elige miembro suplente de la Comisión de Organización del Comité Central.

Ese mismo mes le sustituyen la condena de confinamiento por la de destierro, lo que le impide residir en el Cáucaso. Se instala en Vologda pero se presenta en Petersburgo con documentación falsa, donde es otra vez detenido y desterrado.

En la Conferencia de Praga del Partido, celebrada en enero de 1912 con la asistencia de 28 delegados, se consagra definitivamente la ruptura con los mencheviques y el nacimiento de un partido leninista de nuevo tipo. Allí Stalin es elegido miembro de pleno derecho del Comité Central y máximo responsable del trabajo político en el interior. Para asumir esta tarea se fuga de Vologda en febrero de aquel año y, una vez reintegrado en la organización, dirige la publicación de la revista bolchevique *Zvezda* (*La Estrella*), para la que redacta varios artículos, al

tiempo que dirige el trabajo parlamentario de los diputados bolcheviques de la III Duma y prepara en abril la edición de *Pravda*.

El 22 de abril, al dia siguiente de publicarse el primer número, le vuelven a detener. Deportado a Naryan, consigue huir en setiembre, sólo cinco meses después de su detención, y se reintegra a la clandestinidad en Petersburgo para preparar las elecciones a la IV Duma y encabezar los trabajos del Comité Central en el interior de Rusia. La vida del militante profesional era durísima. Las reuniones con los obreros acababan muy tarde porque tenían que comenzar muy tarde también, a la salida del trabajo. Pero la noche era uno de los mayores peligros para los revolucionarios que no encontraban alojamiento; acechaba la policía y acechaba el frío. Muchas veces no tenía casa para dormir por lo que, al finalizar las reuniones, acudía a alguna de las tabernas que abrían hasta altas horas de la madrugada y bebía té hasta la hora de cierre. Luego paseaba por la calle hasta que, a las cuatro de la madrugada, las fábricas abrían sus puertas.

Viaja a Moscú para entevistarse clandestinamente con Malinovski y los otros cinco diputados bolcheviques. En diciembre sale del país para trasladarse a Cracovia con el fin de intercambiar impresiones con Lenin y participar en una reunión del Comité Central ampliada con los diputados bolcheviques y otros destacados militantes del interior, once en total.

Dos cuestiones acaparan la atención del Comité Central durante cinco días. En primer lugar la abierta separación del grupo parlamentario socialdemócrata, entre los mencheviques, siete en total, presididos por Chjeidze, y los bolcheviques, con seis diputados.

Stalin se reintegra a la lucha pero renuncia a dirigir *Pravda*, cuyo contenido no acababa de satisfacer a Lenin. Se encarga de su reorganización Sverdlov con la ayuda de Molotov. Esta vez de Praga Stalin no regresa inmediatamente al interior. Leninpersonalmente le encomienda la redacción de uno de sus libros más difundidos, *El marxismo y la cuestión nacional*, enviándole a Viena para que reúna la documentación existente al respecto. Tras leer el trabajo de Stalin, en febrero del siguiente añoLenin escribe en una carta dirigida a Gorki: *Tenemos aquí un maravilloso georgiano que después de haber reunido todos los materiales austriacos y otros, se ha puesto a elaborar un gran artículo para Prosvetchenie* (*Formación*). Era la primera obra que firmaba bajo el seudónimo de Stalin y, frente a quienes quisieron reducirla a un mero material de discusión, Lenin defendió que se trataba del *fundamento* del programa del POSDR en el tema nacional: *El artículo es muy bueno*, recalcó Lenin. Luego el artículo fue publicado legalmente por la editorial *Priboi* de Petersburgo, pero el ministro del Interior ordenó su retirada inmediata de todas las librerías.

La cuestión nacional estaba adquiriendo entonces un relieve muy importante por varias razones:

— el reflujo de la Revolución de 1905 y la represión subsiguiente habían conducido a un ensimismamiento de las organizaciones locales, que comenzaron a dispersarse por nacionalidades, a fomentar el localismo y el nacionalismo

— la entrada del capitalismo en su fase imperialista y la I Guerra Mundial ponían en el orden del día el problema de las anexiones, las colonias y las fronteras

— muchos de los dirigentes de la socialdemocracia, incluso los menos sospechosos de chovinismo, como Rosa Luxemburgo, no reconocían el derecho de las naciones a

la autodeterminación, tendencia que llegó a penetrar en el seno mismo de los bolcheviques y a la que era necesario poner freno.

Por aquellas fechas Bujarin estaba en Viena, donde coincidió con Stalin y, aunque hasta 1915 no apareció la corriente interna dentro del Partido bolchevique, de la que formaba parte Bujarin, reacia al programa mínimo, democrático, ya se comenzaban a plantear discusiones al respecto. Esta línea se deslizaba hacia posiciones izquierdistas y en ella la cuestión de la nacionalidades era el caballo de batalla fundamental. Sin mencionar en ningún momento este debate interno, el folleto reafirma la tesis leninista acerca del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades e impugna implícitamente los primeros balbuceos izquierdistas.

El folleto de Stalin respondía -y responde aún hoy día- puntualmente a todas y cada una de las cuestiones planteadas por la opresión nacional, por lo que se convirtió en un verdadero manual que compendiaba los principios bolcheviques sobre la materia y que sólo cinco años después el mismo Stalin llevó a la práctica desde el Ministerio de las Nacionalidades.

El núcleo central de la argumentación de Stalin es que el derecho de las naciones -y de las colonias- a la autodeterminación no forma parte de la lucha del socialismo sino que constituye un principio puramente democrático que el proletariado asume e incorpora a su propio programa. La clase obrera no puede tolerar ninguna forma de opresión y debe defender a todos los oprimidos, incluso poniéndose a la cabeza de sus luchas y dirigiendo sus justas reivindicaciones: *Los obreros luchan y lucharán contra todas las formas de la política de opresión de las naciones, desde las más sutiles hasta las más burdas, al igual que contra todas las formas de la política de azuzamiento de unas naciones contra otras*. Por eso, la autodeterminación forma parte del programa mínimo del Partido bolchevique, de su lucha por la conquista de la democracia. En virtud de ese derecho básico, las naciones pueden unirse a otras o pueden separarse de ellas de manera voluntaria; finalmente, todas las naciones son iguales y no puede admitirse ninguna forma de injerencia de unas sobre otras.

Tras redactar el folleto, Stalin viaja de Viena a París, donde imprime las conclusiones de la reunión del Comité Central y, finalizado su trabajo, regresa clandestinamente en febrero a Petersburgo para reorganizar con Sverdlov la publicación de *Pravda*conforme a los debates mantenidos en el Comité Central.

Tampoco esta vez la policía zarista concede facilidades: detiene a Stalin gracias a una de las peores infiltraciones que padecieron los bolcheviques, la del presidente de su grupo parlamentario Malinovski. La presión de la policía zarista era tan fuerte que, además de Malinovski, de los 28 delegados bolcheviques presentes en el Congreso de Praga, otros tres más eran confidentes zaristas. Con Stalin cae detenido también Sverdlov.

Es desterrado a Krasnoiarsk, de ahí a la región de Turujansk y finalmente a Kurcika, dentro del círculo polar ártico, de donde ya no podrá fugarse. Cuatro largos años permanecerá deportado, aunque en diciembre de 1916 lo trasladan de nuevo a Krasnoiarsk, de donde saldrá gracias a la revolución de febrero de 1917.

Estando confinado en Siberia, estalla la I Guerra Mundial que pone a prueba a todas las organizaciones marxistas europeas. La tensión es enorme. La mayor parte de la socialdemocracia llama a la *defensa de la patria*, a morir peleando por los intereses de los imperialistas y matar a sus propios compañeros de clase. Por el contrario, Lenin apela a transformar la guerra imperialista en guerra civil, a enfrentarse con la propia burguesía.

Los debates fueron entonces tan intensos que también afectaron a las propias filas bolcheviques. No todos estuvieron de acuerdo con las tesis internacionalistas, especialmente en el extranjero. Por eso, en marzo de 1915 Lenin convocó en Berna una importante conferencia del Partido bolchevique. Durante y después de ella Lenin tuvo una fuerte polémica sobre ambas cuestiones con Bujarin, Radek, Piatakov y otros (a los que, para encubrir su identidad, Lenin calificaba en su correspondencia de *japoneses* porque huyeron de Rusia a Estados Unidos a través de Japón). Es importante analizar a fondo estas posiciones porque reaparecerían diez años después bajo formas distintas, sostenidas por las mismas personas que, finalmente, resultarían expulsadas del Partido bolchevique. De ese modo comprobaremos también que, igual que en el caso, de Trotski, con quien tenían tantas coincidencias, tampoco existió ningún problema personal sino que se trataba de errores políticos e ideológicos que venían de lejos. También coincidiendo con la postura de Trotski, esta corriente si bien aparenta sostener lemas izquierdistas, en realidad asumen las mismas tesis centristas de Kautski, que había entrado ya en su etapa de renegado, en varias cuestiones de gran importancia. Por eso uno de los errores de Bujarin y los suyos consistía precisamente en la posición a mantener frente al centrismo de Kautski.

El tema fundamental abordado en la Conferencia de Berna fue la consigna bolchevique de oponer la guerra civil a la guerra imperialista. Frente a ella Bujarin defendió la misma tesis que expondría tres años después en contra de la paz de Brest-Litovsk, desconectando la guerra imperialista de la guerra civil, de la lucha de clases, algo que aparece repetido en todos sus diversos y contradictorios alineamientos políticos. Finalmente las tesis de Lenin fueron apoyadas por todos los delegados, excepto por Bujarin, que no aceptó la consigna del Partido y la exigencia de derrota del gobierno propio. En este punto adoptó posturas claramente derechistas.

Del problema de la guerra imperialista, se pasó a discutir la cuestión del programa mínimo del Partido, especialmente el derecho de autodeterminación, que el mismo grupo de delegados no admitía. Se trataba, por tanto, una vez más, de la misma postura sostenida por Trotski. El programa mínimo del Partido bolchevique no era más que expresión de la naturaleza democrática de la revolución, que Trostki desde fuera y los izquierdistas desde dentro, no admitían. Lenin lo expuso así en una carta a Inés Armand:

Hay que saber conjugar la lucha por la democracia con la lucha por la revolución socialista, subordinando la primera a la segunda. En esto estriba toda la dificultad; en esto está toda la esencia.

Los tolstoianos y los anarquistas rechazan lo primero. Bujarin y Radek se han confundido, no saben combinar lo primero con lo segundo (11).

Bujarin no estaba de acuerdo con el programa mínimo del Partido bolchevique, que le parecían concesiones a la burguesía. Pretendía saltar directamente a la revolución socialista y no aceptaba la necesidad de luchar por las reivindicaciones democráticas, lo que le daba una aureola izquierdista.

Los debates conducían directamente a la cuestión del Estado. Lenin desplegó una crítica más precisa de estas tesis en el artículo titulado *Acerca de la naciente tendencia del economismo imperialista*. Allí calificaba las tesis de Bujarin y los demás justamente como *nuevo economismo* o *economismo imperialista*. Decía que Bujarin sólo se preocupaba de la economía y no estudiaba la política. En el fondo, pues, esas posiciones de Bujarin no eran más que revisionismo, una tendencia derechista y burguesa dentro del movimiento comunista que Bujarin disfrazaba con

su rechazo del programa mínimo, de la lucha por la democracia, a favor de un tránsito inmediato al socialismo.

A causa de esas divergencias Lenin propuso públicamente a Bujarin la redacción de un artículo que sacara a la luz la verdadera naturaleza de las divergencias existentes. A pesar de que le había recomendado que *dejara madurar* sus ideas sobre el Estado, Bujarin no le hizo caso y emprendió inmediatamente la redacción de dos artículos. El primero se tituló *Hacia una teoría del Estado imperialista* y en él desarrolló algunas tesis apenas esbozadas en *El imperialismo y la economía mundial* y que Lenin se negó a publicar porque contenía graves errores de principios. Un segundo artículo de Bujarin apareció en diciembre de 1916, *El bandidesco Estado imperialista* publicado en dos revistas alemanas diferentes.

Bujarin se había lanzado aparentemente a criticar a Kautski, cuando en realidad -decía Lenin- le *ayudó con sus propios errores*. En sus escritos sostenía que los bolcheviques debían mantener una hostilidad *de principios* contra el Estado, contra todo Estado, lo que daba lugar a que Lenin considerara las tesis de Bujarin como *el colmo del absurdo; una vergüenza, semianarquismo*. Consideraba también que se le olvidaban las diferencias de los marxistas con los anarquistas respecto al Estado y que con sus posiciones *rueda evidentemente hacia el pantano* (12).

Lenin trató de desarrollar una crítica a todo el conjunto de tesis de Bujarin, incluida su obra *El imperialismo y la economía mundial*, pero otras ocupaciones se lo impidieron. No obstante, se conocen varios apuntes que dejó escritos para aquel artículo, el llamado *cuaderno azul*, y un borrador titulado *Contribución al problema del papel del Estado* que fueron luego incluidos por Lenin en un cuaderno de notas al que tituló *El marxismo y el Estado* (13) que le sirvió para redactar luego *El Estado y la revolución*, obra en la que desarrolla la teoría marxista acerca del Estado. En ella refuta las tesis de Kautski e, indirectamente, las de Bujarin, según expuso en dos cartas, una a Kolontai y otra a Armand:

Estoy preparando (ya tengo casi listo el material) un artículo sobre el problema de la actitud del marxismo respecto al Estado. He llegado a conclusiones todavía más duras contra Kautski que contra Bujarin [...] El problema es sumamente importante; Bujarin es mucho mejor que Kautski, pero los errores de Bujarin pueden echar a perder esta *causa justa* en la lucha contra el kautskismo(14).

Bujarin es kautskiano, insistía Lenin, y se hace preciso insistir en que también utilizaba ese mismo calificativo para referirse a Trotski (15), aunque por razones distintas, precisamente en una época en la que Kautski se había convertido ya en un*renegado* del marxismo. En lo concerniente en las relaciones con los mencheviques, desde 1903 Lenin venía insistiendo en la lucha sin cuartel contra los conciliadores. Por el contrario, en la Conferencia de Berna, Bujarin trató de impulsar una actitud diferente. Nadie apoyó sus tesis, pero a pesar de su soledad, Bujarin no rectificó y en la primavera de 1915 logró apoyo para sus tesis en Piatakov y Bosch. En el verano de 1915 Piatakov y Bosch propusieron al Partido bolchevique un plan de colaboración con el grupo menchevique de la Duma y otros centristas. En el verano de 1916 Lenin dedica varios artículos a combatir esta peligrosa corriente de ideas que ya estaban influyendo sobre la socialdemocracia alemana e incluso trataban de introducirse también entre los bolcheviques: critica a Rosa Luxemburgo en el artículo *Sobre el folleto Junius* y a los*neoeconomistas* rusos en *Balance de la discusión sobre la autodeterminación*, *Acerca de la naciente tendencia del economismo imperialista*, *Respuesta a P.Kievski*, que era el seudónimo de Piatakov, y *Sobre la caricatura del marxismo y el economismo imperialista*. En estos artículos Lenin menciona reiteradamente a Kautski: no basta denunciar a los oportunistas ni hablar de traición sino que hay que deslindar los campos también

con el renegado Kaustski y los centristas y considerar el fenómeno revisionista con carácter general, como una tendencia generada por la nueva etapa imperialista.

No obstante las consistentes críticas de Lenin, Bujarin publicó por su cuenta una versión resumida del primer artículo en 1916, y luego, en 1925, la versión íntegra, en la que no rectificó ninguno de sus errores, ni tampoco respondió a las objeciones que había recibido. En el prólogo a su folleto llegaba a afirmar -nada menos- que era Lenin y no él quien había cambiado de opinión. Eso significaba que en 1925 Bujarin seguía manteniendo las mismas opiniones, que no había cambiado de criterio. El problema era que diez años después, la hostilidad *de principios* de Bujarin contra el Estado, se había convertido en hostilidad hacia la dictadura del proletariado.

También aparecieron entonces las divergencias entre Lenin y Bujarin acerca del imperialismo. El debate sobre la guerra estaba íntimamente unido al debate sobre la cuestión nacional, las anexiones, la guerra internacional, la defensa de la patria... Era el imperialismo emergente lo que se presentaba ante los bolcheviques como un fenómeno nuevo, distinto, preñado de consecuencias y de desafíos para la revolución. Hacia finales de 1915 Bujarin redactó *El imperialismo y la economía mundial*, una de sus obras más conocidas, que iba precedida de un prólogo de Lenin. Según confirma el propio Bujarin, el libro no era más que de un desarrollo de la tesis que ya había difundido previamente en su artículo. Aunque en el prólogo Lenin no critica expresamente la obra de Bujarin directamente, sino, una vez más, a través de Kautski, si se comparan con las tesis de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* es fácil comprobar que las tesis básicas de ambos no son en absoluto coincidentes.

El estudio de Bujarin tenía un falso tono internacionalista: su antimperialismo de 1915 no cuadraba para nada con su negación del derecho de autodeterminación de las nacionalidades oprimidas ni con su rechazo del programa mínimo en general. También aquí sus planteamiento internacionales nada tenían que ver con los internos.

Sus tesis sobre el imperialismo, también muy influidas por Kautski y Hilferding, acaban en la defensa del *ultraimperialismo*, que niega la existencia de contradicciones internas entre los Estados capitalistas, a los que considera como un bloque monolítico. Por el contrario para Lenin bajo el imperialismo es consustancial la rivalidad entre potencias imperalistas por el reparto del mundo, hasta el punto de que son ellas las que conducen a la guerra.

En su obra *El imperialismo y la economía mundial* Bujarin critica expresamente el ultraimperialismo de Kautski y afirma que el imperialismo es la concurrencia de varios trusts nacionales; pero no descarta que esa concurrencia pueda ser eliminada, con lo cual -reconoce- desaparecería el imperialismo y se crearía un trust único mundial. Es más, considera que eso es lo que va a suceder en el futuro: *En el proceso histórico que sobrevendrá en breve el capitalismo mundial se orientará hacia un trust capitalista nacional único por absorción de los más débiles* (16). No podemos rechazar esta posibilidad, dijo Bujarin en el VI Congreso de la Internacional Comunista, porque de lo contrario no serían ciertas tampoco las tesis de Marx sobre la centralización creciente del capital. De una manera tan burda interpretaba él esa ley económica, como si la caída de la tasa de ganancia permitiera imaginar una tasa de ganancia cero, es decir, un capitalismo sin plusvalía.

Las fallas de esta tesis son múltiples. En primer lugar, aunque Bujarin fue uno de los primeros en insistir particularmente sobre la intervención del Estado en la

economía en la fase imperialista, en este extremo, el Estado desaparece completamente y habla únicamente de la lucha de los trusts, sin tener en cuenta la lucha de los Estados a los que esos trusts pertenecen. En segundo lugar, la sola posibilidad de un capitalismo sin competencia, sin rivalidad, es inimaginable, por lo que nunca será posible un trust único.

Bujarin defiende esta misma tesis por otra vía, que extrae de Hilferding. Su obra *El imperialismo y la economía mundial*preserva los errores fundamentales de Hilferding acerca del capitalismo organizado y la eliminación de las crisis en la nueva fase imperialista. Bujarin repite su teoría acerca de que bajo el imperialismo se amortiguan las crisis y que los capitales son capaces de organizarse frente a ellas y superarlas. En la economía monopolista todo el sistema económico, según Bujarin, se convierte en una especie de gran empresa, de trust gigantesco o *trust nacional de Estado* (17). La competencia en el interior queda sustituida por la competencia en el exterior, es decir, en la guerra: *La formación de los trusts capitalista desplaza casi enteramente la concurrencia al campo de la concurrencia exterior* (18).

Bujarin no habla de sobreproducción ya que prefiere utilizar el término *desproporción* entre las diferentes ramas de la economía. La sobreproducción es solamente una de esas desproporciones, la que se da entre la producción y el consumo, y solamente sirve para poner de manifiesto que el capitalismo carece de planificación, que está mal organizado, que es anárquico. En el capitalismo monopolista (capitalismo *de Estado* lo llama él) las crisis son imposibles (19).

Como las crisis en el capitalismo *de Estado* son imposibles, Bujarin las traslada al exterior. El *internacionalismo* de Bujarin tiene también ese componente: no es en la lucha de clases sino en la esfera internacional donde hay que combatir contra el capitalismo, porque es fuera de las fronteras donde sus fundamentos se quiebran. Los problemas más imporantes de nuestra época, dice Bujarin, están vinculados al imperalismo, o lo que es lo mismo, a las cuestiones internacionales. Desde la Internacional Comunista Bujarin denuncia que los partidos comunistas son insuficientemente internacionalistas y les exige que subordinen todas las demás tareas al problema de la lucha contra la guerra mundial.

Aunque no utiliza la expresión *revolución permanente*, Bujarin está en la misma línea que Trotski, y también proclama *el bolchevismo a escala de Europa occidental*. Lenin critica todas estas tesis, defiende la ley del desarrollo desigual de los diferentes países y afirma que lo que defiende Bujarin ni es bolchevismo ni es marxismo siquiera (20). También desde este punto de vista el internacionalismo de Bujarin era falso.

La influencia de Kautski sobre Bujarin se observa en otro aspecto: ambos separan la política de la economía imperialista y consideran que la nueva fase del capitalismo es sólo una política de anexiones. Pero ese análisis es erróneo; ambos aspectos son indisolubles; el imperialismo se desprende de la transformación monopolista del capitalismo. No es posible un capitalismo sin guerras imperialistas y sin anexiones; para acabar con éstas es imprescindible acabar antes con el capitalismo.

Tres años después todas estas concepciones erróneas reaparecerán, creando importantes conflictos en el seno del Partido bolchevique a consecuencia de la paz de Brest-Litovsk. Bujarin persistió siempre en sus viejas concepciones de 1915 e incluso creó un órgano de prensa al margen del Partido para defenderlas, al más puro estilo faccional. Aunque en la Conferencia de Berna nadie apoyó sus tesis, se

unió luego con el grupo de los *japoneses* para promover su propio periódico. Este tipo de alianzas muestra la falta de principios de todos ellos, ya que nada les unía entre sí excepto su oposición a las tesis leninistas. Este tipo de alianzas heterogéneas de los disidentes creó un serio precedente que se repetirá diez años después cuando se formó la oposición unificada encabezada por Trotski y Zinoviev.

También en el caso de Bujarin comprobamos que las divergencias no eran de tipo personal, ni mucho menos tenían que ver con Stalin; se trataba de un enfrentamiento de larga duración con tesis básicas del leninismo que se irán reproduciendo luego en cada recodo de la lucha. El enfrentamiento de Trotski y Bujarin era con el propio Partido bolchevique.

Al frente de la revolución proletaria

La Revolución de febrero de 1917 libera a Stalin de su confinamiento en Siberia. Regresa a Petrogrado (antigua Petersburgo) el 12 de marzo y se instala en un modesto apartamento de la calle Fontaka que comparte, junto con su mujer, su hijo, Molotov yDzerzhinski. El Comité Central le nombra delegado bolchevique en el Comité Ejecutivo del Soviet y, además, le encomienda la dirección de *Pravda* junto con Kamenev.

Pero sus posiciones políticas, tras varios años de destierro, no responden a las necesidades de la revolución en aquel momento. Stalin, como el resto de la dirección bolchevique en el interior, continúa hablando de *república democrática* y de *presionar* al gobierno provisional para exigirle la apertura inmediata de negociaciones de paz. Estaba anclado en el pasado, mientras las posiciones leninistas habían dado un salto adelante gigantesco, lo mismo que toda la situación, interna e internacional.

En abril Lenin llega a Petrogrado, regresa a Rusia después de muchos años de exilio. En la misma estación sus camaradas le saludan con discursos protocolarios de bienvenida. El zarismo había sido reemplazado por la República, la autocracia por la democracia; los bolcheviques podían actuar libremente entre los obreros y eso les llenaba de satisfacción. Hasta los mencheviques y los eseristas, es decir la izquierda, alcanzaron cargos en el nuevo gobierno. Pero Lenin no estaba nada contento con la postura adoptada por la dirección del Partido ni por el *Prava* entre febrero y abril. A pesar de lo avanzado de la noche y del cansancio, reunió inmediatamente a la dirección del Partido en un hotel. Su alocución no fue nada complaciente y duró dos horas, en las que criticó duramente a sus camaradas.

Lenin sostenía que la Revolución de Febrero había creado una *dualidad de poder*: por un lado los soviets obreros y, por el otro, el gobierno burgués, con el que no cabía ninguna clase de contemplaciones: había que llamar a su derrocamiento, había que reclamar *todo el poder para los soviets* y, en suma, había que dar un giro estratégico a la línea del Partido, poniendo en primer plano la lucha por la revolución socialista.

No contento con ese jarro de agua fría, Lenin dijo que por su colaboración con la burguesía durante la guerra imperialista, el socialismo estaba podrido en todos los países: había que crear partidos comunistas enteramente nuevos.

Lenin redacta sus *Tesis de abril* en las que condensa esas nuevas posiciones, pero el choque es tan fuerte que Kamenev no sólo no las publica en *Pravda* sino que las critica y continúa defendiendo la naturaleza meramente democrática de la revolución proletaria.

Stalin, por el contrario, rectificó y asumió la nueva línea leninista, pero fue el único porque en el Comité Central seguían prevaleciendo las viejas posiciones.

Con la Revolución de Febrero no todos regresaron a la batalla política desde Siberia, como Stalin. Además de Lenin, volvieron otros exiliados, las viejas figuras políticas, más conocidas en los cenáculos de París y Berlín que entre los obreros de Rusia. Habían huido despavoridos de las detenciones y las cárceles y ahora querían gozar de su oportunidad de encumbrarse al calor de la nueva República burguesa. En este sentido, no se puede admitir ningún paralelismo entre Trotski y Stalin ni histórica ni políticamente. En febrero de 1917, cuando estalla la revolución, mientras Stalin permanecía recluido en Siberia, Trotski estaba en Nueva York, editando la revista *Novi Mir* (*Nuevo Mundo*). Este simple detalle lo define todo. Mientras la vida de Stalin casi se confunde con la del mismo Partido bolchevique, la estancia de Trotski dentro del mismo no fue más allá de unos pocos años. Desde Nueva York, Trotski trató de embarcar hacia Rusia, pero su viaje fue interrumpido en Halifax al resultar detenido por el gobierno de Canadá durante un mes. Fue liberado a petición del gobierno provisional de Kerenski. También los imperialistas británicos presionaron para liberar a Trotski y que lograra volver a Rusia, según el espía británico Bruce Lockhart, para poder utilizar sus *disensiones con Lenin*. En sus memorias Lockhart criticó la postura del gobierno británico: *No tratamos a Trotski con astucia. En el momento de estallar la primera revolución estaba en el exilio en América. No era bolchevique ni menchevique... Era lo que Lenin llamaba un trotskista, es decir, un individualista y un oportunista. Revolucionario con un temperamento de artista y sin ninguna duda dotado de un gran coraje físico. Nunca había sido y no podía nunca ser un hombre serio de partido. Su actitud ante la primera revolución fue severamente condenada por Lenin... En la primeravera de 1917, Kerenski pidió al gobierno británico que facilitara el regreso de Trotski a Rusia... Como de costumbre en nuestra postura respecto de Rusia, adoptamos medidas desastrosas. Trotski fue tratado como un criminal. En Halifax fue internado en un campo de concentración. Y después de provocar su amargo resentimiento, fue cuando le permitimos regresar a Rusia*.

En mayo Trotski llega a Petrogrado desde Nueva York y, después de 14 años de exilio, con una Revolución por medio, no ha sido capaz de constituir un partido. Sigue siendo fiel a sí mismo, un personaje con la cabeza llena de ideas, pero eran sólo teorías; nadie le sigue, carece de apoyos de ningún tipo. Falto de su propia organización, se vio obligado a adherirse a la organización de los llamados *mezhrayontsi*, socialdemócratas que vacilaban entre los bolcheviques y los mencheviques. El 10 de mayo Lenin acudió a una reunión con este pequeño grupo para plantearles las condiciones para su integración en el Partido bolchevique y tomó notas de la reunión. En ellas Lenin dice que después de exponerles esas condiciones tomó la palabra Trotski fuera del orden del día pactado para manifestar que él no era bolchevique y que no aceptaba la condiciones de ingreso. El grupo no aceptó entonces la unificación, pero, tres meses después, en agosto, los *mezhrayontsi* declararon que no tenían discrepancias con los bolcheviques e ingresaron en el Partido. A pesar de la oposición de algunos viejos cuadros bolcheviques, como Kalinin, junto con ellos también entraron en el Partido Trotski y sus escasos seguidores. Fueron muchos los *mezhrayontsi*que, al sumarse a las filas bolcheviques, rompieron para siempre con el oportunismo. Pero el ingreso de Trotski y de algunos de sus adeptos en el Partido fue, como demostraron los acontecimientos posteriores, puramente formal: en la práctica, siguieron defendiendo sus opiniones equivocadas, infringieron la disciplina y minaron la unidad ideológica y orgánica del Partido.

La insistencia de Lenin en admitir a Trotski dentro del Partido era puramente táctica. Se habían acabado las pequeñas reuniones conspirativas; la legalidad del Partido bolchevique requería personas capaces de hablar ante auditorios

numerosos. Por otro lado, los avatares de *Pravda* demostraban que el Partido también carecía de buenos escritores y periodistas. Se imponía abrir el Partido a los intelectuales y por eso entró Trotski.

En junio Stalin asiste al I Congreso de los Soviets, resultando elegido miembro del Comité Ejecutivo Central y de su Buró Permanente en representación de la minoría bolchevique. También interviene en la Conferencia de las organizaciones militares del Partido.

Un mes después el Comité Central le encomienda organizar la huida de Lenin y queda al frente del funcionamiento del Partido, organizando el VI Congreso, el primero en la legalidad aunque, en realidad, se celebró casi clandestinamente. Stalin leyó el informe de la dirección y pronunció el discurso de clausura sobre la cuestión nacional. En ausencia de Lenin, fue Stalin quien ocupó su puesto al frente del Partido.

El Congreso rechazó las propuestas de Preobrajenski, quien negaba la posibilidad de que la revolución socialista triunfara en Rusia que, en su opinión, sólo era posible si el proletariado de los países de Europa occidental se levantaba. En la misma línea, Bujarin manifiestó que la revolución era imposible porque los campesinos formaban un bloque con la burguesía y no seguirían a la clase obrera.

El Congreso eligió una nueva dirección que, al incorporar al pequeño núcleo trotskista, se amplió considerablemente a 21 miembros, más otros 10 suplentes. Su composición no podía satisfacer a Lenin. Se trataba más de un órgano deliberante que del *estado mayor* de la revolución que Lenin exigía.

El problema se puso de manifiesto durante la reunión del Comité Central celebrada el 15 de setiembre, cuando Kamenev propuso quemar dos cartas enviadas desde el extranjero por Lenin para preparar la insurrección. Stalin, por el contrario, reclamó que ambas cartas se comunicaran y se discutieran en las organizaciones del Partido, pero su propuesta fue rechazada.

El 8 de octubre se entrevista clandestinamente con Lenin para perfilar los detalles de la insurrección. Dos días después el Comité Central aprueba la consigna insurreccional y, para prepararla, se crea un *centro* dirigido por Lenin y Stalin. Además Stalin también organiza un comité militar revolucionario y transmite la consigna insurreccional a los responsables bolcheviques del trabajo sindical.

Los preparativos insurreccionales de Lenin fueron aprobados en la reunión del Comité Central de 10 de octubre. Se eligió un centro político para dirigirla (al que se llamó Buró Político) formado por Lenin, Stalin, Zinoviev, Kamenev, Bubnov y Sokolnikov.

Pero poco después, en una nueva reunión del Comité Central, Zinoviev y Kamenev se oponen a la insurrección y la traicionan al publicar los preparativos en la prensa. Lenin exigió la inmediata expulsión de ambos del Partido y, ante el incumplimiento de sus exigencias, llegó a enviar una carta de dimisión a la dirección del Partido.

La siguiente reunión del Comité Central se celebró seis días más tarde y fue ampliada a 25 personas. Se eligió un centro práctico para llevar a cabo la insurrección, formado por Sverdlov, Stalin, Dzerzhinski, Bubnov y Uritski.

Stalin, protagonista directo de aquellos hechos y más ecuánime juzgando a Trotski de lo que la propaganda imperialista nos ha presentado, narraba así el papel de

Trotski en aquellas jornadas: *Estoy lejos de negar el papel indudablemente importante desempeñado por Trotski en la insurrección. Pero debo decir que Trotski no desempeñó, ni podía desempeñar, ningún papel particular en la insurrección de octubre, y que, siendo presidente del Soviet de Petrogrado se limitaba a cumplir la voluntad de las correspondientes instancias del Partido, que dirigían cada uno de sus pasos*. Más adelante añade: *Trotski peleó bien en el periodo de octubre. Pero en el periodo de octubre no sólo Trotski peleó bien; ni siguiera pelearon mal gentes como los eseristas de izquierda, que entonces marchaban hombro con hombro con los bolcheviques. Debo decir, en general, que en el periodo de la insurrección triunfante, cuando el enemigo está aislado y la insurrección se extiende, no es difícil pelear bien. En esos momentos hasta los elementos atrasados se hacen héroes. Pero la lucha del proletariado no es una ofensiva continua, una cadena de éxitos constantes. La lucha del proletariado tiene que pasar también por sus pruebas y sufrir sus derrotas. Y verdadero revolucionario no es quien da muestras de valor en el periodo de la insurrección triunfante, sino quien, peleando bien cuando la revolución despliega una ofensiva victoriosa, sabe asimismo dar muestras de valor en el periodo de repliegue de la revolución, en el periodo de derrota del proletariado; quien no pierde la cabeza y no se acobarda ante los reveses de la revolución, ante los éxitos del enemigo; quien no se deja llevar del pánico ni cae en la desesperación en el periodo de repliegue de la revolución*.

Trotski también propuso aplazar la insurrección para sincronizarla con el II Congreso de los Soviets, delatando la fecha de inicio de la revolución. Con ese proyecto, el Gobierno Provisional podía ganar tiempo para agrupar a todas las fuerzas contrarrevolucionarias, dejaba el comienzo de la revolución en manos de mencheviques y eseristas, que en aquellos momentos controlaban los Soviets, y podían aplazar su Congreso. El mismo día en que se inició la insurrección, el 24 de octubre, Trotski se opuso a ella en la reunión de la minoría bolchevique del II Congreso de los Soviets, diciendo que *la detención del Gobierno Provisional no está en el orden del día*. Lenin, por el contrario defendía que *todo está pendiente de un hilo: en el orden del día figuran cuestiones que no pueden resolverse por medio de conferencias ni de congresos, sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas*.

La misma noche de la revolución, el 25 de octubre, se reunió el II Congreso de los soviets que aprobó la formación del Gobierno, entonces llamado Consejo de los Comisarios del Pueblo, declarándolo responsable frente al nuevo Comité Ejecutivo Central, también nombrado por el mismo Congreso.

Lenin había propuesto a los socialistas revolucionarios de izquierda entrar a formar parte del nuevo Gobierno, pero éstos no habían aceptado alegando que solamente se integrarían en un gobierno de coalición integrado por todos los partidos socialistas. Se opuso a esta pretensión, ya que consideraba que los mencheviques y los eseristas de derecha eran unos agentes del imperialismo, que habían sido los principales enemigos de la insurrección y que intrigaban en contra del Poder soviético.

Los mencheviques y los eseristas presionaban al Gobierno revolucionario, alegando que era puramente bolchevique y no soviético. El día 29 el Vikzel, el Comité Ejecutivo del Sindicato de los Ferroviarios, dominado por los oportunistas, difundió un comunicado, en el que admitía que *el Gobierno Kerenski ha sido incapaz de mantener el poder* pero se añadía que *el Consejo de Comisarios del Pueblo formado en Petrogrado con el apoyo de un sólo Partido no puede ser reconocido y apoyado por todo el país*. El comunicado afirmaba que era necesario un Gobierno que tuviera la confianza de todos los *demócratas*.

Ante esta postura Zinoviev y Kamenev, que se habían reincorporado al Comité Central en el momento de la insurrección, junto con otros miembros de Comité Central, vacilaron y criticaron la formación del nuevo gobierno, aceptando los argumentos de los oportunistas. En la reunión del día 29 (en la que Lenin y Stalin estaban ausentes) el Comité Central recomendó la ampliación del Gobierno y el ingreso en el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de los oportunistas y de los representantes del Vikzel. Kamenev comenzó a negociar con los oportunistas su entrada en el Gobierno.

Lenin se negó a hacer concesiones porque no consideraba a eseristas y mencheviques como demócratas y socialistas, sino agentes de la reacción que estaban tratando de debilitar el poder soviético, que trataban de introducirse en el Gobierno como un caballo de Troya. Dijo que había que interrumpir toda clase de negociación, que el gobierno bolchevique era un gobierno soviético legítimo porque había sido elegido en el Congreso de los Soviets, que el Vikzel era un sindicato oportunista y que lo fundamental era que las masas apoyaban al Gobierno soviético. Por tanto, buscar el apoyo de los oportunistas era un absurdo. Concluyó su intervención con estas palabras: *Hemos propuesto al Vikzel transportar las tropas a Moscú. Se ha negado. Tenemos que dirigirnos a las masas y ellas lo derrocarán*.

Sin embargo, Trotski logró que la proposición de Lenin fuera rechazada, propugnando, en cambio, que la oposición ingresara en el Gobierno en una proporción del 25 por ciento. Logró también que el Comité Central decidiera seguir negociando con el Vikzel*para desenmascararle*. Como siempre Trotski adoptaba una posición intermedia, conciliadora y oportunista.

Pero al día siguiente, Lenin ganó en toda la línea. El Comité Central adoptó una resolución en la cual se afirmaba que *la oposición que se ha formado en el interior del Comité Central se ha apartado íntegramente de todas las posiciones fundamentales del bolchevismo y, en general, de la lucha proletaria de clases* y que *el Comité Central confirma que es imposible renunciar a un gobierno puramente bolchevique sin traicionar la consigna de 'todo el poder a los Soviets', puesto que la mayoría del II Congreso Panruso de los Soviets, sin ninguna exclusión, ha entregado el poder a este Gobierno*.

El 3 de noviembre la mayoría del Comité Central, de la cual formaba parte Stalin, lanzó un ultimátum a la minoría instándola a someterse a las decisiones del Comité Central. En respuesta, la minoría (Kamenev, Zinoviev, Rikov, Miliutin y Noguin) dimitió del Comité Central afirmando que no podía asumir la responsabilidad de una *política desastrosa* y que se reservaban el derecho de dirigirse a las masas para promover un gobierno de todos los partidos *soviéticos*.

De nuevo Zinoviev, Kamenev y los demás habían creado una facción separada del Partido que pretendía actuar con su propia línea. La minoría afirmaba que *sin un acuerdo con los demás partidos socialistas existe un único camino: el mantenimiento de un gobierno puramente bolchevique sobre la base del terror político*.

En realidad Zinoviev y Kamenev seguían sin estar convencidos de la posibilidad por parte de los bolcheviques de mantener el poder. Las mismas vacilaciones que habían tenido en vísperas de la insurrección las mantuvieron después. Sería un error sin embargo pensar que las contradicciones en el seno del Comité Central fueran divergencias tácticas, de apreciación de la situación y que la diferencia estribaba en que Lenin, Stalin y la mayoría del Comité Central tenían simplemente una mayor confianza en la solidez del nuevo gobierno soviético. Evidentemente

existía este elemento. La obsesión de los cinco de la minoría en pedir un acuerdo con los oportunistas reflejaba una incomprensión absoluta de la situación que se había creado, del desprestigio de los oportunistas y de la fuerza que el apoyo de las masas proporcionaba al poder soviético. Pero, por encima de todo ello existía una contradicción sobre una cuestión de principio: sobre la naturaleza de la política de los partidos revisionistas.

Muchos años después Stalin escribiría:

¿En qué consiste la regla estratégica fundamental del leninismo? Consiste en reconocer:

1) Que cuando se avecina un desenlace revolucionario, los partidos conciliadores constituyen el más peligroso apoyo social de los enemigos de la revolución.

2) Que es imposible derribar al enemigo (al zarismo o la burguesía) sin aislar a estos Partidos.

3) Que por ello en el periodo de preparación de la revolución los principales golpes deben dirigirse a aislar a estos Partidos, a separar de ellos a las grandes masas trabajadoras (21).

En esto estriba la divergencia. Kamenev y Zinoviev en el mes de octubre se habían opuesto a la insurrección alegando que, por agudizarse las contradicciones, mencheviques y eseristas se verían necesariamente arrastrados a apoyar la revolución. Este es el punto de vista que mantienen después de la insurrección. Lenin estaba en total desacuerdo con esto: su opinión era que los revisionistas eran agentes de la contrarrevolución y que al profundizarse la revolución les arrojaría cada vez más en brazos de la reacción. Se trataba, pues, de una divergencia de fondo.

La salida de la guerra imperialista

En política exterior, el nuevo Estado inició una política revolucionaria, basada en el internacionalismo proletario, la lucha por la paz y el reconocimiento del derecho de autodeterminación de todas las naciones y países coloniales. La presencia del primer Estado socialista en la Historia abre toda una nueva época de relaciones internacionales, transformando radicalmente el Derecho Internacional y toda la diplomacia conocida hasta entonces. Los imperialistas ya no tienen las manos libres y todo un rosario de países consigue salir de la negra noche colonial gracias a la URSS.

El II Congreso de los soviets había aprobado, antes que nada, el decreto por el que se comprometía a sacar a Rusia de la guerra imperialista. Por su parte, los bolcheviques habían conquistado el poder prometiendo al pueblo ruso la paz. En consecuencia, había que entablar inmediatas negociaciones con el enemigo; se trataba de un primer pasó imprescindible para aclarar, ante el pueblo ruso y el mundo, que el gobierno soviético deseaba acabar con la guerra.

En cumplimiento del decreto sobre la paz, el gobierno se dirigió el 8 de noviembre a las potencias imperialistas proponiendo el inicio de negociaciones. Francia, Inglaterra y Estados Unidos no respondieron a ninguna de las tres comunicaciones que les enviaron. En cuanto a Alemania, al día siguiente Lenin llamó por teléfono a Dujonin, jefe del Estado Mayor del Ejército y le ordenó que con carácter inmediato entablara conversaciones. Stalin se encontraba junto a él. Dujonin se negó

afirmando que el nuevo gobierno no gozaba del apoyo popular. La respuesta de Lenin fue inmediata: *En nombre del Gobierno de la República rusa y por orden del consejo de los Comisarios del pueblo, le destituyo por desobedecer al Gobierno y porque su conducta causa perjuicios incalculables a las masas trabajadoras de todos los países, y sobre todo a los ejércitos*. Stalin cuenta: *El momento era terrible* [...] *Recuerdo que, después de haber permanecido un segundo en silencio frente al aparato, Lenin se levantó y su cara estaba iluminada por una luz interior. Se veía que había tomado su decisión*.

Una hora más tarde Lenin y Stalin dirigían un llamamiento *a todos los soldados, a todos los marineros*. En el llamamiento se decía: *Soldados, la causa de la paz está en vuestras manos. No permitáis a los generales contrarrevolucionarios comprometer esta gran causa*. También pedían que *los regimientos que mantienen las posiciones en las trincheras elijan inmediatamente representantes plenipotenciarios para comenzar negociaciones oficiales de armisticio con el enemigo*. Este llamamiento permitió a Lenin y Stalin desbaratar la resistencia y las maniobras contrarrevolucionarias del Alto Estado Mayor y reforzar las posiciones bolcheviques en el Ejército.

Lenin estaba convencido de que era necesario hacer todos los esfuerzos posibles para lograr que las negociaciones de paz alcanzaran su objetivo. Para ello había que hacer todas las concesiones necesarias y aceptar las condiciones que los alemanes presentaran, por duras que fueran. Seguir en guerra con Alemania constituía un auténtico suicidio. El nuevo poder no se había consolidado, el ejército seguía siendo el viejo ejército zarista y aún no se había realizado en él una profunda depuración. Pero, sobre todo, los soldados estaban cansados de luchar. Sin duda la clase obrera hubiera respondido a un llamamiento del Partido y se hubiera sumado a la guerra revolucionaria. Pero los campesinos no lo harían y, en la estrategia leninista, el apoyo de los campesinos constituía el elemento clave. El proletariado mantendría el poder a condición de conservar el apoyo del campesinado, y los campesinos querían ardientemente la paz. Lograr la paz significaba conservar la alianza obrero-campesina.

Pero las posiciones dentro del Partido respecto a la guerra no eran homogéneas sino que coexistían tres líneas divergentes que, además, no eran nuevas, sino que venían de atrás, de las mismas posturas adoptadas en 1915 con respecto a la guerra imperialista:

— Una era la posición encabezada por Lenin, Sverdlov y Stalin de firmar la paz a toda costa, cualesquiera que fueran las condiciones exigidas por Alemania.

— La segunda posición era la de Bujarin y los llamados *comunistas de izquierda* que, ante la dureza de las condiciones alemanas, proponían desencadenar la *guerra revolucionaria*.

— En cuanto a Trotski, su posición era intermedia, centrista, *ni guerra ni paz*; si los alemanes insistían en sus pretensiones, no había que aceptarlas, pero tampoco había que proclamar la guerra revolucionaría.

La oposición de izquierda sostenía que firmar la paz no resolvería absolutamente nada y que, en caso de hacerlo, la revolución se enfrentaría con toda una serie de ultimátums por parte de los alemanes, que pretenderían imponer concesiones cada vez más duras.

En la reunión del Comité Central de 23 de febrero Stalin expuso: *Suponer que no tendremos una tregua y que habrá continuos ultimátums significa pensar que en*

Occidente no hay absolutamente ningún movimiento. Nosotros pensamos que el alemán no puede hacerlo todo. Además, nosotros confiamos en la revolución. Esta afirmación de Stalin ilustra claramente la verdadera postura suya y de Lenin sobre la cuestión de la paz.

Para los bolcheviques, el reforzamiento y consolidación de la alianza obrero-campesina constituía la condición necesaria del éxito de la revolución. La revolución en occidente, de la cual había numerosos síntomas, constituía un importante factor de consolidación de la revolución soviética, pero era una posibilidad, no una realidad en marcha con la que se pudiera especular de forma aventurera a costa de la revolución ya existente. Lenin criticaba continuamente a sus adversarios, que *jugaban* con una guerra revolucionaria para la que no había condiciones en base a las fuerzas interiores de Rusia.

Para Trotski la postura de los dirigentes bolcheviques era un síntoma de *nacionalismo*, de abandono de las posiciones del internacionalismo proletario y de la revolución mundial. Él presumía de tomar en consideración el *factor internacional*. No cabe duda de que Lenin y Stalin también tomaban en cuenta este *factor* pero dentro del marco de la concepción leninista del carácter desigual del desarrollo imperialista. Según Trotski, ante las dificultades de la revolución, el único aliado de la revolución estaba constituido por el proletariado europeo.

Alemania, presionada por el movimiento huelguístico, inició el día 20 de enero de 1918 las conversaciones en Brest-Litovsk. Trotski fue encargado por el Comité Central y el Gobierno de dirigir las negociaciones con el imperialismo alemán en su condición de ministro de Asuntos Exteriores y, mientras ambas partes discutían los términos del acuerdo, se firmó un armisticio inicial. Las condiciones exigidas por Alemania resultaron humillantes para Rusia, ya que perdía Ucrania, Bielorrusia y los Estados bálticos y, además, debía pagar fuertes sumas de dinero. Por eso el 28 de enero, unilateralmente, Trotski rompió las negociaciones, a pesar de que tenía orden de aceptar las condiciones alemanas, por duras que fueran. Pero cuando tales condiciones -muy duras en efecto- fueron presentadas, Trotski declaró que el gobierno soviético no las aceptaba y, en el momento decisivo (10 de febrero), anunció la desmovilización del Ejército. Como no se había firmado ningún acuerdo de paz, los imperialistas alemanes aprovecharon esta frivolidad para desatar una ofensiva en toda línea y ocupar vastas extensiones de territorio soviético. Les habían servido la excusa en bandeja.

Según Trotski el gobierno soviético no debía oponer resistencia ante el avance enemigo porque, ante esta actitud pacifista, los proletarios de Occidente se sublevarían y los soldados alemanes reclamarían la paz. Había que esperar de brazos cruzados; la revolución corría un serio peligro pero la paz llegaría por sí misma: *La revolución europea* -declaró Trotski- *es lo único que puede salvarnos, en el sentido pleno de la palabra*. Esta posición de Trotski era consecuencia de sus clásicos errores:

— la tradicional desconfianza hacia el campesinado que anticipaba sus posteriores discrepancias acerca de la *construcción del socialismo en un sólo país*. Era, por tanto, un error estratégico consustancial a las posiciones políticas e ideológicas que había manifestado desde siempre. Para Trotski, ante las dificultades de la revolución rusa, la única reserva estratégica estaba constituida por el proletariado europeo y no por los campesinos rusos.

— la *revolución permanente* que provocaría la llegada al poder del proletariado simultáneamente en todos los países europeos, lo que significaba desconocer la ley

leninista del desarrollo desigual y esperar que llegaran desde fuera a salvar a Rusia del naufragio.

— menosprecio de las contradicciones interimperialistas en una situación en la que, como había reconocido Lenin *nuestra existencia depende, en primer lugar, de la existencia de une radical división en el campo de las potencias imperialistas*. Había que aprovechar al máximo los enfrentamientos entre los distintos países capitalistas.

Las tesis sobre la salida de la guerra de Trotski, Kamenev, Zinoviev, Bujarin y otros condujeron, en palabras de Lenin, a *una paz mucho más humillante, por culpa de quienes no quisieron aceptar la primera*. En la reunión del Comité Central del 18 de febrero dijo: *La historia dirá que vosotros habéis cedido la revolución. Podíamos haber firmado una paz que no hubiera amenazado en absoluto la revolución. No tenemos nada: en la retirada no lograremos ni siquiera volar lo que dejamos atrás*. Y concluía con las siguientes palabras: *Es preciso proponer la paz a los alemanes*. Stalin apoyó la propuesta de Lenin y añadió que a su juicio eran suficientes cinco minutos de fuego intensivo para que en el frente no quedara un solo soldado ruso.

La decisión de Trotski creó una situación insostenible para el nuevo poder revolucionario, que tuvo que llamar a la movilización de obreros y campesinos para la defensa del país y trasladar a la Guardia Roja a los frentes. Aquellos días empezó la formación de nuevas unidades militares revolucionarias, consagrándose el 23 de febrero como fecha inaugural del Ejército Rojo. A costa de numerosas víctimas, la ofensiva fue finalmente contenida frente a Petrogrado, así como en Ucrania y Bielorrusia y el 3 de marzo se firmó la paz de Brest-Litovsk.

En vista de la experiencia de Brest-Litovsk, en abril el Consejo de Comisarios del Pueblo (gobierno) nombró esta vez a Stalin como jefe de la delegación encargada de mantener conversaciones de paz con la Rada ucrania.

Se había logrado un momento de respiro para reorganizar el nuevo Estado y todo el sistema económico. Los soviets se apoderaron del Banco Central, se anularon los empréstitos, se nacionalizó la industria, se aprobó la nueva Constitución y se trasladó la capital a Moscú.

Notas:

★ Roman Malinovski, miembro del Comité Central del Partido bolchevique y presidente de su grupo parlamentario durante dos años, fue posteriormente desenmascarado como agente de la policía zarista. A causa de ello los bolcheviques padecieron una dura campaña difamatoria, tanto por parte de la prensa burguesa como de los mencheviques. La policía sólo se infiltra en las organizaciones revolucionarias para desmantelarlas, mientras apoya y sostiene a los reformistas y colaboracionistas. En su etapa de diputado Malinovski pronunció encendidos discursos contra la autocracia, de los que incluso la prensa reaccionaria de la época se hizo amplio eco. Pero sorpresivamente, sin contar con el Partido, abandonó su tarea y se presentó en casa deLenin, que entonces vivía en Polonia. No solamente los mencheviques, sino también Bujarin, denunciaron a Malinovski como lo que realmente era. Dentro del Partido se formó una comisión de investigación integrada por Lenin, Zinoviev y Jakob Ganetzki para examinar el asunto, decidiendo que no existían pruebas suficientes para acusar a Malinovski de confidente, pero que debía ser expulsado del Partido por haber dimitido sin autorización. La decisión se tomó a pesar de las advertencias de Elena Rozmirovitch, secretaria del grupo parlamentario

bolchevique de la Duma. Tras la revolución, Malinovski se presentó en Rusia y fue detenido. El 5 de noviembre de 1918, se abrió en su contra un proceso criminal en Moscú. En aquella época Elena Rozmirovitch era la presidenta de la comisión de investigación del Comité Ejecutivo Central de Rusia, y su segundo marido, Nikolai Krilenko, fue el fiscal del caso. Resulta curioso apuntar también que era Krilenko quien redactaba aquellos famosos e incendiarios discursos que Malinovski pronunciaba en la Duma zarista. Esta vez el fallo fue condenatorio porque la Revolución se había apoderado de los archivos de la Ojrana, en los que figuraba su nombre, y Malinovski fue pasado por las armas por traición a la causa del proletariado.

(1) V.I.Lenin: «El socialismo y la guerra», en *Obras Completas*, tomo 26, pg.372.

(2) V.I.Lenin: «El sentido histórico de la lucha interna en el Partido en Rusia», en *Obras Completas*, tomo 19, pg.394.

(3) V.I.Lenin: «El derecho de las naciones a la autodeterminación», en *Obras Completas*, tomo 25, pg.332.

(4) V.I.Lenin: «Acerca de una violación de la unidad que se encubre con gritos de unidad», en *Obras Completas*, tomo 26, pg.214.

(5) V.I.Lenin: Carta a Alejandra Kolontai de 17 de febrero de 1917, en *Obras Completas*, tomo 49, pg.446.

(6) V.I.Lenin: Carta a Zinoviev de 24 de agosto de 1909, en *Obras Completas*, tomo 47, pg.209.

(7) V.I.Lenin: *Obras Completas*, tomo 20, pg.102.

(8) V.I.Lenin: «Carta al Colegio del CC del POSDR en Rusia», en *Obras Completas*, tomo 20, pg.47.

(9) V.I.Lenin: «El objetivo de la lucha del proletariado en nuestra revolución», en *Obras Completas*, tomo 17, pg.393.

(10) *Staline*, Éditions de Deux-Rives, Paris, 1945, pg.40.

(11) V.I.Lenin: Carta a Inés Armand de 25 de diciembre de 1916, en *Obras Completas*, tomo 49, pg.399.

(12) V.I.Lenin: Cartas a A.G. Shliapnikov de 11 de marzo y 17 de junio de 1916, en *Obras Completas*, tomo 49, pgs.222 y 284. Otra crítica aparece también en su artículo «La internacional de la juventud», en *Obras Completas*, tomo 30, pgs.235 y stes.

(13) V.I.Lenin: *Obras Completas*, tomo 33, pgs. 333 y stes.

(14) V.I.Lenin: Cartas a Inés Armand y Alejandra Kolontai escritas hacia el 17 de febrero de 1917, en *Obras Completas*, tomo 49, pg.447.

(15) V.I.Lenin: Carta a Henriette Roland-Holst de 8 de marzo de 1916, en *Obras Completas*, tomo 49, pg.218.

(16) N.I.Bujarin: *El imperialismo y la economía mundial*, Ruedo Ibérico, Paris, 1969, pgs.127 y 131.

(17) N.I.Bujarin: *El imperialismo y la economía mundial*, Ruedo Ibérico, Paris, 1969, pg.65.

(18) N.I.Bujarin: *El imperialismo y la economía mundial*, Ruedo Ibérico, Paris, 1969, pg.115.

(19) N.I.Bujarin: *El imperialismo y la economía mundial*, Ruedo Ibérico, Paris, 1969, pg.166.

(20) V.I.Lenin: «Acerca de la naciente tendencia del economismo imperialista», en *Obras Completas*, tomo 30, pg.70.

(21) José V. Stalin: *La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos. Prefacio al Libro Camino de Octubre*.

De la guerrilla al Ejército Rojo

Los soviets no sólo tuvieron que enfrentarse a las viejas clases explotadoras sino también a las potencias imperialistas. Si en un primer momento la resistencia más fuerte provino de dentro, a ella se sumó luego la fuerza de los ejércitos extranjeros.

Los extranjeros también tenían poderosas razones para enfrentarse a la revolución y no resulta precisamente cierta la excusa que adujeron de impedir la caída de los arsenales en manos de los alemanes. En una sociedad capitalista ese tipo de reazones hay que buscarlas en el lucro. Una de las primeras medidas del nuevo gobierno de los soviets fue la anulación de las deudas contraídas por la Rusia zarista con las potencias imperialistas, que superaban los 16.000 millones de rublos. Esto amenazaba con llevar a la ruina a muchos banqueros, rentistas y especuladores, justamente aquellos que manejaban las cancillerías de Londres, París, Berlín, Roma, Nueva York y otras plazas financieras. Era lógico que trataran de utilizar la fuerza de su Estado para salvaguardar sus bolsillos.

Además, en diciembre de 1917 los imperialistas franceses e ingleses habían acordado repartirse la Rusia meridional en zonas de influencia; la parte francesa comprendía Besarabia, Ucrania, Crimea y la cuenca del Donetz; la parte inglesa, el norte del Cáucaso, Transcaucasia y Asia Central.

Por su lado, las viejas fuerzas reaccionarias de Rusia se reorganizaron pronto para atacar al nuevo poder obrero y campesino; los capitalistas, terratenientes, generales zaristas, todos ellos comenzaron a conspirar contra los soviets en alianza con la reacción exterior. La contrarrevolución en Rusia tenía cuadros militares y reservas humanas, sobre todo entre las capas superiores de los cosacos y entre los kulaks. Pero no tenía ni armas ni dinero. Los imperialistas extranjeros por su parte tenían dinero y armas, pero no podían utilizar en la intervención fuerzas militares suficientes, no solamente porque estas fuerzas eran necesarias para la guerra contra Alemania y Austria, sino también porque podían resultar poco seguras en la lucha contra el poder soviético. Todas las fuerzas reaccionarias se agruparon bajo la bandera del anticomunismo. Era una aglomeración bastante heterogénea, pero tenía un objetivo común: demoler el poder de los soviets y restaurar el capitalismo en Rusia.

Esta fue la base de la intervención exterior contra el poder de los Soviets y el origen de la guerra civil. Desde el punto de vista militar, representaba una amenaza seria porque la correlación de fuerzas era muy desigual. Tomaron parte en la intervención los Estados capitalistas más importantes de Europa y también Estados Unidos y Japón, hasta un total de catorce países. El imperialismo armó y pertrechó de todo lo necesario a los ejércitos de Kolchak y Denikin, cuyos efectivos en algún momento alcanzaron a 400.000 y 110.000 mercenarios respectivamente. En mayo de 1918 las tropas invasoras sumaban por lo menos 700.000 hombres, mientras que el Ejército Rojo contaba entonces con poco más de 300.000 combatientes. En 1918, en Siberia y el Extremo Oriente, más de 150.000 hombres integraban las tropas intervencionistas; en el sur de Ucrania, en Crimea y Transcaucasia, los imperialistas de la Entente desembarcaron casi 130.000 soldados; en el norte, el ejército de guardias blancos de Miller contaba con el apoyo de más de 31.000 invasores.

El poder soviético sólo regía en 28 provincias de la parte europea de Rusia, pobladas por 64.500.000 habitantes; las otras 30 provincias del país estaban bajo el poder de los intervencionistas y guardias blancos. Los territorios ocupados por los intervencionistas se convertían en bases logísticas de los guardias blancos.

En la primavera de 1918, la ofensiva de las tropas de Alemania fue seguida por la intervención de los imperialistas de la Entente. Esta intervención comenzó a principios de marzo con un desembarco de tropas anglo-francesas en el norte para ocupar el territorio de Murmansk e imponer un gobierno de guardias blancos, la dictadura del general Miller. A mediados del mismo mes, la Conferencia londinense de primeros ministros y ministros de asuntos exteriores de Inglaterra, Francia e Italia adoptó una resolución sobre la intervención de los aliados en Rusia oriental, con la participación de Japón.

El 30 de diciembre de 1917 (12 de enero de 1918), buques de guerra japoneses habían penetrado por sorpresa en el puerto de Vladivostok. El 5 de abril desembarcaron y, en colaboración con los rusos blancos, ocuparon Vladivostok restaurando el poder de la burguesía.

Al tiempo, el 25 de mayo estalló la sublevación contrarrevolucionaria del cuerpo de ejército checoslovaco que se había formado en la zona del medio Volga durante la guerra imperialista con los prisioneros de aquella nacionalidad que manifestaron su deseo de combatir contra Alemania. De un total de unos 200.000 presos, en el verano de 1918 habían reclutado a más de 60.000 hombres. Después de la instauración del poder soviético las potencias de la Entente tomaron a su cargo la financiación de esta tropa declarándola parte del ejército francés y plantearon su evacuación a aquel país. El 26 de marzo de 1918 el gobierno soviético aceptó la evacuación a condición de que regresaran los soldados rusos que se encontraban en Francia, de que entregaran las armas y de que viajaran en pequeños grupos. El cuerpo checoslovaco fue autorizado a salir de Rusia por Vladivostok pero el mando no entregó las armas y provocó un motín, que Estados Unidos, Inglaterra y Francia apoyaron incondicionalmente. Los checos blancos, actuando en estrecho contacto con las tropas zaristas y los kulaks, ocuparon Samara y una parte considerable de los Urales, la región del Volga y Siberia. En todas partes restauraron el poder de la burguesía y, con participación de los mencheviques y eseristas, formaron gobiernos de guardias blancos.

Los ingleses invadieron Transcaucasia y Turkestán, en colaboración con la burguesía autóctona y el viejo ejército zarista. Los generales Denikin y Kornilov, apoyados por oficiales cosacos se adueñaron del norte del Cáucaso con el apoyo de los imperialistas anglo-franceses. Kolchak reunió 400.000 mercenarios, ocupando

vastas regiones de Siberia y los Urales. Desde el sur avanzó Denikin, que llegó muy cerca de Moscú, mientras por el norte atacaba Yúdenich.

La situación se fue agravando notablemente porque los imperialistas alemanes no podían permanecer con los brazos cruzados con su acuerdo de paz de Brest-Litovsk, mientras sus rivales imperialistas se estaban apoderando de la mitad del territorio ruso. A pesar de haber firmado el acuerdo de paz, decidieron apoyar a los generales Krasnov y Mamontov, que se adueñaron de Crimea y de la región del Don. Los alemanes apuntaban en su ofensiva en dirección al Cáucaso y, junto a los turcos, ocuparon Tiflis y Bakú.



A finales de 1918 los soviets estaban completamente cercados. Las ciudades sufrían hambre y la producción se encontraba paralizada por falta de materias primas. La situación era desesperada. La prensa imperialista hablaba de que los soviets estaban a punto de derrumbarse ante el poderío exultante de sus adversarios y la pobreza de sus recursos.

Para rechazar la invasión el Estado soviético se vio obligado a movilizar, además de los recursos materiales existentes, toda la energía revolucionaria de las masas. El país se convirtió en un campamento militar que reorganizaba su vida según las exigencias de la guerra. Pero la industria, la agricultura y el transporte estaban agotados por cuatro años de guerra imperialista. A pesar de la desorganización del aparato productivo, el poder soviético tuvo que reforzar la industria de guerra. La guerra civil exigía armas que solamente la industria podía producir. A su vez, la industria necesitaba materias primas y las ciudades necesitaban trigo. Pero la contrarrevolución controlaba las zonas más ricas en recursos, los principales centros abastecedores de trigo, carbón y petróleo. En la periferia -decía Stalin- estaban los suministros y los lugares más importantes desde el punto de vista estratégico militar.

Se creó un Consejo de Defensa Obrera, dirigido personalmente por Lenin, para resolver el problema de los abastecimientos (militares y civiles), que era dramático.

Otra de las tareas fue la creación de un ejército de nuevo tipo, revolucionario: el Ejército Rojo. El Partido bolchevique tuvo que crear el nuevo ejército y dirigir sus combates en condiciones extremadamente duras: bajo el embate enemigo, en plazos muy breves, asistiendo a la descomposición del viejo ejército y no teniendo experiencia en la organización militar. Los combatientes soviéticos, en una situación increíblemente penosa, con con un elevado espíritu revolucionario, lucharon abnegadamente contra las tropas de los intervencionistas y los guardias blancos bien armados, pertrechados y adiestrados. En los dos primeros meses después de la Revolución de Octubre, 100.000 hombres (esencialmente obreros revolucionarios) se habían incorporado voluntariamente al nuevo Ejército. Las

primeras operaciones militares en defensa del nuevo poder revolucionario se habían realizado inmediatamente después de la insurrección. Se trataba de acciones aisladas, realizadas por destacamentos que, integrados por obreros y soldados voluntarios, se desplazaban desde los centros urbanos hacia las provincias a fin de extender el poder de los soviets y hacer frente a los primeros intentos contrarrevolucionarios que en esa fase aún tenían un carácter aislado y no coordinado. Estas unidades utilizaron ampliamente la guerra de guerrillas y se basaban para su acción en las masas.

En mayo de 1918 se estableció el servicio militar obligatorio. De esta forma se logró con bastante rapidez que el Ejército Rojo alcanzara el millón de combatientes. Pero a partir de la intervención imperialista eso era insuficiente. Las milicias de voluntarios se encontraron frente a ejércitos centralizados, pertrechados con armamento moderno y dirigidos por militares profesionales. La acción de los destacamentos aislados de voluntarios ya no servían. Había que superar la etapa de la guerrilla porque era imposible enfrentarse a los ejércitos imperialistas con las milicias de obreros revolucionarios que existían entonces. Se necesitaba un ejército regular revolucionario, fundir en un único ejército a los viejos destacamentos guerrilleros.

Al frente del Ejército Rojo se designó a Trotski, quien había reconoció su error al oponerse a la postura de Lenin sobre la paz de Brest-Litovsk y ofreció al Partido bolchevique su colaboración sin reservas. El Partido bolchevique aceptó la autocrítica y le nombró esta vez comisario de Guerra.

La reconversión de los destacamentos guerrilleros en un poderoso ejército revolucionario tropezó con no pocas dificultades, por dos motivos:

— la mentalidad de muchos de los cuadros de los destacamentos se había amoldado a un método de combate de tipo independiente y no les resultó fácil acostumbrarse a la rigidez y la centralización que son imprescindibles en todo ejército

— el nuevo ejército requería, además de cuadros políticos y la dirección del Partido bolchevique, la intervención de profesionales de las armas, de especialistas militares que sólo podían llegar del viejo ejército zarista; estos oficiales zaristas reconvertidos fueron recibidos con gran descofianza entre los obreros y campesinos.

Esas dificultades abrieron dentro del Partido bolchevique tres líneas distintas:

— una línea, que se denominó *oposición militar*, vinculada a los *comunistas de izquierda*, negaba la necesidad de crear un ejército centralizado, sosteniendo que para la lucha contra los blancos bastaba con los destacamentos guerrilleros. La*oposición militar* estaba radicalmente en contra de la utilización de los *especialistas militares*.

— la posición de Trotski, que era partidario del ejército centralizado pero estructurado en torno a los antiguos profesionales del ejército zarista, lo que significaba una reedición del antiguo ejército blanco

— la posición del conjunto del Partido bolchevique, y de Stalin en particular, preconizando la creación de un ejército profesional de nuevo tipo, bajo la dirección del Partido bolchevique, lo que significaba promover a los guerrilleros a los puestos dirigentes y reforzar el papel de los comisarios políticos.

La *oposición militar*, además de los comunistas de izquierda, comprendía también a militantes que, sin haber jamás participado en ninguna oposición, estaban sin embargo descontentos con la dirección de Trotski en el Ejército Rojo. Cuando Trotski alude a los viejos guerrilleros del Partido, a los combatientes de los primeros destacamentos, lo hace siempre con desprecio y utilizando expresiones vejatorias. En varias ocasiones el Comité Central tuvo que intervenir directamente para impedir que fusilara a los delegados bolcheviques que le transmitían las órdenes de la dirección. En el VIII Congreso se planteó abiertamente la cuestión del fusilamiento por parte de Trotski de muchos comunistas, acusados de infracciones secundarias o que se oponían a su línea. En el Congreso se criticó a Trotski por su actuación al margen de las directrices de las células del Partido en el Ejército. La política militar de Trotski favorecía las tendencias que pretendía combatir. Su servilismo hacia los militares profesionales y su hostilidad hacia los cuadros militares comunistas, reforzó dentro del Partido la animosidad hacia la idea de un ejército regular: menoscabó el prestigio del Estado Mayor y atizó entre algunos cuadros la mentalidad guerrillera, el desprecio por el ejército regular y la indisciplina. La mayoría de los delegados militares que participaron en el VIII Congreso del Partido estaba muy indignada contra Trotski, contra sus reverencias ante los especialistas castrenses del viejo ejército zarista, una parte de los cuales había traicionado la revolución, así como contra su actitud hostil hacia los viejos militantes bolcheviques en el ejército.

Uno de esos colaboradores de los que se rodeó Trotski era Blumkin, un antiguo socialista revolucionario que asesinó al conde Mirbach, el embajador alemán en Moscú en plena negociación de la paz de Brest-Litovsk para sabotearla. También estuvo Tujachevski entre los oficiales zaristas promovidos por Trotski durante la guerra contra Polonia.

Sin embargo, aún luchando contra la deformación de la política militar del Partido efectuada por Trotski, la oposición militar defendía sin embargo posiciones erróneas sobre varias cuestiones relativas a la formación del Ejército.

Las divergencias entre Trotski y Stalin no versaban sobre la necesidad de un ejército regular y de un mando militar centralizado sino sobre la forma de concebirlo. Para Trotski la centralización debía articularse en torno a los especialistas militares del antiguo ejército zarista. Stalin nunca estuvo en contra de la utilización de oficiales zaristas por el Ejército Rojo, pero concibió el reforzamiento de la disciplina del Ejército Rojo, no como una promoción de los especialistas en los organismos de mando, sino como un reforzamiento de la dirección del Partido en el Ejército Rojo. Había, evidentemente, que integrar a todos los antiguos oficiales zaristas dispuestos a colaborar con la revolución, pero, sobre todo, había que crear cuadros militares comunistas, reforzar los poderes de los comisarios políticos, no dejarse deslumbrar por los oficiales zaristas y promover a puestos de dirección militar a obreros y campesinos que demostraran tener las capacidades y conocimientos adecuados, y destituir a los profesionales zaristas incapaces.

Trotski afirma que Stalin fue el promotor de la *oposición militar*. En sus escritos hay incesantes referencias a los *guerrilleros de Stalin*, a los *zaritsinistas*, forma despectiva en la que Trotski define a la dirección militar que Stalin formó en Zaritsin, en particular a Vorochilov, a que *Stalin no luchaba con suficiente firmeza contra la autonomía local, las guerrillas locales y la insubordinación*. Esto es falso. En todos los escritos, discursos y actuaciones de Stalin de esa época encontramos una defensa y una aplicación práctica de la necesidad de un ejército regular, de una férrea disciplina, de una dirección centralizada y de la superación del localismo y de los métodos guerrilleros. En sus obras no se encuentra una exposición sistemática de sus puntos de vista militares en la etapa de la guerra civil. Sus ideas tienen un carácter eminentemente práctico y están dispersas en una serie de informes,

cartas, telegramas y discursos en los que defiende la creación de un ejército disciplinado, centralizado y rojo, es decir, integrado por elementos proletarios y campesinos, y dirigido por el Partido Comunista. Luchó al mismo tiempo en contra de preservar los destacamentos guerrilleros propugnada por la *oposición militar*. Por lo demás, las ideas de Stalin al respecto no eran originales y coincidían plenamente con las del Partido bolchevique. En realidad no hacía más que cumplir sobre el terreno las órdenes recibidas, si bien éstas no provenían del ministro de la Guerra (Trotski) sino directamente de Lenin. Por eso se creó una fuerte resentimiento de Trotski hacia Stalin.

En el VIII Congreso del Partido fue precisamente Stalin quien pronunció el discurso sobre la cuestión militar. Por tanto, era Stalin quien expresaba el punto de vista del Partido sobre esta cuestión, y no el ministro de la Guerra. No puede resultar más significativo que, en un momento de guerra civil, fuera precisamente Stalin quien asumiera esa función dentro del Partido bolchevique en una materia que no estaba bajo su responsabilidad. El mito de Trotski como organizador el Ejército Rojo que ha propagado el imperialismo, carece, pues, de fundamento histórico.

En este Congreso los planteamientos de la oposición fueron defendidos por Smirnov, mientras en su intervención Stalin dijo:*Hace medio año, después de desmoronarse el viejo ejército zarista, teníamos un ejército nuevo, voluntario, mal organizado, con una dirección colectiva, un ejército que no siempre acataba las órdenes* [...] *La composición del ejército era principalmente obrera, si no exclusivamente obrera. Debido a la falta de disciplina en este ejército voluntario, debido a que las órdenes no siempre se cumplían, debido a la desorganización en el mando del ejército, sufrimos derrotas* [...] *Los hechos demuestran que el ejército voluntario no resiste la crítica, que no podemos defender la república si no creamos otro ejército: un ejército regular, penetrado del espíritu de disciplina, con una sección política bien organizada* [...] *O creamos un verdadero ejército regular, obrero y campesino, con una severa disciplina, y defendemos la República, o no hacemos ésto, y entonces nuestra causa estará perdida* [...] *El proyecto presentado por Smirnov es inaceptable, ya que sólo contribuiría a minar la disciplina en el ejército y excluye la posibilidad de formar un ejército regular*.

Es claro, por tanto, que Stalin no sólo no formó parte, en ningún momento, de la *oposición militar* sino que combatió abiertamente sus posiciones. Trotski lamenta el trato *brutal* empleado por Stalin contra los oficiales zaristas, y es cierto que Stalin prefirió a los viejos combatientes obreros y campesinos frente a esos militares profesionales, aún entendiendo que debían esforzarse para amoldarse a las nuevas exigencias del ejército regular.

El año 1918 fue para el Ejército Rojo un año de combates encarnizados. El Partido bolchevique, al tiempo que construía el Ejército Rojo, dirigía el combate en los diversos frentes. Tomó medidas encaminadas a robustecer los cuadros de mando y políticos del Ejército Rojo y creó el cuerpo de comisarios políticos para elevar la moral de los combatientes, educarlos políticamente y establecer la dirección del Partido.

Krasnov y Denikin intentaron agrupar los ejércitos de guardias blancos del este y del norte del Cáucaso en una campaña contra Moscú. De esta forma podrían lanzar una ofensiva contra Moscú, aislar a la capital de los suministros de trigo y de petróleo, y unificar el frente este, controlado por las unidades checoslovacas, con el meridional, controlado por Krasnov. Pero tenían que tomar Zaritsin (que en 1925 pasará a llamarse Stalingrado), una ciudad con una gran importancia estratégica porque conectaba a la Rusia soviética con el bajo Volga y con el Cáucaso del norte. No lo lograron. La heroica defensa de Zaritsin por las unidades del Ejército Rojo, los

destacamentos proletarios de la ciudad y los mineros del Donbas, con sus acciones abnegadas, paralizaron el grueso del ejército de Denikin y evitaron el golpe que quería asestar a Moscú.

El 6 de junio de 1918 Stalin llegó a Zaritsin enviado por el Consejo de Defensa Obrera. Hacía su primera aparición en un frente de guerra para resolver un problema de abastecimientos, pero su misión adquirió pronto un carácter militar. En los tres años de guerra, se trasladará incesantemente de un frente a otro en las situaciones de mayor peligro, resolverá las cuestiones militares más acuciantes y asumirá importantes tareas de dirección militar. Kaganovitch escribirá más tarde: *Allí donde el Ejército Rojo flaqueaba, cuando las fuerzas contrarrevolucionarias acrecentaban sus éxitos, cuando la agitación y el pánico podían convertirse a cada instante en catástrofe, allí se presentaba Stalin. Se pasaba las noches sin dormir, organizaba, empuñaba el mando, rompía resistencias, insistía y pasaba la curva, resolvía la situación*.

Al día siguiente de su llegada, Stalin escribe a Lenin informándole de que la ciudad está sumida en un caos increíble; merodeaban los contrarrevolucionarios envalentonados por el avance enemigo; la administración soviética y el Partido estaban en plena disgregación; muchos mandos militares, compuestos por ex-oficiales del ejército zarista, resultaron ser unos traidores, dispuestos a pasarse con armas y bagajes al enemigo. Tampoco la tropa era muy segura. Se había producido un viraje en el*mujik -que en octubre luchó por el poder soviético- contra el poder soviético (odia con toda su alma el monopolio cerealista, los precios fijos, las requisas, la lucha contra la especulación)*. Algunas unidades eran de composición cosaca y muchos elementos se habían unido a ellas *para recibir armas, informarse del dispositivo de nuestras unidades y después desertar al campo de Krasnov, llevándose a regimientos enteros*.

En su informe Stalin añade: *Expulso y amonesto a cuantos es preciso* [...] *Puedes estar seguro de que seremos implacables con todos, con nosotros mismos y con los demás, y que enviaremos cereales a toda costa. Si nuestros 'especialistas' militares (¡chapuceros!) no se hubieran dormido, ni hecho el vago, no habría quedado cortada la línea, y si se restablece, no será gracias a los militares, sino a pesar de ellos*.

Tres días después Stalin vuelve a escribir a Lenin: *Métele en la cabeza* [a Trotski] *que, sin el conocimiento de la gente local, no se deben hacer nombramientos, que de otro modo se desprestigia al Poder soviético*. Y más adelante: *En el sur hay muchos cereales, pero, para conseguirlos se necesita un aparato bien organizado, que no tropiece con obstáculos por parte de los convoyes, de los jefes de los ejércitos, etc. Aún más: es preciso que los militares ayuden a los agentes de abastos. La cuestión de los abastos, lógicamente se entrelaza con la militar. En interés del trabajo, necesito atribuciones militares. He escrito ya a este respecto, sin recibir contestación. Muy bien. En tal caso, yo mismo destituiré, sin más formalidades, a los jefes de ejército y comisarios que lo echan todo a perder. Así me lo dictan los intereses de la causa y, naturalmente, la falta de un pedazo de papel firmado por Trotski no me detendrá*.

Se trataba de una explícita petición de poderes en el plano militar, poderes que Stalin obtuvo a través de un telegrama del Consejo de Guerra Revolucionario de la República firmado por Lenin, en el cual se le encargaba *restablecer el orden, transformar los destacamentos guerrilleros en un ejército regular, nombrar una dirección justa y expulsar a los insubordinados*. Aquí radica el choque con Trotski. Éste era el ministro de Guerra y, en las cuestiones militares, Stalin hubiera debido subordinársele. No solamente no era así sino que Stalin recibió plenos poderes,

situándose fuera del mando del ministro de la Guerra. El telegrama de Lenin saltaba por encima de sus competencias, lo que en absoluto debió agradar a Trotski, máxime cuando las competencias de Stalin eran la propias de su cargo de ministro de la Nacionalidades, bien alejadas de la guerra.

Cuando este telegrama llegó, la situación era aún más grave porque los restos del Ejército Rojo de Ucrania habían llegado a Zaritsin, retrocediendo ante el avance alemán. Stalin creó un Consejo Militar Revolucionario y comenzó a limpiar el Estado Mayor, las unidades militares y la retaguardia de elementos contrarrevolucionarios, vacilantes o inseguros. Reforzó el mando y las unidades con comunistas probados y las agrupó bajo una única dirección militar.

Pocos días después de haber recibido plenos poderes en Zaritsin, en una carta a Lenin de 4 de agosto Stalin mencionaba, como uno de los aspectos positivos de la nueva situación que se había creado con la creación del Consejo Militar Revolucionario, *la supresión total del caos originado por los destacamentos*. Este hecho había permitido establecer en las unidades militares *una férrea disciplina*.

Además, Stalin menciona también, como otro factor positivo, la destitución de los especialistas, tras lo cual pudo anunciar en su carta a Lenin, que esta medida había permitido *ganar la predisposición de las unidades militares*.

Esos especialistas eran el verdadero escollo del debate sobre la cuestión militar. Según Trotski, la *brutal agresividad frente a los especialistas militares no era, naturalmente, lo más propicio para ganar la voluntad de estos últimos y hacerlos leales servidores del nuevo régimen*. Pero ¿qué clase de especialistas había en Zaritsin? El mismo Trotski reconoce: *La clase de especialistas de Zaritsin se había reclutado entre la hez de la oficialidad: alcohólicos desprovistos de todo vestigio de dignidad humana, hombres sin estimación propia, dispuestos a arrastrarse ante el nuevo amo, a adularle y abstenerse de toda contradicción*. El jefe de Estado Mayor era un hombre entregado sin remedio al alcohol. Estos son los hombres que Stalin destituyó porque no podía utilizar a ninguno de ellos para aplastar a la contrarrevolución; sustituyó a esos oficiales por cuadros comunistas, por militantes que aunque no tuvieran gran experiencia militar, aunque aún tuvieran *mentalidad guerrillera*, su entrega, moralidad y fidelidad estaba por encima de toda duda.

En Zaritsin Stalin empleó mano dura contra la burguesía y los traidores: *La vida de toda la ciudad fue sometida a la presión de una dictadura inflexible*, dice Trotski, pero añadiendo también que *no pasaba día sin que descubriera toda suerte de conspiraciones en los sitios que parecían de más seguridad y respeto*. Así, el 3 de febrero de 1919 la organización contrarrevolucionaria local se había fortalecido mucho y con dinero llegado de Moscú se preparaba una intervención activa para ayudar a los cosacos del Don a entrar en Zaritsin. La conspiración fue abortada por Stalin, el cual mandó detener al jefe de la conspiración, un ingeniero, y le mandó fusilar junto a otros cómplices. Pero Trotski presenta los hechos en un tono que da a entender que se trataba de la rudeza de Stalin, de su manía de tratar *brutalmente* a los oficiales zaristas y que esa *dictadura*no estaba justificada.

No obstante, la actuación de Stalin en Zaritsin fue coronada por el éxito y la amenaza contrarrevolucionaria sobre la ciudad se vio momentáneamente alejada. Trotski lo interpreta de la manera opuesta afirmando que fue un *completo fracaso*, que eso *se sabía* entonces dentro del Partido, que había una opinión unánime al respecto y que la expresión *zaritsinista* por aquel entonces se pronunciaba con desprecio en los medios del Ejército Rojo. Pero a las pocas semanas de producirse el *estrepitoso fracaso* de Stalin, ante la noticia de un grave desastre militar en Perm, en el frente oriental, Lenin telegrafió a Trotski: *Hay varios informes del*

Partido de los alrededores de Perm sobre el estado catastrófico del Ejército y sobre embriaguez. Te lo transmito. Piden que vayas allí. Pensé en enviar a Stalin. Temo que Smilga sea demasiado blando con Lashevich, que al parecer bebe con exceso y no es capaz de restablecer el orden. Trotski contestaba al día siguiente: *De acuerdo con enviar a Stalin con poderes del Partido y del Consejo Revolucionario de Guerra para restablecer el orden, depurar la plantilla de comisarios y castigar severamente a los culpables*.

No parece que la opinión del Partido fuera tan contraria a la actuación de Stalin en Zaritsin si a las pocas semanas se le enviaba con plenos poderes para resolver una situación en apariencia semejante.

Cuando Stalin y Dzerzhinski llegan a Viatka (Perm ya se había perdido) la situación que encontraron era gravísima. El Ejército Rojo había huido desordenadamente, abandonando armas, equipos e instalaciones en manos del enemigo. Con este motivo Stalin envía un largo informe a Lenin analizando las causas de la caída de Perm (1) que ilustra claramente acerca sus puntos de vista sobre los asuntos militares. Trotski dice que casi todos los extremos de este informe constituían un golpe contra él, lo cual es cierto. Pero lo dice para dar a entender que se trataba de la consabida conspiración de la *oposición militar*, de la oposición de Stalin a un ejército regular, de la *anarquía*, etc. Es completamente falso.

Las principales causas de la caída de Perm, según Stalin, fueron:

— el mal trabajo político del Partido en la región. En el frente del este -expone Stalin- la retaguardia mantenía una actitud hostil hacia la revolución debido a un mal trabajo político del Partido, especialmente entre los campesinos: *Las organizaciones del Partido son débiles, de poca confianza y desligados del centro*. Se ha consentido que el impuesto extraordinario, creado por las necesidades de la guerra, se repartiera por cabeza y no por censo, lo cual ha permitido a los kulaks realizar una eficaz agitación entre los campesinos pobres en contra del poder soviético. La reacción del Partido ha sido recurrir a la Cheka, sin complementar las medidas represivas con un trabajo paralelo positivo, de agitación y de organización; de ese modo los organismos del Partido y de los Soviets, cayeron en una situación de completo aislamiento. Todo ello por basarse en los viejos funcionarios, sin renovar con nuevos cuadros el aparato del Estado.

— la traición de los especialistas, que se pasaban al enemigo. Trotski dice que los casos de deserción eran aislados pero en su informe Stalin cita un buen número de ellos.

— la falta de disciplina y de centralización de las fuerzas: *Sólo así se puede asegurar el enlace del Estado Mayor con el Ejército, acabar con la autonomía, que de hecho existe, de las divisiones y brigadas y establecer una verdadera centralización en el ejército*. Stalin continúa observando que *es necesario establecer en los frentes* [...] *un régimen de estricta centralización de las operaciones de los distintos ejércitos en el cumplimiento de una directiva concreta y seriamente meditada*.

— el sistema de reclutamiento: *Hasta fines de mayo, la formación de unidades del Ejército Rojo* [...] *se efectuaba según el principio de la voluntariedad, sobre la base de incorporar al Ejército a los obreros y a los campesinos que no exploten trabajo ajeno* [...] *Es posible que a ésta, entre otras razones, se deba la firmeza de las unidades del periodo voluntario. A partir de finales de mayo, al ser disuelta la Junta y al encomendar la formación de unidades al Estado Mayor Central de toda Rusia, la situación ha ido empeorando. El Estado Mayor Central ha calcado íntegramente el*

sistema de formación del período zarista, incorporando al servicio en las filas del Ejercito Rojo a todos los movilizados sin distinción de bienes de fortuna. Stalin observa que *ésta es la razón principal de que, como fruto del trabajo de nuestros organismos de formación de unidades, resultara, más que un Ejército Rojo un 'ejército nacional'*. Insiste, por tanto, en la necesidad de un ejército centralizado, regular, basado en el servicio militar obligatorio, pero que sea un verdadero Ejército Rojo, formado por obreros y campesinos según criterios de clase. La crítica a Trotski no es por organizar un ejército regular sino por imitar al ejército zarista. La despreocupación por el factor clasista y por la cuestión de la dirección del Partido, hacía que Trotski no dedicara la necesaria atención a la formación de los comisarios políticos. Estos, por lo general, eran *unos mozalbetes incapaces en absoluto de organizar el trabajo político de modo más o menos satisfactorio*. Stalin observaba que en este *ejército nacional* la palabra *comisario* se había convertido en un insulto.

Después del VIII Congreso del Partido, a partir de la primavera de 1919, comenzó la segunda parte de la guerra civil. La derrota de Alemania en la guerra mundial y la subsiguiente revolución, modificó profundamente la situación de los soviets:

— el poder soviético pudo denunciar inmediatamente la paz de Brest-Litovsk y recuperar algunos territorios

— la revolución perdió uno de sus enemigos más fuertes

— el fin del conflicto interimperialista significó que las potencias de la Entente podían concentrar sus fuerzas contra la revolución.

Las primeras victorias del Ejército Rojo tuvieron una gran importancia política y militar. Desconcertaron a los contrarrevolucionarios e intervencionistas, sembrando el pánico entre ellos. Creció por el contrario la confianza de los obreros, campesinos, soldados y marineros, en la firmeza del poder soviético y en su capacidad para vencer a enemigos tan poderosos. Esto ayudó a que pasaran al lado de la revolución sectores populares cada vez más amplios, sobre todo el campesinado, y permitió engrosar las filas del ejército con numerosos defensores del poder soviético. En octubre de 1918 Lenin dijo: *Se necesitaron cerca de seis meses para que se produjera un viraje. Este viraje ha llegado; él modifica la fuerza de la revolución... ha ingresado al ejército gente nueva, millares de hombres que ofrendan su vida*.

Los cosacos blancos contrarrevolucionarios de los Urales y Astrakán no pudieron unirse a Denikin. A finales de 1918, casi todos los ocupantes alemanes fueron expulsados de Ucrania, Bielorrusia y de las regiones del Báltico.

Las victorias del Ejército Rojo y el continuo aumento de su combatividad no podían dejar de influir en la política de los imperialistas, que comenzaron a prepararse para una intervención aún más vasta y para prestar mayor apoyo a los guardias blancos.

La Entente comenzó su nueva campaña en noviembre de 1918, introduciendo en el Mar Negro los buques de guerra franceses e ingleses y desembarcando tropas en los puertos de Novorosisk, Odesa y Sebastopol. Las tropas griegas, rumanas y otras, a la par que las francesas e inglesas, reemplazaron a los ocupantes alemanes expulsados. A los guardias blancos rusos se les suministraron gran cantidad de piezas de artillería, infantería, armas, municiones y equipos.

La segunda parte de la guerra civil desatada en la primavera de 1919 se compuso de tres grandes ofensivas de la Entente simultáneamente en tres frentes distintos que en total alcanzaban los 8.000 kilómetros de longitud:

— Yúdenich en el norte, en la región del Báltico, amenazando Petrograde
— Kolchak en Siberia, donde se proclamó *Jefe Supremo de toda Rusia*
— Denikin en el sur, considerado como el frente principal, que tenía como objetivo a Moscú.

Aprovechando su flota del mar Negro, los imperialistas podían hacer llegar en plazos relativamente breves refuerzos al ejército de Denikin. Para impedirlo, el Comité Central del Partido tomó la decisión de aplastar, en primer término, al ejército de Denikin y las tropas intervencionistas en el sur del país, antes de que fueran reforzados por la Entente, y luego emprender el ataque en los demás frentes.

La determinación acertada del frente decisivo de lucha y la concentración en él de los esfuerzos principales, cambiaron la situación. Durante enero y febrero de 1919 el Ejército Rojo aplastó a las tropas de Denikin y liberó de enemigos el territorio ucraniano al este del Dnieper.

El frente principal se trasladó entonces hacia el este, hacia Siberia, donde Kolchak atacó y su ofensiva fue acompañada en mayo de 1919 por otra de Yúdenich desde el norte. Esta ofensiva sobre Petrogrado estuvo acompañada de la traición de las guarniciones que rodeaban a la antigua capital. Muy pronto ésta se vio amenazada y Lenin envió a Stalin para restablecer la situación. Stalin actuó con la acostumbrada energía y tras la toma del fuerte de Krasnaia Gorka, que había caído en manos de los desertores, el peligro se vio alejado. A los pocos días de su estancia en Petrogrado, Stalin comunicaba que el Ejército Rojo había pasado a la ofensiva.

De Petrogrado Stalin fue enviado al frente del este. En realidad el ataque sobre Petrogrado no era más que una estratagema para favorecer la ofensiva de Kolchak en el frente oriental. Stalin escribió a Lenin: *Kolchak es el enemigo más serio, pues tiene bastante espacio para retroceder, bastante material humano para el ejército y una retaguardia rica en cereales*. Sólo Estados Unidos suministró a este ejército, en el primer semestre de 1919, más de 250.000 fusiles, centenares de piezas de artillería, miles de ametralladoras y gran cantidad de municiones y equipos.

El frente oriental fue completado por nuevas unidades de refresco del Ejército Rojo, equipos y municiones. Se llevaron a cabo movilizaciones de miembros del Partido, jóvenes comunistas y sindicalistas. El Partido envió en calidad de comisarios, mandos y soldados a más de 15.000 comunistas, el Komsomol destinó al frente más de 3.000 militantes y los sindicatos movilizaron a más de 60.000 obreros. En las tropas, agotadas por los ininterrumpidos combates, los comunistas infundieron entusiasmo revolucionario, la organización propia de los bolcheviques y el espíritu de disciplina proletaria.

En abril de 1919 Kolchak sufrió una grave derrota, comenzaba a retirarse y las tropas del Ejército Rojo avanzaban sobre Ufá para aplastarle. Entonces se abrió dentro del Partido otra discusión sobre la línea estratégica a seguir a partir de entonces, proponiéndose dos opciones: la de Trotski y la de los demás. La dirección del Partido bolchevique era partidaria de continuar la ofensiva contra Kolchak para liquidarle definitivamente. Si se dejaba a Kolchak el dominio de los Urales, era tanto como cederle toda el Asia soviética. Con la ayuda de ingleses y japoneses podría reponerse fácilmente, reagrupar sus efectivos, equiparse y volver a la

ofensiva. De esa misma opinión era Stalin, que declaró entonces al respecto: *Los Urales, con sus fábricas, con su red de ferrocarriles, no debe quedar en manos de Kolchak que podría fácilmente reagrupar en torno suyo a los grandes terratenientes y avanzar sobre el Volga*. Existía además la posibilidad de liquidar definitivamente la contrarrevolución en el oriente. Ésta era también la opinión del jefe del frente oriental Sergio S. Kamenev (que no se debe confundir con León Kamenev, el homónimo dirigente del Partido bolchevique).

Por su parte, Trotski defendía la postura del comandante en jefe del Ejército, Vicetis, uno de sus especialistas, según el cual había que detener la ofensiva en los Urales. Siguiendo su criterio, Trotski estimaba que Kolchak ya no constituía una amenaza para los soviets en los Urales, y proponía al Comité Central detener la ofensiva en el río Bielaia y enviar sus fuerzas contra Deninkin en el sur.

Según el criterio de la dirección bolchevique, y de Stalin en particular, Sergio Kamenev debía sustituir a Vicetis al frente del Ejército. Trotski presenta esta cuestión como una simple apreciación diferente de las cualidades militares de uno y otro militar, y apunta que Stalin *sacaba provecho* de esa *cuestión técnica*. Según Trotski ambos militares *eran sin duda estrategas de primer urden, con amplia experiencia de la guerra mundial, y decididamente optimistas, cosa indispensable para ejercer el mando. Vicetis era el más obstinado y quisquilloso, e indudablemente el más propio a ceder a la influencia de elementos hostiles a la revolución. Kamenev era más tratable, y se allanaba con más facilidad a la influencia de los comunistas que trabajaban con él*.

En realidad se trataba de una forma opuesta de valorar a los cuadros del Ejército. El coronel Vicetis era uno de aquellos viejos oficiales zaristas de los que se rodeó Trotski, sumamente inseguro. En julio del mismo año fue apartado del Ejército Rojo y detenido por sospechas de traición y conspiración contra el alto mando. Sin embargo, en su autobiografía, Trotski siguió defendiendo a su antiguo subordinado, a pesar de que reconoce que actuaba sin tener en cuenta las instrucciones del Comité Central ni del gobierno: *Fue acusado* -dice Trotski- *de proyectos y de relaciones dudosas y tuvo que apartarse, pero en realidad no había nada de serio en esas acusaciones. Puede que antes de ir a acostarse leyera la biografía de Napoleón y que confiara sus sueños ambiciosos a dos o tres jóvenes oficiales*. No es por casualidad que el Partido se inclinara por S.S. Kamenev: era uno de los poquísimos altos oficiales del antiguo ejército zarista que se identificaba con la Revolución de Octubre.

Cuando Vicetis, apoyado por Trotski decidió detener la ofensiva hacia el este, en los Urales, el Comité Central no vaciló: en la sesión del 3 de julio fue destituido y S.S. Kamenev fue nombrado comandante en jefe. El Comité Central ordenó expulsar a Kolchak hacia Siberia. Trotski, que defendió hasta el último momento el plan de su protegido, dimitió del Consejo Revolucionario de Guerra. Vicetis también dimitió. Aunque la de Trotski fue rechazada, se le obligó a abandonar el frente oriental, en la que ya no volvió a tener ninguna responsabilidad.

La ofensiva en el este significó la victoria total contra la primera campaña de la Entente. Kolchak fue perseguido hasta Siberia. Su ejército fue completamente destruido y el mismo Kolchak fue detenido y fusilado.

Pero el fracaso de Kolchak no paralizó a los enemigos del poder soviético. Los imperialistas jugaron otra vez a una carta perdida: desde el sur Denikin desató su segunda ofensiva y durante el verano y el otoño de 1919 sus tropas ocuparon un inmenso territorio, apoderándose de Zaritsin, Voronez, Oriol, Chernigov y Kiev. El peligro se cernía sobre las regiones centrales de Rusia y Denikin amenazaba con

entrar en Moscú. El Partido bolchevique levantó a todo el pueblo para liquidar la nueva amenaza: había que derrotar a Denikin sin suspender la ofensiva en los Urales y Siberia. Las mejores unidades unidades fueron trasladadas al frente sur: 30.000 comunistas, 10.000 komsomoles y decenas de miles de sindicalistas engrosaron las filas de los regimientos del frente sur. Stalin fue uno de aquellos cuadros dirigentes que el Partido envió al frente sur.

Para rechazar a Denikin, el plan de Trotski preveía un ataque por las estepas del Don, en medio de poblaciones hostiles, en una zona sin vías de comunicación y ocupada por bandas contrarrevolucionarias de cosacos. Pero Stalin elaboró un plan distinto para el Ejército Rojo, proponiendo que avanzara por la cuenca del Donetz, que disponía de una densa red de ferrocarriles y reservas de carbón. Preveía asestar el golpe principal sobre Rostov: *Aquí no nos rodearía un medio hostil* -informaba Stalin-*sino, al contrario, un medio simpatizante, cosa que facilitaría nuestro avance. En segundo lugar dispondríamos de una importantísima red ferroviaria*.

El Comité Central apoyó el plan de Stalin; Trotski fue apartado del frente sur y recibió la orden expresa de no intervenir en el curso de las operaciones militares. Tras dos victorias decisivas en Oriol y Voronez, siguiendo este plan, Denikin fue definitivamente derrotado a finales de 1919 y el Ejército Rojo salió al mar Negro.

A propuesta de Lenin, el 27 de noviembre de 1919 Stalin fue condecorado con la Orden de la Bandera Roja por su actuación durante la guerra civil.

La tregua resultó efímera. En abril de 1920, los militaristas polacos, estimulados por la Entente, invadieron Ucrania. En junio les apoyó Wrangel que comenzó a avanzar desde Crimea hacia el Donetz.

Entonces el Ejército Rojo contaba ya con más de tres millones de soldados muy experimentados. Sin embargo, sus tropas se hallaban dispersas en dilatados frentes, cuando las circunstancias imponían la necesidad de concentrar rápidamente los esfuerzos principales en el frente oeste, empresa difícil de realizar dadas las lamentables condiciones del transporte. Para superar todas estas dificultades, el 3 de agosto Stalin creó el Consejo Militrar Revolucionario. En poco tiempo las tropas del Ejército Rojo que combatían a los polacos contrarrevolucionarios y las huestes de Wrangel recibieron considerables refuerzos. Después de una rápida reagrupación pasaron a la ofensiva y derrotaron a las tropas de la Polonia señorial y luego a Wrangel.

De este modo, a fines de 1920, fueron arrolladas las últimas huestes de la Entente. Prácticamente con eso terminó la guerra civil en los frentes principales. Tres años estuvo el país en dura contienda, aunque en las regiones periféricas el Ejército Rojo durante algún tiempo más tuvo que seguir aplastando los restos de las fuerzas contrarrevolucionarias. En algunas regiones, como Siberia, Extremo Oriente y el Cáucaso, la derrota de los intervencionistas japoneses y los guardias blancos se prolongó hasta finales de 1922. La liquidación de los basmaches (bandas contrarrevolucionarias nacionalistas) de Asia Central, no se logró hasta principios de 1923.

La victoria del Ejército Rojo en la guerra civil no tiene explicación desde el punto de vista militar, dada la enorme superioridad de fuerzas de la contrarrevolución aliada al imperialismo. Sólo se explica por la acertada dirección política y militar del Partido bolchevique que supo crear una fuerza armada de nuevo tipo, en la que predominaban los factores ideológicos y morales por encima de los puramente bélicos. Aunque la dirección de la guerra recayó en los bolcheviques y en los

obreros, fueron los campesinos pobres quienes agrupaban la mayoría de las tropas del nuevo ejército, que defendía sus tierras frente a los terratenientes. La política del Partido bolchevique de alianza de la clase obrera con los campesinos tuvo una importancia decisiva para cohesionar todas las fuerzas revolucionarias.

Unos 22 millones de rusos murieron a consecuencia de la criminal intervención imperialista y de la vieja burguesía reaccionaria; 8 millones de niños quedaron huérfanos, sin hogar y vagabundeaban por las calles y los campos; las fábricas quedaron destruidas y los cultivos arrasados. En 1920 la sequía causó un hambre terrible en la que los cálculos hablan de 7 millones de muertos, además del tifus y otras epidemias. Los obreros huían de las ciudades hacia el campo, donde era más fácil encontrar comida. Abandonaban las fábricas para ejercer labores artesanales con las que poder mantenerse. A no ser por la ayuda de los intervencionistas extranjeros y su participación directa en las operaciones contra la República Soviética, la contrarrevolución interna no hubiera podido mantenerse tanto tiempo. Cuando los imperialistas hablan con tanta profusión de los *crímenes*soviéticos, semejan al ladrón que señala a otro para enfilar la ira de la población hacia terceras personas ajenas al robo. Pero fueron la propia oligarquía rusa y sus aliados imperialistas los únicos responsables de dejar un país extenuado, con la producción al 14 por ciento del nivel de preguerra, la producción industrial a un tercio, y la siderurgia y el transporte ferroviario apenas llegaban a un quinto del volumen anterior.

Ministro de las Nacionalidades

Tras el triunfo de la Revolución de Octubre, Stalin formó parte desde el principio del gobierno revolucionario como comisario (ministro) de las nacionalidades. Los primeros órganos del nuevo poder revolucionario tuvieron que desenvolverse en unas extraordinarias condiciones de precariedad y de falta de medios porque el Estado proletario tenía que edificarse sobre la base de la destrucción del viejo poder estatal. Casi ninguno de los viejos funcionarios estaba dispuesto a colaborar; no había dinero; los cuadros del Partido no tenían ninguna experiencia en asuntos de gobierno; la contrarrevolución aún no había sido aplastada y el país estaba sumido en el caos. Pestkovsky, que fue su colaborador en aquel periodo, encontró en una habitación del Smolny una mesa y dos sillas vacías. Las arrimó a la pared y colgó un cartel: *Comisariado del Pueblo para Asuntos de las Nacionalidades*. Así nació el Ministerio.

En 1917 Rusia era un continente en sí mismo, un gigantesco imperio entre Europa y Asia que agrupaba la sexta parte de las tierras emergidas del planeta. La cuestión de las nacionalidades era uno de los problemas más delicados que legó el zarismo, definido como una *prisión de los pueblos*. Convivían más de 100 naciones, con más de 100 lenguas diferentes, con múltiples religiones diversas, desde el catolicismo al budismo pasando por la ortodoxia o el islam. De una población total de cerca de 140 millones de habitantes, unos 65 millones no eran rusos sino de otros pueblos. El zarismo mantuvo a esos pueblos en un considerable atraso cultural y político. De esos 65 millones sólo Ucrania, Bielorrusia, una parte insignificante del Azerbaián y Armenia, habían pasado por el capitalismo industrial. Quedaban cerca de 25 millones, en su mayoría turcos (Turkestán, la mayor parte de Azerbaián, Daguestán, los montañeses, los tártaros, los bashkires, los kirguises, etc.), que no conocían el capitalismo y, por tanto, carecían de un proletariado industrial propio, dedicándose al pastoreo y conservando un modo de vida patriarcal-gentilicio (Kirguizia, Bashkiria, el Cáucaso del norte) o que no habían ido más allá de las primitivas formas semipatriarcales y semifeudales (Azerbaián, Crimea, etc.)

Pero el problema nacional no se agotaba con las relaciones de dominación de los rusos sobre las demás nacionalidades; a ellas hay que agregar los mortíferos enfrentamientos entre estas mismas nacionalidades, muchas de las cuales cohabitaban en los mismos territorios, se degollaban mutuamente e incendiaban unos las granjas de los otros. El zarismo fomentaba estas rivalidades para detentar una función arbitral suprema sobre todas ellas.

La Revolución de Febrero tuvo un profundo eco en las naciones de la periferia que, oprimidas durante siglos por el viejo régimen, se sintieron fuertes por primera vez y se lanzaron al combate. La burguesía nacional de aquellas regiones quería tomar el poder y aprovecharse de la Revolución para crear sus propios Estados nacionales. La Revolución llevó la desintegración a la nueva República. Los bolcheviques apoyaron estos movimientos nacionalistas contra el poder central. Entonces se demostró la extraordinaria importancia que tenía el programa mínimo del Partido, donde la reivindicación de los derechos de las nacionalidades oprimidas permitió que éstas se fueran agrupando en torno al proletariado.

La nacionalidades de la periferia encontraron una resistencia insuperable por parte del nuevo gobierno central, que tenía un carácter imperialista y perseguía una política de expansión y conquista. Lejos de romper con la política de opresión nacional, el gobierno central organizó una nueva campaña contra Finlandia (disolución de la Dieta en el verano de 1917) y Ucrania (supresión total de las instituciones culturales ucranianas). Este gobierno imperialista llamó a la población a proseguir la guerra para someter nuevos territorios, nuevas colonias y nacionalidades y ampliar su esfera de influencia.

Pero en aquellas regiones no sólo existía la burguesía nacionalista sino también obreros y campesinos, organizados ya antes de la Revolución de Octubre en soviets. También ellos luchaban por el triunfo del socialismo en sus respectivos países. La burguesía creó sus Estados nacionales pero, naturalmente, permaneció ajena a los intereses de sus obreros y campesinos, y provocó su descontento, por lo que nada se solucionó. La lucha de clases continuó y la contradicción con las burguesías nacionales respectivas creció de día en día: *En sustitución del zarismo* -dijo Stalin en una entrevista a Pravda- *venía un imperialismo desnudo y descarado, que este imperialismo es un enemigo de las nacionalidades más fuerte y más peligroso, la base de una nueva opresión nacional*. La burguesía de las nacionalidades era impotente contra el peligro de arriba, el nuevo gobierno central, y en cuanto al peligro de abajo, los obreros y campesinos, no hacía más que acentuarlo y ahondarlo (2).

La pujanza del nacionalismo creó un serio problema dentro del Partido bolchevique, ya que en sus secciones locales aparecieron corrientes nacionalistas que se arrastraban detrás de su propia burguesía. En las naciones periféricas el proletariado era muy débil a causa de su atraso económico. Tras los éxitos obtenidos en la guerra civil, sobre todo después de la liquidación deWrangel, en las regiones atrasadas de la periferia, que casi no tenían proletariado industrial, ingresaron en el Partido elementos nacionalistas pequeño burgueses para hacer carrera, aportando su espíritu chovinista. Las organizaciones bolcheviques en la periferia, débiles en general, estaban tentadas de admitir el ingreso de elementos de esas caraterísticas. Stalin, al frente del Comisariado para las Nacionalidades, tuvo que abordar la tarea de evitar que las masas populares de las nacionalidades fueran arrastradas por sus sentimientos patrióticos a remolque de sus propias burguesías reaccionarias. El Partido apoyaba el derecho de autodeterminación, pero era la clase obrera quien debía asumir la dirección de esa lucha y mantener su independencia de clase. La vieja interpretación democrático-burguesa del principio de autodeterminación había perdido su sentido revolucionario. La liberación de las masas trabajadoras de las nacionalidades oprimidas y la destrucción de la opresión

nacional eran inconcebibles sin la ruptura con el imperialismo, sin el derrocamiento de la propia burguesía nacional y la toma del poder por las mismas masas trabajadoras.

La Revolución de Octubre se inició en el centro, pero no podía mantenerse mucho tiempo en el marco de su reducido territorio; tenía que extenderse inevitablemente a las naciones de la periferia. Partiendo de allí, la ola revolucionaria avanzó por toda Rusia, ganando una región de la periferia tras otra, donde chocó con los gobiernos nacionales constituídos ya antes de Octubre que no querían ni oir hablar de revolución socialista. Burgueses por naturaleza, consideraban que su deber era fortalecer el capitalismo y, basándose en el sentimiento nacional, trataron de levantar un dique frente al avance de la Revolución. No querían romper con el imperialismo y pensaban anexionarse partes de los territorios de nacionalidades ajenas. El imperialismo y la reacción acabaron concentrándose en aquellas regiones que, por ser las de menor presencia obrera y por la fuerza del nacionalismo, eran las más débiles del régimen soviético. Se convirtieron en focos de reacción que concentraron a su alrededor todo cuanto de contrarrarevolucionario había en Rusia. Todos confluían allí y allí se organizaban los guardias blancos para el contrataque.

Esto explica la situación política y militar de la guerra civil, con un poder bolchevique sólidamente asentado en el centro y una periferia que a menudo se escapaba a su control, en manos de los guardias blancos, del imperialismo extranjero, de los mencheviques o de los nacionalistas. A pesar de la revolución, el programa mínimo, la bandera de la autodeterminación, siguió siendo trascendental durante la guerra civil para derrotar a los blancos, para ganarse la confianza de los pueblos oprimidos en que el proletariado ruso les liberaría del pesado yugo gran ruso. Junto al campesinado, la lucha de las nacionalidades oprimidas fue otra de las reservas de que dispuso el proletariado frente a los zaristas.

La guerra de los gobiernos nacionales contra el poder soviético llevó el conflicto de las masas nacionales con estos gobiernos hasta la completa ruptura con ellos, hasta la insurrección abierta. Así se forjó una alianza indisoluble entre el proletariado ruso y el campesinado de la periferia, basada en el internacionalismo.

La burguesía presenta la lucha de los gobiernos periféricos como una lucha por la liberación nacional contra el centralismo del poder soviético. Pero eso es completamente falso. Stalin dejó claro que *el Poder soviético no podía, sin hacer violencia a su naturaleza, mantener la unidad con los métodos del imperialismo ruso*. Los bolcheviques siempre defendieron el principio de la autodeterminación y admitían el derecho a la separación de las distintas nacionalidades:

Aquí no se trata de los derechos de las naciones, que son indiscutibles, sino de los intereses de las masas populares, tanto del centro como de las regiones periféricas; se trata del carácter -determinado por estos intereses- de la agitación que está obligado a desplegar nuestro Partido, si no quiere renegar de sí mismo, si quiere influir en determinado sentido sobre la voluntad de las masas trabajadoras de las nacionalidades. Y los intreses de las masas populares dicen que la exigencia de la separación de las regiones periféricas es, en esta etapa de la revolución, algo profundamente contrarrevolucionario (3).

Hubo que compaginar el respeto del principio de la autodeterminación con la lucha a muerte contra tales burguesías. Para lograrlo se dedicó un gran esfuerzo a impulsar el movimiento obrero y campesino sobre todo en las regiones más atrasadas del país para deslindar los campos en las nacionalidades sobre la base de la lucha de clases.

La lucha de los gobiernos nacionales resultó desigual porque se aislaron de sus propios trabajadores. Atacados por dos lados -desde fuera, por el poder soviético, y desde dentro, por sus propios obreros y campesinos- no tuvieron más remedio que batirse en retirada después de los primeros combates. Se vieron obligados a pedir ayuda a los imperialistas contra sus propios obreros y campesinos.

Así comenzó la etapa de injerencia extranjera en la periferia que descubrió su carácter contrarrevolucíonario. Entonces resultó evidente que la burguesia nacional no aspiraba a liberar a su pueblo del yugo nacional, que la liberación de las nacionalidades era inconcebible sin romper con el imperialismo, sin derrocar a la burguesía de las nacionalidades oprimidas, sin que el poder pasara a las masas trabajadoras de estas nacionalidades.

La misma marcha de la revolución se encargó de descartar la vieja interpretación burguesa del principio de la autodeterminación, con su consigna de todo el poder a la burguesía nacional en favor de la interpretación socialista del principio de la autodeterminación, con su consigna de todo el poder a las masas trabajadoras de las nacionalidades oprimidas. La Revolución de Octubre, al acabar con el viejo movimiento burgués de liberación nacional, inauguró un nuevo movimiento socialista de los obreros y de los campesinos de las nacionalidades oprimidas, dirigido contra el imperialismo en general. No bastaba sólo con reconocer la autodeterminación y la igualdad de derechos de las nacionalidades oprimidas sino que el atraso de éstas exigía una actuación positiva que las sacara de su postración secular, sin lo cual todos los derechos eran ilusorios. Antes la cuestión nacional afectaba únicamente a las naciones cultas y avanzadas, mientras que a partir de 1917 perdía su carácter aislado, fundiéndose con la cuestión general de las colonias y los países atrasados. La cuestión nacional pasaba de ser una cuestión interna a ser una cuestión internacional de lucha contra el imperialismo que sólo el proletariado podía resolver. No bastaba con escuelas y con idioma; eran necesarias también medidas económicas, superar el atraso, desarrollar la industria local. El poder soviético ayudó, pues, a las naciones oprimidas a alcanzar a Rusia, más adelantada, en múltiples esferas:

— fortaleciendo en su territorio la organización estatal soviética bajo formas en consonancia con su fisonomía nacional

— organizando los tribunales, la administración, los organismos económicos y los órganos del poder, para que funcionaran en su lengua materna y estuvieran integrados por naturales del país que conozcieran el modo de vida y la psicología de la población local

— desarrollando la prensa, la escuela, el teatro, las asociaciones y, en general, las instituciones educativo-culturales en la lengua materna.

En algunos casos había que liquidar también las supervivencias de las relaciones patriarcal-feudales e incorporar a estos países a la edificación del socialismo, *sin trasplantar mecánicamente* -decía Stalin- *las medidas económicas de Rusia central, aplicables únicamente a otro grado, más elevado, de desarrollo económico*. Un proceso tan complejo no estaba exento de dificultades, decía Stalin:

Por un lado, no es raro que los comunistas grandes rusos que trabajan en las regiones de la periferia y que se formaron en las condiciones de existencia de una nación dominante y desconocían la opresión nacional, disminuyan la importancia de las particularidades nacionales en el trabajo del Partido o bien las desprecien por completo, no tengan en cuenta en su trabajo las particularidades de la estructura de clase, de la cultura, del modo de vida y de la historia de la nacionalidad de que

se trate, envileciendo así y tergiversando la política del Partido en la cuestión nacional. Esta circunstancia lleva a desviarse del comunismo hacia el espíritu de Gran Potencia, hacia el colonialismo y el chovinismo gran ruso. Por otra parte, los comunistas naturales del país, que han atravesado el duro periodo de la opresión nacional y que todavía no se han liberado totalmente de este fantasma del pasado, exageran con frecuencia la importancia de las particularidales nacionales en el trabajo del Partido, dejando en la penumbra los intereses de clase de los trabajadores o confundiendo simplemente los intereses de los trabajadores de la nación de que se trate con los intereses comunes a toda la nación, sin saber separar los primeros de los segundos y cimentar sobre aquellos la labor del Partido. Esta circunstancia lleva, a su vez, a desviarse del comunismo hacia el nacionalismo democrático-burgués (4).

Por eso, a pesar de la revolución proletaria, en Rusia seguía existiendo un grave problema nacional que, como decía Stalin, no se podía resolver rápidamente, y ponía un ejemplo realmente grotesco de ignorancia de las condiciones locales: el comisariado de abastecimientos había exigido en Kirguisia la entrega de una determinada cuota de cerdos, cuando en las poblaciones musulmanas no se crian esos animales. El problema principal, por tanto, seguía siendo el chovinismo ruso; el otro problema, el nacionalismo periférico, no sólo era menos importante sino que era consecuencia del anterior. Ahí estaba realmente el problema a atajar.

El nacionalismo periférico se manifestó con fuerza en el Congreso de Bakú celebrado en setiembre de 1920 y, además de constituir una reacción al chovinismo ruso, había causas más concretas que lo promovían. Entre ellas, el propio atraso de esas nacionalidades y el predominio del campesinado. Esa situación desarrolló una corriente que se ceñía al programa mínimo, cayendo en el nacionalismo y en el tercermundismo y limitando la lucha contra el capitalismo a la lucha contra el imperialismo. Posteriormente Bujarin pasaría a divulgar estas mismas tesis.

Entre 1918 y 1920 Stalin dirige la nueva delimitación administrativa de Rusia, creando 22 regiones autónomas e impulsa políticas específicas para cada una de ellas, diseñando un variado mapa, creando instituciones autóctonas y reviviendo pequeños pueblos que estaban en vías de extinción física por falta de tierras. En contra de algunas tesis propuestas por militantes bolcheviques, Stalin defendió el carácter nacional de países como Ucrania o Bielorrusia, y añadió: *Es claro que si hasta ahora aún predominan en las ciudades de Ucrania los elementos rusos, con el tiempo estas ciudades se ucranianizarán inevitablemente*.

Como ministro de las Nacionalidades, a Stalin le correspondió diseñar la arquitectura interior del nuevo Estado, y los principios básicos que él estableció se reveleron sólidos y firmes. Por aquellas mismas fechas la desintegración del Imperio Austro-Húngaro o del Imperio Otomano demostraba la fragilidad de los Estados capitalistas multinacionales, y fueron muchos los que vaticinaron que sucedería otro tanto con la nueva Rusia. La siguiente guerra mundial, en la que la Alemania nazi trató de desmembrar a la URSS, demostró hasta qué punto esos cálculos eran equivocados. Rusia había sido una *prisión de los pueblos*pero de una manera definitiva los bolcheviques habían encontrado la llave que abría las puertas, haciendo realidad lo que hasta entonces era sólo una consigna: ¡proletarios de todos los países, uníos!

El 10 de agosto de 1922 Stalin formó parte de la comisión encargada de redactar la Constitución de la Federación y la*Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia*, texto que preludiaba la organización interna del Estado soviético. Esta*Declaración* suponía un giro en las concepciones de los bolcheviques sobre la cuestión nacional, al adoptar el federalismo como forma de organización del nuevo Estado. Él y todo el Partido bolchevique tuvieron que rectificar sobre este punto y

sobre el bicameralismo. Stalin, que en marzo de 1917 había escrito un artículo titulado *Contra el federalismo*, explicó siete años después las razones de este giro:

— tras la Revolución las nacionalidades se encontraban completamente aisladas, por lo que la Federación era un paso adelante en su reagrupamiento

— en la práctica el federalismo no era, como habían supuesto los bolcheviques, un obstáculo a la aproximación económica de las masas trabajadoras de las diferentes nacionalidades

— el movimiento nacional tenía una importancia mucho mayor de lo que los bolcheviques habían supuesto y, por tanto, la unión entre las diferentes nacionalidades era un proceso más complejo del que cabía esperar antes de la Revolución.

En diciembre de 1922 se celebró el X Congreso de los soviets con intervención de 2.215 delegados de todas las nacionalidades en el que Stalin propuso la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre la base de la igualdad y la libre adhesión de todas las naciones. Su informe fue aprobado por unanimidad; se firmó un Tratado Internacional entre todas las nacionalidades que se unieron voluntariamente al nuevo Estado Federal: había nacido la URSS. A partir de entonces en todos los pasaportes figuraba una ciudadanía, la soviética, junto a la nacionalidad correspondiente del titular. Según el informe, las circunstancias que promovieron la creación del nuevo Estado federal fueron:

— económicas: la escasez de recursos, la división del trabajo existente con anterioridad y el desarrollo de los transportes

— internacionales y militares: relaciones diplomáticas para romper el aislamiento, inversiones extranjeras en el marco de la Nueva Política Económica y defensa común frente a la agresión imperialista

— políticas: la naturaleza de clase del poder soviético que elimina las diferencias nacionales entre los obreros y los impulsa hacia una unidad más estrecha.

En el XII Congreso del Partido bolchevique, celebrado en abril de 1923 Stalin da un paso más y, ante la evidencia de que sobreviven aún residuos de chovinismo ruso que menosprecia los derechos de las nacionalidades, propone la creación de un órgano político superior en la URSS para impedir esas situaciones abusivas. Era ésta otra faceta en la que Stalin desandaba sus viejas críticas al bicameralismo.

A partir de entonces muchos pueblos de la URSS salieron de un ocaso secular. El mundo conoció uno de los esfuerzos más vastos y más audaces de promoción de numerosas lenguas y culturas en trance de desaparición que, en la durísima situación de penuria económica del momento, es todavía más admirable. Los lingüistas soviéticos desplegaron un esfuerzo tenaz por elevar lenguas que desconocían la escritura en libros y periódicos; comenzaron a estudiarse sistemáticamente esos idiomas, a los que se proporcionó un alfabeto y se consolidó su gramática. Se registró su tradición oral; relatos y canciones pudieron difundirse y conocerse ampliamente. La universidad, la radio, los magnetófonos y las editoriales dieron a conocer todo un universo cultural desconocido hasta entonces; aquellos pueblos sometidos y abandonados se dotaron de sus propias instituciones, asumidas por sus propios nacionales, que hablaban el idioma de los ciudadanos. Todo este esfuerzo fue coronado por la alfabetización de las masas, un proceso largo en el que la educación en la lengua materna se impuso. La Constitución de la URSS no otorgaba preferencia a ningún idioma, y reconocía el derecho *a utilizar la*

lengua materna y las lenguas de los demás pueblos de la URSS, esto es, un mosaico de 130 idiomas con sus publicaciones, sus escuelas y sus universidades.

Notas:

Jacobo Blumkin era militante de los eseristas de izquierda y entró en la Cheka junto con otros muchos militantes de su Partido, llegando a ser jefe de su sección secreta. Aprovechando esa situación, el 6 de julio de 1918 penetró en la embajada alemana y disparó contra su máximo responsable, el conde Mirbach para sabotear la firma del Tratado de Brest-Litovsk. La mayor parte de los eseristas de la Cheka formaban parte de esa conspiración, incluido su vicepresidente A. Alexandrovich, en la que detuvieron a Dzerzhinski y a su sustituto M. Lacis, así como al Presidente del Soviet de Moscú P.Smidovich. Alexandrovich y otros 12 chekistas fueron fusilados pero Blumkin fue amnistiado y llegó más tarde a ser el jefe de los guardaespaldas de otro enemigo de Brest-Litovsk, Trotski, y siguió a su protegido hasta el exilio. A finales de 1930 Trotski le envió en misión secreta al interior de la Unión Soviética, pero fue detectado por el GPU, detenido y luego ejecutado.

(1) José V. Stalin: Informe de la Comisión del Comité Central del Partido y del Consejo de Defensa al camarada Lenin sobre las causas de la caída de Perm, en diciembre de 1918, en *Oeuvres*, tomo IV, Nouveau Bureau d'Edition, 1978, pgs. 179 a 200.

(2) José V. Stalin: La Revolución de Octubre y la cuestión nacional, en *Obras Esogidas*, Madrid, 1977, tomo 3, pgs.137 y stes.

(3) José V. Stalin: La política del poder soviético respecto a la cuestión nacional en Rusia, en *Obras Esogidas*, Madrid, 1977, tomo 3, pg.154.

(4) José V. Stalin: Las tareas inmediatas del Partido en la cuestión nacional. Tesis para el X Congreso del Partido aprobadas por el Comité Central, en *Obras Escogidas*, Madrid, 1977, tomo 3, pg.184.

Evgeni Karlovich Miller nació el 7 de octubre de 1867 y estudió en la Escuela de Caballería y en la Academia de Estado Mayor del ejército zarista, aunque siempre trabajó como agregado militar de varias embajadas en el extranjero y luego en la coordinación de todas ellas desde Moscú. En la I Guerra Mundial fue Jefe de Estado Mayor y luego en el frente de los Cárpatos. Tras su fracaso en atacar desde el norte durante la guerra civil, en 1920 se convirtió en el representante del general Wrangelen París, donde participa en la fundación de la ROVS en 1923, la organización que agrupa a los viejos oficiales zaristas en el exilio, dirigida por el gran Duque Nicolás y en donde Miller se encargaba de las finanzas. Tras la muerte del gran Duque Nicolás en 1929, la ROVS pasó a estar dirigida por general Alexander Kutiepov, apresado y ejecutado en París por agentes soviéticos en 1930. Miller le sucedió en el cargo y, a su vez, fue apresado y ejecutado en 1937 también en la capital francesa.

Piotr Nikolaievich Wrangel (1878-1928) participó en la guerra ruso-japonesa de 1905, luego en la I Guerra Mundial y, finalmente, en la guerra civil a las órdenes de Denikin. Pero las relaciones con éste no eran buenas, por lo que dimitió y no asumió la dirección de las fuerzas contrarrevolucionarias hasta la derrota de Denikin en marzo de 1920. Para ganarse a los campesinos, trató de llevar a cabo una reforma agraria pero la firma del armisticio entre el Ejército Rojo y Polonia

acabó en muy poco tiempo con los restos de sus tropas. En noviembre de 1920 evacuó sus fuerzas (150.000 mercenarios) a Constantinopla. Pero no fueron desarmadas por los imperialistas franceses, que le permitieron preservar su organización militar para volver a utilizarlas contra la Revolución. Esas fuerzas se dispersaron luego por Turquía y los países balcánicos, donde acabaron formando parte de organizaciones fascistas. Algunos de ellos (100 aproximadamente) combatieron en nuestra guerra civil bajo mando franquista. Al acabar la guerra se les reconoció el grado de oficiales españoles con derecho a pensión. Para entonces, Wrangel había muerto en el exilio en Bruselas donde creó la Unión Social Rusa, opuesta a la ROVS. Su última esposa fue quien financió la llegada de los voluntarios zaristas a España.

Burocracia y depuraciones

El análisis de la construcción del socialismo en la URSS se debe emprender de dos maneras diferentes:

— en negativo, desde el punto de las divergencias internas y las discusiones entabladas en el interior del Partido bolchevique acerca de la línea a seguir en la construcción del socialismo

— en positivo, examinando los planes trazados, las medidas adoptadas y las realizaciones económicas y sociales conseguidas.

No existía ninguna experiencia previa que permitiera a los bolcheviques disponer de una referencia de la que poder partir con cierta seguridad. Hasta 1917 el socialismo era sólo una teoría, una utopía; se criticaba el capitalismo y se sabía lo que no se quería reproducir, pero no existían formulaciones positivas sobre el socialismo, salvo algunas ideaciones utópicas carentes de valor práctico. Desde octubre de 1917 ya no valía hablar acerca del socialismo; había que construirlo en la práctica y demostrar -además- que era una sistema social superior al capitalismo.

Pero la práctica estimula la teoría, y las dificultades de la práctica desataron un sinfín de debates ideológicos acerca del socialismo, multitud de líneas divergentes e incluso opuestas. Cuando se profundiza en aquellas discusiones con la perspectiva de las décadas transcurridas, parece claro que muchas de esas líneas no sólo versaban sobre la construcción de una sociedad socialista sino que negaban la posibilidad misma de construirla, que se trataba, en suma, de posiciones liquidacionistas.

En efecto, las dificultades no provenían sólo de la falta de experiencias anteriores sino además:

— era algo común consisderar que tras Rusia, la revolución proletaria estallaría en los países más avanzados de Europa, situación que no se produjo, lo que aisló de la URSS; el imperialismo cercó al país, conspiró para derribarlo y desató mortíferas guerras de agresión y sabotajes

— en 1917 Rusia era un país muy atrasado en comparación con sus enemigos imperialistas y esa situación planteaba no sólo problemas de tipo económico, sino que ligaba la construcción económica a la defensa militar y, en definitiva, al reforzamiento de un Estado del que, en principio, se preconiza su desaparición

— otra situación contradictoria se planteó entre un régimen de dictadura del proletariado en el que el proletariado era una minoría (tres millones) de la

población obligada, por tanto, a mantener una alianza con el campesinado (cien millones), un sector social de carácter pequeño burgués, políticamente vacilante y económicamente propenso al capitalismo.

La política económica de todo país que emprende el camino del socialismo está determinada por el estado de la economía en el período de transición y la correlación de las fuerzas de clase, tanto en el interior de su propio país como en el ámbito internacional que le rodea. En la URSS los bolcheviques no pudieron adoptar inicialmente la política económica que hubieran deseado, sino la que las circunstancias les impusieron.

Al menos durante diez años, entre 1917 y 1928, fueron circunstancias ajenas las que dictaron la política económica soviética, que atravesó las dos fases conocidas como comunismo de guerra (1917-1921) y nueva política económica (1921-1928). En ambas etapas se adoptaron medidas tan radicalmente opuestas, que parece increíble que el Partido bolchevique pudiera cambiar de criterio de la forma brusca en que lo hizo, giro que, si de un lado, pone de manifiesto el cúmulo de graves dificultades al que hubieron de enfrentarse, del otro, demuestra también la extraordinaria capacidad de adaptación de los bolcheviques a las circunstancias imperantes, su realismo y su ausencia de dogmatismo. Porque se trató justamente de eso, de la presión del medio heredado, no de líneas de actuación entre las cuales hubieran tenido la posibilidad de elegir. Hasta que el Partido bolchevique tuvo la oportunidad de tomar la iniciativa en materia económica, lo que se produjo hacia 1928, pasaron más de diez años en los cuales la tarea primordial fue la reconstrucción de un país devastado, alcanzar los niveles económicos previos a la guerra.

En la perspectiva actual es fácil comprobar que esas dos etapas -como no podía ser de otra forma- abrieron otras tantas fisuras en el seno del Partido bolchevique:

— un primer grupo de militantes izquierdistas, el más conocido de los cuales fue Trotski, identificó el socialismo con la etapa de comunismo de guerra

— un segundo grupo de militantes derechistas, encabezado por Bujarin, identificó el socialismo con la nueva política económica.

La polémica con ambas líneas se suscitó en tres fases sucesivas. La primera fue con los izquierdistas y se desató hacia el otoño de 1920. La segunda también fue con los izquierdistas y se inició a finales de 1923. Finalmente, la tercera comenzó en 1928 y estuvo dirigida contra los derechistas.

Las fechas de las dos primeras polémicas no son casuales, ya que es precisamente el momento en el que se estaba experimentando el tránsito del comunismo de guerra a la nueva política económica. El primer estallido concentró el debate en torno a la cuestión sindical y el segundo en torno al campesinado o, mejor dicho, en torno a la alianza de los obreros y los campesinos. En sustancia, se trató de un debate en dos fases sobre el mismo problema, el de las reservas políticas y económicas de la revolución; dado el escaso desarrollo de la fuerzas productivas, para construir el socialismo el proletariado tenía que contar con aliados, con otras clases que, en última instancia, no estaban interesadas en el socialismo. Ese fue el difícil equilibrio, el que llevó a pensar a algunos bolcheviques que la tarea era imposible y a asumir posturas liquidacionistas. La mayoría del Partido consideró que sí era posible construir el socialismo, incluso en un país tan atrasdo como Rusia, porque sí existían esas reservas, que radicaban en el campesinado. En consecuencia, la dictadura del proletariado debía adoptar la forma de una alianza entre los obreros y los campesinos.

El debate fue, pues, acerca de esa alianza entre dos clases y, mientras los izquierdistas consideraron, al estilo menchevique, que los campesinos eran una masa amorfa, burguesa y reaccionaria, los derechistas ponían a los campesinos al mismo nivel que la clase obrera, negando el papel dirigente del proletariado urbano. Aparentemente ambas posiciones eran extremas, pero tenían en común algo decisivo: concebían el socialismo no como un sistema de producción sino como un sistema de distribución. Tanto unos como otros proponían que fuera la burguesía quien mantuviera la riendas de las fábricas, las minas y las granjas, mientras que el papel del Estado socialista debía consistir en expropiarles, de una forma u otra, por las buenas o por las malas, con requisas, con impuestos o con precios. Según ellos, el Estado socialista debía coexistir con la economía capitalista y regularla en beneficio propio. Los bolcheviques debían encargarse de la política exclusivamente y dejar los asuntos económicos en manos privadas.

Pero no era éste el criterio de la mayoría del Partido bolchevique que, tanto en la época de Lenin como en la de Stalin, siempre entendieron que tanto el comunismo de guerra como la nueva política económica eran fases transitorias impuestas por las circunstancias, que podían prolongarse más o menos tiempo, pero nunca indefinidamente. Entendían, además, que el socialismo no era sólo un sistema de distribución sino de producción, basado en la propiedad nacionalizada y en la planificación, lo que supone la dirección efectiva del proletariado de los centros de producción, la organización y gestión de las empresas, las haciendas, etc. Una cosa es quitar las fábricas a los burgueses y otra distinta ser capaz de hacerlas funcionar. Por supuesto, el socialismo quitaba la fábricas a los burgueses; aún estaba por comprobar si era capaz de ponerlas en funcionamiento, si era capaz de producir sin explotar. El comunismo de guerra expropió y la nueva política económica comenzó a producir, pero bajo formas capitalistas. Realmente el socialismo no se puso en marcha hasta 1928.

El comunismo de guerra se impone a partir de la primavera de 1918 debido a la intervención, la guerra civil y la ruina económica, supeditando toda la retaguardia a las necesidades del frente. Era una política económica puramente expropiatoria. Se nacionalizó toda la industria, comprendida la media y pequeña, se prohibió el comercio privado y se implantó el sistema de contingentación de víveres, lo que significó la entrega obligatoria de los excedentes de productos agrícolas por parte de los campesinos para abastecer al ejército y a los obreros. Debido a las difíciles condiciones de la guerra civil y de la intervención armada extranjera, el Gobierno soviético instauró las cartillas de racionamiento y el trabajo obligatorio general para todas las clases.

Pero el decreto más importante fue el de la tierra. Se expropiaron la tierras de los latifundistas, se nacionalizaron y se entregaron a los campesinos para que las cultivasen por sí mismos, sin recurrir a mano de obra ajena.

Fue una medida forzosa y temporal. Su objetivo principal consistió en asegurar la victoria del Estado soviético en las penosas condiciones de la guerra civil y la intervención armada extranjera.

El comunismo de guerra, indudablemente, fue un paso gigantesco hacia el socialismo, incluso demasiado gigantesco y rápido. La burguesía recibió un golpe (militar, político y económico) brutal. Pero la dura lucha dejó importantes secuelas. Primero un país devastado, con las fábricas destruidas y los transportes impracticables. Segundo, una militarización del Partido bolchevique, de los sindicatos y de todas las organizaciones de masas, lo que significó un peso aplastante del Estado y de su burocracia.

La polémica sobre la burocracia en la Unión Soviética tuvo también dos fases. La primera comenzó en 1920 y se centró en la discusión sobre el papel de los sindicatos. La segunda comenzó en 1923 y versó sobre la propia burocratización del Partido bolchevique. Sin embargo, ambas discusiones, en definitiva, versaron sobre la propia manera de construir el socialismo, aunque lo que apareciera en el debate fueran únicamente sus manifestaciones externas.

Los trotskistas han hecho siempre de este debate el núcleo de sus ataques al socialismo, pero su postura no puede ser más hipócrita. En noviembre de 1920 Trotski suscitó el debate sobre los sindicatos en el momento más inoportuno defendiendo su militarización (su burocratización), la imposición en su seno de un régimen despótico, al estilo del que había puesto en marcha dentro del Ejército Rojo y que había desatado tanto malestar. Tres años después provocó también el debate sobre la burocracia en un sentido completamente opuesto: lamentando que el Partido bolchevique estuviera burocratizado. El Partido estaba burocratizado, según él, porque sus tesis no tenían acogida; lo que pretendía no era acabar con la burocracia sino acabar con la dirección e imponer su propia línea. Esa fue la esencia del debate para él.

Comenzaremos con la polémica sobre los sindicatos.

El 3 de noviembre de 1920 Trotski pronunció un discurso en la V Conferencia sindical llamando a seguir con la disciplina militar dentro de los sindicatos. Los bolcheviques tenían intención de discutir la cuestión dentro del Comité Central, pero el asunto se agravó hasta tal punto que desbordó el marco de la dirección comunista porque, a finales de diciembre de 1920, Trotski insistió en sus tesis ante los sindicatos y en el VIII Congreso de los soviets. Además tuvo el atrevimiento de publicar un folleto al respecto, promoviendo otra de sus facciones.

Lenin no quería tratar esta cuestión porque pensaba que las tareas prácticas planteadas por la nueva política económica eran primordiales. Cuando todos estaban tratando de poner en práctica la nueva orientación, Trotski promovió una discusión sobre una cuestión que el IX Congreso del Partido ya había dejado resuelto. Pero Trotski se empeñaba en retroceder planteando el problema como una *cuestión de principios* cuando se trataba de pasar de los principios a la práctica. Ya se había discutido bastante; ya se habían aprobado todos los decretos necesarios. Lo que verdaderamente hacía falta era llevarlos a la práctica.

Pero la confusión creada no dejó otro remedio que volver a hablar de *principios*. La discusión se prolongó durante más de dos meses. Lenin tuvo que pasar al ataque, centrando sus críticas en la facción trotskista y en sus propuestas sindicales como ejemplo de lo que jamás podía promover el Partido bolchevique.

El VIII Congreso del Partido había reconocido que el Ejército era una masa heterogénea de personas que se componía fundamentalmente de campesinos y que éstos no lucharían por el socialismo, por lo que se imponía la disciplina en su seno. Pero los sindicatos los forman los obreros, la médula misma del socialismo. En ellos había que desplegar campañas de explicación y de agitación, nunca la imposición. Cuando la guerra civil había terminado, confundir al ejército con los sindicatos era una error gravísimo.

Para salir del caos de la guerra civil y de la situación extrema de comunismo de guerra era imprescindible pasar *del frente de la guerra al frente del trabajo*, como decía Lenin. Esto, a su vez, exigía el concurso de la clase obrera. Había que desplegar una poderosa campaña de movilización y reconstruir los sindicatos de trabajadores, que se encontraban en una situación lamentable como consecuencia

de la etapa anterior. Era imprescindible impulsar una campaña de persuasión entre los trabajadores a fin de que prestaran todo su apoyo para cumplir los objetivos de la nueva etapa. Hasta entonces los sindicatos habían estado prácticamente militarizados por imposición de la guerra civil, pero en la nueva etapa no podía continuar esa misma política, que había sido puramente temporal y transitoria.

Pero Trotski se mostró partidario de los métodos despóticos de dirección en los sindicatos, de la mano dura, de *sacudir desde arriba* y de *apretar los tornillos* a los obreros, como él mismo decía. Y pasaron de las palabras a los hechos. Aquel año los trotskistas se habían apoderado de la dirección del *Tsektran*, el Comité Central del Sindicato Ferroviario y de los trabajadores del Transporte Fluvial y Martítimo. En *su sindicato* los trotskistas habían comenzado a hacer de las suyas, aplicando métodos coercitivos contra los obreros, provocando una oleada de protestas y una polémica en la que los trotskistas pretendían hacer pasar sus propios métodos como los métodos bolcheviques adecuados para relacionarse con las masas.

Al desatar el debate sobre la cuestión sindical, máxime en la forma y en el momento en que lo hizo, Trotski puso en grave peligro al Partido. La discusión dio paso a que, además de la fracción trotskista, se alzaran también otras plataformas: oposición obrera, centralismo democrático, el grupo de tope, ignatovistas, etc. Se puso en peligro su unidad y su capacidad de dirección política e ideológica. Entre las distintas facciones destacaba el llamado *grupo de tope* que encabezaba Bujarin. Su postura era aparentemente conciliadora, tratando de presentarse como intermediario entre Lenin y Trotski. En realidad se produjo una grave fractura interna y así, mientras la organización de Petrogrado llamó a defender las tesis sindicales leninistas, la organización de Moscú, influida por Bujarin, replicó con otro llamamiento a favor de las tesis trotskistas. Lenin decía que, lejos de apaciguar el conflicto, Bujarin estaba echando más leña al fuego y que en realidad colaboraba con Trotski en su labor faccional. Calificó las tesis de Bujarin como *el colmo de la descomposición ideológica*. Muy poco después Bujarin se quitó la careta, abandonó al *grupo de tope* y se pasó enteramente a las posiciones de Trotski.

La importancia de este debate radica en que deja al descubierto, por un lado, la falacia de Trotski como crítico de la *burocracia* soviética, pues él fue quien promovió de la idea de *apretar los tornillos* a los obreros y de imponer una burocracia sindical que los sometiese por la fuerza. Además, las tesis trotskistas de *apretar los tornillos* significaban la continuación pura y simple del comunismo de guerra que los bolcheviques estaban tratando de superar. Finalmente, Lenin advertía que el sólo hecho de plantear la NEP modificaba la actitud del proletariado ante el campesinado y la discusión sobre los sindicatos demostró, una vez más, que las concepciones de Trotski sobre el campesinado seguían siendo ajenas a las de los bolcheviques. En esta discusión se decidía, en el fondo, la cuestión *sobre la actitud del campesinado, que se alzaba contra el comunismo de guerra, sobre la actitud ante la masa de obreros sin partido; en general, sobre el modo en que el Partido debía abordar a las masas en el periodo en el que la guerra civil estaba terminando*.

Fue entonces cuando las divergencias entre Trotski y los bolcheviques aparecieron en todo su abismal significado: mientras Trotski era partidario de imponer una disciplina militar sobre los sindicatos, Lenin era partidario de que se organizaran de manera democrática; Trotski, que preconizaba la *libertad de crítica* dentro del Partido, no la admitía para el trabajo entre las masas sin partido.

Frente a las tesis trotskistas, Lenin pasó al contrataque el 30 de diciembre de 1920 con un discurso ante los soviets y los sindicatos que se tituló *Sobre los sindicatos, el momento actual y los errores del camarada Trotski* (1). En su

discurso Leninreconocía que los sindicatos eran una organización obrera imprescindible aún bajo la dictadura del proletariado y que además aglutina a casi toda la clase. Por tanto es una organización de la clase dirigente pero no es una organización del Estado y, en consecuencia, no tiene naturaleza coercitiva: *Es una organización educadora, una organización que atrae e instruye; es una escuela, escuela de gobierno, escuela de administración, escuela de comunismo*. Los sindicatos están situados entre el Partido y el Estado; sin ellos no puede haber dictadura del proletariado porque ellos *crean el vínculo de la vanguardia con las masas* y son una fuente de poder estatal.

La dictadura del proletariado -añade Lenin- no se puede realizar a través de los sindicatos aunque éstos abarquen casi a la totalidad de la clase dominante, debido a las lacras en las que el capitalismo deja a los obreros: *La dictadura sólo puede ejercerla la vanguardia, que concentra en sus filas la energía revolucionaria de la clase*. Lenin equipara la dictadura del proletariado a un sistema de ruedas dentadas: para su funcionamiento son imprescindible varias *correas de transmisión* que van de la vanguardia a las masas de la clase avanzada y de ésta a otras masas trabajadoras, como los campesinos. Leninconcebía los sindicatos como organizaciones sociales sin partido, sin las cuales es imposible incorporar a las amplias masas populares a la dirección del Estado y la edificación del socialismo. Los errores de Trotski, en consecuencia, eran errores que afectaban a los propios mecanismos de funcionamiento de la dictadura del proletariado.

La reunión del Comité Central de comienzos de diciembre de 1920 en la que se debatió sobre los sindicatos resultó un embrollo*y eso es peligroso*, decía Lenin: se produjo una división y el grupo de tope que encabezaba Bujarin es el *que más daño ha causado*. El Partido estaba enfermo y los imperialistas tratarán de aprovechar la situación para una nueva invasión. Había crecido numéricamente y no por eso era más fuerte; la discusión daba muestras evidentes de una extraordinaria fragilidad, de falta de cohesión. Pudo observarse ya entonces lo que con el transcurso del tiempo y las dificultades de la construcción del socialismo, aparecería con toda su crudeza: que la llegada en aluvión de gran número de militantes procedentes de otras organizaciones había sembrado la confusión; no eran bolcheviques templados y experimentados, sino personas que transmitían al Partido todas sus viejas concepciones. En la cuestión de los sindicatos pudo apreciarse con claridad que esas posiciones -todas ellas extrañas al comunismo- iban desde el anorcosindicalismo hasta el militarismo, desde negar la dirección comunista dentro de los sindicatos, hasta tratar de imponerla a toda costa.

En marzo de 1921 el X Congreso del Partido analizó esta situación y condenó las tesis trotskistas, afirmando categóricamente que no se podían imponer métodos militaristas en los sindicatos.

Inmediatamente después, los trotskistas fueron expulsados del *Tsektran*, eligieron una nueva dirección y modificaron en profundidad los métodos de trabajo y de dirección, eliminando las imposiciones.

En el debate sobre la cuestión sindical contra ambos extremos, una vez más Stalin adoptó una postura de principios alineada con las tesis leninistas. Apareció en *Pravda* el 19 de enero de 1921 su artículo *Nuestras divergencias*, en el que, tratando de suavizar la discusión y calmar los ánimos, sostiene que la discusión no versaba sobre una cuestión de principios, sino de método, lo que no era cierto.

La posición de Stalin sobre la organización de los sindicatos era la siguiente: *El democratismo consciente, el método de democracia proletaria en el interior de los sindicatos es el único método que conviene a los sindicatos industriales. Pero el*

democratismo impuesto no tiene nada en común con ese democratismo. Y respecto a la posición de Trotski añade lo siguiente: *Cuando uno lee el folleto de Trotski 'El papel y las tareas de los sindicatos' se podría creer que en el fondo Trotski también está por el método democrático. Es porque ciertos camaradas estiman que nuestras divergencias no versan sobre la cuestión de los métodos de trabajo de los sindicatos. Pero esta opinión es absolutamente falsa. Porque el democratismo de Trotski es un democratismo impostado, bastardo, sin principios y, como tal, no es más que un complemento del método burocrático-militar, que no conviene a los sindicatos*. Según Stalin, la democracia en los sindicatos *presupone la conciencia de que es necesario elevar la iniciativa, la conciencia y la actividad de las amplias masas, es preciso convencerlas con hechos concretos de que la ruina económica representa un peligro tan real y tan mortal como ayer lo era el peligro militar, es necesario incorporar a los millones de obreros al resurgimiento de la producción a través de sindicatos democráticamente estructurados. Sólo de esa manera es posible convertir en causa vital para toda la clase obrera la lucha de los organismos económicos contra la ruina de la economía. De no hacerlo así es imposible vencer en el frente económico*. En los sindicatos debía haber debates y discusiones en los que debían intervenir todos los obreros.

Cuando en marzo de 1921 se zanjó la discusión, casi simultáneamente estalló la sublevación Cronstadt, que revelaba los verdaderos problemas a los que se estaba enfrentando la revolución. En Cronstadt no eran los reaccionarios los que se habían levantado, sino las masas hambrientas. Mientras Trotski entretenía la atención con debates ya resueltos, las masas estaban exigiendo pasar a la práctica, resolver los problemas de abastecimientos, combatir el frío, en suma, pasar a la nueva política económica. El espectáculo calamitoso de disensiones y falta de unidad en una situación crítica que exigía otro tipo de premuras, no pudo dejar en peor lugar a los bolcheviques. El debate se calmó pero sólo aparentemente; en realidad las espadas seguían en alto y sólo esperaban el momento propicio para volver a las andadas.

Es lo que sucedió tres años después con la discusión sobre la burocracia, que continuó la de los sindicatos, aunque esta vez con los papeles cambiados. En noviembre de 1923, Trotski desata otra ofensiva de las suyas, pero esta vez tratando de hacerse pasar por el campeón de la lucha contra la burocracia. Este nuevo debate es también un debate falso porque en el fondo, lo que se trataba de debatir era, una vez más, sobre la construcción del socialismo. Ambas cuestiones aparecieron unidas, pero aquí separaremos esta cuestión para entrar más adelante en el asunto económico porque entendemos que la falacia del problema burocrático no se puede separar de la posiciones anteriores sobre la cuestión sindical, ni tampoco es comprensible la acentuación tan extrema de la lucha ideológica en torno al problema de la burocracia sin tener en cuenta que la cuestión sindical se había cerrado en falso, que las facciones seguían agazapadas y las heridas sin cicatrizar. El problema sindical se había podido superar rápidamente por la autoridad incontestable de Lenin pero, tres años después, Lenin agonizaba y sólo entonces quedó al descubierto lo que latía en esos debates: un intento de modificar la línea política y la naturaleza del Partido bolchevique.

En efecto, ahora el debate ya no versaba sobre el ejército ni sobre los sindicatos sino sobre el *burocratismo interno* del Partido, esto es, sobre la misma vanguardia revolucionaria, sobre su supuesta falta de democracia y las supuestas limitaciones impuestas a la discusión dentro de sus filas.

A su vez, en este punto hay tres asuntos diferentes que conviene tratar por separado:

— el viejo debate iniciado en 1903 con los mencheviques durante el II Congreso acerca de la naturaleza misma del Partido y la prohibición de las fracciones

— a la situación impuesta dentro del Partido por el comunismo de guerra, que había conducido a su práctica militarización, se añadía ahora la nueva política económica, que también había influido, corrompiendo a numerosos cuadros e introduciendo a elementos indeseables en su seno.

— la necesidad de depurar las filas del Partido a fin de fortalecerlo y vincularlo más estrechamente a las masas.

Si pudiera ofrecerse un resumen del debate sobre este punto, cabría decir que los intentos de la oposición van a tratar de aprovecharse de un estado cierto, como es el punto segundo relativo a la burocratización, para atacar al primero y tratar de imponer la libertad de fracciones dentro del Partido. La posición de Stalin y de la mayoría del Partido consistirá, por un lado, en combatir la burocratización y la corrupción, y depurar al Partido; por el otro, en impedir las fracciones y mantener su unidad interna.

El debate sobre la burocracia se desató no porque nadie negara que existía un problema real de burocratismo, sino acerca de los medios para combatirla. No fue, pues, la oposición, sino la dirección quien primero reconoció las deficiencias y los fallos democráticos en el funcionamiento interno y, cuando estalló la polémica, ya se habían empezado a tomar medidas para corregir esas desviaciones. Por tanto, Trotski y la oposición ni tienen la exclusiva ni tienen siquiera la iniciativa en la lucha contra la corrupción interna del Partido. Su función consistió en exagerar el problema hasta desfigurarlo, aumentar la confusión existente entre los militantes y aprovecharse de su malestar para imponer una nueva línea política acorde con sus tesis.

La oposición se lamentaba del burocratismo pero tampoco quería poner remedio a la situación con el método leninista, que no es otro que su depuración interna. Por el contrario, para ellos, como para la burguesía, las depuraciones eran precisamente la demostración de la falta de democracia interna dentro del Partido bolchevique. En suma, en todas las discusiones con los trotskistas y demás opositores internos del bolchevismo acerca del burocratismo, lo que subyace son dos concepciones distintas de lo que es un Partido realmente bolchevique. Por sí mismo esto demuestra que, en realidad, los opositores no eran realmente leninistas.

Las acusaciones acerca del *burocratismo* de los bolcheviques provenían ya de los mencheviques; no eran, por tanto, nada novedoso y Lenin tuvo oportunidad de rechazarlas en su momento. A los efectos que aquí interesan, basta ahora añadir que en los *Fundamentos del leninismo*, es decir, en abril de 1924, Stalin vuelve a recordar esos principios que inspiran la actividad del Partido, reafirmando que no es un fín en sí mismo sino un instrumento del proletariado para el cumplimiento de sus fines como clase. En esa obra Stalin reitera que el Partido se basa en la unidad de voluntad, lo que exige la cohesión y una disciplina férrea, lo cual *no excluye, sino que presupone la crítica y la lucha de opiniones*. La disciplina no es ciega sino algo mucho más fuerte: es una disciplina voluntaria y consciente.

Pero la unidad de voluntad no lo es todo, afirma Stalin. Además está la unidad de acción: *Una vez terminada la lucha de opiniones, agotada la crítica y adoptado un acuerdo, la unidad de voluntad y la unidad de acción de todos los miembros del Partido es condición indispensable sin la cual no se concibe ni un Partido unido ni una disciplina férrea dentro del Partido*. Por eso es tan frecuente entre los

intelectuales burgueses menospreciar a Stalin, a quien relegan como *torpe*, frente a las brillantes personalidades que hablaban y escribían tan magníficamente, como Trotski, Bujarin, Preobrajenski, etc. Lo que gusta a los académicos es la verborrea inagotable y encubrir su esterilidad en frases cuanto más oscuras mejor.

Como en la historiografía burguesa no aparecen las clases sociales sino las grandes personalidades, también la lucha emprendida por el Partido bolchevique contra el trotskismo se presenta en como un conflicto personal de Stalin, una pugna de dos ambiciones que en plena agonía de Lenin rivalizan por hacerse con el poder. Como si en ella ninguna participación hubieran tenido, ya no solamente las masas, sino hasta los mismos militantes del Partido, que aparecen todos ellos reducidos a la pasividad más completa. En los medios académicos burgueses no aparece la larga lucha en el seno del movimiento obrero ruso iniciada por el mismo Lenin y seguida por Stalin y la totalidad del Partido. Sin embargo, en su libro *El comunismo soviético*dicen Sidney y Beatriz Webb lo siguiente sobre la lucha ideológica contra el trotskismo: *Se sucedieron tres años de controversias públicas ininterrumpidas, aunque pueda parecer sorprendente a los que creen que la Unión Soviética yace bajo una dictadora implacable. Se discutía constantemente en las principales asambleas legislativas, tales como el Comité Central ejecutivo, el Congreso panruso de los soviets, el Comité Central del Partido bolchevique*.

Es, pues, falso aludir a una problemática personal de Stalin contra ninguno de los otros militantes del Partido, a una ambición de poder o a una astuta maniobra para eliminar a unos apoyándose en los otros para, finalmente, eliminarlos a todos. Stalin adoptó siempre una actitud de principios, la fundamentó y esa actitud, a lo largo del tiempo, fue siempre la misma. Cabe añadir además, que esa actitud fue ampliamente -muy ampliamente- discutida y aprobada por la gran mayoría del Partido, a quien Stalin representó fielmente como Secretario General.

Lejos de ser una cuestión personal se trató de un largo y profundo debate que duró más de 25 años en el que participaron no sólo militantes del Partido, sino también miembros de los sindicatos, del Ejército y de los Soviets en asambleas públicas donde se abordaban los problemas más candentes del país. Dentro del Partido bolchevique se desató una lucha abierta para decidir sobre la actividad fraccional de los trotskistas en la que participaron absolutamente todos los militanes. Un acta de 1927 deja constancia de las discusiones celebradas antes del XV Congreso: las tesis del Comité Central han sido debatidas en 10.711 reuniones de las células; han asistido a las reuniones 730.862 militantes; han votado a favor de la línea del Comité Central 724.066 de los asistentes; en contra, 4.120 (el 0'5 por ciento) y se han abstenido 2.676 (el 0'3 por ciento). Esas fueron las cifras que logró la oposición unificada, después de que dispusieran de tiempo, dinero y posibilidades de exponer en cuantas reuniones quisieron sus puntos de vista y sus críticas, así como publicar libros y folletos que fueron editados y distribuidos por la imprenta del Estado. En su autobiografía Trotski reconoce que llegó a intervenir hasta en cuatro concentraciones en un mismo día para tratrar de convencer a los militantes del acierto de sus puntos de vista.

Por lo demás, no aparecen por ninguna parte enemistades personales o esos odios tremendos que pretenden los panfletos burgueses. Todo lo contrario; en muchas ocasiones las disputas son fuertes, pero es siempre la oposición la que saca a relucir cuestiones personales y malos modos. Es ilustrativo el comienzo del Informe de Stalin al Comité Central en 1929:

No voy a referirme al factor personal, aunque en los discursos de ciertos camaradas del grupo de Bujarin es cosa que ha jugado un papel bastante impresionante. No me referiré a él, porque el factor personal es una minucia y las minucias no

merecen la pena de que nos paremos en ellas. Bujarin hablaba de su correspondencia personal conmigo. Ha leido varias cartas, de las que se desprende que nosotros, ayer todavía amigos personales, discrepamos ahora en política. Las mismas notas han sonado en los discursos de Uglanov y Tomski. Cómo es eso, vienen a decir: somos viejos bolcheviques y de repente nos hablan de discrepancias entre nosotros; no sabemos respetarnos.

Creo que todas estas jeremiadas y lamentaciones no valen un comino. No somos una tertulia familiar, no somos una peña de amigos personales, sino el partido político de la clase obrera. No se debe permitir que los intereses de la amistad personal se coloquen por encima de los intereses de la causa.

Si por lo único que nos llamamos viejos bolcheviques es por ser viejos, mal van nuestras cosas, camaradas. Los viejos bolcheviques no gozan de respeto por ser viejos, sino porque, al mismo tiempo son revolucionarios siempre nuevos, que nunca envejecen. Si el viejo bolchevique se desvía de la revolución o se abandona y se apaga en el sentido político, podrá tener aunque sea cien años, pero no estará autorizado a llamarse viejo bolchevique, no tendrá derecho a decir al Partido que se le respete.

Además, los problemas de la amistad personal no pueden colocarse en un mismo plano con los problemas de la política; pues, como suele decirse, una cosa es la amistad y otra cosa es el deber. Todos nosotros estamos al servicio de la clase obrera, y si los intereses de la amistad personal divergen de los intereses de la revolución, la amistad personal debe pasar a una segundo plano. De otro modo no podemos plantear el problema como bolcheviques.

No me referiré tampoco a las alusiones y acusaciones embozadas de carácter personal que salpican los discursos de los camaradas de la oposición bujarinista. Al parecer, estos camaradas quieren encubrir con insidias y equívocos las razones políticas de nuestras discrepancias. Quieren suplantar la política por la politiquería (2).

Un partido comunista no tiene nada que ver, en su forma interna de organización, con ningún otro partido político, asociación, sindicato o colectivo. No es una organización de masas sino una vanguardia reducida que tiene como misión dirigir a la clase obrera y, a través de ella, a las masas del pueblo. Que un partido comunista *se fortalece depurándose*, es un principio general que Lenin había tomado de Lasalle. Y éste es justamente el principio fundamental del que la oposición huía como la peste. Ellos se lamentaban de la enfermedad (el burocratismo) pero renegaban del remedio (la depuración) porque, en definitiva, preconizaban que dentro del Partido tenían que *coexistir* todas las corrientes. Pero la teoría leninista era muy distinta: frente a las desviaciones no sólo hay que emplear la lucha ideológica sino expulsarlas de las filas si no se corrigen.

La burguesía interpreta esto como si se tratara de una especie de defensa de una pureza ortodoxa, en la que no caben discrepancias. Nada más lejos de la realidad. No se trataba de defender unas tesis frente a otras, sino de una línea política. La experiencia del movimiento obrero demuestra repetidas veces que esas *pequeñas* divergencias teóricas conducen primero a tácticas diversas que degeneran rápidamente en una estretegia de defensa en toda línea del capitalismo. Se trataba, pues, de algo bien práctico y concreto; se trataba -nada menos- que de saber si el país caminaba hacia el socialismo o hacia el capitalismo. Y no había existido en la historia ninguna experiencia semejante, por lo que todo debía improvisarse. Así que nada más normal que los continuos debates que se suscitaron a cada paso.

En el aspecto formal, los oposicionistas tuvieron todas las oportunidades de defender sus criterios en las reuniones y en la prensa, hasta el punto que algunas de las actas de la discusiones habidas en la células de base ponen de manifiesto la saturación de artículos y escritos con que les bombardean los trotskistas. Por otro lado, las decisiones disciplinarias eran adoptadas por la Comisión Central de Control, un organismo independiente del Partido.

Hay además que consignar otro dato importante confirmado por la historiografía contemporánea, a saber, que las depuraciones no tenían por objeto primordial la defensa de las posiciones ideológicas y políticas de la mayoría, sino aspectos mucho más rutinarios y alejados de las disputas sobre la línea o la estrategia. La mayor parte de los depurados en los años veinte no son por simpatías con la oposición sino por razones tales como el alcoholismo, la indisciplina, el desinterés o a falta de formación política. Los motivos de las depuraciones se conocen gracias a que la de 1929 consignó con exactitud los motivos de la expulsiones, y sólo el uno por ciento de ellas tiene una causa política. Si tenemos en cuenta que fue ese año cuando se liquidó a la oposición de derechas encabezada por Bujarin, el dato parece muy concluyente de la falsedad propagandística.

En los años veinte la experiencia del Partido bolchevique demostró no solamente que la oposición no tenía razón, sino que como consecuencia de no expulsar a los oposicionistas, por mantener las disputas en el interior, los problemas se reproducían periódicamente. No solamente los debates sino incluso los protagonistas, eran siempre los mismos porque ni ellos se habían enmendado ni el Partido los había depurado. Las discusiones volvían una y otra vez sobre los mismos temas; no se acababan de zanjar porque las distintas plataformas de oposición nunca quedaban satisfechas y volvían a tratar de intimidar a la dirección con continuas acusaciones de *burocratismo*.

Las purgas ya fueron iniciadas por Lenin en 1921 de una forma sistemática, en asambleas públicas en las que incluso intervenían obreros no afiliados al Partido. Aproximadamente una cuarta parte de los militantes fueron expulsados, unos 170.000 en total, para reforzar la confianza de las masas obreras en su vanguardia dirigente. Su cohesión y su disciplina se reforzaron, a pesar del descenso en el número de militantes:

año	congreso	militantes
1921	X Congreso	732.521
1922	XI Congreso	532.000
1923	XII Congreso	386.000
1924	XIII Congreso	735.881

Aunque los disidentes pretendieron aparecer como los campeones de la lucha contra la burocracia, éste era un fenómeno conocido y reconocido por todos los militantes. Numerosas resoluciones al más alto nivel hablan de ello y de la necesidad de atajar el fenómeno. Así se expresaba Lenin en la polémica sobre los sindicatos:

La lucha contra el burocratismo se llevará decenios. Es una lucha difícil, y el que les diga que podemos liberarnos de golpe de las prácticas burocráticas adoptando plataformas antiburocráticas, no es más que un charlatán con inclinación a las palabras altisonantes. Los excesos burocráticos deben corregirse enseguida. Debemos descubrirlos y corregirlos sin llamar bueno a lo malo o blanco a lo negro. Los obreros y los campesinos comprenden que aún tienen que aprender a gobernar, pero comprenden perfectamente que existen excesos burocráticos, y si alguien no quiere corregirlos su culpabilidad es redoblada. Hay que corregirlos a tiempo, como cuando lo señalaron los trabajadores del transporte naviero y no cuando otros lo hacen ver también(3).

La etapa de comunismo de guerra y la guerra civil habían conducido en la práctica a la militarización del Partido bolchevique. Todo el peso del aparato del Estado descansaba sobre las filas bolcheviques y lo impregnaba. Con la nueva política económica no acabó el problema y se vio ingresar en el Partido a muchos de aquellos nuevos ricos, por completo ajenos a la clase obrera. Por tanto las purgas eran imprescindibles para eliminar del interior del Partido a los arribistas sin escrúpulos, así como a todos aquellos advenedizos provenientes de otras organizaciones que sólo pensaban en hacer carrera, en trepar. Había que eliminar las facciones que trataban de sembrar la discordia e introducir la ideología burguesa dentro de las filas de la vanguardia revolucionaria.

El historiador norteamericano Getty ha demostrado en una obra publicada en 1993 (4) que frente a las depuraciones de la época leninista, las que se llevaron a cabo en tiempos de Stalin fueron mucho menos numerosas y apenas alcanzaron a un cinco por ciento de los militantes. Las depuraciones perdieron intensidad con el transcurso del tiempo.

Lo que es importante consignar es que ninguna de las purgas tuvo un objetivo político; nunca se utilizaron las purgas para imponer una determinada línea política, ni para consolidar las posiciones de la mayoría en contra de los disidentes. Y lo que es aún más significativo: ningún miembro destacado de la oposición fue expulsado de las filas del Partido una vez cerrado el debate y votadas la propuestas. Todos ellos permanecieron en sus puestos durante bastante tiempo después y sólo fueron expulsados por razones que nada tuvieron que ver con una discusión que se había zanjado ya tiempo atrás. Ese es el caso de Trotski, de Zinoviev, de Kamenev, de Bujarin, de Radek y de muchos otros. En el caso de Zinoviev y Kamenev fueron redmitidos en el Partido después de su expulsión, para volver a ser expulsados nuevamente, readmitidos y expulsados una tercera.

Estamos, pues, muy lejos de la pretendidas medidas draconianas que nos presenta la propaganda burguesa. Los oposicionistas no sólo tuvieron ocasión de exponer sus puntos de vista, sino que, ante la falta de apoyo entre los militantes, rectificaron sus opiniones originarias varias veces, lo que dio lugar a una inexplicable confluencia entre ellos, cuando habían mantenido posiciones enfrentadas entre sí. Es fácil deducir que, por encima de sus posicionamientos coyunturales, sólo estaban unidos por su lucha contra la mayoría.

En contraposición al supuesto militarismo imperante en el interior del Partido, cabe destacar que por entonces sus Congresos se celebraban cada año, y que además se celebraron importantes Conferencias, hasta el punto de que, como se quejabaMaiakovski, no se podía localizar a un comunista porque estaban reunidos todos los días:

fecha	reunión	delegados
agosto de 1917	VI Congreso	157 de pleno derecho más 128 sin voto
marzo de 1918	VII Congreso	46 de pleno derecho más 58 sin voto
marzo de 1919	VIII Congreso	301 de pleno derecho más 102 sin voto
marzo de 1920	IX Congreso	554 de pleno derecho más 162 sin voto
marzo de 1921	X Congreso	694 de pleno derecho más 296 sin voto
marzo de 1922	XI Congreso	522 de pleno derecho más 165 sin voto
abril de 1923	XII Congreso	408 de pleno derecho más 417 sin voto
enero de 1924	XIII Conferencia	128 de pleno derecho más 222 sin voto
mayo de 1924	XIII Congreso	748 de pleno derecho más 416 sin voto
abril de 1925	XIV Conferencia	
diciembre de 1925	XIV Congreso	665 de pleno derecho más 641 sin voto
noviembre de 1926	XV Conferencia	194 de pleno derecho más 640 sin voto
diciembre de 1927	XV Congreso	898 de pleno derecho más 771 sin voto

Además de este cúmulo de Congresos y Conferencias, el Comité Central se reunía cada dos meses y mantenía reuniones conjuntas con la Comisión Central de Control en materia disciplinaria. En sus sesiones intervenían muchas veces delegados de las mayores organizaciones del Partido, como las de Leningrado o Moscú, por lo cual era fácil que reunieran en torno a unos 100 dirigentes del Partido. En un país tan vasto como Rusia; en las condiciones metereológicas de su duro clima; y con la lentitud de los transportes de la época, no se puede hacer una acusación de ausencia de democracia interna sin mucha mala fe o nulo rigor histórico.

Por lo demás, las tesis de la oposición fueron debatidas igualmente en el seno de la Internacional Comunista, donde fueron también ampliamente rechazadas. En consecuencia, si algo se puede decir de los debates y discusiones mantenidos en los años veinte con las disintas plataformas de oposición en el interior del Partido bolchevique, es precisamente que no se podía discutir más, ni más intensamente. Todos los participantes tuvieron las más amplias posibilidades de exponer sus criterios, pero el socialismo no se podía construir sólo con debates sino con medidas económicas y políticas precisas para las que no existían experiencias previas. En cierta medida, por tanto, era lógico el debate por la ausencia de antecedentes históricos. Se conocía cómo se había desarrollado el capitalismo, pero no el socialismo, que era algo completamente nuevo. Naturalmente, los bolcheviques no sólo no contaban con ningun forma de ayuda exterior, sino que los imperialistas venían poniendo toda clase de obstáculos a la revolución. Tampoco podían contar con el expolio de las colonias, como los países capitalistas más desarrollados.

Todo esto demuestra la inconsistencia de sus acusaciones dirigidas contra la mayoría que Stalin encabezaba, y es fácil deducir que la oposición pretenía paralizar la actividad del Partido, que lo conducían hacia un conglomerado de tertulianos. Por tanto, más bien existía el riesgo contrario del que denunciaba la oposición: el riesgo de burocratismo se había convertido en el riesgo de *democratismo*. No cabe calificar de otra manera lo sucedido en el XV Congreso cuando, además del Informe Político presentado por Stalin, Zinoviev presentó, en nombre de la oposición, su propio contra-informe. La situación era insostenible; se había creado un partido dentro de otro partido.

Secretario General del Partido bolchevique

En marzo de 1922 el XI Congreso del Partido bolchevique decidió crear el cargo de Secretario General y en la primera reunión del Comité Central posterior a dicho Congreso, celebrada un mes después, a propuesta de Zinoviev, designaron a Stalin para el cargo, a pesar de que aún vivía Lenin. Hasta entonces las funciones las había desempeñado Sverdlov pero éste había fallecido en 1919 y nadie se ocupaba de esas funciones desde entonces. Ninguno de los 559 periódicos existentes en la Unión Soviética publicó la noticia, ni siquiera el Pravda. Esto demuestra que nunca existió ninguna forma de culto a la personalidad, a pesar del enorme reconocimiento que tenía el georgiano entre sus camaradas. Desde la Secretaría General, de la que también formaban parte Molotov y Kuibichev, desplegó un metódico trabajo de organización y dedicación a las tareas administrativas del mismo en una etapa muy difícil por la incorporación masiva de miles de nuevos militantes revolucionarios sin experiencia política.

La necesidad de una función de esas caracterísitcas provenía de las fuertes discusiones mantenidas en su seno sobre la cuestión sindical, que había supuesto un serio riesgo de división, y cuyas heridas aún no habían cicatrizado. Todos los militantes eran conscientes del malestar interno y, como dice Trotski, *la lucha en*

las alturas duraba ya cerca de dos años tan en secreto que el Partido en conjunto nada sabía de ella (5). La situación era aún más grave porque Lenin daba síntomas claros de su enfermedad desde hacía algún tiempo y no había nadie con su autoridad para zanjar los debates. Las razones por las cuales fue designado Stalin radicaban ahí precisamente: era necesario un dirigente capaz de preservar la unidad del Partido y con personalidad para no dejarse envolver por las discusiones fraccionales. Eran las mismas razones por las cuales fue elegido para dirigir la *Rabkrin*, la Inspección Obrera y Campesina, que tenía rango ministerial: iniciativa para dirigir, firmeza, dedicación y capacidad organizativa.

En el XI Congreso Preobrajenki protestó porque Stalin asumía dos ministerios simultáneamente y Lenin, depués de afirmar que no había otro como Stalin para el cargo, replicó: *Es una empresa gigantesca. Es necesario que esté dirigida por un hombre que tenga autoridad. De lo contrario nos veremos ahogados en pequeñas intrigas*. También desde el puesto de Secretario General Stalin debía combatir esas *pequeñas intrigas* dentro del Partido que pronto, apenas dos meses después, con la enfermedad deLenin, iban a convertirse en gigantescas.

En mayo de 1922 Lenin sufrió la primera hemorragia cerebral. Los médicos le aconsejaron un reposo total, así que salió de Moscú hacia Gorki, aunque a los dos días su estado se agravó y quedó paralizado. Luego su salud mejoró un poco y en octubre pudo regresar a Moscú, reanudando su actividad hasta que el 16 de diciembre sufrió un fuerte ataque; en los días siguientes su estado se agravó, quedando inmovilizados el brazo derecho y la pierna derecha. El 23 de diciembre Lenin logró permiso de los médicos para dictar a una de sus taquígrafas, Volodicheva, durante cinco minutos. Así expuso la primera parte de la *Carta al Congreso*. Al día siguiente lanzó un ultimátum a los médicos: o se le permitía dictar unos pocos minutos todos los días o se negaba a curarse. Por eso se le permitió dictar de 5 a 10 minutos cada día. Los días 24, 25 y 26 de diciembre de 1922 Leninsiguió dictando a sus secretarias Volodicheva y Fotieva su *Carta al Congreso*.

En lo sucesivo la salud de Lenin fue mejorando poco a poco y los médicos le permitieron dictar de 30 a 40 minutos por día. Muy enfermo, físicamente debilitado, Lenin siguió dictando apuntes hasta el 6 de marzo, cuando sobrevino un empeoramiento repentino de su estado de salud.

En este capítulo de la biografía de Stalin, los tergiversadores de la historia han supuesto que los últimos artículos de Lenin, dictados durante su enfermedad, constituían un verdadero *testamento* enfilado contra Stalin que demostraría un deterioro de las relaciones personales y políticas entre ambos. En contra de lo que replicó a Preobrajenski en el Congreso de marzo, Lenin se habría apercibido tardíamente de que Stalin asumía un cúmulo importante de funciones en el Partido y en el nuevo Estado, y no era el más capacitado para los tres cargos que ocupaba: ministro de las Nacionalidades, ministro de la Inspección Obrera y Campesina y Secretario General del Partido. Habría tratado de prevenir a sus camaradas de ello para que desplazaran a Stalin de sus funciones.

La veracidad de esas *Cartas*, así como de los escritos de Lenin elaborados durante su enfermedad, ha sido puesta en duda recientemente por Sajarov en el periódico ruso *Molnia*, afirmando que se trata de otras tantas falsificaciones fabricadas por la oposición minoritaria dentro del Partido. El cúmulo de extrañezas que rodean esta última etapa de la vida de Lenin, que en definitiva ponen de manifiesto la intensa lucha política e ideológica en que estaba sumido el Partido bolchevique, exige como mínimo analizar pormenorizadamente todos y cada uno de esos escritos que, con reservas, tenemos aquí por auténticos.

Pero por más que esos últimos escritos de Lenin no sean falsos, tampoco se los puede considerar como un *testamento* porque es impropio de comunistas dejar expuesto lo que otros camaradas deban hacer en circunstancias que es imposible prever de antemano. Resulta de todo punto inaceptable que Lenin, como si de una monarquía se tratara, dejara dispuesto para después de su muerte lo que los militantes del Partido debían acordar en su ausencia. Lenin no obró de ese modo ni siquiera en vida. Además, nadie transmite lo que no tiene, y Lenin no podía designar sustituto para la Secretaría General del Partido porque él no lo era; a su muerte no quedó vacante esa función sino la de miembro del Buró Político, en el que fue sustituido por Bujarin. La otra función que Lenin tuvo en la Rusia soviética fue la de Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y, ya durante su enfermedad, le sustituyeron Tsurupa y Rikov. Stalin jamás ocupó ese cargo hasta la II Guerra Mundial y parece ocioso recordar que por más que dirigiera dos ministerios, en ese puesto no era más que un subordinado del Presidente del Consejo. Si en algún momento Lenin consideró que Stalin no era la persona más adecuada para desempeñar el papel de Secretario General del Partido bolchevique, los militantes tuvieron ocasión de conocer su criterio y, a pesar de ello, mantuvieron su decisión de que continuara al frente del Partido.

Naturalmente hay otro papel mucho más trascendental que Lenin cumplía: el de dirigente comunista del Partido y del proletariado. Salvo el de miembro del Comité Central, Lenin no necesitó ningún cargo dentro del Partido para que sus directrices fueran seguidas por todos los demás militantes. Para eso no había ningún sustituto. No hubo más que un Lenin, un dirigente respetado y reconocido que nunca necesitó imponerse por la vía disciplinaria. No sólo los bolcheviques sino todos los revolucionarios del mundo quedaron huérfanos cuando él falleció. No había testamento capaz de suplir ese hueco. En todas las entrevistas que concedió, cuando a Stalin le preguntaban si se consideraba el *heredero* de Lenin, respondió negativamente: él no era Lenin, sólo era un alumno de Lenin.

El asunto, tal y como ha quedado planteado por el trotskismo y la burguesía, es aún más absurdo, habida cuenta de que en el Partido bolchevique el Secretario General no era un dirigente al que todos debieran ninguna clase de obediencia. La dirección era colectiva y las pautas las marcaba el Comité Central, tanto en la época en la que Lenin vivía como después de su muerte. Pueden ponerse numerosos ejemplos en los que el voto de Lenin y Stalin quedó en minoría y fueron otras las decisiones adoptadas contra su criterio.

Ahora bien, Trotski tenía otra concepción del Partido. Creía que si él era nombrado *heredero* de Lenin, podría por fin imponer sus criterios y todos los demás estarían obligados a cumplir sus órdenes. Esa presunción de ocupar el vacío de Lenin estaba en Trotski y en ningún otro militante bolchevique, como lo prueba ampliamente en su biografía de Stalin. Por eso habla de un forma verdaderamente aberrante y despreciativa de sus propios camaradas como segundones y testaferros. Por encima de ellos, en el lenguaje de Trotski, estaban los jefes que, a espaldas de los demás, conspiraban y se apuñalaban por la espalda para quedarse con la *herencia*. Trotski trató de aprovechar aquellos difíciles momentos en que Lenin estaba incapacitado para modificar la línea del Partido. Pretendió hablar en nombre de Lenin, exponer las *auténticas* ideas de Lenin que, según él, comenzaban a ser tergiversadas. Él había ingresado en el Partido bolchevique, pero no había modificado ni un ápice sus viejos principios mencheviques, no había rectificado y únicamente pretendía introducirlos en el seno del Partido. Para ello había que falsificar el leninismo y sustituirlo por el trotskismo. Trotski sabía que, por sí misma, su línea no podía cuajar, así que había que poner en boca de la máxima autoridad bolchevique sus propias tesis.

La trascendencia que Trotski y Jruschov (y tras ellos toda la burguesía imperialista) dieron a los últimos escritos de Lenin es lo único que justifica un análisis algo pormenorizado de ellos. Esos escritos se divulgaron -a diferencia de otros que fueron acallados- porque el trotstkista estadounidense Max Eastman vendió el texto de Lenin al *New York Times* a cambio de una buena cantidad de dólares. No deja de resultar curioso que este mismo periódico, portavoz de los imperialistas estadounidenses, fuera el primero en publicar tanto el *testamento* como el Informe secreto de Jruschov. Sin embargo, en aquellos primeros momentos Trotski no reconoció la existencia de ningún *testamento* e incluso desmintió públicamente a Eastman en una carta dirigida al *New York Daily Worker* el 8 de agosto de 1925, al igual que Krupskaia. Pero luego, en su biografía de Stalin, no sólo alude al *testamento* sino que se lo inventa y, siempre a su sombra, los revisionistas y los imperialistas han continuado manteniendo esa falsificación histórica, como tantas otras. Finalmente esas cartas fueron difundidas por Jruschov en su *Informe secreto* ante el XX Congreso celebrado en 1956 para justificar su golpe de Estado bajo la coartada de la crítica del *culto a la personalidad* y tratando de separar a Lenin de Stalin, como antes había ensayado Trotski.

En esos últimos escritos aparecen afirmaciones nada habituales de Lenin e incluso contradictorias entre sí, por lo que deben tomarse en cualquier caso con suma cautela. Es sabido que Lenin elaboraba meticulosamente todos y cada uno de sus textos, que los corregía y pulía incansablemente hasta encontrar la redacción más precisa y clara. Nada de eso pudo hacer con aquellos escritos, no sólo porque la enfermedad limitaba su capacidad de trabajo sino porque no tuvo ocasión de revisar su dictado. Ninguno de esos artículos está firmado por él, lo cual no significa que no los dictara a sus taquígrafas. NormalmenteLenin recibía la transcripción de sus dictados, los corregía y los firmaba, pero con estos últimos escritos no pudo hacerlo. Por ello mismo, esos artículos y cartas deben ser examinados con especial atención. Aquí analizaremos exclusivamente aquellos que conciernen a la leyenda creada en torno a Stalin.

El texto más conocido es la *Carta al Congreso*, consistente en varios fragmentos dispersos de un mensaje dirigido al Congreso del Partido cuyo dictado Lenin inició el 23 de diciembre de 1922 y terminó el 4 de enero del año siguiente. En ella se abordan dos cuestiones distintas. Una primera es el aumento del número de miembros del Comité Central y Lenin la dictó el 23, 24, 25, 26 y 29 de diciembre de 1922. La segunda parte de la *Carta al Congreso* comprende las notas del 24 y 25 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923, conteniendo una caracterización subjetiva de algunos miembros del Comité Central.

El mensaje estaba promovido por el temor de Lenin a una escisión y a las *pequeñas intrigas*, por lo que el Comité Central ganaría en estabilidad ampliándose de 27 a 100 miembros. El mayor peligro de escisión proviene, según dice Lenin, de Stalin y Trotski, de los cuales hace la siguiente caracterización, que citaremos íntegra y literalmente:

El camarada Stalin, llegado a secretario general, ha concentrado en sus manos un poder inmenso y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, según ha probado ya su lucha contra el CC con motivo del problema del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, no se distingue únicamente por dotes relevantes. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual CC, pero está demasiado ensoberbecido y se deja llevar demasiado por el aspecto puramente administrativo de los asuntos [...]

Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de secretario general. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos sólo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia puede parecer una pequeñez insignificante, pero creo que, desde el punto de vista de prevenir la escisión y de lo que he escrito antes de las relaciones entre Stalin y Trotski, no es una pequeñez o se trata de una pequeñez que puede adquirir importancia decisiva.

Además, conviene citar otro párrafo en el que caracteriza a Bujarin, ya que la opinión de Lenin sobre él también se ha manipulado al citarlo parcialmente:
Bujarin no sólo es un valiosísimo y notable teórico del Partido, sino que, además, se le considera legítimamente el favorito de todo el Partido; pero sus concepciones pueden calificarse de enteramente marxistas con muchas dudas, pues hay en él algo escolástico (jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido del todo la dialéctica).
De entrada, el examen de esta *Carta* causa una perplejidad inicial por el tono personal y subjetivo que Lenin adopta hacia unos cuantos dirigentes del Partido, algo absolutamente inhabitual en él. Además, en la *Carta*, como no podía ser de otra manera,Lenin no ordena nada a sus camaradas; hace una propuesta que éstos debían considerar. En cualquier caso, lo que deja bien claro es que no había ninguna clase de divergencias políticas entre Lenin y Stalin, que el primero apunta una serie de rasgos subjetivos de la personalidad de Stalin y el temor de que no sea precisamente el dirigente más adecuado para ocupar el cargo de Secretario General en un momento en el que está en riesgo la unidad del Partido y es necesario actuar con tacto y prudencia. Lenin hablaba de una hipotética situación futura, no del pasado y, en contradicción con lo que había manifestado en el XI Congreso, ahora opina lo mismo que Preobrajenski: que Stalin había concentrado en sus manos un poder inmenso. Es justamente ésto lo que promueve la sospecha acerca de la falsificación del texto, ya que no es probable que Lenin hubiera cambiado de opinión tan rápidamente. Ahí hay una contradicción y esa contradicción se duplica si comparamos este texto con otro muy próximo en el tiempo: el artículo *Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina* en el que Leninpropone fusionar la Comisión Central de Control con la Inspección Obrera y Campesina, un órgano del Partido con un órgano del Estado, y todo ello bajo la dirección de Stalin. Eso significaba que Stalin, como dirigente de la Inspección Obrera y Campesina seguía acumulando más competencias adicionales, porque se encargaba también de la Comisión Central de Control del Partido, es decir, que acumulaba ya cuatro cargos. Parece que Lenin había vuelto a cambiar de opinión por segunda vez, de modo que no cabe más que aceptar alguna de estas tres hipótesis: admitir un carácter vacilante y dubitativo en Lenin, afirmar que la*Carta al Congreso* está falsificada o reconocer que la enfermedad le había privado del uso de sus facultades mentales (con lo cual tampoco cabría atribuir validez a dicha *Carta*). Cualquiera de la tres opciones aumenta sospechas acerca de esta *Carta*, de su elaboración y su recorrido posterior.

La leyenda continúa afirmando que Stalin ocultó al Congreso esta *Carta* de Lenin porque le perjudicaba. Esto sí es plenamente falso. La primera parte de la *Carta al Congreso* sobre la ampliación del Comité Central fue enviada el mismo día a Stalin, pero no se menciona en ninguna de las actas de las reuniones del Buró Político y ni de los Plenos del Comité Central. Por eso se dice que la ocultó. Ahora bien, no es en esa parte de la *Carta* donde se alude a Stalin y, aunque no se leyera la *Carta*, el problema que en ella se aborda, la ampliación del Comité Central, no solamente fue discutido sino que sus propuestas se aprobaron.

Otra cosa sucedió con la segunda parte de la *Carta*, la que caracteriza a algunos dirigentes del Partido. Este fragmento tardó en llegar a la Secretaría General, esto es, a manos de Stalin, pero no por responsabilidad suya. Fue Krupskaia, la mujer deLenin, que la tenía en su poder, la que no la entregó al Secretariado ni al Buró Político, como era su obligación, sino a Zinoviev. A su vez, éste se quedó con ella un tiempo sin darla a conocer, como también era su obligación. Hasta el 18 de mayo de 1924, unos pocos días antes de inaugurarse el XIII Congreso del Partido, Zinoviev y Bujarin no informaron a Stalin de la existencia de ese escrito. Tres días después el Comité Central, tras escuchar el informe de la comisión encargada de recoger los papeles deLenin, adoptó el siguiente acuerdo: *Se dará lectura a los documentos, de acuerdo con la voluntad de Vladimir Ilich, en el Congreso, leyéndose en cada delegación y estableciendo que no se reproducirán. Les darán lectura en las delegaciones miembros de la comisión encargada de recoger los papeles de Ilich*. Por tanto, quedan muy claros varios hechos que importa consignar para restablecer la verdad histórica. Primero, que los militantes asistentes al Congreso escucharon las opiniones de Lenin sobre los miembros de la dirección. Segundo, que, a pesar del contenido del mensaje, confirmaron a Stalin en el cargo de Secretario General. Tercero, que alguien, violando los acuerdos de no reproducir el mensaje, hicieron copias del mismo que llegaron a manos de los imperialistas.

Por ello, y para terminar con la leyenda, dado que los imperialistas conocían el texto, había que darlo a conocer también a las masas, por lo que, en diciembre de 1927, el XV Congreso del Partido agregó el segundo fragmento a las actas y acordó publicar todos estos apuntes en las *Recopilaciones Leninistas*. Así que la *Carta al Congreso* no sólo se conoció sino que se publicó y difundió. En este punto el Informe secreto de Jruschov no era ninguna novedad. Que en manos de los revisionistas, como en las de los imperialistas, la *Carta al Congreso* haya ganado tanto aprecio sólo explica por su previa manipulación, de la que pretenden extraer falsas conclusiones.

Otro de los últimos escritos de Lenin es su *Contribución al problema de las naciones o sobre la autonomización*, un artículo dictado el 30 y 31 de diciembre de 1922 en el que Lenin responde al grave problema planteado en Georgia entre dos posiciones divergentes que surgieron con motivo de la formación de la URSS entre Ordjonikidze y Mdivani. La discusión versaba sobre si Georgia debía adherirse a la URSS directamente, como República independiente, o a través de la República de Transcaucasia de la que formaba parte. La política del Partido bolchevique en la región consistía en reforzar la cohesión de las repúblicas de Transcaucasia y prevenir posibles choques entre ellas, mientras que Mdivani -que tenía mayoría en la dirección del Partido Comunista de Georgia- frenaba, de hecho, la agrupación económica y política de las repúblicas de Transcaucasia y procuraba preservar el particularismo de Georgia, haciéndole el juego al nacionalismo burgués, a los mencheviques georgianos.

Lenin criticó las concepciones de Mdivani pero dijo que también Ordjonikidze había mostrado poca flexibilidad en la aplicación de la política nacional del Partido en Georgia. Había cometido errores *de mera administración*, había emprendido acciones precipitadas en la aplicación de la línea y no siempre contaba con la opinión de la dirección del Partido Comunista de Georgia. No había dado pruebas de cautela en las relaciones con el grupo de Mdivani, hasta el punto de que, al sentirse ofendido por uno de los adeptos del grupo de Mdivani, le dio un golpe. Entonces los partidarios de Mdivani dimitieron de la dirección y dirigieron una queja al Comité Central del Partido bolchevique. El 25 de noviembre de 1922 el Buró Político adoptó el acuerdo de enviar a Georgia una comisión encabezada por Dzherzhinski para que examinara aquella queja.

El 12 de diciembre Dzherzhinski regresó a Moscú y ese mismo día Lenin tuvo una larga entrevista con él. Lenin relacionaba el problema georgiano con el problema general de la formación de la URSS y se mostraba preocupado por la aplicación consecuente de los principios del internacionalismo proletario en la formación de un Estado federal como la URSS. En la carta*Contribución al problema de las naciones o sobre la autonomización* Lenin criticó a Ordjonikidze y estimó también que la comisión de Dzherzhinski no había sido imparcial en la investigación del conflicto georgiano. Pero atribuía la responsabilidad política de todo eso a Stalin y a Dzherzhinski: *Me temo que en esto han tenido un efecto fatal la precipitación y las aficiones administrativas de Stalin, así como su enconamiento contra el decantado socialnacionalismo*. Lenin no respaldaba a Mdivani, defendió la Federación de Transcaucasia así como la formación de la URSS pero estimaba que el peligro principal radicaba en el chovinismo ruso de gran potencia y opinaba que la lucha contra este último recaía sobre los hombros de los comunistas de la nación dominante. Por eso, aún defendiendo la misma posición, Lenin centró la crítica en los errores de Stalin, Dzherzhinski y Ordjonikidze, curiosamente, dos georgianos y un polaco a quienes exige un cuidado exquisito en el tratamiento del problema nacional para superar los recelos y los agravios del pasado. A pesar de que no había más que una *falta de tacto*, Lenin propone sancionar ejemplarmente a Ordjonikidze y se plantea retroceder en la formación de la URSS, limitándola a los aspectos militar y diplomático para dejar a los Estados federados todas las demás competencias.

El 16 de abril de 1923 la taquígrafa Fotieva envió la carta de Lenin al Buró Político, que fue leída en el XII Congreso del Partido. En consonancia con sus indicaciones, se introdujeron varias modificaciones al proyecto de acuerdo del Congreso sobre el problema nacional.

Un tercer texto dictado por Lenin en sus últimos días es el artículo *Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina (Propuesta al XII Congreso del Partido)*, asunto estrechamente relacionado con la *Carta al Congreso*. Lenin dictó el guión a principios de enero de 1923 y luego, el 9 y el 13 de enero, su primera variante bajo el título *¿Qué debemos hacer con la Inspección Obrera y Campesina?*. Los días 19, 20, 22 y 23 de enero dictó la segunda variante, la definitiva. Continuación directa y desarrollo de este artículo fue otro: *Más vale poco y bueno*.

En estos artículos Lenin declara que Stalin *puede y debe ser mantenido en su cargo* y que los miembros de la Comisión Central de Control, un órgano del Partido, que debían ser incluidos en la Inspección, un ministerio, le deben acatamiento. Esto significaba que, en contra de lo expuesto en la *Carta al Congreso*, las atribuciones de Stalin se iban a ampliar.

Sobre la base de las indicaciones de Lenin, el Comité Central celebrado del 21 al 24 de febrero aprobó con varias enmiendas las tesis para el mejoramiento de la dirección del Partido y adoptó el acuerdo de poner el problema de organización como punto especial de la agenda del XII Congreso. Las tesis preveían el aumento del número de miembros del Comité Central de las 27 personas elegidas en el XI Congreso a 40. Se establecía la presencia de miembros del Presidium de la Comisión Central de Control en el Comité Central y tres de ellos en el Buró Político. Se señalaba que debían someterse a discusión del Comité Central todos los problemas cardinales. El Buró Político debía presentar a cada Pleno del Comité Central un informe sobre su labor durante el período transcurrido.

Trotski se pronunció contra el plan de reorganización de la dirección del Partido. Dijo que la ampliación del Comité Central privaría a este último de las *indispensables formalización y estabilidad* y *supondría el peligro de causar*

excepcional daño a la precisión y eficiencia de los trabajos del Comité Central y propuso crear, en contrapeso al Comité Central, un Consejo del Partido integrado por miembros y suplentes del Comité Central, miembros de la Comisión Central de Control y dos o tres decenas de representantes de las regiones y organizaciones locales también elegidos en el Congreso del Partido, con poderes de dar directrices al Comité Central y controlar su labor. El Comité Central rechazó las objeciones de Trotski a la ampliación del Comité Central y su idea de crear en el Partido, de hecho, una dualidad de centros, que se contradecía de raíz con las normas leninistas de organización de Partido.

Posteriormente el XII Congreso del Partido aprobó las resoluciones presentadas por el Comité Central: amplió el Comité Central y la Comisión Central de Control y creó un organismo unificado: la Comisión Central de Control-Inspección Obrera y Campesina, todo ello bajo la dirección de Stalin.

Finalmente, hay que consignar un incidente de tipo personal suscitado por aquellas mismas fechas entre Stalin y Krupskaia, que motivó a Lenin a dirigir una última carta a aquel el 5 de marzo de 1923. Por consejo médico, el Partido había ordenado que sólo las personas más próximas a Lenin pudieran vistarle y que bajo ningún concepto se trataran con él cuestiones políticas a fin de que pudiera descansar. Por tanto, únicamente tenían acceso al enfermo su esposa Krupskaia, su hermana María Ulianova y, además, el Partido nombró a Stalin como único militante que podía vistarle y entrevistarse con él. A su manera Trotski presenta esta decisión como si Stalin tratara de mantener aislado a Lenin para engañarle con informaciones falsas: *Se instituyeron medidas de aislamiento contra personas de la intimidad de Lenin. Kruspkaia hizo cuanto pudo por sustraer al enfermo de las jugarretas hostiles de la Secretaría*. También esto es completamente falso.

Incumpliendo las instrucciones recibidas, en una de sus visitas Krupskaia planteó a Lenin diversas cuestiones políticas. Stalin se enteró de ello y le recriminó por teléfono su comportamiento, no solamente en su condición de esposa, sino también de militante del Partido. El tono de Stalin debió ser grave y severo, e incluso amenazó a Krupskaia con plantear la cuestión a la Comisión Central de Control, es decir, con medidas disciplinarias. Kruspakaia debió sentirse verdaderamente contrariada, ya que como militante del Partido y compañera de Lenin, estaba habituada a charlar con él de cuestiones políticas; no podía contenerse y demostró ser incapaz de separar la vida privada de la política. El caso es que tras la reprimenda de Stalin, Krupskaia acudió nuevamente a su marido y le refirió el reproche que le había dirigido, seguramente inflando la contundencia de la respuesta. También contó a Zinoviev y Kamenev su conversación telefónica con Stalin.

Cualquiera que sea la versión que Kruspakaia le transmitió, Lenin reaccionó enviándo un carta a Stalin el 5 de marzo en la que no plantea ninguna cuestión política sino que le exige que se disculpe con Krupskaia, ya que de lo contrario cortaría la relación personal entre ambos. Volodicheva, la taquígrafa, asevera que Lenin le dijo que la carta era confidencial, y le ordenó entregársela a Stalin y guardar una copia. Es impensable que una divergencia de tipo político se mantuviera en secreto para los demás militantes. Si Lenin lo dispuso de esa forma era precisamente porque sus diferencias personales no debían interferir en el funcionamiento del Partido. Por lo demás, tampoco hubo ruptura entre ambos, sino una amenaza de ruptura provocada por Krupskaia y en base a una información sesgada por parte de ella.

De las manifestaciones expresadas por escrito por María Ulianova, la hermana de Lenin, durante aquella época, se desprende que en aquellas fechas la relación

entre Lenin y Stalin no era sólo política, sino personal; Lenin sólo quería hablar con Stalin durante su enfermedad y dio repetidas instrucciones de que fuera precisamente Stalin quien cumpliera determinados encargos que consideraba de interés trascendental. En un mensaje dirigido al Comité Central y fechado el 26 de julio de 1926, María Ulianova dice que Lenin encargaba a Stalin el cumplimiento de ese tipo de encargos que sólo se encomiendan a una persona con la que se comparte una confianza total. Con esta afirmación quizá Ulianova se refería a la petición que Lenin hizo a Stalin, por dos veces, para que, si quedaba completamente paralizado, le suministrara un veneno con el fin de no alargar su agonía. Naturalmente, como en toda relación de amistad, existieron roces entre ambos, que son en los que se apoya la burguesía para suponer una ruptura. Es sin embargo importante poner de manifiesto que esos incidentes fueron de tipo personal, y no político. No hubo ninguna divergencia ideológica de verdadera impotancia entre ambos. Para ser más exactos podemos añadir que hubo dos discrepancias de tipo menor. Una concernía a una petición de Lenin que, habiéndose enterado de que el dirigente menchevique Martov estaba enfermo en Berlin y atravesaba dificultades, le pidió a Stalin que le enviara dinero, a lo que Stalin se negó diciendo que Martov era un enemigo de la clase obrera y que se buscara a otro para ese encargo. El segundo, era el tratamiento de Stalin como ministro de las Nacionalidades hacia Georgia, que ya ha quedado expuesto. Quizá pueda añadirse una tercera divergencia: Stalin se negó a suministrar a Lenin el veneno que éste le pidió.

En su carta a Stalin Lenin decía que las ofensas dirigidas contra su esposa, las consideraba dirigidas contra él mismo. María Ulianova escribió que si Lenin no hubiera estado tan enfermo, hubiera reaccionado de manera distinta a como lo hizo en este incidente porque, según ella, Lenin era una persona que se caracterizaba precisamente por no dejar que las cuestiones personales interfirieran en las políticas. La misma Kruspakia escribió poco después de la muerte de su marido que esto era uno de los rasgos característicos de su personalidad:

El afecto a las personas no influyó nunca en su posición política [...]

La honradez política -en el verdadero, en el profundo sentido de la palabra-, la honradez que consiste en saber renunciar a cualesquiera simpatías o antipatías personales en los enjuiciamientos y acciones políticas propias, no es inherente a todo el mundo y no es fácil poseerla (6).

Por todo ello, es normal que estos últimos escritos de Lenin hayan motivado suspicacias acerca de su falsificación. El tono personalista que enturbia los mensajes es particularmente extraño en alguien como Lenin, reacio a dejarse dominar por el subjetivismo y el personalismo. Pero se trata justamente de eso, de asuntos personales a los que no se les puede conceder mayor importancia. Que los burgueses se dejen atraer por esos asuntos, que concentren en ellos su atención, e incluso que los manipulen para extraer sus propias conclusiones, entra dentro de su visión de la historia. Pero para los comunistas no merecería más allá de unas pocas líneas.

La respuesta de Stalin a Lenin con las disculpas que éste pedía, es aún más confusa por múltiples razones. Primero esa respuesta la redacta Stalin cinco semanas después del incidente, de donde se desprende que hasta entonces no sabía que el altercado había llegado a oidos de Lenin. Segundo, según Sajarov, hay dos versiones de la misma y, lo que resulta aún más sospechoso, ambas aparecen firmadas. Sin embargo, ninguna de las dos respuestas llegó nunca a su destinatario, es decir, aLenin. Es posible que eso se hiciera por consejo de los médicos, pero la respuesta la redactó Stalin el 7 de marzo y Lenin no quedó

definitivamente impedido hasta el 10 de marzo por lo que hubo tiempo suficiente para trasmitirle su contenido. Nunca se ha publicado en castellano, aunque el contenido literal de una de ellas era el siguiente:

Al camarada Lenin de Stalin. Personal

¡Camarada Lenin!

Hace cinco semanas tuve una discusión con Nadesha Konstantinovna, a la que considero no solamente su mujer, sino también una veterana camarada del partido. Le he dicho por teléfono alguna cosa muy parecida a la siguiente:

'Los doctores han prohibido proporcionar ninguna información política a Ilich. Consideran este método como la forma más ficaz de tratamiento, mientras que usted Nadesha Konstantinovna incumple este método. No está permitido jugar con la vida de Ilich'.

No pienso que se pueda apreciar en esas palabras ninguna grosería o prohibición 'contra' usted, ni que yo haya procedido con otros fines que su rápido restablecimiento. Además, pienso que es mi deber comprobar que ese método se observe. Mi explicación a Nadesha Konstantinovna confirma que no ha habido nada salvo un malentendido.

Si usted piensa que para mantener 'nuestra relación' tengo que 'retirar' las palabras arriba mencionadas, puedo retirarlas pero no comprendo dónde está mi 'falta' y qué es exactamente lo que se pretende de mí.

J. Stalin

Trotski jamás aludió al origen del incidente entre ambos y, además, mintió afirmando que se produjo entre ambos una ruptura de tipo político. La oposición, y especialmente Trotski, utilizaron este incidente personal como instrumento en su batalla contra la mayoría del Partido y contra Stalin, con un estilo bastante característico de su manera de obrar. No fue la única vez que Zinoviev manipuló a Krupskaia, que durante esta fase desempeñó un papel bastante negativo, hasta el punto de integrarase en la oposición contra la mayoría del Partido bolchevique. En el momento en que se produce este cruce de cartas, está fraguándose la oposición trotskista. Desde el debate sindical el Partido es un hervidero de discusiones; la Nueva Política Económica está en marcha pero era difícil entonces precisar hacia dónde conducía aquel cúmulo de medidas, algunas de ellas abiertamente capitalistas. Lenin no puede ya asumir la dirección y no hay nadie con autoridad para determinar la línea a seguir.

30 años después en su *Informe secreto* Jruschov, pese a que sí refiere el incidente, no aclara, sino que, para crear el engaño, encubre que era en realidad Kruspskaia quien había desobedecido las órdenes de los médicos de no molestar a su marido y, por tanto, la causante del incidente.

A los comunistas nos interesa bien poco el *testamento* de Lenin; por el contrario nos interesa mucho más su *herencia*, y la verdadera *herencia* de Lenin no es otra que el leninismo. A su vez, el leninismo es algo que interesa bien poco a la burguesía, como tampoco al trotskismo ni al revisionismo porque nunca defendieron ese legado. Pero dentro del Partido bolchevique pronto se comenzó a debatir qué había significado el leninismo, cuál había sido su aportación al acervo marxista. Zinoviev escribió un folleto con su versión del leninismo, Bujarin hizo

otra, la suya y, finalmente, Stalin escribió *Los Fundamentos del leninismo*, que nada tenía que ver con ninguna de la dos anteriores.

Notas:

★ La *oposición obrera* fue un grupo faccional encabezado por A. Shliapnikov, S. Medvedev, A. Kolontai, I. Kutuzov, Y. Lutovinov y otros, que comenzaron a actuar por primera vez con este nombre en setiembre de 1920 en la IX Conferencia del Partido. Sus tesis eran de tipo anarcosindicalista y preconizaban que la dirección de la economía pasara a los sindicatos, a los que reputaban como una forma superior de organización de la clase obrera, contraponiéndolos al Estado y al Partido. El X Congreso criticó estas posturas y la mayor parte de los miembros de la facción la abandonaron, a excepción de Shliapnikov y Medvedev, que siguieron actuando contra el Partido y haciendo propaganda ultraizquierdista. Así, en febrero de 1922 enviaron a la Internacional la *Declaración de los 22*.

★ El grupo del *centralismo democrático* era una facción encabezada por M. Boguslavski, A. Kamenski, V. Maximov, N. Osinski y otros que criticaron las tesis leninistas sobre la organización del Partido y de los soviets en el VIII Congreso. En el siguiente Congreso prsentaron tesis propias sobre la economía. Esta facción no admitía el papel dirigente del Partido en los soviets y en los sindicatos, se oponían a la dirección unipersonal y a la responsabilidad individual de los dirigentes de las empresas. Preconizaban la libertad para crear facciones dentro del Partido, la fusión del gobierno con los soviets y la autonomía de los órganos soviéticos locales frente a los centrales. En Ucrania se opusieron también a la creación de comités de campesinos pobres como instrumento de la dictadura del proletariado. Aunque carecían de respaldo popular, contaban con el apoyo de los mencheviques. Desde que fueron derrotados en el X Congreso, sólo continuaron los dirigentes, que en 1923 se unieron a los trotskistas y tres años después formaron el *grupo de los 15* dirigido por Sapronov y Smirnov, que fue expulsado en el XV Congreso del Partido.

★ Los *ignatovistas* eran una facción constituida en 1920 en la organización de Moscú del Partido con motivo de la discusión sobre la cuestión sindical, dirigida por E. Ignatov. Al igual que la oposición obrera sus tesis eran anarcosindicalistas y preconizaban que la dirección de la economía fuese entregada a los sindicatos. Negaban el papel dirigente del Partido en la edificación del socialismo, defendían el faccionalismo y también enfrentaban a los sindicatos con el Estado. Desaparecieron después del X Congreso del Partido en el que Ignatov defendió algunas de las tesis de la oposición obrera.

★ El llamado *grupo de tope* era una de las facciones constituidas dentro del Partido en torno a la cuestión sindical a finales de 1920 y comienzos de 1921. Además de N. Bujarin, formaban parte del mismo E. Preobrajenski, Y. Larin, L. Srebriakov, G. Sokolnikov y V. Yakovleva.

(1) V. I. Lenin, Obras, 4 ed. en ruso, t. 32, pág. 434.

(2) J.V.Stalin: «Sobre la desviación derechista en el PC (b) de la URSS», en *Cuestiones del leninismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1977, pgs.328 y 329.

(3) V.I. Lenin: *Obras Completas*, tomo 42, pgs. 202 y stes.

(4) J. A. Getty, R. T. Manning: *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge UP, 1993

(4) José V. Stalin: *Oeuvres*, tomo V, Nouveau Bureau d'Edition, 1980, pgs. 17 a 25.

(5) L.D.Trotski: *Stalin*, Plaza y Janés, Barcelona, 1967, pg.483.

(6) Nadiezhda Kruspakia: *Lenin y el Partido*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pg.24.

El socialismo en un sólo país

El debate sobre la construcción del socialismo fue, ante todo, un debate sobre la alianza obrero-campesina, que es la esencia misma de la Revolución de Octubre y, por tanto, de la dictadura del proletariado. No se trata de *modelos* diversos o de *vías*diferentes para construir el socialismo, sino de la esencia misma de lo que debía ser el socialismo en las condiciones concretas de la Unión Soviética.

Parece indudable que detrás de la polémica latía en ciertos sectores del Partido una desmoralización, en parte provocada por la agonía de Lenin. El Partido parecía quedarse huérfano y el vacío se dejaba sentir, de modo que, sin el peso de su autoridad, muchos fraccionistas pensaron que sus planteamientos podrían introducirse con mayor facilidad.

Por otro lado, la situación internacional tampoco era favorable: la revolución en Alemania y en Bulgaria fue aplastada en el otoño de 1923, lo que intensificaba el aislamiento de los soviets. Estaba claro que el proletariado europeo no acudiría en auxilio de la Unión Soviética, al menos por un tiempo.

Además, la situación económica, pese a la nueva política económica no era buena, especialmente por la crisis de las *tijeras*, es decir, por la desproporción existente entre los precios industriales y los agrícolas, en detrimento de los primeros y, en consecuencia, del campesinado como clase. A través del mecanismo de los precios, bajando los agrícolas y aumentando los industriales, los izquierdistas pretendían drenar recursos en favor de la industria. Pero un transvase exagerado de recursos del campo hacia la industria significaba la ruptura política con el campesinado.

La financiación de la industrialización sólo podía tener dos fuentes, decía Stalin: *La clase obrera que crea valores* [...] *y el campesinado*. El campesinado debía pagar precios relativamente elevados por los productos industriales y, a su vez, debía ser subpagado por los productos agrícolas que suministraba. Stalin precisa: *Es una especie de tributo, una especie de sobreimpuesto que nos vemos obligados a recaudar temporalmente a fin de mantener y elevar el actual ritmo del desarrollo de la industria, a fin de asegurar la industria para todo el país, a fin de elevar más aún el bienestar del campo y, posteriormente, abolir por completo este impuesto complementario, estas 'tijeras' entre la ciudad y el campo*.

Bujarin se oponía al tributo, al que calificaba como una forma de *explotación militar-feudal del campesinado* que multiplicaría los aparatos del Estado y la burocracia.

El comunismo de guerra había sido el intento de tomar por asalto, atacando de frente, la fortaleza de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. En este ataque, el Partido había avanzado demasiado, exponiéndose al peligro de perder el

contacto con su base. En cuanto se acabó con la intervención armada extranjera y la guerra civil, el poder soviético pasó en 1921 a aplicar la nueva política económica. Entonces Lenin propuso efectuar un pequeño repliegue, retroceder provisionalmente para acercarse a la retaguardia, pasar de la lucha por asalto al método más lento de cercar la fortaleza, para acumular fuerzas y luego lanzarse de nuevo al ataque.

La nueva política económica se caracterizó:

— por la sustitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie
— la admisión del comercio privado, que era consecuencia del anterior
— el capitalismo de Estado, es decir, la concesión o arriendo de la empresas públicas a capitalistas privados extranjeros.

El paso a la nueva política económica comenzó con la sustitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie. Éste era menor que la contingentación. Todo lo que le quedaba al campesino después de abonar el impuesto en especie, que debía pagar al Estado, se hallaba a su disposición y podía venderlo libremente. La implantación del sistema del impuesto en especie y la admisión del comercio privado fueron necesarios para estimular el interés económico de los campesinos, elevar la producción agrícola, restablecer la industria ligera y pesada y, finalmente, emprender una ofensiva resuelta contra los restos del capitalismo en el país.

El giro económico preconizado por Lenin fue caracterizado como *un periodo de transición en un periodo de transición*. La burguesía imperialista saludó alborozada el nuevo rumbo como una constatación evidente del fracaso del experimento socialista, como un regreso al capitalismo. Aunque el giro no ocasionó debate alguno, no quedó claro que todos los militantes bolcheviques habían comprendido las consecuencias del nuevo periodo. Para unos se trataba exclusivamente de una retirada; para otros era simplemente una vuelta al capitalismo, es decir, un fracaso.

Se imponía un repliegue, pero había quienes pensaban que el socialismo era una ofensiva permanente, un avance continuo y sostenido. Así se abrió la polémica con los trotskistas e izquierdistas.

El debate con los trotskistas se abrió el 8 de octubre de 1923, cuando una intervención de Trotski moviliza a todos los descontentos que, desde la polémica sindical de 1921, se habían mantenido agazapados dentro las filas del Partido. Una semana después esa oposición se agrupa y manifiesta su disconformidad con la política económica seguida entre el XII y el XIII Congresos. La crítica adopta la forma de carta dirigida al Buró Político por 46 miembros del Partido, entre otros, Piatakov, Preobrajenski, Osinski, Kaganovich y Sapronov. La carta, que se conoce habitualmente como la *Plataforma de los 46*, agrupaba a todos los viejos escisionistas: los trotskistas, los centralistas democráticos, los comunistas de izquierda, la oposición obrera, etc. Muchos de ellos tenían motivos para quejarse de la dirección porque ya en el X Congreso, en 1921, no habían sido reelegidos para formar parte de ella y se sentían relegados y mucho más capacitados que los que ocupaban sus antiguos cargos en su lugar.

Por sí mismo este hecho demuestra que todos esos grupos sólo habían acatado de palabra las resoluciones entonces aprobadas. Se comprobaba ya entonces, como se volverá a repetir después, que en realidad todas las plataformas de oposición se componían de los mismos militantes, que debieron ser expulsados mucho antes para evitar males mayores, como efectivamente se produjeron. Por ejemplo, entre

los firmantes de la *Plataforma* estaba también Smirnov, que había defendido las tesis de la*oposición militar* en el VIII Congreso celebrado en 1918.

La *Plataforma* atribuye las dificultades económicas encontradas en 1923 (y, en particular, la crisis de la *tijeras* que caracteriza el final de ese año, a una insuficiente ayuda a la industria. Exige reforzar el papel del Gosplan e incrementar los créditos a la industria pesada. Esto, en las condiciones del momento, sólo se podía hacer en detrimento de la agricultura y del campesinado. Estamos, pues, en presencia de una propuesta -una más- de debilitar la alianza obrero-campesina, poniendo en riesgo la dictadura del proletariado.

Como era inevitable, conociendo el origen de los miembros de la *Plataforma*, de ahí pasaban a la cuestión interna del Partido, declarando que si las dificultades económicas habían podido acumularse de esa manera no se debía a incapacidad de la dirección sino a que los problemas no se discutían suficientemente. Aunque no lo planteaban de esa forma, volvían a la carga con la cuestión de tolerancia para las fracciones dentro del Partido. Según ellos, los debates tenían lugar *entre funcionarios del Partido reclutados por arriba*, mientras se excluía a la masa de sus miembros.

Aunque Trotski, miembro del Buró Político, no firmaba esta *Plataforma*, compartía sus puntos de vista, dada la forma en que la*Plataforma* se agrupó, y su declaración de 7 de diciembre titulada *Un nuevo rumbo* que, inmediatamente después, dirigió a los otros miembros del Buró Político con un contenido muy parecido.

Tanto el documento de la *Plataforma* como la declaración de Trotski fueron distribuidos por los comités y células del Partido. No cabía duda de que se trataba de todo un desafío fraccional. Diez días después de aparecer la *Plataforma*, el Comité Central se reunió en pleno con la Comisión Central de Control y con representantes de diez organizaciones del Partido. Por 102 votos a favor, 2 en contra y 10 abstenciones se aprobó una resolución que, en síntesis, decía lo siguiente:

— hay un reconocimiento de que el comunismo de guerra había impuesto una disciplina militar dentro del Partido y que, además, la NEP había añadido luego a ello una *influencia corruptora* que se debía superar para volver a los cauces democráticos habituales

— la declaración de Trotski *en un momento de la mayor responsabilidad para la revolución internacional y para el Partido, es un profundo error político* y, además, una acción fraccional rechazable incluso en la forma personalista en que lo hace, porque para plantear esos problemas no debe *dirigirse a estos o aquellos miembros del partido*, sino someterlos a los organismo colegiados de los que forma parte.

— condena también a la *Plataforma de los 46* por amenazar con poner toda la vida del Partido bajo una lucha interna en un momento difícil

— aunque la resolución no lo dice, la dirección acordó también mantener en secreto las divergencias existentes.

En este inicio del debate, la actuación de Stalin, como Secretario General del Partido, es extraordinariamente cautelosa. En un momento en el que las partes se lanzaban a la discusión con ataques personales de una inusitada violencia verbal, él aborda el problema con tacto, consciente del riesgo que supone para el Partido la actuación de la *Plataforma* y de Trotski. Apenas hay intervenciones personales suyas fuera de los pronunciamientos conjuntos de los organismos del Partido de los

que formaba parte. Fue Zinoviev quien tuvo una participación personal más destacada en la lucha contra el trotskismo en ese preciso momento, y fue precisamente eso, una participación personal porque, en realidad, las posiciones de Zinoviev tampoco eran las más acertadas; más bien al contrario, compartía buena parte de las tesis trotskistas.

Buena prueba de la actitud prudente de Stalin fue el sutil artículo que escribió en *Pravda* en noviembre de 1923 significativamente titulado *La Revolución de Octubre y la cuestión de las capas medias*, subrayando la necesidad de ganárselas como aliados del proletariado. Pero no menciona a ninguno de los contendientes en la polémica, aunque indirectamente se manifiesta contra Kautski, quien al igual que los trotskistas, trataba a los campesinos medios como enemigos de la revolución socialista.

Otra intervención suya es un discurso de 2 de diciembre del mismo año titulado *Las tareas del Partido*, en el que comienza advirtiendo que interviene en nombre propio, sin representar al Comité Central del Partido. Apunta que no se puede hablar de*degeneración* del Partido como consecuencia del debate que se ha abierto en sus filas sino, muy al contrario, la discusión entablada es una buena muestra de su fortaleza: *La discusión que se ha abierto no es para el Partido un signo de debilidad y menos aún de descomposición o de degeneración; es un signo de mejora cualitativa del Partido, de su creciente actividad*.

Sin embargo -afirma- aunque existen deformaciones burocráticas, e incluso supervivencias del régimen militar en el Partido, la línea general es justa y no pueden exagerarse las deficiencias que, ciertamente, existen.

Finalmente, Stalin apunta una cuestión fundamental: dentro de un partido comunista existen límites a las discusiones: *El Partido no es solamente una asociación de hombres que profesan las mismas ideas; es más bien una asociación de hombres que actúan conjuntamente*. Eso es lo que la oposición -y Trotski en particular- no entendieron nunca: un partido comunista combina la democracia con el centralismo; no es un club de debates permanentes sino que tiene que tomar decisiones y llevarlas a cabo. Llega un momento en que las discusiones se tienen que zanjar. Es conveniente destacar que, frente a los ataques de un militante contra Trotski, por sostener precisamente esa concepción del Partido, en este discurso Stalin sale en defensa de quien entonces era su compañero en el Buró Político.

Un tercer posicionamiento se encuentra en su artículo *A propósito de la discusión* publicado en *Pravda* el 15 de diciembre, en el que aborda los planteamientos de la oposición sobre las fracciones y la democracia interna. Al respecto afirma rotundamente lo siguiente: *Existen dos tipos de democratismo: el de la masa de miembros del Partido, que dan pruebas de iniciativa y de asociarse activamente a la dirección del Partido, y el* 'democratismo' *de los altos dignatarios del Partido descontentos, para quienes la esencia del democratismo consiste en remplazar a ciertas personalidades por otras*.

Finalmente Stalin aborda la carta de Trotski, que no afirmaba la degeneración del conjunto del Partido sino sólo de la *vieja guardia*, que Stalin no discute como riesgo posible, y ahí estaba el ejemplo indudable que Trotski expone de los jefes de la II Internacional. Pero de ahí a afirmar que efectivamente la *vieja guardia* ya había degenerado, va un abismo. Trotski habla de los riesgos potenciales mientras que encubre los riesgos reales, afirma Stalin, que en esta polémica utiliza una ironía no exenta de acerbo reproche. Resulta que en un *rasgo de nobleza*, Trotski se había incluido él mismo dentro de la *vieja guardia* bolchevique,*pero yo tengo que*

defender a Trotski de sí mismo, dice Stalin, dejando a entender que Trotski no tenía nada que ver con esa*vieja guardia*.

¿Cuáles eran las intenciones de Trotski con su carta? Según Stalin había ahí un doble juego: proporcionar un apoyo diplomático a la oposición en su lucha contra el Comité Central, pretextando defender al mismo Comité Central. En realidad Trotski formaba un bloque con los centralistas democráticos y con una parte de los comunistas de izquierda, concluye Stalin.

Ésta fue su primera polémica pública, donde, por parte del Secretario General, era una mera defensa ante un previo ataque por parte de Trotski, que además no tenía razón ni en el fondo de sus argumentaciones, ni tampoco en la forma.

Al margen de las opiniones personales de Stalin, la dirección del Partido siguió condenando la actividad fraccionista de la oposición. éstos no se sometieron a los acuerdos de la dirección y siguieron promocionando sus tesis por su cuenta. A pesar de que el Comité Central había ordenado no divulgar más las divergencias, no hicieron caso. El Buró Político llegó a un acuerdo con Trotski y el 5 de diciembre se adoptó una resolución por unanimidad (es decir, con la firma del propio Trotski) sobre la unidad del Partido (la misma aporobada en 1921 cuando el debate sobre los sindicatos) y se publicó.

Pero la oposición siguió con su labor fraccional, y como la dirección del Partido se había comprometido a no airear las divergencias, se produjo una situación grotesca: mientras el Partido guardaba silencio, la oposición difundía sus planteamientos abiertamente. A los dos días de llegar a un acuerdo con Trotski, éste publicaba su declaración *Un nuevo rumbo*, en la que criticaba a la *vieja guardia bolchevique*, a la que comparaba con los degenerados jefecillos de la II Internacional.

En enero de 1924 se reunió la XIII Conferencia del Partido para abordar las cuestiones planteadas por la *Plataforma* y los trotskistas, pronunciando Stalin el discurso de resumen del debate interno. La resolución de la Conferencia, después de exponer cómo nace y evoluciona la polémica, desentraña la naturaleza pequeño burguesa de la oposición y encuentra en ella dos ramificaciones:

— una de tipo izquierdista que ataca la NEP y parece pretende volver al comunismo de guerra

— otra derechista, que considera *mucho más influyente* y que personaliza en Radek, que pretende abrir el país al capital extranjero.

Por tanto, ya desde estos primeros síntomas de la batalla ideológica, aparecen claramente las tres líneas que entran en disputa y en la que la mayoría de los bolcheviques, capitaneados por Stalin, debe combatir a unos y otros. Esto desmiente las tesis burguesas que consideran que Stalin adoptó una postura *oportunista*, consistente en apoyarse en los derechistas primero para deshacerse de Trotski y la *Plataforma* de izquierda, para luego aplastar a los derechistas poniendo en práctica en 1929 las tesis izquierdistas que había rechazado en 1925. Por el contrario, Stalin mantuvo siempre una línea coherente que no coincidía con ninguna de las otras dos. La incoherencia se aprecia en muchos de los militantes afiliados a cualquiera de las dos tendencias minoritarias, que oscilarán de manera incomprensible de unas a otras.

Cinco meses después, tanto en el XIII Congreso y como en el V Congreso de la Internacional Comunista, la oposición es derrotada otra vez en lo que a la

construcción del socialismo se refiere. El XIII Congreso refuerza las posiciones de la mayoría del Partido que se pronuncia por la consolidación de la alianza obrera y campesina.

En cuanto a la situación interna del Partido, las resoluciones son más matizadas. Por un lado, la XIII Conferencia adopta una resolución sobre la *construcción del Partido* reconociendo que la situación exige un cambio serio de la orientación del Partido en el sentido de una aplicación efectiva y sistemática de los principios de la *democracia obrera*. La resolución precisa que la democracia obrera significa la discusión abierta por todos los miembros del Partido de las cuestiones más importantes, la libertad de discusión en el seno del Partido y, también, la elección de abajo arriba de los dirigentes y responsables. Pero, por otro lado, la XIII Conferencia condena, como actividad de tipo fraccional, la *Plataforma de los 46* y las posturas adoptadas por Trotski.

En este Congreso cambió poco la composición del Buró Político. Trotski siguió siendo miembro de él y entró Bujarin, en sustitución de Lenin, muerto el 21 de enero de 1924. Además, por unanimidad de los 784 delegados, Stalin es reelegido Secretario General pese a haber ofrecido su dimisión después de que el Comité Central y los dirigentes de las delegaciones del Congreso discutieran la *Carta al Congreso* de Lenin.

La polémica adopta entonces un sesgo sorprendente, que no cabe atribuir a Stalin y en el cual, no sólo él, sino todos los militantes, aparecen como testigos, porque se trata de una verdadera batalla entre personalidades dirigentes que demuestran carecer de principios. En el Congreso Zinoviev exige a Trotski que reconozca públicamente sus errores, a lo que Trotski no sólo se niega, sino que pasa a la ofensiva inmediatamente, atacando a Zinoviev. El 6 de noviembre de 1924 publica un libro provocador titulado *Lecciones de Octubre* en el que ataca a Zinoviev y a Kamenev por sus vacilaciones en el momento de la Revolución.

Ambos personajes trataban de conducir al Partido -que no estaba de acuerdo ni con unos no con otros- directamente al pantano de la disgregación, ya que a su vez, esta publicación da motivo a la réplica de Zinoviev y Kamenev. La más significativa es la realizado por Kamenev en un discurso del 18 de noviembre de 1924. La principal crítica que Kamenev dirige a Trotski es la *subestimación del papel del campesinado*, encubriéndola con *fraseología revolucionaria*. La asamblea del Partido a la que se dirige Kamenev aprueba una moción denunciando *la ruptura por Trotski de las promesas que había hecho en el XIII Congreso*. Similares resoluciones son adoptadas en otras reuniones del Partido.

El 15 de enero de 1925 Trotski dirige una carta al Comité Central en la que afirma que no ha querido reanudar un debate en el seno del Partido y presenta su dimisión de la presidencia del Consejo Militar Revolucionario. Dos días después el Comité Central constata que en su carta Trotski no reconoce ninguno de sus errores y que ha puesto ya todas sus esperanzas en que los planes del Partido y del Estado fracasen; que entre las tesis leninistas y las de Trotski hay una muralla insalvable que concierne a los aspectos fundamentales de la ideología; el Partido constata, además, que Trotski ha emprendido una *cruzada abierta* contra su línea política, y apunta: *En los últimos tiempos Trotski no se ha pronunciado junto con el partido, sino con mayor frecuencia contra las opiniones del partido, ni sobre un solo problema de importancia*; afirma luego que *las intervenciones oposicionistas de Trotski en el partido y alrededor del partido han convertido su nombre en bandera de todo lo no bolchevique, de todas las desviaciones y grupos no comunistas y antiproletarios*. Por eso el imperialismo se hace eco de todos sus ataques contra el

socialismo, a la espera de que el Partido entre en una fase de descomposición interna y la revolución se hunda.

A pesar de unas afirmaciones tan contundentes, Trotski sólo es relevado de sus funciones como presidente del Consejo Militar Revolucionario y se le advierte de que toda nueva violación de las decisiones del Partido suscitaría su exclusión del Comité Central. No hay, pues, una correspondencia entre la gravedad de las acusaciones y la debilidad de las medidas adoptadas. Zinoviev había pedido la expulsión de Trotski del Partido o, al menos, del Comité Central. Rechazada esta demanda, Kamenev había solicitado la exclusión de Trotski del Buró Político. Estas exigencias tropiezan con la oposición de Stalin, Kalinin, Vorochilov y Ordjonikidze. En el XIV Congreso del partido, Stalin recuerda esas propuestas de Zinoviev y Kamenev y explica que no fueron aceptadas porque *nosotros, la mayoría del Comité Central no estamos de acuerdo* [...] *A continuación, el pueblo de Leningrado y el camarada Kamenev exigen que el camarada Trotski sea inmediatamente excluido del Buró Político, pero nosotros no estamos de acuerdo con los camaradas Zinoviev y Kamenev porque nos damos cuenta de que la política según la cual hay que cortar cabezas implica los más graves riesgos para el Partido* [...] *Es un método sanguinario -es sangre lo que reclaman- peligroso y contagioso; hoy se hace caer una cabeza, mañana otra, después una tercera. ¿Quién quedará en el Partido?*

La resolución del Pleno de enero de 1925 había ido precedida por la publicación de una serie de artículos criticando la concepción trotskista de la *revolución permanente*. Uno de estos artículos, publicado el 20 de diciembre de 1924 por Stalin en Pravda e Izvestia, se titulaba *Octubre y la teoría del camarada Trotski sobre la revolución permanente*. En este artículo Stalin opone a la teoría de Trotski la tesis de la construcción del socialismo en un solo país. La XIV Conferencia del Partido (abril de 1925) incorpora oficialmente esta tesis a una de sus resoluciones.

En su informe a la Conferencia, Stalin subraya que esta resolución implica que la comunidad de intereses de los obreros y los campesinos es suficientemente fuerte como para prevalecer -bajo la dictadura del proletariado- sobre las contradicciones entre esos intereses: de ahí posibilidad del triunfo del socialismo en la URSS. Trotski niega esta posibilidad al sostener que en un país atrasado no pueden ser resueltas las contradicciones entre la clase obrera y el campesinado: sólo pueden serlo a escala internacional. Como en Brest-Litovsk, Trotski sostenía también en este punto que sólo la victoria de la revolución a escala mundial podía salvar de la degeneración y la decadencia a la Unión Soviética. Stalin, por su parte, demuestra que este planteamiento no tiene nada que ver con el leninismo.

Se ve claramente así que la cuestión en litigio en la oposición entre la concepción de la *revolución permanente* de Trotski y el reconocimiento de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país, incluido un país de mayoría campesina, es la solidez de la alianza obrera y campesina y, por tanto, ahí radica la extraordinaria importancia de la NEP. La tesis de Trotski reduce la NEP a una retirada, una concesión que conduce ineluctablemente a reforzar cada vez más el capitalismo. Según esta tesis, la materialización de tal amenaza sólo puede ser aplazada, en las condiciones de Rusia, por medio de una industrialización a costa del campesinado, porque la industria es demasiado débil para disponer de su propia base de acumulación. Este erróneo punto de vista fue desarrollado sistemáticamente por Preobrajenski en su concepción de la *acumulación socialista primitiva*.

Las tesis económicas de Preobrajenski, principal expositor de la oposición izquierdista, son absolutamnte descabelladas y por competo ajenas al marxismo. La tesis de la *acumulación socialista primitiva* establece un paralelismo entre el

capitalismo y el socialismo, muy frecuente por lo demás entre los diversos oposicionistas en aquella época, que resulta insostenible. La acumulación originaria fue una larga etapa de formación y expansión del capitalismo en la que la burguesía expropia la tierra a los campesinos a fin de transformarlos en obreros, obligados a vender su fuerza de trabajo en las fábricas. El socialismo, por el contrario, había repartido las tierras entre los campesinos. El paralelismo era absurdo pero no era más que uno de tantos otros, como el de la supuesta conversión de la clase obrera soviética en clase *explotadora* de los campesinos (como decía Bujarin) y del Estado soviético en un *Estado militar feudal* o el supuesto *colonialismo* practicado por un proletariado *metropolitano* frente a la pequeña burguesía rural que denotan bien a las claras el extraordinario nivel analítico de aquellos *brillantes teóricos* del bolchevismo.

Aunque la analogía es absurda, pone de manifiesto las verdaderas concepciones de los izquierdistas, partidarios de un socialismo a punta de bayoneta, de exportar la revolución al exterior, de saquear a la fuerza a los pequeños campesinos e incluso de imponer una disciplina militar también a los obreros sin partido, como vimos en el debate sobre los sindicatos. Las tesis economicas de la izquierda no conducían a construir una sociedad distinta sino a convertir al proletariado en rentistas dedicados a saquear al campesinado y arruinar la alianza entre ambas clases sociales, lo que equivalía a liquidar el fundamento mismo del Estado soviético. Para los izquierdistas el modelo era el comunismo de guerra. Preobrajenski preconizaba el parasitismo: la tarea de la burguesía debia consistir en producir para que luego el proletariado le expropiara la producción. Cualquier semejanza de eso con el socialismo es una pesadilla.

En vísperas de esta Conferencia, diversas intervenciones indicaban que la mayoría de la dirección del Partido se orienta hacia una postura más flexible frente a los campesinos ricos (*kulaks*), cuyas posibilidades de acumulación y de incremento de la producción agrícola se juzgan indispensables para el desarrollo de la economía. A comienzos de abril Kamenev lo anuncia ante el Congreso de los soviets de la provincia de Moscú y el 17 de abril de 1925, Bujarin insiste en el mismo tema en un mitin de masas también en Moscú, en el que lanza su famosa consigna *¡enriqueceos!*.

Las decisiones adoptadas por aquella Conferencia versaron sobre los problemas económicos, y en especial a la política que debe seguirse con los campesinos acomodados. En aquel informe Stalin rechazó tales concepciones y admitió la posibilidad, en el marco de la NEP, de tratar correctamente las contradicciones que de modo inevitable enfrentan al proletariado con *la clase de los propietarios privados, es decir, de los campesinos*. Además, demostró que en esas condiciones la vía socialista podía prevalecer sobre la vía capitalista: *La vía socialista* [...] *es el desarrollo a través del ascenso constante del bienestar de la mayoría del campesinado. Tanto el proletariado como, en particular, el campesinado están interesados en que el desarrollo siga la segunda vía, la vía socialista, pues es la única que puede salvar a los campesinos de la pauperización y del hambre*.

En el aspecto político la XIV Conferencia insistió en la necesidad -para consolidar la alianza obrera y campesina- del respeto a la legalidad revolucionaria y de la eliminación de las supervivencias del *comunismo de guerra* en el trabajo político y administrativo.

Reunido el 30 de abril, al día siguiente de la clausura de la Conferencia, el Comité Central adopta una resolución sobre *Las tareas de la política económica del Partido en relación con las necesidades económicas del campo*. En la línea de la NEP, tan aborrecida por los izquierdistas, esta resolución amplía el derecho al arriendo de

tierras, elimina las restricciones al empleo de trabajadores asalariados en la agricultura, reduce el impuesto agrícola y condena la práctica de los precios impuestos a la compra de los productos agrícolas.

Esto desata nuevos ataques contra la alianza obrera y campesina. A comienzos del verano de 1925 se recrudece la discusión entre las tres posiciones divergentes que venían enfrentándose, con la variante de que, en esta fase de la polémica, Zinoviev se desliza hacia las posiciones trotskistas que había combatido sólo un año y medio antes. Zinoviev ocupó el lugar relevante porque era presidente de la Internacional Comunista y, además, responsable de la organización local más grande y gloriosa del Partido bolchevique, la de Leningrado.

En los primeros días de junio de 1925 llega a la redacción de *Pravda*, cuyo director entonces era Bujarin, un artículo de Krupskaia en el cual criticaba violentamente la línea del *¡enriqueceos!*. A su vez, Bujarin preparó un artículo de réplica y ambos textos fueron sometidos al juicio del Buró Político. La decisión adoptada por éste fue la de no publicar ni el artículo de Krupskaia ni la réplica de Bujarin. Pero esta decisión se tomó por mayoría y tanto Zinoviev como Kamenev se opusieron a la misma porque, en realidad, eran los que estaban detrás del artículo redactado por Krupskaia. Quedaba claro, una vez más, que la mayoría no estaba de acuerdo ni con unos ni con otros.

Por medio de aquel artículo, varios dirigentes del Partido, especialmente Zinoviev, querían atacar las decisiones adoptadas en abril en la XIV Conferencia y poner en cuestión la misma NEP. Su primer ataque público contra las decisiones adoptadas en la XIV Conferencia fue un discurso pronunciado el 21 de junio de 1925 en el que declaró que dichas decisiones constituían *una prueba de la determinación de la dirección de no apoyarse en el* 'miserable jamelgo' *del campesino sino en el* 'rollizo caballo del kulak'.

Al igual que en su polémica contra Trotski, los excesos verbales volvían a relucir en los escritos de Zinoviev de una forma innecesaria, y además gratuita, porque tampoco esta vez Zinoviev tenía razón. Se estaban enfrentando dos posiciones ante la mirada estupefacta de la mayoría del Partido, que de nuevo no se sentía identificado con ninguna de ambas posiciones.

Según Zinoviev las posiciones expuestas por Bujarin significaban una renuncia a las tradiciones proletarias e internacionalistas del Partido bolchevique. En el artículo *La filosofía de la época*, que publicó en setiembre de aquel año, volvía a atacar violentamente las tesis de Bujarin como una *canonización de los kulaks*, mientras la gran consigna de la época histórica abierta con la Revolución de Octubre, era la de igualdad. El artículo, que era un verdadero grito de guerra, fue publicado en *Pravda*, tras suavizar algunas crudas afirmaciones como la que equiparaba a Bujarin con el ministro zarista Stolypin.

El 5 de septiembre, Zinoviev, Kamenev, Sokolnikov y Krupskaia ultiman un documento conocido generalmente como *Plataforma de los 4*. Este documento lleva, por tanto, la firma de dos miembros del Buró Político y de la viuda de Lenin. El apoyo de Sokolnikov, partidario resuelto, hasta entonces, de una concepción *derechista* de la NEP, hace que esta Plataforma aparezca como el punto de convergencia de miembros de la oposición situados en posiciones diferentes.

La *nueva oposición*, nacida de esa manera, ataca la NEP y, haciéndose eco de las reivindicaciones obreras, reclama aumentos de salarios. También denuncia las *prácticas de aparato*, exige libertad de discusión y democracia en el seno del partido.

La exigencia de aumento de salarios, como afirma Bettelheim, *en la situación existente reviste un carácter demagógico. Esta exigencia conduce a algunos miembros del Partido a colaborar en huelgas* 'salvajes'*. En conjunto, sin embargo, la oposición obtiene poco apoyo en el partido. El viraje realizado por Zinoviev y Kamenev, hasta la víspera defensores incondicionales de la NEP y de la política de salarios seguida hasta entonces, no puede por menos de provocar escepticismo* (1).

Por aquellas fechas Zinoviev, publica un libro titulado *El leninismo*, en el que afirmaba que al abandonar el *comunismo de guerra* por la NEP, el Partido abandonó las formas socialistas de economía por el *capitalismo de Estado en un Estado proletario*. Zinoviev había comenzado a trabajar en él a finales de 1924, concibiéndolo como una refutación del trotskismo. Pero, probablemente, la segunda parte de la obra fue redactada ya en el transcurso del verano de 1925, cuando la polémica sobre el *¡enriqueceos!* de Bujarin era ya la que dominaba la escena política soviética. Por eso el libro introduce súbitamente un ataque contra todos aquellos -refiriéndose a Bujarin- que *pretenden que el partido se apoye en los kulaks para transformar al país en una democracia burguesa de kulaks enriquecidos y apacentados*.

A continuación Zinoviev pasa a tratar el problema de la NEP, planteando que la NEP y el régimen económico de capitalismo de estado conectado con ella, constituían una *retirada estratégica*, útil y necesaria, *pero retirada al fin*, respecto a la línea leninista que seguía siendo en esencia una línea de *ofensiva*. Sostiene que esa retirada estaba llegando a su término y que era necesario entonces retomar la línea de ofensiva para *preservar a nuestro país de la restauración de las relaciones burguesas*[...] *y asegurar el rumbo que conduce al comunismo*.

Luego analizaba la construcción del socialismo en un solo país. Resulta evidente la conexión entre este problema y la NEP y el peligro de una regeneración del capitalismo en la URSS. El socialismo en un solo país, siendo Rusia ese país, no podía dejar de ser un socialismo de tipo particular, en el cual los rasgos proletarios originales estuviesen atenuados y casi sumergidos en la potente realidad de la vieja Rusia campesina, en el *reino del estrecho espíritu campesino* y en el cual *la influencia burguesa y pequeño burguesa empujase a la clase obrera de nuestro país a encerrarse en la estrechez nacional y en la suficiencia pequeño burguesa*.

Las conclusiones de Zinoviev, a partir de esas premisas, no podían ser otras que la idea que una victoria *definitiva* del socialismo en Rusia no iba a ser posible sin la victoria del mismo en una seria de países, es decir, un nuevo relanzamiento del trotskismo que el propio Zinoviev, más que ningún otro, había contribuido a combatir y a derrotar.

Durante el otoño, en los meses que precedieron la convocatoria del XIV Congreso en diciembre de 1925, la polémica asumió la forma de una verdadera contraposición entre la organización de Leningrado y la de Moscú, entre la ciudad que había sido la cuna de la revolución y la capital de la vieja Rusia campesina.

En el XIV Congreso, celebrado en diciembre de aquel mismo año, Zinoviev, presenta un *contra-informe político*, opuesto e inmediatamente después de que Stalin leyera el suyo. Interrumpido con frecuencia por los delegados, polemiza con las posiciones de Bujarin que identificaban a la NEP con el socialismo y eran la expresión de una inclinación a la estabilización que corría el riesgo de convertirse precisamente en una verdadera liquidación. Por otra parte -decía Zinoviev- existía una estabilización del mundo capitalista y en las condiciones del momento no podía pensarse en la posibilidad de abandonar la política económica inaugurada en 1921, basada en una política prudente respecto de los campesinos. Su crítica quedaba a

medias tintas, era indecisa, y no se concretaba en propuestas alternativas. En las *Cuestiones del leninismo* Stalin ironizaba afirmando que las tesis de Zinoviev eran como *edificar el socialismo sin la posibilidad de llevar a cabo su edificación*. Por eso Bujarin reprocha a Zinoviev el carácter escasamente constructivo de sus críticas. Su línea política aparecía mucho más coherente y, sobre todo, más en correspondencia con el estado de ánimo de un país que, habiendo pasado por tan terribles pruebas, se aprestaba a retomar aliento. En aquella coyuntura peculiar, se trataba de un tipo de argumentación que no podía dejar de impactar y de hallar audiencia en la mayoría de los delegados. Según Bujarin, se trataba de adquirir la *firme convicción que no nos iremos a pique a causa de las diferencias de clase que existen en nuestro país, a causa de nuestro atraso técnico, que nosotros podremos construir el socialismo aun sobre esta base pobre, que este crecimiento del socialismo se operará mucho más lentamente, que nosotros avanzaremos en su construcción acaso con paso de tortuga, pero que la llevaremos a cabo*.

También muy poco afortunado con sus expresiones, además del polémico *¡enriqueceos*, Bujarin introducía otra muletilla no menos famosa: socialismo a paso de tortuga.

A medida que proseguían las labores del Congreso y las diferentes oradores se alternaban en la tribuna, el aislamiento de Zinoviev y de la delegación de Leningrado se hacía más evidente. A Zinoviev no le quedaba otra alternativa que ampliar los términos del problema, introduciendo nuevos elementos en el debate y replanteando cuestiones ya resueltas. Es lo que hizo en su intervención final, exigiendo, entre las continuas interrupciones de la asamblea, el restablecimiento o la adopción de una serie de medidas aptas para garantizar una dialéctica más ágil entre la mayoría y la minoría en el Partido y para preservar en el mismo su carácter proletario y leninista contra la amenaza del *funcionarismo* y del aburguesamiento. Afirma que la situación de 1921 y de 1923, que había justificado las limitaciones impuestas a la libertad de discusión en el Partido, ya está superada: *Sin autorizar las fracciones, aun manteniendo nuestras antiguas posturas sobre esta cuestión de las fracciones, debemos mandatar al Comité Central para que haga participar en el trabajo del partido a todos los antiguos grupos del partido, ofreciéndoles la posibilidad de trabajar bajo la dirección del Comité Central*.

De Zinoviev podía decirse -al igual que de Trotski- que resulta inaceptable que hubieran pretendido alzar el estandarte de la*democracia* dentro del Partido, para luego confundir la dictadura del proletariado con la dictadura del partido en su obra *El leninismo*. Ambos perdían de vista sus ansias *democratizadoras* en cuanto salían del interior del partido. Stalin criticó esta confusión de Zinoviev en sus *Cuestiones del leninismo* que, en el momento en que se proponía, era verdaderamente perturbadora: *Es conveniente recordar estos peligros precisamente ahora, en el periodo de ascenso de la actividad política de las masas, cuando la disposición del partido a prestar oido atento a la voz de las masas tiene para nosotros una importancia especial, cuando el prestar atención a las exigencias de las masas es mandamiento fundamental de nuestro partido, cuando se requiere del partido una prudencia y una flexibilidad especiales en su política, cuando el peligro de caer en el engreimiento es uno de los peligros más serios que amenazan al partido en la obra de dirigir acertadamente a las masas*.

Zinoviev se echaba en brazos de su viejo enemigo trotskista: a su propuesta final de *revolución mundial* se añadía otra consigna de la misma procedencia: la libertad de acción para las fracciones. Se pretendía -nada menos- que volver sobre dos cuestiones que ya se deberían tener superadas.

Le tocó a Stalin responderle en su discurso de clausura de las labores del Congreso. En esta oportunidad el Secretario General abandonó el tono circunspecto que había adoptado en el Informe introductorio y atacó el escrito sobre *La filosofía de la época*de Zinoviev. Aún aceptando en parte algunas de las demandas relativas a la organización interna del Partido que planteaba en su intervención final, insistió sobre todo en la unidad del Partido: *El Partido quiere la unidad y logrará obtenerla junto con Kamenev y Zinoviev, si ellos lo quieren; sin ellos si no lo quieren*. En su informe Stalin mantuvo que de las dos desviaciones posibles en el problema campesino, la más peligrosa y que debía ser combatida con mayor fuerza era la tendencia a la sobrevaloración del papel de los kulaks en el campo y la consiguiente necesidad de luchar contra los mismos. Esto significaba una aproximación nítida a las posiciones de Bujarin, pero, sin embargo, en su discurso de clausura, no obstante alinearse abiertamente contra Zinoviev y la oposición de Leningrado, se cuida de poner distancia subrayando su desacuerdo con la fórmula del *¡enriqueceos!*. El Secretario General declara que las *concesiones hechas al campesinado son, ante todo, concesiones a los campesinos medios y están destinadas a reforzar la alianza obrera y campesina*. Y recuerda: *La NEP es una política peculiar del Estado proletario con vistas a admitir la existencia del capitalismo, cuando las posiciones dominantes están en manos del Estado proletario; es una política con vistas a la lucha entre los elementos capitalistas y los elementos socialistas, con vistas a incrementar el papel de los elementos socialistas en perjuicio de los elementos capitalistas; es una política con vistas a la victoria de elementos socialistas [...] la liquidación de las clases y la construcción de los cimientos de la economía socialista*.

Sobre la cuestión del capitalismo de Estado reconoce Stalin que es compatible con la dictadura del proletariado, como Lenin había indicado, pero limita la noción de capitalismo de Estado a las concesiones. En su opinión, basta el papel predominante del sector industrial estatal para eliminar la cuestión del capitalismo de Estado.

Stalin termina su intervención con un llamamiento a la unidad, declarando: *El Partido desea la unidad y la logrará, con Kamenev y Zinoviev, si ellos lo quieren; sin ellos, si no lo quieren*.

Las contradicciones de la *nueva oposición* y las posturas antitéticas defendidas muy poco antes por Zinoviev, y Kamenev hacen que sus propuestas no tengan casi ningún eco. El 23 de diciembre se presenta un proyecto de resolución cuyos términos tienden a evitar una ruptura con los miembros de la oposición. La resolución es adoptada por 559 votos contra los 65 de la oposición.

Se ponía así fin a este segundo debate que se había abierto inmediatamente después del cierre de la prolongada polémica sobre el trotskismo y su *revolución permanente*, en cuyo centro había estado ubicada la cuestión de la construcción del socialismo en un solo país. Así como el primero se había concluido con la derrota política de Trotski, éste terminaba con la derrota de Zinoviev y de la oposición de Leningrado.

Tras la XIV Conferencia Stalin habló y escribió poco. Su trabajo más relevante en el período comprendido entre esta Conferencia (mayo de 1925) y el XIV Congreso (diciembre del mismo año), fue el discurso pronunciado el 9 de junio en la Universidad Sverdlovsk, bajo la forma de respuesta a varias preguntas. En él, entre otras cosas, encaraba el problema de los kulaks sobre el cual el *¡enriqueceos!* de Bujarin que había provocado tantos desacuerdos.

En enero de 1926 aparecen las *Cuestiones del leninismo* con las que Stalin, intenta poner punto final a la larga discusión que se venía desarrollando en el Partido y, al mismo tiempo, sellar en el plano teórico la victoria política obtenida por el XIV Congreso. Zinoviev sigue siendo el blanco principal de la polémica y, más aún en particular, su obra *El leninismo*.

Para Stalin, tanto a Zinoviev como a Trotski, les faltaba confianza en la posibilidad de la clase obrera rusa de escapar al dilema de revolución mundial o restauración burguesa-campesina. Son posturas liquidacionistas, dice Stalin, pero no por desconfianza en el campesinado, sino por desconfianza en la capacidad del proletariado para atraer hacia sí al campesinado.

La NEP no es un puro retorno del capitalismo, no es sólo un retroceso, dice Stalin, sino una contraposición de elementos capitalistas y socialistas, con la pretensión de que estos últimos triunfen: *En realidad, sólo el comienzo de la NEP ha sido ha sido un repliegue; pero lo que se persigue es efectuar en el curso del repliegue un reagrupamiento de fuerzas e iniciar la ofensiva. En realidad, llevamos ya unos cuantos años luchando con éxito a la ofensiva, pues vamos desarrollando nuestra industria, vamos desarrollando el comercio soviético, vamos desalojando de sus posiciones al capital privado*.

Por todo ello las *Cuestiones del leninismo* constituyen el verdadero epílogo de una determinada fase de la historia de la URSS. Es uno de los mejores escritos de Stalin, realmente profundo y esclarecedor.

La oposición sufre una severa derrota. El 1 de enero de 1926 es elegido un nuevo Buró Político por un Comité Central parcialmente renovado. Zinoviev, sigue siendo miembro del Buró Político, pero Kamenev, es degradado al rango de miembro suplente. Los miembros reelegidos son: Bujarin, Rikov, Stalin, Tomski y Trotski. Entran en el Buró Político tres nuevos miembros: Vorochilov, Kalinin y Molotov. El grupo dirigente del Partido empezó a ganar homogeneidad. Una delegación del Secretariado reorganiza el aparato del Partido de Leningrado. Zinoviev deja de ser primer secretario de Leningrado y es reemplazado por Kirov. Además es relevado de la presidencia de la Internacional Comunista y reemplazado por Bujarin en el transcurso de 1926. La manera cómo Stalin había conducido la polémica había contribuido notablemente a elevar su prestigio. Su figura iba emergiendo y ganando autoridad entre los militantes comunistas.

Un Pleno conjunto del Comité Central con la Comisión Central de Control celebrado en octubre de 1927 expulsó del Comité Central a Trotski y a Zinoviev, que se había unido al primero. Tras una manifestación contrarrevolucionaria promovida en el X Aniversario de la Revolución de Octubre, fueron expulsados del Partido por el Comité Central y la Comisión Central de Control (14 de noviembre de 1927), decisión que fue ratificada por el XV Congreso en diciembre del mismo año. Por fin, en 1929 Trotski fue expulsado de la URSS por su actividad ya completamente hostil al socialismo. Sus apoyos dentro del Partido eran tan exigüos que no llegaron a 100 los expulsados del Partido por defender sus concepciones, de un total de un millón de militantes aproximadamente.

Las posiciones disidentes de la minoría, lo mismo que las de Bujarin, surgían acobardadas y desmoralizadas por el feroz cerco imperialista y, en última instancia, negaban la posibilidad de construir el socialismo en un país como Rusia que, además de atrasado, estaba aislado internacionalmente.

Los bolcheviques habían confiado que la Revolución en Europa rompería ese aislamiento exterior, pero en 1923 la insurrección proletaria fracasó en Alemania.

Entonces algunos dirigentes volvieron los ojos hacia el Oriente, hacia Asia, tratando de encontrar allí las reservas suficientes que permitieran romper el aislamiento exterior de los soviets. En torno a esta cuestión se creó toda una corriente que cabe calificar de *tercermundista* y que tuvo en Bujarin a uno de sus intérpretes más cualificados. Por tanto, también en la cuestión internacional se delineraron tres corrientes dentro del Partido bolchevique, porque las tesis*internacionalistas* de Bujarin eran tan erróneas como las trotskistas y también resultaron rechazadas.

Entre ambas corrientes *internacionalistas*, las posiciones de Stalin y la mayoría del Partido bolchevique fueron calificadas de*nacionalistas* y, en consecuencia de *traición* a las tesis tradicionales de Marx y Lenin. Según Zinoviev la tesis de construir del socialismo en un solo país pecaba de *estrechez nacional* y significaba abandonar la revolución internacional su propia suerte, rechazar el internacionalismo proletario. Pero como preguntaba Stalin: *¿No sería más exacto decir que quien peca aquí contra el internacionalismo y la revolución internacional no es el partido sino Zinoviev? ¿Pues qué es nuestro país, el país del*'socialismo en construcción' *sino la base de la revolución mundial? Pero ¿puede acaso nuestro país ser la verdadera base de la revolución mundial si no es capaz de llevar a cabo la edificación de la sociedad socialista?*. No son internacionalistas, decía Stalin, sino liquidacionistas.

Como venimos viendo, el internacionalismo de los izquierdistas era falso, puramente verbal, porque la mejor aportación que podía proporcionar la URSS a la revolución mundial era construir y fortalecer el socialismo, dando un ejemplo a los obreros de todo el mundo de que no se trataba de una utopía, de que era posible una sociedad distinta, sin explotación. Lenin decía que *el internacionalismo no consiste en frases, no consiste en expresiones de solidaridad ni en resoluciones sino en hechos* (2). El país de los soviets tenía que convertirse en el faro del proletariado mundial con hechos: acabando con el analfabetismo, planificando la economía, colectivizando el campo, promoviendo la paz mundial, etc.

De ninguna manera Stalin y el Partido bolchevique abandonaron la causa de la revolución internacional al desarrollar el principio de que el socialismo se podía construir en un solo país. De hecho, la victoria de la Revolución de Octubre representaba, en palabras de Stalin, *el comienzo y la condición previa para la revolución mundial* [...] *No puede haber duda de que la teoría universal de una victoria simultánea de la revolución en los principales países de Europa, la teoría de que la victoria del socialismo en un país es imposible, ha demostrado ser una teoría artificial e insostenible* [...] *La victoria de la revolución en un solo país, en el caso actual Rusia, no es sólo el producto del desarrollo desigual y la decadencia progresiva del imperialismo; al mismo tiempo es el comienzo y la condición previa para la revolución mundial* [...] *El desenlace de la revolución mundial será más rápido y completo, mientras más efectiva sea la asistencia del primer país socialista a los obreros y masas trabajadoras de todos los demás países* [...] *No sólo la Revolución de Octubre necesita apoyo de la revolución de otros países: la revolución en esos países necesita el apoyo de la Revolución de Octubre para acelerar y avanzar la causa del derrocamiento del imperialismo mundial*.

La prueba más evidente de la falsedad de esta tesis es la creación de la Internacional Comunista que, a su vez, caracterizó a la Unión Soviética como *la fortaleza más importante de la revolución mundial*. En marzo de 1919 Stalin participó en la fundación de la III Internacional y, durante algún tiempo, jugó también un papel relevante y dirigente en los asuntos de la Internacional. Pero su compromiso más activo empezó en el V Congreso celebrado en 1924, cuando fue elegido miembro del Comité Ejecutivo y de su Presidium. Sus *Obras* están llenas de discursos sobre la Internacional durante los años 1924 hasta 1928. Sin embargo, tras estos años de participación y vinculación activa, Stalin dejó de intervenir y

permaneció ausente durante sus dos últimos Congresos, en 1928 y 1935. Sus *Obras* no contienen aportaciones a los asuntos de la Internacional después de 1928. Esto contrasta con el retrato estereotipado de Stalin como un tirano que dominaba indiscutidamente en la Internacional y, a través de ella, en todos los países en los que estaba implantada.

Stalin, junto con las demás delegaciones que asistieron al Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional en noviembre-diciembre de 1926, reconoció la necesidad de la alianza y la solidaridad más estrechas posible entre la Unión Soviética, el proceso revolucionario internacional y las variadas luchas de liberación de los países coloniales. En absoluto la construcción del socialismo en un solo país entraba en contradicción con la revolución proletaria mundial.

Dentro de la Internacional Comunista, Stalin contribuyó a elaborar la táctica de frente unido para lograr la más amplia confluencia en la acción revolucionaria de los trabajadores. En el curso de esta lucha unida, el proletariado debia educarse en el espíritu revolucionario, preparando su principal tarea: el derrocamiento del orden burgués y el establecimiento de la dictadura del proletariado. Puso el énfasis en la creación de frentes unidos por abajo, llamando a los trabajadores de todos los partidos, no a acuerdos con los dirigentes de la socialdemocracia. Ahora bien, la condición imprescindible era que los partidos comunistas mantuvieran siempre la total independencia política. Por eso *la táctica de frente unido* [...] *es una táctica de revolución, no de evolución* [...] *no es una coalición democrática, una alianza con la socialdemocracia. Sólo es un método de agitación y movilización revolucionaria*. Esta correcta línea táctica prevaleció también en el V Congreso en 1924.

Algunas formulaciones sobre un gobierno de los trabajadores, o gobierno de trabajadores y campesinos, fomentaron la ilusión de una vía parlamentaria al socialismo a través de una alianza con la socialdemocracia. Por iniciativa de Stalin, esas formulaciones fueron corregidas a favor de la movilización de los trabajadores para el aplastamiento revolucionario del Estado capitalista porque, en definitiva, el Partido socialdemócrata *se vuelve declaradamente contrarrevolucionario, y sus actividades contrarrevolucionarias están dirigidas contra el régimen proletario, sólo cuando éste último se ha convertido en una realidad*.

Fue tambien Stalin quien, a partir del ascenso del fascismo al poder en varios paises de Europa, denunció el *socialfascismo*, la colaboracion abierta de los dirigentes de la socialdemocracia con los fascistas: *El fascismo es la organización de combate de la burguesía que se apoya en el respaldo activo de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo. No hay bases para asumir que la organización de combate de la burguesía pueda lograr éxitos decisivos en las batallas, o en el gobierno del país, sin el apoyo activo de la socialdemocracia* [...] *Esas organizaciones no se niegan entre sí, sino que se complementan mutuamente. No son antípodas, son gemelos. El fascismo* [...] *existe para combatir la revolución proletaria*.

En consecuencia, la diferencia entre la mayoría bolchevique y los disidentes no estaba en el *nacionalismo* de los primeros frente al *internacionalismo* de los segundos. La diferencia radicaba en que el internacionalismo no tiene nada que ver con la exportación de la revolución. La URSS podía ayudar al proletariado de otros países, como efectivamente ayudó en numerosas ocasiones. Pero no podía sustituir a las fuerzas revolucionarias de otros países e imponerles la revolución por la fuerza del Ejército Rojo, que es lo que los izquierdistas pretendían.

No era diferente ese punto de vista de la cuestión campesina, porque para los trotskistas los campesinos eran la burguesía y, como tales, una masa reaccionaria a

la que había que someter por la fuerza. Ambas cuestiones, la campesina y la internacional, se complementaban en la ideología izquierdista. Dado que no consideraban a los campesinos como aliados sino como enemigos, el proletariado ruso estaba aislado y sólo podía encontrar sus reservas en el proletariado internacional. La revolución no se podría sustentar sin que estallara la revolución en otros países.

Es claro a dónde conducían las tesis de los izquierdistas respecto a los campesinos: como se trataba de burgueses, había que arruinarles, bien a través de impuestos confiscatorios, bien a través de los precios de compra y venta de sus productos, reduciendo los precios de venta e incrementando los precios de compra. De seguir esa línea, los bolcheviques no sólo hubieran arruinado al campesinado, sino toda la economía campesina, lo que, a su vez, en un país agrario, significaba arruinar la posibilidad misma de construir el socialismo.

Las tesis izquierdistas sobre la cuestión internacional o sobre la cuestión campesina reiteraban las propuestas de Trotski sobre los sindicatos: si antes propuso *sacudir* a los sindicatos, lo que no significaba sino *sacudir* a los obreros sin partido, en las demás cuestiones se trataba también de *seguir sacudiendo*. El socialismo debía imponerse a todos por la violencia. No se podía retroceder. Eran las mismas tesis que sostuvieron cuando boicotearon los acuerdos de Brest-Litovsk. La paz con el imperialismo era inconcebible para ellos bajo ninguna circunstancia. Tampoco cabía cambiar la política económica y replegarse con la NEP. No cabe, pues, achacarles incoherencia.

No menos erróneas eran las tesis de Bujarin, quien separaba las cuestiones internas de las internacionae y sostenía una concepción *ultraimperialista* del capitalismo. En su obra *El imperialismo y la acumulación de capital*, escrita hacia 1915, Bujarin había escrito: *Si el capitalismo reproduce sus contradicciones hasta un punto en que comienza la decadencia de las fuerzas productivas, lo cual vuelve imposible la existencia de la fuerza de trabajo e impulsa a la clase obrera a la rebelión, minando el poder de los países metropolitanos, desencadenando las fuerzas de los esclavos coloniales y agudizando los antagonismos nacionales, en ese caso las contradicciones del capitalismo quebrarán el bloque las clases dominantes y el campesinado y permitirán que una parte importante de éste se vuelva en contra de la dominación capitalista. Obviamente en semejante situación, las tácticas, las consignas de la lucha y la actitud hacia el problema de los aliados deberán ser diferentes. En tal caso la necesidad de relacionar las revoluciones proletarias con las guerras campesinas, las rebeliones coloniales y los movimientos de liberación nacional pasa a primer plano* (3).

Es justamente la tesis inversa de los izquierdistas, que conducía a una sobrevaloración del campesinado y, de ahí, a poner en primer plano a los países dependientes. Ese tipo de concepciones llevaron a Bujarin a rechazar la consigna leninista de oponer la guerra civil frente a la guerra imperialista en 1915 y tres años después, durante el debate sobre la paz de Brest-Litovsk, a pretender sacrificar la Revolución de Octubre en beneficio de una próxima revolución internacional, lo que Lenin calificó de*estupidez izquierdista*. Ése era el *internacionalismo* de Bujarin: si los imperialistas continúan la guerra contra la Rusia revolucionaria, estallará la revolución mundial.

Ante el fracaso de la revolución en Europa en 1928 Bujarin volvió a exponer las mismas tesis con una ligera variante: hay que abandonar la Unión Soviética a la suerte del próximo levantamiento de los campesinos de Asia. Su internacionalismo se había convertido en *tercermundismo*, tesis que Lin Piao difundirá con el sello inconfundible de la Revolución Cultural china.

Esa misma postura defenderá luego Bujarin en el debate mantenido con Stalin en 1928 sobre la industrialización. Stalin afirmó que estaba en cuestión no sólo la construcción del socialismo, sino el mantenimiento de la independencia del país, porque era previsible una agresión imperialista contra la Unión Soviética. En su informe al VI Congreso de la Internacional Comunista, Bujarin manifiesta su completo acuerdo con el riesgo de una próxima confrontación bélica, e incluso la configura como el verdadero rasgo cárácterístico del momento. Sin embargo, la alternativa que ofrece a ese grave riesgo no es la industrialización sino explotar el papel revolucionario de los pueblos de Asia y a afirmar, por otro lado, que el elemento decisivo en la defensa de la Unión Soviética es su situación política interna y, ante todo, la solidez de la alianza obrera y campesina.

Como se observa es una reedición de las posiciones que ya había mantenido durante la paz de Brest-Litovsk. Vistas hoy día, estas tesis de Bujarin son una anticipación de ciertas formas de *maoísmo* que tanto proliferan con una aureola ultraizquierdista. Por ejemplo, como escriben Blanc y Kaisergruber: *Bujarin ha sido el primero en definir el proceso de la revolución mundial como una conquista de las ciudades a partir del campo, de las metrópolis a partir de las colonias, fórmulas que como se sabe, han sido retomadas en China durante la Revolución cultural* (4).

Bujarin desplaza los problemas internos a la esfera internacional y más específicamente hacia el Tercer Mundo, par acabar considerando que el Tercer Mundo es un reducto agrario poblado de campesinos en el que la lucha de clases está ausente: allí, afirmó en el VI Congreso de la Internacional Comunista, *no existe el proletariado; las condiciones necesarias para la transformación de la revolución campesina democrática en revolución socalista no existen*. Esas condiciones tienen que llegar de fuera, del proletariado de las metrópolis. La lucha mundial está condicionada por los centenares de millones de individuos de la población mundial, que son la fuerza decisiva y son campesinos. Pero las tesis de Bujarin, como ya había advertido Lenin, conducen a la apología del imperialismo: las masas campesinas del Tercer Mundo deben ser guiadas por los obreros de las metrópolis, lo que en definitiva conduce a nuevas formas de imperialismo.

Cuando en el verano de 1928 se celebra el VI Congreso de la Internacional Comunista, Bujarin es el responsable de su Comité Ejecutivo, pero sus divergencias con la mayoría del Partido bolchevique ya habían estallado, aunque no eran públicas. En ese contexto Bujarin expuso en su Informe una serie de tesis que, contrariamente a las reglas habituales, no habían sido sometidas previamente a la delegación del Partido soviético, lo cual obligó a este último a introducir veinte enmiendas, colocando a Bujarin en una situación más que violenta. Las divergencias salieron a la luz frente a terceros y Bujarin fue desautorizado públicamente en su condición de máximo responsable de la Internacional Comunista.

Uno de los puntos de desacuerdo de la delegación sovietica con el informe de Bujarin ante el VI Congreso fue la perspectiva de la crisis económica. La discusión puso de manifiesto que Bujarin no concebía que las crisis tuvieran carácter general que con el imperialismo, que tenía, además, una teoría de las crisis económicas diferente de las marxistas y, finalmente, opinaba que esas crisis no abrían perspectivas revolucionarias a las masas.

Su teoría era otra copia de las de la socialdemocracia, especialmente de Hilferding, a quien emula tanto como critica. Resulta realmente paradógico que Bujarin subraye con énfasis la crudeza de las guerras imperialistas, al tiempo que considera que en el interior de cada país, el capitalismo es capaz de organizarse a fin de

amortiguar las crisis. Eso sólo es posible desconectando artificialmente la guerra internacional de la guerra interna.

En su informe Bujarin comienza hablando de estabilización e incluso de un *considerable fortalecimiento del capitalismo* pero a consecencia de las críticas de la delegación soviética, el tono de los siguientes discursos fue cambiando progresivamente; comienza a relacionar la guerra con la lucha de clases y afirma que una situación revolucionaria también es posible aunque no se desencadene una guerra mundial. Ahora bien, con una guerra, la revolución -sostiene Bujarin- no sólo es posible sino inevitable.

Por eso, para Bujarin, a pesar de la inminencia de la guerra, la crisis económica en los países capitalistas avanzados no conduce a la revolución. Las metrópolis imperialistas no sufrirán un hundimiento interno en los años próximos y el centro de gravedad de la revolución mundial se situará en los países de oriente: *Se ha producido un desplazamiento de fuerzas fundamentales del imperialismo* hacia el continente asiático, afirma Bujarin. Sin embargo, cuando se celebra el VI Congreso de la IC, faltan sólo trece meses para que estalle la gran crisis captalista de 1929. La discusión no era, pues, académica sino que afectaba a la táctica inminente de todos los partidos comunistas del mundo, que debían estar preparados ante la eventualidad.

La delegación soviética al VI Congreso, por el contrario, consideró acertadamente que la agravación de la crisis económica mundial abría la perspectiva de maduración de las condiciones de un nuevo auge revolucionario. En su opinión de Stalin y de la mayoría, los países capitalistas avanzados se encontraban en vísperas de sublevaciones revolucionarias. La crisis de 1929 y la proclamación de la República española dos años después le dieron ampliamente la razón. La crisis afectó al corazón del capitalismo, no a los países asiáticos.

Por eso no puede extrañar que Bujarin sea, a la vez, expresión ideológica de la pequeña burguesía campesina y de ciertas formas de tercermundismo en el plano internacional. Paradójicamente Bujarin que inició su enfrentamiento con el Partido a causa del programa mínimo, se convertió entonces en máximo valedor, porque la reforma agraria y el antimperialismo no iban más allá de las reivindicaciones puramente democráticas que en sus teorías, aparecen desconectadas de la lucha por el socialismo. En esto coincidía plenamente con Trotski.

En esta fase final, el proceso de lucha contra el trotskismo había durado cuatro años. Este hecho prueba que no se zanjó de una manera burocrática, con medidas disciplinarias. Pero finalmente todo se había puesto al descubierto, y seguiría descubriéndose cada vez más, con Trotski fuera del Partido bolchevique.

En su origen el trotskismo no había sido más que una variedad más dentro de las existentes entre los mencheviques. Pero en su aspecto práctico el trotskismo resultaba insignificante frente a la fuerza de los mencheviques, una organización con una sólida implantación entre el proletariado. El trotskismo jamás hubiera pasado a la historia de no ser por la infiltración de Trotski entre los bolcheviques. Así como los dirigentes mencheviques (Martov, Potresov, Dan, etc.) permanecieron fuera de las filas bolcheviques, Trotski penetró en ellas convirtiéndose en un enemigo interior.

De manera que para la burguesía imperialista la crítica trotskista se convirtió en el fundamento mismo de su lucha ideológica contra el socialismo. No hacía falta demostrar las críticas a la URSS y al Partido bolchevique: eran ciertas porque venían de los propios bolcheviques. Lo mismo sucedió luego con los ataques de

Jruschov, también asumidos como propios por la burguesía. Hasta el punto que los imperialistas abandonaron sus propias críticas y asumieron las de Trotski y Jruschov; sin necesidad de mayores comprobaciones se aceptaron como válidas porque llegaban *desde dentro*. Esta misma circunstancia concedía mucha más fuerza a los *argumentos* ante las masas populares, mucha mayor capacidad de influencia porque no aparecían como una defensa del capitalismo frente al socialismo sino como una defensa del socialismo frente a la *degeneración* que había padecido en le etapa *stalinista*.

La batalla de los bolcheviques contra el trotskismo comenzó como una batalla principalmente ideológica, como decía Stalin en un discurso de 1924:

La tarea del Partido consiste en enterrar el trotskismo como corriente ideológica.

Hablan de represiones contra la oposición y de posibilidad de escisión. Eso son tonterías, camaradas. Nuestro Partido es fuerte y poderoso. No consentirá ninguna escisión. En cuanto a las represiones, estoy decididamente contra ellas. Lo que ahora necesitamos no son represiones sino una amplia lucha ideológica contra el trotskismo, en trance de resurrección (1).

Pero de la lucha ideológica se pasó a la lucha armada; la derrota en toda línea de la oposición le obligó a recurrir al sabotaje abierto, a la provocación callejera y todas las demás formas de ataque violento a la URSS. Lo que en principio sólo era una corriente reformista adobada con una fraseología izquierdista, acabó degenerando en la contrarrevolución.

Herida en su orgullo la reacción tuvo que vencer su repugnancia a los soviets y utilizar a las fuerzas más próximas a la Revolución, primero los eseristas y los mecheviques y, finalmente, penetrar dentro de la filas mismas del Partido bolchevique. Los zaristas se convencieron de que ante el apoyo de la masas a la Revolución, la fortaleza no se podía tomar al asalto sin una previa labor interna de zapa que aprovechara el descontento de los viejos militantes bolcheviques depurados de las filas del Partido. De modo que lo que en un principio eran divergencias políticas e ideológicas, se transformó en una verdadera agresión contra la Unión Soviética proveniente de sus propias filas.

El levantamiento de Cronstadt en 1921 demostró de manera fehaciente a los contrarrevolucionarios que eran las consignas revolucionarias las movían a las masas, que podían utilizar las consignas soviéticas para luchar contra los bolcheviques. Esto marcó todo un giro en la concepción contrarrevolucionaria.

Lo que en un principio fueron únicamente disputas políticas e ideológicas, que Trotski fue transformando en colaboración abierta con el imperialismo. Trotski tuvo todas las posibilidades para defender sus posiciones, tanto dentro del Estado como dentro del Partido y de la misma sociedad soviética. Pero ninguna de sus tesis fueron aceptadas: fue primero destituido de sus funciones dentro del gobierno; luego fue destituido de la direccion del Partido y finalmente expulsado del Partido mismo, hasta que finalmente hubo que expulsarle de la Union Soviética. Esta evolución del trotskismo hacia la contrarrevolución flagrante la describió así el mismo Stalin:

El trotskismo hace ya mucho que dejó de ser una fracción del comunismo. En realidad, el trotskismo es el destacamento de vanguardia de la burguesía contrarrevolucionaria que lucha contra el comunismo, contra el poder soviético, contra la edificación del socialismo en la U.R.S.S.

¿Quién dio a la burguesía contrarrevolucionaria un arma moral, un arma ideológica contra el bolchevismo como la tesis de la imposibilidad de la edificación del socialismo en nuestro país, como la tesis de la inevitabilidd de la degeneración de los bolcheviques, etc.? Esta arma se la dio el trotskismo. No se puede considerar fortuito que todos los grupos antisoviéticos en la U.R.S.S. en sus intentos de argumentar la inevitabilidad de la lucha contra el poder soviético, invocaran la conocida tesis del trotskismo de edificar el socialismo en nuestro país, de la inevitibilidd de la degeneración del poder soviético, de la probabilidad del retorno al capitalismo.

¿Quién dio a la burguesía contrarrevolucionaria en la U.R.S.S. un arma táctica como los intentos de acciones públicas contra el poder soviético? Esta arma se la dieron los trotskistas, que intentaron organizar manifestaciones antisoviéticas en Moscú y en Leningrado el 7 de noviembre de 1927. Es un hecho que estas acciones antisoviéticas de los trotskistas alentaron a la burguesía y desencadenaron el trabajo de sabotaje de los técnicos burgueses.

¿Quién dio a la burguesía contrarrevolucionaria un arma de organización como los intentos de crear organizaciones clandestinas antisoviéticas? Esta arma se la dieron los trotskistas al organizar su propio grupo antibolchevique ilegal. Es un hecho que el trabajo clandestino antisoviético de los trotskistas permitió que los grupos antisoviéticos de la U.R.S.S. adoptaran forma orgánica.

El trotskismo es el destacamento de vanguardia de la burguesía contrarrevolucionaria. (2)

Las derrotas que padeció no hicieron más que alimentar la insolencia de un personaje ya de por sí soberbio y falto de escrúpulos. Con tal de lograr sus propósitos no vaciló en conspirar para atacar a los soviets, aún a costa de ponerse al servicio del imperialismo.

Habiendo perdido dentro del Partido todas las batallas que había emprendido contra los bolcheviques, Trotski tuvo que recurrir a la infiltración solapada y el fraccionalismo. Había dejado de ser oposición abierta para pasar a conspirar de manera encubierta. Tras él se agruparon todos los descontentos, los aventureros y los desplazados por las interminables luchas que los oblchevique s se vieron obligados a confrontar. Como escribió Churchill, *Trotski se esfuerza por reunir los bajos fondos de Europa para abatir al ejército rojo* (Grandes contemporáneos). Una red de matones, mercenarios y espías se puso a su disposición reclutados entre los bajos fondos de Rumanía, Finlandia, Hungría y otros países. En Prinkipo la casa de Trotski era un hervidero de conspiraciones, en las que jamás faltaban agentes británicos ni franceses que pusieron a su disposición gran cantidad de fondos. Uno de los asiduos de Trotski en Prinkipo era el coronel Nicolai, oficial la sección III B del servicio secreto militar alemán.

En unos momentos en que la Internacional Comunista se hallaba proscrita y perseguida en casi todo el mundo, en unos momentos en que se iniciaba el ascenso del fascismo, con lo que esto suponía de privación de derechos para la clase obrera, los imperialistas tradujeron y distribuyeron la autobiografía de Troski por millones de ejemplares en todo el mundo. La burguesía se llenó la boca con las consignas trotskistas, mucho más eficaes que las suyas propias y así llegó a parecer normal que el magnate americano de la prensa William Hearst atacara a Stalin por *traicionar* a la revolución. La Editorial Granat de Berlín, una de las más fuertes de Alemania, imprimía y distribuía *La revolución permanente* de Trotski. Al mismo tiempo la cadena norteamericana de Hearst difundía una entrevista con *el primer disidente soviético*, realizada en Turquía. La multinacional cinematográfica Fox

filmaba un discurso suyo; la discográfica CBS grababa sus conferencias. En España en 1967 la censura franquista autorizaba la difusión por la Editorial Plaza y Janés de la biografía de Stalin escrita por Trotski. Los militaristas japoneses obligaban a leer a los comunistas chinos detenidos en Manchuria la autobiografía de Trotski para desmoralizarlos. En Polonia sus libros se difundían hasta en las cárceles. A Gramsci, Secretario General del Partido Comunista de Italia, preso por el fascismo, le ocurrió algo parecido: tuvo que alertar a los demás comunistas detenidos diciendo que *Trotski es la puta del fascismo*, debido a la proliferación de sus obras dentro de las cárceles fascistas.

La burguesía imperialista comenzó a hablar trotskista: el comunismo no era malo sino todo lo contrario; lo que sucedía era que Stalin lo aplicaba de una forma tergiversada. En Estados Unidos los trotskistas estuvieron encabezados desde el comienzo por un especulador sin escrúpulos como Max Eastman, por un diplomático soviético renegado como Alexander Bermin, por un aventurero como el autodenominado *general* Krivitsky que se hacía pasar por antiguo miembro de la GPU, por el abogado de Trotski, Albert Goldman, condenado en 1941 por un tribunal federal por sedición contra el ejército, por Isaac Don Levin y William Chamberlain, ambos periodistas de la cadena Hearst y que también publicaron un libro sobre los procesos de Moscú en*Contemporary Japan*, un órgano de propaganda de los militaristas japoneses. Otro conocido trotskista que el imperialismo lanzó como auténitico *experto* en *stalinismo* es James Burnham, avalado por innumerables títulos académicos de diversas universidades norteamericanas, presentadas como fachada de solvencia para reproducir lo que no es sino una pura campaña de intoxicación que no ha cesado.

Eso resume en lo que degeneró Trotski y el conjunto de la oposición: un reducido grupúsculo anticomunista, inflado hasta la saciedad por la propaganda burguesa para lucha contra la revolución.

Notas:

(1) *Las luchas de clases en la URSS. Segundo periodo (1923-1930)*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pg.333
(2) V.I.Lenin: «La crisis ha madurado», en *Obras Completas*, tomo 34, pg.288.
(3) N.I.Bujarin: *El imperialismo y la acumulación de capital*, Cuadernos de Pasado y presente, Córdoba, Argentina, 1975, pg.208.
(4) Yannick Blanc y David Kaisergruber: *L'affaire Boukharin*, Maspero, París, 1979, pg.182.

El gran viraje

A finales de 1927 la NEP entra en crisis y, aunque en teoría se siguen manteniendo los mismos principios económicos, la práctica comienza a distanciarse de las resoluciones aprobadas en los Congresos. Aparentemente siguen vigentes los fundamentos de la NEP, pero el Partido bolchevique se ve forzado a adoptar *medidas excepcionales* que los contradicen. Inicialmente, pues, esas *medidas extraordinarias* son sólo temporales, un paréntesis hasta que las aguas vuelvan a correr por sus cauces habituales. Eso no sucedió porque era la NEP la que tenía un carácter transitorio, la que había supuesto un paso atrás; ahora procedía dar el salto adelante, cambiar otra vez el rumbo y pasar a la ofensiva.

No obstante, nadie cerró oficialmente la época de la NEP, cuya línea pareció seguir vigente. No fue así. A partir de finales de los años veinte se asiste en la Unión Soviética, en todas sus esferas, a un agotamiento por la teoría, a un aburrumiento de las doctrinas, las teorías y las discrepancias. Era el momento de la verdad, de la práctica, de los hechos, de saber si el socialismo daría de comer a los soviéticos, si les abrigaría del frío, les proporcionaría educación, etc. Ni siquiera se habla ya de economía, sino de ponerse en marcha. Por eso el último debate contra los derechistas, en comparación con el anterior contra el izquiedistas, parece ideológicamente pobre. Los bolcheviques querían acabar ya de una vez por todas con aquellas polémicas y empezar a actuar en positivo.

Cuando aún no se habían apagado los rescoldos de la batalla ideológica contra el trotskismo, las *medidas excepcionales*desataron una nueva polémica en la dirección del Partido, esta vez contra su flanco derecho. Al no cerrarse expresamente la etapa de la NEP, el debate fue bastante confuso porque aparentemente no hay contradicciones entre ambas líneas y, además, ambas niegan la existencia de divergencias para evitar el espectáculo de una nueva ruptura dentro de la dirección del Partido bolchevique. Sin embargo, el debate ideológico y político es intenso y acaba con la derrota de las posiciones de quienes quieren seguir manteniendo a toda costa la NEP.

Aunque en torno al mantenimiento de la NEP se gesta toda una corriente dentro del Partido bolchevique, el más destacado de ellos es Bujarin, que sostenía tesis muy similares a las que luego expuso Jruschov, por lo que merece la pena centrar en él la atención, ya que sus propuestas aparecen, fuera de la Unión Soviética, solapadas por el apoyo del imperialismo a los trotskistas e izquierdistas. No obstante, las tesis de Bujarin son mucho más consistentes y, a pesar de las depuraciones, siguieron impregnando a buena parte de los militantes del Partido bolchevique. Esta influencia deriva de varias causas:

— a causa de la dureza de la lucha contra los izquierdistas, el debate con los derechistas quedó más encubierto para mantener una imagen irreal de unidad que no se podía quebrar a causa de una nueva polémica y que luego volvió a ponerse de manifiesto en la obra de Stalin *Problemas económicos del socialismo en la URSS*

— aunque la lucha ideológica y política desencadenada en 1927 contra los derechistas concernía tanto a aspectos económicos, como internacionales, políticos y partidistas, el debate aparece centrado sólo en aspectos técnicos y económicos, menos accesibles al común de los militantes; Bujarin insiste en que no está en desacuerdo con los aspectos cardinales de la línea sino simples porcentajes y cifras sobre la acumulación, el gasto público, la inflación, etc.

— en los aparatos económicos soviéticos eran mayoría los derechistas, especialmente Rikov, presidente del gobierno, y Tomski, dirigente de los sindicatos; muchos de los economistas provenían del menchevismo.

Pero lo que estaba en juego iba mucho más allá que la política económica. En aquel preciso momento Bujarin era presidente de la Internacional Comunista; por tanto era una figura del máximo relieve y prestigio dentro del movimiento comunista internacional y también en este aspecto se produjeron importantes fricciones.

A grandes rasgos, en el debate sostenido por el Partido bolchevique en 1928 contra los derechistas es fácilmente constatable que Bujarin se aferra como un clavo ardiendo a la alianza obrero-campesina. Repite una y otra vez la necesidad de preservar esa alianza y se acoge a las citas de Lenin de 1921 y a las resoluciones que el Partido había aprobado en sus Congresos. Pero no menciona nunca la

dictadura del proletariado, de la cual la alianza obrero-campesina era una forma específica requerida por las condiciones concretas de la Unión Soviética. Tampoco tiene en cuenta que la situación en el campo en 1928 no es la misma que en 1921.

La aprobación del decreto sobre la tierra en 1917 había igualado sustancialmente la situación de los campesinos en Rusia. Los campesinos pobres habían obtenido tierras; los latifundistas habían perdido la suyas. Así que se creó una vasta masa de campesinos medios, de pequeños agricultores que cultivaban la tierra con sus propios medios, con su familia, sin recurrir a mano de obra explotada. Puede hablarse así de una gigantesca masa pequeño burguesa compuesta por unos cien millones de campesinos.

La NEP no era el capitalismo pero, como reconoció Lenin en su artículo sobre las cooperativas, *con la NEP hicimos una concesión al campesino como comerciante*. Al permitir el comercio privado de esa masa gigantesca de campesinos, la NEP llevaba el germen del capitalismo, y se apreció a finales de los años veinte que ya comenzaban a aparecer diferenciaciones sociales dentro de aquellos campesinos medios. El comercio había reforzado notablemente al kulak, verdadero beneficiario de la NEP.

Era necesaria la contraofensiva porque el socialismo era inviable en esa situación, apenas un islote urbano en medio de un campo mercantilizado.

Los kulaks se defendieron de esta ofensiva y Bujarin fue su portavoz más autorizado dentro del mismo Partido bolchevique. En política económica Bujarin quiso convertir la NEP, que sólo era una fase transitoria, en toda una estrategia de la construcción del socialismo: *La integración pacífica del kulak en el socialismo*. Además para Bujarin la NEP tiene un valor universal: todos los países del mundo deben contruir el socialismo bajo las recetas de la NEP. Esto la diferencia del comunismo de guerra, que fue un acontecimiento sólo temporal, propio de Rusia y provocado por una intervención militar extranjera. Sin ello no se hubiera puesto en práctica el comunismo de guerra; se hubiera pasado directamente a la NEP. Quizá otros países no necesiten conocer el comunismo de guerra, afirma Bujarin, pero todos pasarán por la experiencia de la NEP, que abarca un largo periodo histórico.

Pero a consecuencia de las críticas de su propio Partido, Bujarin también matiza y suaviza luego esas expresiones, como cuando apunta sutilmente: *El rasgo específico de la URSS no es la NEP propiamente dicha, sino las proporciones de la NEP*. Es en ese terreno, en lo puramente cuantitativo, donde él quiere mantener el tono de sus divergencias con la mayoría de la dirección del Partido bolchevique, en la medida. No parece ser un debate de fondo, de principios, sino de pura economía, entre los que quieren mucha o poca NEP (pero siempre NEP al fin y al cabo). La dosis exacta de NEP que quiere Bujarin recuerda su teoría de las crisis económicas, que son meras *desproporciones* entre los sectores productivos, consecuencia de la falta de planificación.

Pero la NEP, como bien dice Bujarin en otro inciso, se carácteriza por las relaciones mercantiles y lo que él pretende no es otra cosa que *liquidar las relaciones de mercado sobre la base de estas mismas relaciones mercantiles*. Al igual que los economistas burgueses liberales, Bujarin es partidario de dejar actuar libremente a las fuerzas del mercado porque ellas acabarán con el propio mercado. Sobre la economía de mercado no se puede intervenir, y mucho menos dirigir. Inverosímil pero cierto; esta tesis contradice la experiencia histórica de siglos: Se desprende de aquí que la planificación no tiene ningún sentido, aunque Bujarin sólo se expresa en contra de la planificación *centralizada*. Pero una planificación no centralizada no es planificación, conclusión por lo demás coherente con su defensa del mercado y con

el *debilitamiento de todos los vestigios de órganos del estado*, que es la vía para su desaparición bajo el socialismo, es decir, otra muestra de la tendencia anarquizante que Lenin observó en Bujarin. En 1928, Bujarin preconiza un *llamamiento a las masas* que sólo es posible si se renuncia a una*supercentralización*, lo cual supondría que se dieran *algunos pasos en la dirección del Estado-Comuna*, y que se luchara igualmente contra los *elementos burocráticos degenerados, absolutamente indiferentes a los intereses de las masas*; denuncia así a *los funcionarios* [...] *dispuestos a elaborar cualquier plan*, aludiendo, sin designarlos, a los economistas del Estado. Ante la perspectiva del I Plan Quinquenal, Bujarin se pronuncia contra una centralización estatal que ahoga las iniciativas. Naturalmente -añadimos por nuestra parte- esas iniciativas sólo podían ser las iniciativas privadas, verdadero santuario del capitalismo.

Muchas de la ideas de Bujarin huelen hoy a neoliberalismo. Él aparece como un defensor a ultranza del campesinado, de todo el campesinado; se negaba a extraer los recursos necesarios para la industrialización de la agricultura porque existían otras fuentes importantes de acumulación. Y alude a la reducción de los aparatos administrativos del Estado mediante la descentralización y la liberación de iniciativas locales, lo cual permitiría *la participación real de las masas reales* en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Lo mismo que decimos de la planificación y de la industrialización, cabe afirmar de la colectivización. La oposición de Bujarin tiene los mismos fundamentos en todos los casos. La colectivización no se podía llevar a cabo más que con la participación de las masas, de los propios interesados, mediante el convencimiento y la persuasión. Nada decía sobre cómo conseguirlo en caso de negativa, ya que la NEP debía durar todo un largo periodo histórico. Mientras tanto sólo cabía esperar.

La NEP no era, como pretendía Bujarin, sinónimo de alianza obrero-campesina ni un modelo universal de construcción del socialismo. Ciertamente la NEP era sólo, como bien reconocía Bujarin, una expansión de la economía mercantil; en sí misma no era el capitalismo, pero lleva las semillas del capitalismo y corría el riesgo de enfrentar al proletariado con los campesinos pobres. Por eso no podía prolongarse en el tiempo. La alianza obrero-campsina es una alianza de los obreros con la burguesía engendrada por la NEP; había resultado necesaria pero llegaba el momento de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado.

Ya hacia el otoño de 1927 las recetas de la NEP estaban agotadas. Desde finales de 1923 habían mejorado, por un lado, las condiciones de existencia de las masas obreras y campesinas y, por el otro, había aumentado también el gasto público. Se trataba, por tanto, de una crisis de crecimiento, aunque la burguesía lo presente como un problema de desabastecimiento. La mejora en las condiciones de vida de las masas son evidentes. En 1927 se introduce la jornada de siete horas, algo que el capitalismo, casi cien años después, no ha logrado aún. El incremento de la renta no crecía en paralelo con una ampliación de la oferta de bienes de consumo. Como consecuencia de esta presión de la demanda aparece la inflación: entre diciembre de 1926 y junio de 1929, los precios al por menor de los productos agrícolas en el comercio privado aumentan en un 130 por ciento. También aparece la especulación y en el mercado negro se pueden conseguir mercancías a precios muy elevados, lo que fomenta el desarrollo del capitalismo.

Se hacía necesario dar un salto y acabar con la NEP.

La mejora de las condiciones de vida de los campesinos se produce por dos motivos:

— el cierre de las *tijeras*, es decir, la disminución de las diferencias entre los precios industriales y los agrícolas, con el consiguiente aumento de los ingresos monetarios de las masas campesinas.

— la exención casi total de impuestos a la parte más pobre del campesinado con ocasión del X aniversario de la Revolución de Octubre. El 35 por ciento de las familias campesinas son exoneradas del impuesto contra un 25 por ciento el año anterior. Se decide, además, ejercer menos presión para el pago de los atrasos fiscales, hasta el punto de que a comienzos de 1928 esos atrasos llegan al 20 por ciento de los impuestos agrícolas devengados en el curso del año fiscal iniciado en 1927.

El aumento de la renta campesina no fue seguido por un incremento suficiente en los suministros de productos manufacturados disponibles en el campo. A causa de la inflación, los campesinos acogieron con desconfianza una moneda que sólo parcialmente podían intercambiar por mercancías. Esta es una de las causas de la caída de las entregas agrícolas que se registra a partir de octubre de 1927.

Por otro lado, el cierre de las *tijeras* tropezó con las presiones al alza de los precios industriales, debido a que:

— el salario medio creció un 10 por ciento, más rápidamente que la productividad del trabajo
— el empleo industrial aumentó un 12'4 por ciento y el paro desapareció definitivamente.

Por tanto, lo mismo que en el campo, aumenta bruscamente la demanda de bienes de consumo por parte de los asalariados industriales y se repite la situación, multiplicando el problema: los aumentos de salarios no van acompañados de un incremento suficiente de la producción de bienes de consumo, provocando una presión alcista en los precios al por menor, o bien la acentuación del desabastecimiento de mercancías y el crecimiento del mercado negro.

En tercer lugar, aumenta también el gasto público: en 1926-1927 el presupuesto de gastos del Estado se incrementa respecto al año anterior en más del 41 por ciento, mientras que la renta nacional en precios constantes sólo aumenta en un 6'3 por ciento. Se entra así en un período de aumento de los gastos públicos, sin la menor correspondencia con el incremento de los recursos reales.

Esto se verifica, precisamente, en 1927, cuando en virtud de la prioridad concedida a las inversiones en la industria pesada hay una disminución del ritmo de aumento de la producción de bienes de consumo. La XV Conferencia había fijado en un mínimo de 900 millones de rublos la suma de las inversiones industriales en el año 1926-1927. Sin embargo, algunos meses antes una suma de inversiones parecida a esa había sido descartada por Dzherjinski por considerar que semejante cifra era incompatible con la situación económica real. Al adoptar esa cifra, la Conferencia ratifica prácticamente los programas de inversiones ya puestos en marcha. Pero la cifra aprobada por la Conferencia es rebasada con mucho. En diciembre de 1926, el VSNJ adopta un proyecto de inversiones industriales que asciende a 947 millones de rublos. Cinco semanas más tarde, el Comité Central y el Sovnarkom ratifican esa cifra con algunas reservas. Más adelante son ya 991 los millones de rublos asignados a las inversiones industriales, pero finalmente éstas necesitarán, de hecho, 1.068 millones, o sea un aumento de cerca de un tercio con respecto al año anterior.

Mientras aumentan las inversiones en equipos pesados, disminuyen las destinadas a la industria productora de bienes de consumo, creando una escasez de productos industriales que afecta a las zonas rurales, justo en el momento del acopio de cereales, caída que contribuye a la adopción de *medidas excepcionales* y al abandono de la NEP.

La nueva línea se abre en el XV Congreso del Partido bolchevique que se celebró inmediatamente después de la derrota política de la oposición de izquierda a finales de 1927. Este Congreso reafirmó la necesidad de proseguir la NEP, si bien limitando las*tendencias explotadoras del kulak*. El Congreso confirmó que en el curso de los últimos años había quedado asegurada la alianza con las masas campesinas y consolidadas las *posiciones dominantes* del Estado. Sin dilación había que pasar, con ayuda de todas las masas pobres y medias, a la limitación sistemática de las explotaciones de los kulaks y de las empresas privadas, determinando *un retroceso relativo... de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo*.

El XV Congreso aprobó la política de colectivización, subrayando que debía ser realizada con prudencia, por medio de la persuasión. Por tanto, las alusiones reiterdas en la propaganda burguesa acerca de la colectivización *forzosa* son completamente falsas. En enero de 1928, en el curso de una gira por Siberia, Stalin resaltó la superioridad técnica de las haciendas colectivas y estatales que producen excedentes comerciales más amplios que las haciendas de los kulaks y que debían permitir *que en los tres o cuatro próximos años los koljoses y sovjoses, como proveedores de grano, puedan dar al Estado aunque sólo sea una tercera parte del grano indispensable*.

En cuanto a las condiciones del desarrollo de la industria, las resoluciones del XV Congreso son favorables a una industrialización más rápida, pero atacando al mismo tiempo a la oposición de izquierda, partidarios de una acumulación acelerada llevada a cabo en detrimento del campo mediante una nueva apertura de las *tijeras*. Por tanto, condena, una vez más, la consigna de la oposición favorable a un aumento de los precios industriales, porque -según la resolución- favorecería la degeneración burocrática y la descomposición monopolista de la industria, dañaría a los consumidores -ante todo a la clase obrera, a las capas pobres de la ciudad y del campo-, pondría una poderosa baza en manos de los kulaks y, finalmente, acarrearía una baja brutal del ritmo de desarrollo al comprometer la base agrícola de la industria.

La resolución del XV Congreso sobre la elaboración del plan quinquenal opone a la búsqueda de una acumulación *máxima*, la de una acumulación *óptima* entre la producción y el consumo.

La resolución defiende, igualmente, la necesidad de respetar una relación óptima entre el desarrollo de la industria ligera y el de la industria pesada. Subraya que al desplazar el centro de gravedad de la industria ligera hacia la industria pesada, conviene evitar que esta segunda inmovilice una parte demasiado grande de los capitales del Estado en la construcción de empresas muy grandes, cuyos productos no se realizan en el mercado más que al cabo de muchos años. La rotación más rápida de los capitales de la industria ligera (al producir objetos de consumo de primera necesidad) permite utilizar a continuación el capital resultante en la industria pesada, asegurando al mismo tiempo el desarrollo de la industria ligera.

La política aplicada desde el XV Congreso encontró resistencia entre los especuladores y los kulaks, desatando una lucha creciente en el seno del campesinado, con actos de sabotaje, quema de cosechas y matanzas de ganado.

Bujarin y la oposición de derechas dieron forma teórica a esa resistencia de los kulaks.

En su discurso al Pleno del Buró Político de 9 de julio de 1928, publicado bajo el título *La industrialización y el problema del grano*, Stalin salió en defensa de las *medidas excepcionales* y sostuvo que una industrialización rápida debe permitir la consolidación de la alianza con el campesinado: *La alianza de la clase obrera con el campesinado no puede ser firme y duradera* [...] *si la alianza basada en los artículos textiles no es complementada con la alianza basada en el metal*.

Esta exigencia implicaba, en primer término, el suministro a los campesinos pobres y medios de cantidades suficientes de instrumentos de trabajo, aunque fueran simples, que había sido muy escasa durante los años 1923 a 1928, como lo prueba la escasez de equipo de las explotaciones campesinas.

El Buró Político aceptó un texto por unanimidad y lo sometió a la aprobación del Comité Central. Se encuentran allí las formulaciones, entonces habituales, sobre las relaciones entre industria y agricultura: *Si la industria constituye por sí misma un potente motor de la agricultura, al permitir su transformación sobre la base de la industrialización socialista, la agricultura constituye la base del desarrollo de la industria*. En noviembre de 1926 Stalin había enunciado una fórmula análoga en su informe a la XV Conferencia.

La resolución del Buró Político insiste también en la necesidad de que la formación de las haciendas colectivas tenga carácter voluntario.

Despues del VI Congreso de la Internacional Comunista la polémica trascendió públicamente. El 18 de septiembre de 1928, Pradva denunció la existencia de un *estado de ánimo en el fondo derechista* en el seno del partido soviético. Un mes más tarde, el problema de este *peligro de derecha* es puesto sobre el tapete por el discurso que Stalin pronuncia el 19 de octubre de 1928 ante el comité de Moscú. La tendencia derechista *menosprecia la fuerza de nuestros enemigos, la fuerza del capitalismo*, lo cual conduce a hacer concesiones, a pedir la disminución de la tasa de crecimiento de nuestra industria, a querer relegar a un segundo plano la cuestión de las haciendas colectivas y estatales, etc. Y vincula la existencia de este peligro al hecho de que *vivimos en un país de pequeñas haciendas campesinas* y las raíces del capitalismo aún no han sido extirpadas, lo cual implica la *posibilidad, de la restauración del capitalismo*.

Stalin subraya que el peligro de derecha es ahora el más importante, porque es menos evidente.

Aunque nadie le mencionaba expresamente, Bujarin se siente aludido y contraataca en un largo artículo publicado en Pravda, del que es director, el 10 de septiembre de 1928, bajo el título *Notas de un economista* en el cual defiende la tesis absurda de que *el desarrollo de la industria depende del desarrollo de la agricultura*, que no merece ningún comentario. Un mes después la resolución del Buró Político del 8 de octubre de 1928 criticó a Bujarin por haber publicado este artículo sin consultar previamente a la dirección del Partido.

El Pleno del Comité Central celebrado del 16 al 24 de noviembre de 1928 desata la ofensiva contra lo que ya se llama oficialmente *desviación de derecha*. Bujarin y Rikov, presidente del Sovnarkom (Gobierno) y alineado con él, quieren dimitir de sus puestos pero llegan a un compromiso y retiran su dimisión.

El Pleno se centra en el discurso de Stalin *Sobre la industrialización del país y la desviación de derecha en el PC(b) de la URSS*, donde formula una nueva línea política en torno a dos ejes fundamentales:

— la industrialización y la expansión de la industria productora de medios de producción.
— la reconstrucción de la base técnica de la agricultura.

En cuanto al primer punto, Stalin afirma que el factor clave de la industrialización es *el desarrollo de la producción de medios de producción, al que se debe imprimir un ritmo lo más rápido posible*. Entre 1925 y 1958 la producción de los medios de producción en la URSS se multiplicó por 103 y la de los objetos de consumo por 15'6.

El motivo de esta opción son las condiciones externas e internas en que se encontraba la Unión Soviética.

En cuanto a las condiciones externas, Stalin afirma que *el equipo técnico [de la URSS] está terriblemente atrasado*, al tiempo que se encuentra rodeada de países capitalistas cuya técnica industrial está mucho más avanzada. El XV Congreso confirma la orientación de la XV Conferencia, en el curso de la cual se había decidido *alcanzar y superar* los niveles de desarrollo industrial de los principales países capitalistas en un período histórico relativamente corto. Parece que la fórmula *alcanzar y luego adelantar* ya fue empleada oficialmente por primera vez en noviembre de 1926. Hay una contradicción entre la técnica extremadamente atrasada de que dispone la Unión Soviética y su sistema político, que corresponde *al poder más avanzado del mundo*. A esta contradicción se debe poner fin si no se quiere llegar a una situación sin salida. Las tesis de Bujarin sobre la prolongación indefinida de la NEP y la construcción del socialismo a paso de tortuga, ponían a la URSS definitivamente detrás de las grandes potencias imperialistas, a las que, en definitiva, debía acabar supeditándose el socialismo, por no hablar del riesgo de una intervención militar.

En lo que se refiere a las condiciones internas, Stalin defiende que *la industria es el principio rector de toda la economía nacional*, y que es necesario reconstruir la agricultura *sobre una nueva base técnica*, lo cual exige proporcionarle el máximo de instrumentos y medios de producción. El desarrollo de la agricultura va por detrás del de la industria, encontrándose ahí la explicación del problema del grano. Stalin insiste en la idea de que *la causa fundamental de nuestras dificultades en cuanto a los cereales es que la producción de grano mercantil se desarrolla en nuestro país con mayor lentitud que la demanda* [...] *La fuerza de la gran hacienda agrícola, ya sea de grandes terratenientes, de kulaks o colectiva, consiste en que permite utilizar máquinas agrícolas, aplicar los adelantos de la ciencia, emplear abonos, elevar el rendimiento del trabajo y producir, por tanto, la máxima cantidad de grano mercantil*. Este problema sólo puede ser resuelto, en consecuencia, mediante la*reconstrucción de la agricultura sobre una nueva base técnica*.

La colectivización aparece como el medio más eficaz de asegurar la regularidad del suministro de este *tributo*. A su vez, el establecimiento de este medio está subordinado a la transformación de la base técnica de la agricultura. De la producción de medios de producción depende el éxito de la colectivización, cuya finalidad es incrementar la producción agrícola y, muy especialmente, la parte comercializada de esta producción que el Estado puede adquirir a precios estables y relativamente bajos.

El discurso de Stalin concede también gran importancia a la ayuda inmediata a las haciendas de los campesinos pobres y medios, a la multiplicación de los vínculos entre estas haciendas y los aparatos comerciales del Estado y de las cooperativas, al aumento inmediato de los suministros y créditos susceptibles de beneficiar a esas haciendas.

Durante todo el debate Bujarin había estado en contacto con Kamenev, que había sido expulsado del Partido en el XV Congreso dentro de la depuración de los trotskistas e izquierdistas. Las contradicciones estallan; la mayoría del Buró Político redacta un proyecto de resolución contra los derechistas. No obstante, hay un intento previo de compromiso: se nombra una comisión del Comité Central encargada de redactar un texto más conciliador que, de ser aprobado por los *tres*, implicaría la retirada del proyecto de resolución así como el mantenimiento a Bujarin en la dirección de Pravda y de la Internacional Comunista. El 7 de febrero, los *tres* se niegan a aprobar el texto y deciden mantener su dimisión hasta el Pleno de abril.

Esta actitud significaba una ruptura completa de los *tres* con la mayoría del Buró Político. Sólo Rikov desistirá posteriormente de esta actitud.

La mayoría del Pleno adoptó entonces una resolución sobre *los asuntos internos del partido* y ratificó una resolución concerniente a las mismas cuestiones que habían sido aprobadas el 9 de febrero por el Buró Político y el Presidium de la Comisión Central de Control. El Pleno mantiene a los *tres* en sus puestos en el Buró Político, aun cuando ni siquiera accedieron a aprobar el texto de compromiso del 7 de febrero, pero les prohibe toda expresión pública de sus desacuerdos. Además, aunque se niega a aceptar la dimisión de Bujarin y de Tomski, el Pleno releva de sus puestos en Pravda y en la Internacional Comunista a Bujarin, y en la Unión de los sindicatos a Tomski.

La resolución del Buró Político ratificada por el Pleno contiene también una serie de críticas contra los *tres*. Se trata del discurso publicado bajo el título *La desviación de derecha en el PCUS*. En aquel momento, del texto impreso del discurso se eliminan unas treinta páginas, probablemente a causa de algunas de las formulaciones que contienen. No fueron publicadas hasta 1949.

La mayor parte de este discurso está consagrado a la crítica de las posturas de Bujarin, Rikov y Tomski, los tres representantes derechistas. En estrecha ligazón con esta crítica, Stalin presenta un cierto número de tesis que merecen nuestra atención.

Una primera tesis se refiere a la intensificación de la lucha de clases *en el actual estadio del desarrollo, en el actual estado de la relación de fuerzas*, a la que Jruschov denominará luego como *fórmula Stalin*.

El discurso de abril de 1929 expone una segunda tesis: la necesidad de imponer al campesinado *algo semejante a un tributo*para hacer posible la industrialización del país. En las condiciones concretas de la Unión Soviética no es posible ninguna industrialización de cierta envergadura sin que el campesinado aporte una contribución al esfuerzo de desarrollo industrial, si bien, añade Stalin, *la naturaleza del poder soviético no permite que el Estado explote a los campesinos de ninguna manera*. Reitera la necesidad de *nuevas formas de alianza entre la ciudad y el campo* que corresponden al suministro por la industria de medios de producción a la agricultura: maquinaria agrícola, tractores, abonos, etc., porque ahora *se trata de reestructurar la producción agrícola sobre la base de una nueva técnica y del trabajo colectivo*.

Esta tesis amplía y precisa la oposición que se había esbozado hasta entonces entre la alianza basada *en el textil* y la basada*en el acero*. La perspectiva así abierta corresponde, ciertamente, a las exigencias del futuro, pero las formulaciones empleadas suscitan una serie de problemas, en particular los siguientes:

— Incluso en las postrimerías de la NEP, el *restablecimiento* de la agricultura está lejos de haber terminado. Millones de explotaciones campesinas pequeñas y medias carecen aún de los instrumentos de producción más elementales. Esto quiere decir que aún es posible ayudar a los campasinos pobres y medios a que aumenten rápidamente su producción agrícola mediante pequeñas inversiones, sin necesidad de esperar a la construcción de nuevas fundiciones de acero, de nuevas fábricas de tractores, etc. El problema de los plazos y de los ritmos no se plantea, pues, en los términos formulados en el Pleno de abril de 1929.

— Según el discurso, durante el período de *restablecimienio* debía predominar una forma de alianza obrera y campesina destinada a satisfacer *principalmente las necesidades personales del campesino, sin preocuparnos demasiado de las necesidades de su explotación*. Así se practicó la alianza, pero esto era erróneo: desde el comienzo de la NEP habría debido tener prioridad el suministro a las explotaciones campesinas de medios de producción, aunque fueran rudimentarios, cosa por lo demás indicada por Lenin. La alianza basada principalmente *en el textil* no ayudó a los campesinos pobres y medios a liberarse de la dominación de los campesinos ricos.

El discurso presenta la colectivización como impuesta necesariamente por la transformación técnica y por la exigencia de una mayor producción mercantil. El progreso de la producción colectiva en la agricultura no aparece aquí como una forma de lucha de clases, sino como una necesidad técnica y económica.

Se afirma la tesis de un *peligro de ruptura entre la ciudad y el campo*, debido al insuficiente ritmo de crecimiento de la agricultura con relación a la industria. De ahí la conclusión: *Para eliminar este peligro de ruptura es necesario comenzar a equipar a fondo la agricultura sobre la base de una nueva técnica. Y para ello es preciso ir agrupando paulatinamente en grandes haciendas, en koljoses, las haciendas campesinas individuales dispersas*.

En esta concepción -que es la que prevalece- las aspiraciones y necesidades de los campesinos pobres y medios no son lo esencial. Son las necesidades de la ciudad y de la industria las que determinan las condiciones técnicas de la producción agrícola, y éstas las que determinan sus condiciones sociales. Hay motivos para preguntarse por qué semejante concepción toma cuerpo, pero es indudable que su aplicación explica la manera en que se lleva a cabo la colectivización, así como sus efectos *contra-productivos*: el retroceso y no el aumento de la producción agrícola.

Planteada la tesis de la urgencia de una transformación técnica de la agricultura, de ella se *deduce* la tesis de la necesidad de una industrialización rápida: *Sin desarrollar nuestra industria a ritmo acelerado es imposible proporcionar al campo maquinaria agrícola y tractores*.

Nos movemos aquí en un círculo: hay que equipar rápidamente a la agricultura con medios modernos para evitar su retraso con respecto a la industria; hay que acelerar el ritmo de desarrollo de la industria para permitir que ésta equipe rápidamente la agricultura. El movimiento que se opera en el interior de este círculo determinará el constante reajuste en alza de los objetivos del I Plan Quinquenal.

La posición de los kulaks en 1929 se había reforzado, su influencia ideológica y política era mayor. Además, desafían al poder soviético y provocan una crisis de acopios de cereales. En el discurso ante el Pleno de abril de 1929 Stalin afirma: *En estos años se han fortalecido los kulaks y los elementos acomodados del campo; estos años de buena cosecha no han pasado en vano para ellos; se han fortalecido económicamente, han acumulado un capitalito, y ahora pueden maniobrar en el mercado*.

Este discurso ante el Pleno de abril tiene una importancia especial. Es el inicio de un nuevo viraje en la línea del Partido bolchevique hacia una industrialización acelerada cuya carga debe ser soportada por los kulaks. Esto queda confirmado (aunque todavía de modo vacilante) en la XVI Conferencia del Partido y conduce al gran viraje de finales de 1929.

Esa contraofensiva se inició en 1925 cuando el XIV Congreso del Partido Comunista planteó como tarea fundamental la industrialización del país en un plazo muy breve.

Pocos años después se continuó en el campo, con el desarrollo de la colectivización agraria.

El socialismo únicamente puede ser construido sobre la base de la gran producción mecanizada en todas las ramas de la economía: *Sólo una gran industria mecanizada* -escribió Lenin-*, capaz de reorganizar también la agricultura, puede ser la base material del socialismo*.

En 1917 el capitalismo no había industrializado más que unos cuantos países del mundo, en cuyo territorio vivía alrededor del 15 por ciento de la población del planeta. Por eso Rusia no heredó del capitalismo una base técnica y material desarrollada y la industrialización era una necesidad vital, tanto para construir el socialismo como para las necesidades de defenderlo de los ataques capitalistas.

La necesidad de industrializar el país en muy poco tiempo fue impuesta ante todo por el hecho de que el país estaba atrasado en el aspecto técnico y económico en comparación con los países capitalistas desarrollados. Era un país de pequeñas explotaciones campesinas con una base económica más favorable para el capitalismo que para el socialismo. En segundo lugar, la URSS se hallaba cercada por Estados capitalistas que querían aniquilarla. Al sintetizar esas condiciones, Stalin dijo:*Marchamos con un atraso de cincuenta o cien años respecto a los países adelantados. En diez años tenemos que salvar esta distancia. O lo hacemos, o nos aplastan* (2).

La industrialización socialista supone el desarrollo de la gran industria, ante todo la pesada, que asegura la reorganización a fondo de toda la economía, comprendida la agricultura, sobre la base de una técnica mecanizada de vanguardia.

El eslabón central de la industrialización socialista lo constituye el desarrollo preferente de las ramas de la industria pesada que fabrican medios de producción: metal, combustible, máquinas, instalaciones y materiales de construcción. Reviste particular importancia para la industrialización la construcción de maquinaria moderna, que es la médula de la industria.

Durante la industrialización socialista se crea la base material para el desarrollo de las formas socialistas de economía: las empresas estatales y cooperativas en la industria y en la agricultura. La industrialización asegura a estas formas de

economía la superioridad en la técnica, necesaria para lograr la victoria definitiva sobre la producción capitalista y la pequeña producción mercantil.

La aplicación de la industrialización socialista ofrece la clave para la solución de todos los problemas fundamentales de la construcción del socialismo: la liquidación completa del tipo capitalista de economía, la transformación socialista de la agricultura y la superacion del atraso técnico y económico del país.

Todo esto exigió un elevado ritmo de industrialización socialista. La posibilidad de efectuar la industrialización a un elevado ritmo se debió a las ventajas que brindan el sistema socialista de economía y las peculiaridades del método socialista de industrialización.

El dominio de la propiedad socialista sobre los medios de producción permitió comenzar la industrialización del país por la industria pesada y no por la ligera, como solía ocurrir en los países capitalistas. El sistema socialista de economía permitió movilizar al máximo todos los recursos internos y orientarlos al fomento preferente de la gran industria maquinizada.

Durante los años de los planes quinquenales de la preguerra fueron creadas nuevas ramas de la industria: la fabricación de tractores, automóviles, productos químicos, máquinas herramienta, aviones, etc. Fueron puestas en explotación miles de fábricas. Las nuevas empresas pasaron a desempeñar el papel fundamental en el volumen global de la producción industrial. Ya en 1937, más del 80 por ciento de toda la producción correspondía a las nuevas empresas o a las reformadas radicalmente durante los dos primeros planes quinquenales.

Gracias a la realización del programa de industrialización de la URSS, merced al cumplimiento de los dos primeros planes quinquenales, el país dejó de ser atrasado y fundamentalmente agrario para convertirse en una gran potencia industrial. La producción de la gran industria pasó del 42'1 por ciento del total de la producción del país en 1913, al 77'4 por ciento en 1937. Hacia fines del segundo plan quinquenal, la URSS pasó a ocupar el primer puesto en Europa y el segundo en el mundo por el volumen de producción industrial.

El proceso de industrialización desarrollado durante la década de 1930 fue un éxito extraordinario elevando a la URSS al nivel de las grandes potencias industriales capitalistas . La industrialización sacó a Rusia de un atraso económico de varias décadas con respecto a los países capialistas más fuertes y, de paso, demostró la validez de la teoría comunista, supuso la construcción de un gran número de grandes fábricas, altos hornos, embalses y refinerías de petróleo. El objetivo era incrementar año tras año la producción, no sólo cumpliendo sino aún superando los Planes Quinquenales fijados desde el gobierno. El paro desapareció y los obreros espontáneamente comenzaron a trabajar los sábados gratuitamente para ampliar el bienestar de toda la sociedad.

El desarrollo exitoso de la industrialización en la URSS acabó con la contradicción entre el poder político más avanzado del mundo y la atrasada base técnica y económica que había legado el zarismo.

Ante el descenso de la productividad agraria a finales de la década de los veinte, Stalin reaccionó con el abandono de la NEP y el inicio en 1929 de un programa de colectivización acelerada, dirigida contra los kulaks.

En respuesta, muchos hacendados quemaron sus cosechas para evitar la incautación del Estado, pero la política socialista del gobierno acabó imponiéndose

en medio de una áspera lucha de clases en la que participaron millones de campesinos hambrientos.

La Unión Soviética experimentó un espectacular florecimiento económico que constrastaba con la crisis de 1929 y la decadencia de todo el sistema capitalista.

A partir del primer plan quinquenal se produce el gran salto económico de la Unión Soviética. Entre 1928 y 1937 la vieja Rusia atrasada, campesina y semifeudal se transforma en un poderoso Estado socialista industrializado. Se colectivizó la agricultura y se crearon sectores industriales completos que hasta entonces todavía no se conocían en el país. En el campo los koljoses suponían ya el de las haciendas campesinas. Fruto del desarrollo industrial, el campo se benefició entre 1933 y 1937 con más de medio millón de tractores, 123.000 cosechadoras y 142.000 camiones.

La producción industrial creció un 120 por ciento entre 1932 y 1937, y casi se triplicó respecto a 1929. Si recordamos el descenso de la producción industrial entre 1929 y 1933 en Alemania (un 65 por ciento), Estados Unidos (un 64 por ciento) o Gran Bretaña (un 88 por ciento), tendremos una idea mucho más exacta de la situación que se estaba creando en el mundo. Por supuesto, mientras en 1933 Alemania tenía cinco millones de parados, Estados Unidos trece y Gran Bretaña más de dos millones y medio, este fenómeno era desconocido bajo el socialismo, que funcionaba a pleno rendimiento de sus energías productivas. De este modo la Unión Soviética alcanzó la segunda plaza entre las naciones industrializadas, tras los Estados Unidos en cuanto a volumen de producción fabril, multiplicando por cinco las cifras alcanzadas antes de la Revolución de Octubre.

Los procesos de Moscú

Bujarin y Jruschov coincidían en defender que con el desarrollo del socialismo la lucha de clases se amortiguaba. Según afirma Jruschov en su *Informe Secreto*, como la lucha ideológica ya se había ganado, no era necesario pasar a la represión violenta contra la oposición.

Las evidencias son justamente las contrarias: a medida que el socialismo se fortaleció, la lucha de clases se intensificó, cambió de forma y de la lucha meramente ideológica hubo que pasar a la lucha armada. El punto final de ese proceso de tensión fue la II Guerra Mundial. Pero se trató justamente de un *punto final* que tuvo transiciones intermedias, la más importante de las cuales fue el ascenso del fascismo al poder en una serie de países en los años treinta.

También se descuida a menudo que el ascenso del fascismo al poder en varios países de Europa se llevó a cabo con la bandera del anticomunismo y que la alianza de Alemania, Italia y Japón ostentaba el lema de *Pacto Anti-komintern*, es decir, una alianza imperialista directamente dirigida contra la Internacional Comunista o, lo que para ellos era idéntico, contra la Unión Soviética. Ese proceso estuvo acompañado de una intensificación del bloqueo, el sabotaje y la injerencia interna contra la República Soviética, aunque no de forma exclusiva, porque también otros países vieron aumentar la labor de zapa de los fascistas; así, en 1934, Barthou, ministro francés de Asuntos Exteriores fue asesinado en Marsella.

Los Estados fascistas son Estados policiales y todas las policías del mundo han empleado la táctica de la infiltración para destruir a los partidos comunistas. Los fascistas fueron los iniciadores y maestros consumados de esta técnica de destrucción del enemigo desde dentro y la Unión Soviética fue siempre el campo de

experimentación en el que esa técnica se ensayó. Lo había expresado el general fascista español Queipo de Llano durante la guerra civil cuando las hordas sublevadas cercaban Madrid. Cuatro columnas se habían lanzado al asalto de la capital y una quinta ya operaba desde su interior. De ahí viene la expresión *quinta columna* como sinónimo de traición. Una de las causas de la derrota de las fuerzas antifascistas durante la guerra civil española fue esa precisamente: la falta de vigilancia revolucionaria, el relajamiento de la lucha ideológica dentro del Frente Popular, la falta de depuración de los elementos vacilantes que abrigaba en su seno. Al final fue la traición la que abrió a Franco las puertas de Madrid. Y cabe añadir igualmente que, al final, fue también la traición la que hundió a la Unión Soviética, que jamás pudo ser tomada por asalto.

A falta de un análisis materialista, en la propaganda occidental abundan los análisis de la época soviética en términos de espionaje, pero se trata siempre del espionaje soviético sobre los países capitalistas. La infiltración de Blunt llevó al servicio secreto soviético hasta las habitaciones más íntimas de la realeza británica; al matrimonio Rosenberg se les fusiló en Estados Unidos por transmitir al Kremlin informaciones sobre su secreto mejor guardado, el de la bomba atómica; los todopoderosos tentáculos moscovitas también llegaron hasta el círculo más próximo a Hitler, etc. Pero toda esa propaganda nada dice de la infiltración en dirección inversa, de modo que no sabemos hasta dónde lograron penetrar los imperialistas a sus agentes en el Partido bolchevique o en las oficinas soviéticas.

Para los comunistas las masas son las únicas protagonistas de la historia. Nosotros no concedemos a las cuestiones de espionaje el carácter decisivo que le otorga la propaganda burguesa, porque la experiencia histórica demuestra que jamás ha tenido una influencia semejante sobre ningún acontecimiento. Pero los fascistas y los imperialistas creen en el individualismo, creen que hay superhombres capaces por sí mismos de cambiar el rumbo de la historia y eso distorsiona su punto de vista. Por ejemplo, Kennan afirmaba en un informe oficial al Departamento de Estado que *el gobierno ruso es en realidad una conspiración dentro de la conspiración*. Naturalmente esto es completamente falso, sin que pueda recorrerse el camino desde aquí hasta el extremo contrario, hasta afirmar que no existió ninguna conspiración para derrocar al poder soviético desde dentro aprovechando sus contradicciones internas.

Como Bujarin, el informe de Jruschov, al presentar una década en la que menguaban las contradicciones de clase, aparece en total oposición a los hechos históricos, que ponen de manifiesto la extraordinaria tensión a que se vieron sometidos todos los países en aquella época, tanto en su situación interior como en la exterior, tanto en la Unión Soviética como en los demás países.

El aspecto más calumnioso de la historiografía imperialista reincide sobre los procesos de Moscú, celebrados entre 1936 y 1939, con el propósito declarado de presentar al socialismo -y a Stalin en particular- como un sistema criminal, despótico y arbitrario que sometió por la fuerza bruta a millones de personas. Hasta el punto de que hablar de socialismo, singularizado en Stalin, es un sinómino casi exclusivo de terror, prisiones y depuraciones. Esta es una *verdad* inmutable. Cualquier panfleto burgués transmite y repite incansable todos y cada uno de estos principios:

— las luchas entabladas en el interior del Partido bolchevique tras la Revolución eran luchas de Stalin contra todos los demás dirigentes y en ellas el millón de militantes comunistas no tuvo ninguna intervención

— esas divergencias eran de tipo personal, fruto de la ambición por hacerse con el poder tras el vacío producido a la muerte deLenin

— Stalin creó un gigantesco aparato represivo (policía, tribunales y cárceles) tanto para someter al conjunto de los ciudadanos soviéticos como para liquidar físicamente a sus oponentes dentro del Partido bolchevique

— la policía y los tribunales actuaron de manera arbitraria, sin justificación alguna y condenaban sin pruebas, apoyándose en confesiones arrancadas gracias a salvajes torturas sobre los detenidos (3).

Ante el entusiasmo mundial desatado por la Revolución de Octubre, el capitalismo no encontró otra vía para desmoralizar a las masas que desatar la más gigantesca campaña propagandística que ha existido en toda la historia de la humanidad: libros, cátedras, memorias, fotos, reportajes, películas... las publicaciones sobre este tema se cuentan por millones, hasta el punto de que se trata del acontecimiento histórico más publicitado, aunque la cantidad, en este caso, no tenga nada que ver con la calidad. Pero el imperialismo no tenía otro remedio si quería revocar la esperanza suscitada por el primer país socialista de la historia.

Frente a toda esta campaña, que no se ha detenido en ningún momento, pese a la caída del socialismo, hay que destacar que efectivamente la Unión Soviética fue un régimen de dictadura del proletariado y que el nuevo Estado, apoyado por las más amplias masas obreras y campesinas, se empeñó a fondo en reprimir a la burguesía zarista que trató de recuperar el poder perdido por todos los medios a su alcance: *La revolución* -escribió Stalin- *no queda circunscrita a Octubre. Octubre no es más que el comienzo de la revolución proletaria* [...] *Mantenerse en el Poder al día siguiente de la revolución es tan importante como tomarlo* (4). Los reaccionarios zaristas y el imperialismo no consintieron ni un solo minuto la estabilidad de los soviets y, por tanto, sí hubo una justificación -más que sobrada- para el uso intensivo de la policía, los tribunales y las cárceles frente a la contrarrevolción porque la burguesía no cesó ni un solo momento en atacar brutalmente a los soviets. La dictadura del proletariado -decía Stalin en las *Cuestiones del leninismo*- encierra forzosamente la idea de violencia contra su enemigo de clase, la burguesía.

Los académicos y *expertos* del imperialismo silencian que en los primeros momentos de la Revolución, los criminales zaristas fueron inicialmente detenidos y liberados tras comprometerse por escrito a no agredir a los obreros y campesinos. Y que tras ser liberados incumplieron sus promesas y provocaron una sangrienta guera civil que se prolongó varios años en la que asesinaron a millones de proletarios y de campesinos pobres, quemaron sus cosechas y torturaron y secuestraron a sus familias. Naturalmente, también ocultan que por tres veces la Unión Soviética fue el primer país del mundo que trató de abolir la pena de muerte, algo que no se pudo conseguir entonces a causa de las constantes provocaciones del imperialismo.

A lo largo de la historia soviética las cifras de muertos son ciertamente espeluznantes: en la I Guerra Mundial murieron 1.800.000 rusos en los campos de batalla, más otros tres millones de hambre y enfermedades. Otros cinco millones de personas más murieron en la guerra civil. Según Raymond Hutchings, entre 1914 y 1923 la población descendió de 142 a 136 millones, cuando hubiera debido ser de 161'5 millones según el crecimiento demográfico normal de la población: Rusia perdió 25'4 millones de seres humanos a causa del imperialismo sufriendo *los cambios más violentos desde la invasión mongola del siglo XIII* (5).

Las agresiones llegaron hasta el punto de que la Cheka, la primera policía soviética, violando elementales normas internacionales, tuvo que asaltar en 1918 la embajada británica, verdadero nido de espías y criminales, capitaneados por Bruce Lockhart y Sidney Reilly. Se produjo un violento tiroteo dentro de las dependencias diplomáticas, ya que los espías trataban de ganar tiempo para quemar documentos comprometedores. Un chekista y un espía resultaron muertos y hubo varios heridos, entre ellos un juez de la Cheka. A mediados del año siguiente, la Cheka, tras movilizar a 15.000 obreros en Petrogrado, desata una redada registrado varios consulados y embajadas de la capital, en la que ocuparon más de 6.000 fusiles, bombas, ametralladoras, explosivos e incluso un cañón.

Tampoco narran que, tras fracasar en la guerra civil, los blancos siguieron conspirando desde el exilio y que se infiltraron en el nuevo Estado para sabotear los planes económicos, que incendiaron los koljoses, inundaron minas, descarrilaron trenes y derribaron fábricas. En su truculenta historia no hay sitio para relatar los numerosos asesinatos cometidos contra los comunistas ni sus incontables tentativas de golpe de Estado. El 1 de enero de 1918 Lenin y F.Platten, Secretario General del Partido Socialista Suizo, fueron ametrallados en Petrogrado; el 20 de junio del mismo año, se produce el asesinato de V.Volodarski, miembro del Presidium del Soviet de Petrogrado; el 30 de agosto, sucede lo mismo con M.Uritski, responsable de la Cheka en Petrogrado; ese mismo día, se produce el atentado contra Lenin en Moscú; al promulgarse la separación de la Iglesia y el Estado, aquella promueve más de 1.400 choques sangrientos en los que fueron asesinados 138 comunistas; el 25 de setiembre de 1919 un grupo anarquista detona un potente explosivo en la sede del Comité de Moscú del Partido bolchevique en el que murieron 12 comunistas, entre ellos el Secretario General, y resultaron otros 55 heridos; en 1927 fue asaltada en Londres la sede de la Sociedad Soviética para el Comercio con Inglaterra, y lo mismo sucedió en las embajadas en Berlín, Pekín, Shanghai y Tientsin; el 7 de julio del mismo año fue asesinado Pavel I.Voikov, embajador de la URSS en Polonia; esa misma noche arrojaron una bomba en Leningrado contra una sede del Partido bolchevique hiriendo a 30 personas; además, el 9 de junio Opanski, responsable de la GPU en Minsk fue acribillado a balazos; al día sigiente tres contrarrevolucionarios colocaron una bomba en sede de la GPU en Moscú, que no llegó a explotar, siendo detenidos y ejecutados los autores (Eduardo Opperput-Staunitz, Maria Schulz y Georghi Peters); en 1934, además del asesinato de Kirov, se produjeron también los de Menjinski y Kuibichev, y se sucedieron una serie de atentados contra dirigentes soviéticos: *accidente* de tráfico de Molotov, disparos contra Stalin en el Mar Negro y un intento de asesinato de Voroshilov en Moscú; el 23 de enero de 1937 se produjo en París el asesinato del economista soviético Dimitri Navachin por Jean Filiol, un pistolero de la Cagoule, una organización fascista francesa.

Se trata de un relato resumido de los atentados a algunos de los personajes más conocidos de la URSS; quedan sin enumerar los miles de ataques en los que cayeron asesinados numerosos ciudadanos, militantes de base, cooperativistas, sindicalistas o militares. El ingeniero americano John Littlepage, uno de los expertos extranjeros contratado por la URSS, que trabajó de 1926 a 1937 en la industria minera, principalmente en las mismas de oro, describe el sabotaje permanente de la oposición dentro del propio Partido bolchevique. En su libro *En busca de las minas de oro* (Payot, 1939), afirma: *Nunca me han interesado las sutilezas de las ideas políticas. Estoy firmemente convencido que Stalin y sus asociados tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que los comunistas expulsados eran sus más peligrosos enemigos*. En 1931, Littlepage lo constató trabajando en las minas de cobre y plomo de Ural y Kazajstán. Esas minas formaban parte de un enorme complejo industrial bajo la dirección de Piatakov, trotskista y vicecomisario de industria pesada. Las minas estaban en un estado catastrófico tanto en cuanto a la producción como en cuanto a la seguridad de los obreros que allí trabajaban. De ahí

Littlepage concluye que el sabotaje estaba bien organizado y provenía de la dirección misma del complejo industrial. En su libro Littlepage asegura también que los trotskistas se financiaban con los sabotajes. Utlizaban sus cargos para desviar fondos al extranjeros procedentes de compras de materiales para las fábricas. Las compras eran de muy mala calidad para el precio que había pagado el gobierno soviético. Las empresas que vendían esos productos entregaban el sobreprecio a Trotski mientras les siguieran haciendo pedidos.

Tras la Revolución salieron al exilio entre un millón y medio y dos millones de contrarrevolucionarios, que no descansaron ni un momento para derribar a los soviets. En sus planes contaron con la colaboración abierta de los presidentes de gobierno occidentales, especialmente en Francia y Alemania, así como con el apoyo técnico de militares especializados en operaciones de sabotaje. Pero a medida que el Estado soviético se fortalecía las conspiraciones no podían actuar únicamente *desde fuera* y la infiltración adquirió una importancia creciente. Pero la contrarrevolución no era sólo una cuestión de los exiliados; a la acción exterior se unió la acción interior, que permanecía agazapada.

La lucha contra los saboteadores fue analizada por Stalin en el Informe presentado al Pleno del Comité Central el 3 de marzo de 1937. Partía de la constatación de que el asesinato de Kirov en 1934 había sido el primer aviso serio de que, a partir de entonces, la burguesía se había agrupado en torno al bloque trostskista-zinovievista, que estaba desempeñando un doble juego: ya no hablaba de la lucha contra la revolución, sino de que ésta había sido *traicionada* y de que había que *encauzarla*por sus propios derroteros. No había que combatir a Stalin por revolucionario sino por contrarrevolucionario. Los auténticos revolucionarios y bolcheviques eran ellos. Ante el gigantesco prestigio de los soviets, la reacción había cambiado su lenguaje, e incluso había penetrado en las propias filas del Partido bolchevique. Por tanto, hablaba desembozadamente de *revolución*mientras continuaba practicando el sabotaje y colaboraba con la Gestapo.

Stalin recordó que inmediatamente después del asesinato de Kirov, la dirección del Partido había enviado una carta a todas las organizaciones locales advirtiendo de la nueva situación, sin que se hubiera tomado suficientemente en consideración. En dicha carta ya se tenía en cuenta algo que luego el Informe Secreto de Jruschov cambiaría en su contrario: mientras éste consideraba que los éxitos en la construcción del socialismo apaciguaba la lucha de clases, la carta estimaba que esos éxitos acentuarían aún más el combate. No era cierto que los trotskistas y demás intrigantes hubieran agotado todas sus reservas. La burguesía no podía arrojar la toalla y consentir de ningún modo la construcción pacífica del socialismo y daba pruebas cotidianas de que no cedería ante el empleo sistemático del terror y el asesinato en masa con tal de boicotear el cumplimiento de los planes quinquenales.

Stalin también leyó otra carta confidencial del Comité Central de 26 de julio del año anterior, en la que la dirección insistía en que *la cualidad indispensable de todo bolchevique, en las condiciones presentes, debe ser la capacidad para reconocer al enemigo del Partido, por más que se enmascare*.

Había una serie de circunstancias que Stalin ponía de manifiesto para explicar el terror burgués desatado bajo aquellas nuevas circunstancias: el cerco imperialista en el exterior y el encubrimiento de los saboteadores con su afiliación al Partido. El dirigente comunista establecía un paralelismo bien sencillo: si los países imperialistas se espían, maniobran los unos en contra de los otros y se matan entre ellos, cabe dededucir que utilizan y seguirán utilizando esos mismos métodos centuplicados en contra de la Unión Soviética.

También constataba el giro dentro del trotskismo y exigía, en consecuencia, cambiar correlativamente los métodos de lucha contra el trotskismo, que había dejado de ser una corriente política dentro del movimiento obrero para convertirse en una banda de saboteadores sin principios, de agentes del espionaje y de asesinos que actuaban al dictado de los Estados imperialistas.

Añadía Stalin otra circunstancia también decisiva en los métodos de actuación de los imperialistas contra la Unión Soviética. En los años veinte los saboteadores de Chajti y los miembros del Partido industrial, eran espías extranjeros ligados a sociedades anónimas que penetraron en la Unión Soviética gracias a la necesidad de técnicos y especialistas que eran necesarios para poner en marcha los planes quinquenales. No podían engañar a nadie. Su fracaso dio un giro a los planes terroristas de la burguesía. Ahora ya no tienen ninguna ventaja técnica sobre los cuadros técnicos soviéticos; su ventaja es exclusivamente política y consiste en que tienen el carnet del Partido que es el que abre las puertas de toda clase de pistoleros.

El dirigente bolchevique apuntaba las causas de esa relajación de la vigilancia revolucionaria dentro de las propias filas: se trataba de un relajamiento temporal a causa de que las tareas económicas habían absorbido la atención de los militantes del Partido y, adormecidos por los grandes éxitos logrados en ese terreno, han descuidado el trabajo político abriendo las puertas del Partido a toda clase de intrigantes.

El Informe acaba con una serie de recomendaciones, entre las cuales apuntaba que *es necesario demoler y rechazar lejos de nosotros la podrida teoría según la cual, a cada paso que avanzamos, la lucha de clases entre nosotros debería, supuestamente, extinguirse cada vez más; que a medida que obtengamos éxitos, el enemigo de clase se extinguiría cada vez más... Por el contrario, cuanto más avancemos, cuantos más éxitos obtengamos, mayor será el furor de los ataques de las clases explotadoras, más recurrirán a las formas de lucha más agudas, más ahogarán al Estado soviético, más se apegarán a los métodos de lucha más desesperados, como último recurso de hombres abocados a su desaparición*.

Finalmente apuntaba, entre otras consideraciones, hacia la perspectiva que le esperaba a la Unión Soviética ante el fracaso sucesivo de todas las intrigas de la burguesía y el imperialismo por derribar al régimen socialista: que para cometer sus actos, los saboteadores no eligen las épocas de paz sino las vísperas de una guerra o la guerra misma.

Este fenómeno es el que en 1936, ante la inminencia de la guerra y la intensficación del sabotaje, abrió los procesos de Moscú.

La levolución socialista no triunfó sólo en medio de un cerco exterior implacable y hostil, sino que también en el interior de sus propias filas, a causa de la falta de experiencias previas anteriores, se mostraron numerosas y continuas vacilaciones que alcanzaron a la dirección misma del Partido bolchevique. El comunismo de guerra, la Nueva Política Económica, la colectivización del campo, la posibilidad de construir el socalismo en un sólo país, fueron algunas de tantas propuestas innovadoras -y a veces chocantes- que no se abrieron paso fácilmente, sino en medio de enconadas discusiones y batallas ideológicas que pusieron a prueba hasta extremos inconcebibles la capacidad política de los comunistas soviéticos. La esperada revolución mundial se demoraba. Se habían cifrado muchas esperanzas en la insurrección alemana de 1923 y en la china de 1927, pero el imperialismo parecía omnipotente. Desmoralizados y confundidos, algunos dirigentes (Ioffé, Ordonikidzhe) se suicidaron, como la propia mujer de Stalin, y fueron muchos los

que no pudieron seguir ese sinuoso recorrido, perdiendo completamente la brújula para acabar en brazos de la reacción. Sus divergencias ideológicas degeneraron progresivamente en intrigas para derrocar al poder soviético.

Buena prueba de ello es que mientras las depuraciones acaban en lo sustancial a finales de los años veinte, es sólo diez años después cuando se abren los procesos de Moscú. Los depurados habían pasado de la crítica en el interior del Partido, a la guerra abierta desde el exterior, y en ello coincidieron plenamente con los imperialistas en un mismo esfuerzo liquidacionista. Los imperialistas necesitaban un caballo de Troya para socavar el poderío socialista; los disidentes necesitaban un apoyo en el exterior que los comunistas y las masas les habían negado hasta la fecha desde el interior. Esta fue la situación que obligó al poder soviético, ante la inminencia de una guerra de enormes proporciones, a reaccionar recurriendo a la policía, los tribunales y las cárceles.

A veces los propagandistas arguyen el currículo de algunos de los comunistas que fueron depurados y, especialmente el informe secreto de Jruschov, exhibe la larga militancia revolucionaria como demostración de que se trataba de *comunistas honestos*que fueron injustamente expulsados, e incluso fusilados. Como si en un partido comunista pudiera utilizarse el pedigrí como argumento político. Esos mismos *críticos* acuden despectivamente al argumento de que en muchos de los procesos aparece la inculpación de espionaje como sinónimo de falsedad. Pero, por ejemplo, el mismo Kennan, que trabajaba en la embajada estadounidense en Moscú afirma en sus memorias que *grandes intelectos del movimiento comunista internacional tales como Radek y Bujarin* solían acudir a la sede diplomática a *charlar* con el embajador Willian C. Bullit. Pero el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y Estados Unidos se llevó a cabo en 1933 y entonces Radek y Bujarin ya habían sido destituidos de sus cargos. Lamentablemente Kennan no concreta las cuestiones sobre las que *charlaban* Radek y Bujarin con el embajador estadounidense, aunque reconoce que entre los dirigentes soviéticos había *tendencias pro-americanas* (6).

Hay otro aspecto que los propagandistas del imperialismo silencian con gran tenacidad. Por ejemplo, en Estados Unidos en los tres años transcurridos entre 1929 y 1932, la policía asesinó a 23 antifascistas en actos de protesta organizados por el Partido Comunista. Sólo en setiembre de 1934, durante la huelga del textil, la policía asesinó a diez obreros e hirió a cientos de huelguistas. Esto es tan normal en un país capitalista que ni siquiera es noticia.

Lo más interesante es que los procesos de Moscú coinciden temporalmente con los procesos seguidos en los propios países occidentales contra la quinta columna fascista. Efectivmente, en todos los países del mundo la estrategia hitleriana fue la misma: hacerse con el poder desde el interor mismo del Estado, aprovechando la complicidad de los traidores dispuestos a aliarse con las potencias del Eje. Es el caso de Nedic en Serbia, Degrelle en Bélgica, Mussert en Holanda, el más conocido deQuisling en Noruega y, sobre todo, el de Petain en Francia, donde la burguesía casi en bloque y la burocracia traicionaron a su país abriendo las puertas a los ocupantes nazis.

La guerra civil española fue concebida inicialmente por los fascistas como un golpe de Estado planeado desde el interior mismo de las más altas esferas militares. Ya en 1934 el general Sanjurjo había preparado un asalto similar. A pesar de ello y de que se conocía la conspiración militar, el gobierno de la República no depuró a los sospechosos y la traición se consumó.

Si la potencias occidentales querían poner freno a Hitler debían liquidar también a sus propios traidores, y es lo que hicieron Churchill en Gran Bretaña y Roosvelt en Estados Unidos. En ambos países se promulgaron leyes condenando la traición con la pena de muerte y la policía organizó redadas contra los fascistas, registrando sus sedes, incautando armas y documentos comprometedores y deteniendo a miles de fascistas dispuestos a asaltar el poder. En Gran Bretaña se estableció por ley la pena de muerte contra los traidores y fueron detenidos el jefe del partido fascista Oswald Mosley, el diputado John Beckett, el capitán Ramsay y muchos otros quintacolumnistas. No sólo en la Unión Soviética sino en todo el mundo, los hechos demostraban que no era posible hacer frente al fascismo sin aplastar previamente a la quinta columna, que los fascistas contaban con sólidos apoyos dentro de las instituciones de cada país, dispuestos a dar un golpe de mano en cualquier momento.

Los procesos de Moscú se celebraron con una absoluta transparencia para la clase obrera. Todos pudieron en su momento conocer los debates, las pruebas, las declaraciones y las condenas ya que las actas se publicaron íntegramente. Para celebrar sus sesiones se habilitó la sala Octubre de la Casa de los Sindicatos, en la que cabían unas 300 personas. A ellas asistieron gran número de extranjeros residentes en Moscú, especialmente diplomáticos, periodistas y escritores.

Entre el cuerpo diplomático acreditado en la capital, presenció las sesiones del juicio el embajador checo Zdanek Firlinger, quien insistió ante su gobierno en que se estaban respetando las normas jurídicas habituales en los procesos. También fue asiduo de las sesiones judiciales el embajador de Gran Bretaña. Otro de los que asistieron a las sesiones de juicio fue el embajador americano Joseph E. Davies, que luego escribió un famoso libro al respecto *Misión en Moscú*, imposible de localizar hoy día en la librerías, en el que confirma lo que ya entonces puso de manifiesto en sus informes a Roosvelt: que las acusaciones eran absolutamente fundadas, que el proceso se estaba desarrollando de una manera impecable y legalmente equitativa para los acusados. No es por eso de extrañar que el artífice de la guerra fría, el diplomático norteamericano Kennan, utilice términos inusuales para referirse a quien fue su jefe en la embajada estadounidense en Moscú de 1936 a 1938 al conocer su nombramiento: desaliento, desconfianza, antipatía, conmoción,... Hasta el punto de estar dispuestos a dimitir en bloque al día siguiente de la presentación de credenciales. Con el embajador Davies no fue posible la manipulación que luego emprendió Kennan, quien se lamenta de la *influencia soviética* existente entre los funcionarios de asuntos exteriores (e incluso en la Casa Blanca) y de que el senador MacCarthy no se diera cuenta de ello años después (7).

Entre los escritores presentes en las sesiones destacó el danés Martin Andersen-Nexö. En uno de los procesos, un grupo de escritores, entre ellos algunos tan poco sospechosos de comunismo como Miguel Zochtchenko y Boris Pasternak, el autor del*Doctor Zivago*, pidieron: *Exijimos del tribunal... que aplique a los enemigos del pueblo la medida suprema de defensa social*, es decir, la pena de muerte.

También presente en las sesiones de juicio, Leon Feuchtwanger escribió lo siguiente: *Los hombres que se presentaron ante el tribunal en ningún caso podían pasar por seres martirizados, desesperados que afrontaban a sus verdugos. Los acusados estaban aseados, bien vestidos, de maneras dulces y llenas de ternura. Bebían té, tenían periódicos en sus bolsillos y de buena gana miraban hacia el público. De manera general, eso hacía pensar más bien en una discusión que en un proceso criminal. Un debate sereno entre gentes de buena compañía deseosos de que resplandezca la verdad*.

Este escritor entrevistó a Stalin en uno de los procesos, y observó lo siguiente: *Habló de Radek con amargura y emoción, evocando la amistad que le profesaba a aquel hombre* [...] *Habló de la larga carta que le había enviado Radek asegurándole su inocencia, de los argumentos falaces en los que se apoyaba* [...] *pero la víspera misma, bajo el peso de los testimonios y de las pruebas, Radek terminó por confesar*.

Durante la depuración del grupo de Bujarin, se desató una fuerte discusión en la dirección del Partido bolchevique, entre los partidarios de la benevolencia y los de las medidas extremas. Stalin propuso constituir una comisión compuesta de 36 miembros que bajo la presidencia de Mikoyan se encargó de estudiar el expediente. De ellos, 20 propusieron ejecutar a Bujarin y a Rikov. La postura de Stalin no fue la mayoritaria, ya que propuso reenviar el caso al NKVD.

Ya durante el primer proceso contra Zinovev y Kamenev, tanto la Liga Internacional de los Derechos Humanos y la Asociación Jurídica Internacional, no sólo no pronunciaron crítica alguna sobre los procesos, sino que los apoyaron públicamente. La segunda de ellas era muy prestigiosa en aquella época porque formaban parte de ella personalidades como el laborista británico Harold Laski y el ministro de la República española Álvarez del Vayo, entre otros parlamentarios y ministros de todo el mundo, que envió una comisión para informarse, publicó un comunicado de apoyo, aprobado unánimemente:

Estimamos absolutamente injustificada la afirmación según la cual el proceso ha sido sumario e ilegal. Se les ha propuesto a los acusados designar abogados, y cada abogado es en la Unión Soviética independiente del gobierno. Pero los acusados han preferido asegurarse ellos mismos su defensa.

No es éste el único Estado en el que los individuos implicados en actos de terrorismo son condenados a muerte. En numerosos países, incluida Gran Bretaña, no se admite apelar estas sentencias y como, en este proceso los acusados han confesado su delito, no se puede plantear la interposición de una apelación.

Afirmamos categóricamente que han sido condenados de manera absolutamente legal. Se ha demostrado plenamente que había un vínculo entre ellos y la Gestapo. Se merecen la pena capital.

Por su parte, el británico Denis Nowell Pritt, diputado de la Cámara de los Comunes, también estuvo presente en los juicios. En aquellos momentos era un personaje muy conocido en todo el mundo. Era periodista y juez, un hombre de amplia cultura. Había estudiado derecho en Wincherters y en la Universidad de Londres y luego amplió sus conocimientos de derecho procesal en Alemania, Suiza, e incluso en España y en la Unión Soviética. Por tanto, conocía bien el sistema legal soviético. Acudió a los juicios como corresponsal del diario londinense *News Chronicle* y en sus artículos confirmó la imparcialidad del tribunal que juzgó a los acusados, defendió la credibilidad de los procesos y, lo mismo que el tribunal, él también quedó convencido de que la culpabilidad de los acusados había quedado suficientemente demostrada. Una de sus crónicas manifestaba: *La primera cosa que me chocó, en tanto que jurista británico, es el comportamiento totalmente libre y espontáneo de los acusados. Todos tenían buen aspecto* [...] *Por mi parte, estoy convencido de que no hay el menor motivo para suponer ninguna irregularidad en el orden o en la forma del proceso. Considero el conjunto del proceso y el trato a los acusados como un modelo ofrecido al mundo entero para un caso en el que los acusados sean perseguidos por conspiración para asesinar a dirigentes de Estado y a derrocar al gobierno, que es lo que los acusados han confesado. Mi opinión es que*

en tales circunstancias la justicia de cualquier país hubiera pronunciado sentencias de muerte y los habría ejecutado.

No fueron los únicos casos. Lo mismo sostuvo entonces el historiador británico Bernard Pares, que consideró irrefutablemente demostrada la traición de Zinoviev, Kamenev, Piatakov, Radek y los demás. Un comité parlamentario anglo-soviético, en su rendición de cuentas, confirmó que las acusaciones estaban bien fundadas y resultaban incuestionables. Su presidente, el laborista Neil Maklin, reconoció que había quedado impresionado por las confesiones sinceras de los acusados.

Para tener una comprensión más cercana de los procesos Moscú, vamos a reproducir una pequeña parte de la actas del proceso contra los derechistas, contra el trío formado por Bujarin, Tomski y Rikov. De este proceso formaba parte también Krestinski, cuya declaración en el juicio es muy interesante y la vamos a extractar porque en ese momento Krestinski se desdice de su anterior declaración ante la policía, defiende su inocencia frente al tribunal y el fiscal Vychinski le pregunta:

Vychinski: Acusado Krestinski, ¿se reconoce Usted culpable de los hechos que se le imputan?
Krestinski: No me reconozco culpable. Yo no soy trotskista. Nunca he formado parte del bloque de los derechistas y de los trotskistas, cuya existencia ignoraba. Tampoco he cometido uno solo de los crímenes que se me imputan a mí personalmente, y sobre todo no me reconozco culpable de haber mantenido relaciones con el servicio de espionaje alemán.
Vychinski: ¿Confirma Usted las confesiones que hizo en la instrucción previa?
Krestinski: Sí, en la instrucción previa reconocí mi culpabilidad, pero yo nunca he sido trotskista.
Vychinski: Repito mi pregunta: ¿se reconoce Usted culpable?
Krestinski: Antes de mi detención, yo era miembro del Partido bolchevique de la URSS, y lo sigo siendo hasta ahora.

Vychinski sigue interrogando a los demás acusados. Krestinski impugna la veracidad de la declaración de Besonov, antiguo consejero de la embajada de la URSS en Berlín:
Vychinski: ¿Así pues, Besonov dice una mentira y Usted dice la verdad? ¿Dice Usted siempre la verdad?
Krestinski: No.
Vychinski: No siempre. Acusado Krestinski, tendremos que examinar con Usted algunas cuestiones serias, y no pierda la calma. ¿De modo que Besonov no dice la verdad?
Krestinski: Eso mismo.
Vychinski: Pero Usted tampoco. Usted no dice siempre la verdad. ¿Es cierto?
Krestinski: Yo no siempre dije la verdad en la instrucción.
Vychinski: Y en otros casos, ¿dice Usted siempre la verdad?
Krestinski: Digo la verdad.
Vychinski: ¿Por qué esa falta de respeto por la instrucción? ¿Usted no dice la verdad durante la instrucción? Explíquese.

[Krestinski guarda silencio]
Vychinski: No oigo su respuesta. No tengo preguntas que hacerle.
[...]
Vychinski: Acusado Krestinski, ¿recuerda Usted haber tenido de esas entrevistas diplomáticas con Besonov?
Krestinski: No, no hemos tenido tales entrevistas.
Vychinski: ¿De una manera general, no han existido esas entrevistas diplomáticas?
Krestinski: No he oído bien lo que ha dicho Besonov en el último minuto. Desde

aquí, se oye mal.
Vychinski: Sin embargo, está Usted sentado muy cerca de él.
Krestinski: Detrás. Se oye mal lo que dice Besonov.
Vychinski: Camarada Presidente, quisiera rogarle tuviese la bondad de colocar a Krestinski más cerca de Besonov, para que oiga bien pues me temo que en los momentos más graves el oído le falla a Krestinski.

[Krestinski se sienta más cerca de Besonov]
Vychinski: Pido a Besonov que repita especialmente para Krestinski lo que ha dicho, y ruego a Krestinski que escuche atentamente, que aguce bien el oído.
Besonov: Repito. La misión de que me encargó entonces Krestinski era la siguiente: en mi calidad de consejero de la Embajada de la URSS en Berlín, donde yo disponía, evidentemente, de ciertas posibilidades para llevar a cabo esta tarea, debía, por todos los medios posibles, entorpecer, retrasar, impedir el establecimiento de relaciones normales entre la Unión Soviética y Alemania por la vía diplomática normal, obligando así a los alemanes a buscar medios ilegales, no diplomáticos, secretos, clandestinos, para un entendimiento con la organización trotskista.
Vychinski: ¿Ha oído Usted esta vez?
Krestinski: Sí.
Vychinski: ¿Tuvo Usted entrevistas con Besonov en mayo de 1933?
Krestinski: Tuve entrevistas con Besonov antes de su envío a Berlín.
Vychinski: Bien. ¿Y sobre qué asunto? ¿No se acuerda Usted ya?
Krestinski: No recuerdo ya los detalles.
Vychinski: ¿No recuerda Usted ya los detalles y Besonov sí los recuerda?
Vychinski: Usted ha dicho: *Formalmente yo no formaba parte del centro trotskista*. ¿Es eso verdad o no es verdad?
Krestinski: No formaba parte de él en absoluto.
Vychinski: Dice Usted que formalmente no formaba parte de él. ¿Qué hay aquí de cierto? ¿Y qué es falso? ¿Acaso todo es cierto y acaso todo falso? ¿O hay en ello una mitad de verdad? ¿Qué proporción, cuántos gramos de verdad hay ahí?
Krestinski: Yo no formaba parte del centro trotskista porque yo no era trotskista.
Vychinski: ¿No era Usted trotskista?
Krestinski: No.
Vychinski: ¿No lo ha sido Usted nunca?
Krestinski: Sí, fui trotskista hasta 1927.
Presidente: Al comienzo de la vista ha respondido Usted a una de mis preguntas diciendo que no había sido nunca trotskista.
Krestinski: Yo he declarado que no soy trotskista.
Vychinski: ¿De modo que hasta 1927 era Usted trotskista?
Krestinski: Sí.
Vychinski: Y en 1927, ¿cuando dejó Usted de ser trotskista?
Krestinski: Antes del XV Congreso del Partido [diciembe de 1927].
Vychinski: Recuérdeme la fecha.
Krestinski: Mi ruptura con Trotski y con los trotskistas yo la sitúo el 27 de noviembre de 1927, fecha en que envié a Trotski, por conducto de Srebriakov, que volvía de América a Moscú, una carta redactada en términos violentos y que contenía una violenta crítica...
Vychinski: ¿Por qué pues, cuando yo le pido a Usted que diga la verdad, se obstina en decir mentiras, hace Usted que las registre el juez de instrucción y las firma Usted después? ¿Por qué?
Krestinski: Anteriormente, antes de que Usted me interrogase, hice declaraciones falsas en la instrucción previa.
Vychinski: ¿Y las ha mantenido Usted?
Krestinski: Luego las he mantenido porque -estaba convencido de ello por propia experiencia- no podría ya, hasta la vista de la causa ante el Tribunal -si es que la había- invalidar esas declaraciones que había hecho.

Vychinski: Y ahora, ¿cree Usted que ha conseguido invalidarlas?
Krestinski: No, no es eso lo importante. Lo importante es que declaro no reconocerme trotskista. Yo no soy trotskista.

[Rikov dice en voz alta que Krestinski embrolla la verdad]
Vychinski: Acusado Krestinski, ¿ha oído Usted?
Krestinski: Sí, he oído.
Vychinski: ¿Confirma Usted eso?
Krestinski: No confirmo el no haber dicho la verdad y no confirmo lo de querer embrollar la verdad.
Vychinski: Tengo una pregunta que hacer a Krestinski. ¿Pero sabía Usted que Rikov sostenía una lucha clandestina?
Krestinski: No.
Vychinski: ¿No lo sabía Usted?
Krestinski: Es decir, lo sabía por las comunicaciones efectuadas al Plenum del Comité Central.
Vychinski: ¡Ah!, ¿sólo de esa manera?
Krestinski: De esa manera sólo.
Vychinski: ¿Qué dice Usted a eso, acusado Rikov?, ¿cómo podía conocer Krestinski la posición de Usted en aquella época?
Rikov: En primer lugar, si se manda una comunicación al Plenum del Comité Central sobre el trabajo ilegal de un miembro de dicho Comité Central, este miembro del Comité Central cesa de ser miembro del Comité Central. Nosotros tuvimos con él, a este respecto, conversaciones suficientemente francas para que todos supiésemos exactamente con quién se entendía. Que yo sepa, esto ocurría en 1932, 1933, no recuerdo ya las fechas exactas.
Vychinski: Acusado Rikov, ¿confirma Usted haber sabido que Krestinski era trotskista y miembro del bloque de los derechistas y los trotskistas?
Rikov: Es decir, en aquel período, no existía aún un bloque cristalizado; pero que era miembro de la organización trotskista, eso sí lo sabía.
Vychinski: ¿Y tenía entrevistas con Usted?
Rikov: Se entrevistaba conmigo en su calidad de miembro de una organización ilegal.
Vychinski: ¿Hablaban ustedes de asuntos de carácter ilegal?
Rikov: Hablábamos de asuntos ilegales.
Vychinski: Afirma Usted que Krestinski estaba también al corriente de los asuntos de Usted en el partido ilegal, y Krestinski lo niega; ¿se sigue de ello que Rikov, ahora, no dice la verdad mientras que Usted, Krestinski, sí la dice?
Krestinski: Yo digo la verdad.
Vychinski: ¿Y desde cuándo ha empezado Usted a decir la verdad?
Krestinski: ¿A propósito de este asunto?
Vychinski: Sí.
Krestinski: Hoy estoy diciendo la verdad.
Presidente: ¿Desde este mediodía?
Krestinski: Sí, en la vista de la causa.

[Sigue el interrogatorio de otros acusados y al día siguiente, por mediación de Rakovski, vuelve Vychinski al ataque contra Krestinski]

Vychinski: Acusado Rakovski, ¿se ha reconocido Usted culpable de los crímenes que se le imputan?
Rakovski: Sí.
Vychinski: Ha oído Usted aquí también la respuesta de Krestinski que, interrogado por el Tribunal, ha declarado que no era trotskista y no había cometido los crímenes por él confesados durante instrucción previa, ¿no es así? Quisiera preguntarle a Usted, que fue uno de los representantes y de los dirigentes más visibles de la acción trotskista clandestina en la URSS, lo que sabe Usted de la

actividad trotskista de Krestinski durante el último período.
Rakovski: En primer lugar, debo detenerme en las declaraciones que ayer hizo Krestinski.
Vychinski: Sí, de eso es exactamente de lo que hablo.
Rakovski: Para probar que se ha apartado del trotskismo, Krestinski ha declarado que a fines de 1927 envió una carta a Trotski en la que se desligaba de las posiciones trotskistas, si no me equivoco. ¿No es ése el sentido de la declaración que hizo Krestinski, ayer, aquí mismo?
Vychinski: Así es como todos lo hemos entendido.
Rakovski: Yo conozco esa carta de Krestinski.
Vychinski: ¿La conoce Usted?
Rakovski: Trotski me la dio a leer. Y no solamente a mí. Pero para aclarar el sentido de esta carta debo indicar antes que nada un hecho. Al volver a Moscú, semanas antes de que esa carta fuera remitida por Krestinski, en la víspera del Plenum del Comité Central que precedió el XV Congreso, me había yo detenido, en 1927, en Berlín, como siempre, en la Embajada donde trabajaba entonces Krestinski. Kamenev estaba conmigo. Acababa de regresar de Roma y se dirigía, también él, al Plenum del Comité Central. Entre Kamenev, Krestinski y yo, todos partidarios de la misma idea, tuvo lugar en Berlín un intercambio de puntos de vista.
Vychinski: ¿Partidarios de la misma idea?
Rakovski: Un intercambio de puntos de vista entre partidarios de la misma idea, eso ni qué decir tiene. Hasta ese momento, Krestinski no había manifestado ningún indicio de su abandono de la oposición. En nuestra entrevista de Berlín, discutimos juntos la cuestión de saber lo que la oposición habría de acometer en el próximo Plenum. Krestinski se quedaba en Berlín. Él era de la opinión de que había que continuar maniobrando.
Vychinski: ¿Maniobrando?
Rakovski: Sí, maniobrando.
Vychinski: ¿Es decir, desarrollando un doble juego?
Rakovski: Esa expresión no era corriente en aquella época.
Vychinski: ¿Y el sentido?
Rakovski: El sentido es idéntico.
Krestinski: Pero acaso yo...
Presidente: Ya le llegará su turno, acusado Krestinski.
Vychinski: Yo le rogaría, acusado Rakovski, que nos dijera lo que el acusado Krestinski le escribió a Usted, en 1929, a Saratov, donde estaba Usted deportado.
Rakovski: En aquella carta, Krestinski me invitaba a volver al partido, naturalmente con vistas a continuar la actividad trotskista.
Vychinski: ¿Cuáles eran sus proyectos?
Rakovski: En aquella carta no escribía nada que fuera manifiestamente ilícito.
Vychinski: ¿De suerte que Usted sitúa en ese momento el hecho de su relación con Usted, aunque en su caso se tratara de un trotskista deportado?
Rakovski: Sí. Y su deseo, como el de todos los demás trotskistas, de conservar los cuadros trotskistas penetrando en el Partido lo más posible.
Vychinski: ¿Así pues, trató de persuadirle a Usted de que volviese al Partido, por consideraciones tácticas, en interés de la labor trotskista?
Rakovski: Así es, por supuesto, como yo lo entendí.
Vychinski: Permítame que le haga una pregunta al acusado Krestinski. Acusado Krestinski, ¿comprendió bien el acusado Rakovski el contenido de su carta?
Krestinski: Sí.
Vychinski: Tengo una petición que formular ante el Tribunal. Acabo de mandar comprobar ahora mismo los documentos recogidos durante el registro efectuado en casa de Krestinski. Entre dichos documentos, figura copia de su carta a Trotski, con fecha del 27 de noviembre de 1927, esa misma carta a la que ayer se refirió Krestinski y de la cual habla Rakovski. Pido que se me permita presentar a Rakovski y a Krestinski la copia de esa carta y preguntarles si es de esa carta a Trotski, en efecto, de la que ambos hablan. Tras de lo cual solicito permiso para

hacer algunas preguntas más.
[Presentan a Krestinski, y luego a Rakovski, la copia de la carta de 27 de noviembre de 1927]

Krestinski: De esa carta se trata, desde luego.
Vychinski: Pido que se presente la copia de esa carta al acusado Rakovski.
Rakovski: El autor de esa carta se acuerda de ella mejor que yo.
Vychinski: Nos va a llevar dos minutos, pero el hecho quedará probado.

[Rakovski lee la carta]

Rakovski: Sí, que yo recuerde, de esa carta se trata.
Vychinski: Solicito permiso para mostrar a Rakovski un extracto del diario *Ekonomicheskaia Zin* del 8 de abril de 1928, donde se dice: *Extracto de la carta de Krestinski del 22 de marzo de 1928*. ¿No es en eso en lo que él pensaba al hablar de la carta que Krestinski dirigió al Comité Central, tras el envío de su carta a Trotski?
Rakovski: Sí.
Vychinski: Así pues, todos los hechos están probados.
Rakovski: Lo leí en *Pravda* o en *Izvestia*, pero eso ha podido publicarse en los periódicos.
Krestinski: Era el 8 de abril.
Vychinski: ¿Y la carta lleva fecha del 22 de marzo?
Krestinski: No recuerdo la fecha de la carta.
Rakovski: Yo recuerdo que había dos cartas expedidas por los embajadores trotskistas: Antonov-Ovseienko y Krestinski.
Vychinski: Así pues, todos los hechos están probados. Acusado Rakovski, ¿recuerda Usted si el comienzo de la carta de que Usted acaba de hablar era idéntico al comienzo de esta copia: *Querido Lev Dadidovich* [Trotski]?
Rakovski: Esa era la fórmula habitual.
Vychinski: Acusado Rakovski, ¿no se acuerda Usted del párrafo siguiente de la carta personal de Krestinski a Trotski, tal y como se expresa en la copia? Krestinski escribe: *Mi convicción profunda es que la táctica de la oposición, en los seis últimos meses, ha sido profundamente errónea, perniciosa para los objetivos de la propia oposición, trágicamente equivocada, podríamos decir*. ¿Permite concluir ese párrafo que en todo ello se encierre la menor condenación del trotskismo?
Rakovski: No. Krestinski razona como un hombre que forma parte de la organización trotskista. Parte de un punto de vista trotskista. Habla en interés de la organización trotskista. Es lo mismo que declaró en Berlín, como ya he dicho.
Vychinski [dirigiéndose a Krestinski]: Ha oído Usted la circunstanciada explicación de Rakovski sobre su presunto abandono del trotskismo. ¿Estima Usted exacta esta explicación de Rakovski?
Krestinski: Lo que él ha dicho es exacto.
Presidente: ¿Confirma Usted lo que ha dicho Rakovski?
Krestinski: Sí, lo confirmo.
Vychinski: Si lo que ha dicho Rakovski es exacto, ¿va Usted a continuar engañando al Tribunal y negando la exactitud de las declaraciones que hizo Usted en la declaración previa?
Krestinski: Confirmo enteramente las declaraciones por mí efectuadas en la instrucción previa.
Vychinski: No tengo más preguntas que hacer a Rakovski. Tengo una pregunta que hacer a Krestinski. ¿Qué significa entonces su declaración de ayer, que no podría considerarse entonces sino como una provocación trotskista en el proceso?
Krestinski: Ayer, bajo el efecto de un sentimiento agudo y fugitivo de falsa vergüenza, debido a este ambiente y al hecho de hallarme en el banquillo de los acusados, tanto como a la penosa impresión que dejó el acta de acusación en mi ánimo, agravado todo ello por mi estado enfermizo, no me fue posible decir la

verdad, decir que era culpable. Y en vez de decir: sí, soy culpable, respondí casi maquinalmente: no, no soy culpable.
Vychinski: ¿Maquinalmente?
Krestinski: No me sentí capaz de decir la verdad ante la opinión pública mundial, decir que había sostenido una lucha trotskista desde el principio al fin. Ruego al Tribunal que tome nota de mi declaración, que me reconozco culpable, enteramente y sin reservas, en todos los puntos de la acusación, y que reivindico la plena responsablidad por mi felonía y mi traición.

En su confesión, Radek dijo lo siguiente sobre su interrogatorio ante la policía: *Cuando llegué a la comisaría del pueblo de Interior, el funcionario que dirigía la investigación me dijo: 'Usted no es un niño. He aquí quince testimonios contra Usted, no puede ignorar esta causa, y si es razonable, no puede pretender eso...' Durante dos meses y medio atormenté a aquel investigador. Si aquí se nos pregunta si los investigadores nos han torturado, tengo que afirmar que no he sido yo quien ha sido torturado, sino yo mismo quien ha torturado a los investigadores, obligándoles a realizar un trabajo inútil*.

El profundo significado de estas depuraciones internas no se ha acabado de comprender y, por tanto, tampoco su absoluta necesidad.

Otra de aquellas conocidas depuraciones, la última, fue la del del marsical Tujachevski y los altos oficiales del Ejército Rojo. A partir del informe de Jruschov de 1956 esa depuración viene siendo interpretada como un debilitamiento del Ejército Rojo en los primeros días de la II Guerra Mundial, que habría sido *decapitado* por las purgas de valiosos jefes y cuadros. La propaganda imperialista alude también a que fueron depurados *la mitad* de los oficiales del Ejército Rojo, es decir, una verdadera sangría de experimentados militares. Sin embargo, el historiador Roger Reese en su libro sobre las depuraciones en el Ejército Rojo, demuestra que el número de oficiales y comisarios políticos era de 144.300 en 1937 y que esta cifra pasó a 282.300 dos años después. Durante las depuraciones de 1937-1938 fueron expulsados 34.300 oficiales y comisarios políticos de las filas del Ejército, pero 11.596 de ellos fueron rehabilitados en mayo de 1940 y reincorporados a sus puestos anteriores. Esto significa que fueron expulsados definitivamente 22.705 oficiales y comisarios políticos, con el siguiente desglose: 13.000 oficiales, 4.700 oficiales de la Aviación y 5.000 comisarios políticos. En porcentajes, se trata de un 7'7 por ciento del total; de ellos, sólo una ínfima minoría fueron ejecutados por traición mientras que el resto regresó a la vida civil.

El Ejército Rojo ya no podía depender a los antiguos oficiales zaristas. Muchos de ellos nunca abandonaron sus viejas ideas y sólo esperaban el momento propicio para actuar. En toda la guerra mundial no se repitió un caso como el del general Vlassov, un alto oficial soviético que traicionó a su país y se puso al servicio del ejército hitleriano. Sólo ocurrió con un mando del Ejército Rojo porque también dentro de sus filas se había producido una depuración a fondo. En consecuencia, la depuración militar no deblitó sino que fortaleció al Ejército Rojo. Sacó del Ejército a elementos, como Vlassov, dispuestos a desertar a la primera ocasión propicia, incluso al golpe de Estado. Como afirma Rayond L. Ghartoff, *esta severa sacudida de la nueva case militar contribuyó, con el correr del tiempo, a que emergiera un grupo más homogéneo* (8). En su relato de la guerra mundial, escribió Churchill igualmente:

Durante el otoño de 1936, el Presidente Benes recibió un mensaje de una alta personalidad militar alemana informándole de que, si quería beneficiarse del

ofrecimiento de Hitler, debía apresurarse porque pronto iban a sucederse en Rusia, acontecimientos que permitirían a Alemania pasar de la ayuda de los checos.

Mientras Benes meditaba sobre el sentido de esta alusión inquietante, comprendió que el gobierno alemán estaba en contacto con importantes personalidades rusas por el canal de la embajada soviética en Praga. Formaba parte de lo que se ha llamado la conspiración militar y el complot de la vieja guardia comunista, que pretendían derrocar a Stalin e introducir en Rusia un nuevo régimen cuya política fuera pro-alemana. Sin perder un instante, el Presidente Benes dio parte a Stalin de todas las informaciones que pudo reunir. Poco después, se practicó en la Rusia soviética una purga implacable, pero útil sin duda, que depuró los medios políticos y militares; se abrieron toda una serie de procesos en los cuales en enero de 1937, Vychinsky, el acusador público, desempeñó un papel magistral (9).

Incluso un trotskista como Isaac Deutscher reconoce la existencia de una conspiración dentro del Ejército Rojo para asesinar a Stalin e imponer una dictadura militar. Los oficiales depurados y ejecutados preparaban una operación militar contra el Kremlin y los acuatelamientos militares más importantes de otras ciudades clave, como Leningrado. Según Deutscher el golpe lo dirigía Tujachevski con la ayuda de Gamarnik, comisario político jefe del Ejército, el general Iakir, comandante en jefe de Leningrado, el general Uborevitch, comandante de la Academia Militar de Moscú, así como el general Primakov, un comandante de caballería.

Pero lo importante no es el golpe de Estado en sí sino las razones que condujeron a él, que están en el inminente ataque de la Alemania nazi. Uno de los grandes tópicos que se lanzan contra Stalin es que a pesar de las advertencias que le llegaron acerca del mismo, hizo caso omiso de ellas, ya que *confiaba* en el pacto que había firmado con Hitler. Como consecuencia de ello, dejó la frontera desguarnecida y el feroz ataque alemán causó estragos y pérdidas irreparables. La propaganda imperalista trata de hacernos creer que la postura de Stalin fue de mera *desidia*, de una inactividad pasmosa.

Efectivamente, a la dirección soviética le llegaron informaciones previas acerca de un inmimente ataque alemán, y no pocas sino innumerables y por conductos muy distintos. Muchas de las filtraciones sobre el inminente ataque alemán provenían de la propia Alemania; no eran sino provocaciones que tenían por objeto buscar un pretexto para la agresión. También es cierto que, a pesar de ello, no reforzaron sus defensas ni concentraron sus tropas en la frontera con Alemania. En los años previos al ataque alemán, el Estado soviético estuvo sometido a una tensión extrema, a un grado tal de presión quizá como ningún otro Estado ha conocido a lo largo de la Historia porque de todos era conocida la potencia de fuego de la Wehrmacht, el formidable Ejército puesto en pie por Hitler. Ante esta situación extrema, sin la cual no se pueden entender los procesos de Moscú, toda una corriente del Ejército Rojo se manifestó partidaria de reforzar las defensas, concentrar tropas, e incluso de un *ataque preventivo* contra Alemania. Frente a ella, la posición mayoritaria, la que Stalin defendía, era ganar cada minuto de paz para los trabajadores, campesinos y soldados soviéticos como medida mejor para reforzar la defensa del país. Hasta la fecha los nazis siempre habían buscado una excusa para atacar a otros países, o bien los habían provocado para desatar el conflicto. Cualquier medida soviética en la frontera occidental hubiera servido como pretexto para adelantar el ataque alemán y en ese caso la propaganda imperialista lo hubiera justificado diciendo que Hitler se defendía de una previa agresión soviética. La experiencia de la guerra con Finlandia ha quedado así. La *inactividad* de la Unión Soviética ante la inminencia de un ataque alemán permitió dejar bien claro que no hubo más que un agresor, la Alemania nazi, y que dicha agresión fue totalmente injustificada. Pero lo que es más importante, permitió

alargar el inicio de la guerra. Cada día minuto ganado para la paz prolongaba la guerra entre los imperialistas, los debilitaba y, en consecuencia, reforzaba a la Unión Soviética. Por eso cuando se presenta al Pacto Molotov-Ribbentrop como una *alianza* entre Stalin y Hitler se falsifican los hechos groseramente: no se trataba de una alianza sino un acuerdo de no agresión. La diferencia es cualitativa.

Notas:

★ En 1928 se descubrió una organización de sabotaje integrada por ingenieros en la zona de Chajti, en la cuenca minera del Donetz. Los saboteadores mantenían estrechas relaciones con los antiguos propietarios de las empresas nacionalizadas y con el espionaje militar extranjero. Su objetivo era boicotear la industrialización socialista, frenando la extracción de mineral, inutilizando la maquinaria, paralizando los extractores de los pozos, derrumbando las galerías y provocando incendios, al tiempo que desprotegían a los obreros para que se alzaran contra el gobierno. Esa situación estuvo favorecida por la dependencia que tenían los soviets, tanto de los viejos especialistas del régimen anterior, como de técnicos extranjeros, que no merecían ninguna confianza.

★ El *Partido industrial* fue una organización de profesionales y técnicos dedicados al sabotaje que fue desmantelada en 1930. Estaba encabezada por Leonid Ramzin, un científico ruso, director del Instituto Termotécnico de Moscú que había intervenido en el Goelro, el plan de electrificación concebido por Lenin y era también miembro del Consejo Económico Supremo. Pusieron en marcha una campaña de sabotajes en la que participaban unos 2.000 técnicos, ingenieros, gerentes y administradores de la economía soviética. Pretendían boicotear el Plan Quinquenal y sembrar el descontento entre los trabajadores y campesinos bloqueando los suministros y abastecimientos como paso previo a una nueva intervención militar directa sobre suelo soviético en mejores condiciones que la de la guerra civil. El Partido industrial estaba dirigido por los servicios secretos franceses. En 1929 Ramzin se entrevistó en París con el coronel Joinville para exponerle sus planes, y éste, a su vez, le proporcionó contactos con varios agentes franceses en el interior que le podrían ayudar. En Londres Ramzin se reunió con Henry Deterding, el magnate de la Shell, y con Basil Zaharoff, presidente de Metro Vickers, el consorcio de construcción de armamento, un personaje con importantes intereses en la vieja Rusia zarista. El 28 de octubre de 1930 Ramzin fue detenido y la GPU registró las viviendas de varios eseristas, mencheviques, guardias blancos y un buen número de espías polacos, franceses y rumanos. Del 25 de noviembre al 7 de diciembre de 1930 se desarrolló en Moscú el proceso contra ocho acusados de formar parte del*Partido industrial*, que fue el primero en el que intervino Vychinski como fiscal. Las pruebas eran más que evidentes y los acusados confesaron su culpabilidad y la de sus mentores en el extranjero: el presidente francés Poincaré, Deterding, el coronel Joinville, Leslie Urquart... Los nombres de una larga nómina de capitalistas y políticos empeñados en destruir la URSS, salieron a relucir. De los acusados, cinco fueron condenados por traición a la pena de muerte y los otros tres a penas de 10 años de prisión. Dos días después del proceso, los cinco condenados a muerte solicitaron un indulto parcial, que fue aceptado por el Tribunal Supremo, que la conmutó por diez años de presidio. Una vez en prisión, Ramzin continuó su trabajo científico y en un año fue rehabilitado; siguió trabajando en la industrialización del país; en 1936 fue amnistiado y en 1943 llegó a obtener la orden de Lenin así como el premio Stalin por la invención de un turbo generador simplificado que fue considerado como el más avanzado de su época y que lleva su nombre.

★ La biografía del mayor Quisling es idéntica a la muchos jefes militares imperialistas (los generales Gayda y Sirovy en Checoslovaquia, Knox en Gran Bretaña, Foch, Petain y Weygand en Francia, Mannerheim y Hoffmann en Alemania, Tanaka en Japón) que pasaron de combatir a la Revolución de Octubre a tratar de imponer el fascismo en sus propios países. Prototipo del traidor, Vidkun Quisling fue agregado miltar noruego en Petrogrado y se casó con una rusa contrarrevolucionaria. En 1922-1923 fue enviado en misión *diplomática* a Crimea y Ucrania. Cuando en 1927 Gran Bretaña rompió sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, encargó la gestión de sus intereses a Quisling y, por los *servicios prestados*, le concedió el grado de comandante honorario del Imperio británico. Hartos de sus intrigas, en 1930 le prohibieron la entrada en la Unión Soviética. Ese mismo año y hasta 1933 fue Ministro de Defensa de Noruega, donde formó el primer partido fascista, el Partido de Unidad Nacional. Se convirtió en un espía a sueldo de la Alemania nazi y dio un golpe de Estado en su país, haciéndose con el poder y alineándose con el Eje fascista en la guerra para volver a atacar a la Unión Soviética. A causa de ello, el nombre de Quisling se ha convertido en sinónimo de quinta columna.

(1) J.V.Stalin: *¿Trotskismo o leninismo?* Discurso en el Pleno del grupo comunista del Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos, 19 de noviembre de 1924.

(2) J.V. Stalin: 'Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo', en *Cuestiones del leninismo*, pg.581; publicado originalmente en 1931 en el núm. 6 de la revista Revolución Proletaria.

(3) A veces las exageraciones no van tan lejos, y así André Fontaine sólo alude al empleo de *métodos psicológicos especialmente eficaces* (*Historia de la guerra fría*, Luis de Caralt, Barcelona, 1970, tomo I, pg.78)

(4) J.V.Stalin: *¿Trotskismo o leninismo?* Discurso en el Pleno del grupo comunista del Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos, 19 de noviembre de 1924.

(5) *El desarrollo económico soviético 1917-1979. Historia y planificación*, Istmo, Madrid, 1971, pg.78

(6) *Memorias de un diplomático*, Luis de Caralt, Barcelona, 1971, pgs.66 y 68.

(7) *Memorias de un diplomático*, Luis de Caralt, Barcelona, 1971, pgs.69 y stes.

(8) *Política militar soviética*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1970, pg.71.

(9) *La Segunda Guerra Mundial*, tomo I, pg.295.

El pacto Molotov-Von Ribbentrop

En los años treinta del siglo XX, la agresiva política exterior de las potencias fascistas había debilitado la posición del imperialismo anglo-francés en vastas regiones como el Mediterráneo oriental y occidental, el norte de África, los Balcanes y el Extremo Oriente, así como en puntos estratégicos y vías de comunicación tan vitales como Suez o Gibraltar. Desapareció la hegemonía anglo-francesa de Europa, levantada sobre los cimientos del Tratado de Versalles. Las fuerzas del Eje se estaban instalando peligrosamente en algunos puntos clave del mundo para proseguir desde todas partes su expansión con redobladas energías. El acuerdo de Munich de 1938 entre las potencias occidentales y la Alemania nazi demostró que

ya no eran sólo las colonias sino la misma Europa la que estaba destinada a ser esclavizada y colonizada por el fascismo.

Frente a los países fascistas, la política de las potencias occidentales fue la estimular el expansionismo del Eje, tratando de volcarlo hacia el este, hacia la Unión Soviética, haciendo todo tipo de concesiones. Trataban de lograr que en un ataque contra la Unión Soviética Hitler se desgastara lo suficiente como para luego ellos poder imponerse sobre ambos y dictar sus condiciones.

Pero pesar de toda la propaganda anticomunista de los nazis, en realidad, sus ambiciones no se enfilaban exclusivamente contra la Unión Soviética, sino contra Europa en general, incluidas Gran Bretaña y Francia.

Molotov fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en sustitución de Litvinov con el propósito de acelerar la firma de un tratado tripartito de asistencia mutua con Gran Bretaña y Francia. Su primer discurso en el cargo, pronunciado el 31 de mayo de 1939, no dejó lugar a ninguna duda: la Unión Soviética estaba por la paz y esta paz no comprendía sólo a las grandes potencias sino, además, a todas los pequeños países de Europa central, incluidos los que tenían fronteras comunes con la Unión Soviética, a quienes ofrecía todas las garantías necesarias. Era también una oferta concreta: Molotov declaró que su país estaba dispuesto a concluir un acuerdo por el que todos los países firmantes se concederían asistencia militar en caso de agresión. Que el discurso de Molotov no era puramente retórico quedó claramente demostrado cuando se mostró dispuesto a prestar apoyo militar incluso en el caso de lo que calificó como una *agresión indirecta*, es decir, de un ataque por medio de golpes de Estado o presiones internas que lograran un cambio de gobierno favorable a los agresores. Molotov puso encima de la mesa estas cuestiones en todas las conversaciones mantenidas con diplomáticos, militares y representantes franceses y británicos. Se esforzó en prevenir a las potencias occidentales del ataque que se les vendría encima, proponiendo a sus gobiernos respectivos la necesidad de establecer acuerdos internacionales de seguridad colectiva con el fin de frenar la expansión fascista. Pero estos países, si bien nunca cerraban el camino de las conversaciones, no hacían sino tratar de alargarlas lo más posible con objeto de utilizarlas para presionar a Hitler con la amenaza de un cerco y una poderosa alianza contra Alemania.

Sobre todo en la política británica de entreguerras se aprecia una enorme hipocresía. Hasta que Londres y otras ciudades inglesas no fueron cruelmente bombardeadas por la aviación alemana, los británicos confiaron en llegar a un acuerdo amistoso con Hitler para repartirse el mundo. Pese a la declaración formal de guerra en setiembre de 1939, las conversaciones entre bastidores proseguían, así como los suministros de ayuda económica y militar. En los diez primeros meses de 1938 el comercio de armas entre Estados Unidos y Alemania alcanzó la suma de 400.000 dólares; el capital norteamericano invertido en Alemania era en ese mismo año del orden de los 1.000 millones de dólares y el británico de unos 200 millones. Igualmente las exportaciones de chatarra y mineral de hierro alcanzaron 1'7 millones de toneladas frente al millón del año anterior. Un mes antes de la declaración de guerra se celebró una reunión entre Wilson, un asesor personal del Primer Ministro y un representante del Partido Laborista, Baxton, quienes propusieron al representante alemán Wohltat, un plan de colaboración anglo-germana de largo alcance para abrir nuevos mercados en el mundo y explotar los ya existentes en beneficio mutuo, entre los que citaron expresamente a la Unión Soviética y a China.

Mientras las potencias occidentales persistían en tratar de alcanzar un acuerdo general con la Alemania nazi, obstaculizaban las negociaciones con la Unión

Soviética para garantizar la paz en Europa y poner freno a la expansión de las potencias del Eje. Las conversaciones con los diplomáticos soviéticos no tenían otro objeto que maniatar a la URSS con obligaciones cuyo cumplimiento la arrastrara a una guerra con Alemania. Por ello las conversaciones con las potencias occidentales llegaron a un callejón sin salida: trataban de ganar tiempo para concluir su acuerdo con Alemania.

Ante esta situación, la Unión Soviética aceptó los ofrecimientos de Alemania y en agosto de 1939 firmó el pacto llamado Molotov-Von Ribbentrop que resultó providencial, ya que lanzó a los imperialistas a una batalla entre ellos mismos, dejando un margen de dos años a la URSS para que se preparara frente a la agresión.

Se trataba de un pacto de no agresión, no de ningún tipo de alianza entre ambos países. Por lo demás, el acuerdo entre la URSS y Alemania era lógico tanto desde el punto de vista histórico como geoestratégico. Tanto el zarismo como la posterior República surgida de la Revolución de Febrero formaban parte de la Entente imperialista, esto es, del acuerdo con Gran Bretaña y Francia enfilado contra Alemania. Por ello, Alemania favoreció la llegada de Lenin desde Suiza hasta Rusia, atravesando su territorio. Ya entonces los bolcheviques fueron acusados de integrar a Rusia en una alianza con los imperialistas alemanes. Tras la Revolución de Octubre se firmaron varios tratados entre ambos países: en 1918 la paz de Brest-Litovsk, en 1922 el tratado de Rapallo y en 1926 el de Berlín. Tanto Alemania como Rusia fueron países aislados e incluso humillados diplomáticamente por los tratados internacionales que pusieron fin a la I Guerra Mundial. Hasta la llegada de los nazis al poder, en la nueva República alemana se fraguaron toda una serie de planes de colaboración económica y militar con le Unión Soviética. Uno de los partidarios de esa colaboración era Rathenau, el ministro de Asuntos Exteriores que, no por casualidad, fue asesinado por elementos de extrema derecha, igual que el francés Barthou. Los alemanes pudieron eludir las prescripciones del Tratado de Versalles gracias a la URSS, donde pudieron reorganizar su ejército. En 1932 ochocientos oficiales alemanes se instruían en la URSS y se instalaron fábricas conjuntas de armamento.

Aunque la llegada de Hitler al poder paralizó esa colaboración, los imperialistas británicos y franceses siempre sospecharon de las vinculaciones entre ambos países. El Pacto Molotov-Von Ribbentrop continuó aquella misma línea porque la Unión Soviética no podía ni luchar en dos frentes ni mucho menos con ambos bloques imperialistas confabulados. Tenía que aprovechar las profundas contradicciones entre las grandes potencias para preservar su seguridad y pudo disponer de dos opciones para pactar, acogiéndose a la primera oportunidad que se le presentó, que fue la de Alemania. Es por ello totalmente explicable el enfado de los imperialistas occidentales cuando exponen este asunto en sus panfletos: el pacto entre ambos países llevó toda la furia hitleriana hacia el oeste y sus cálculos se vinieron abajo estrepitosamente. Aún no se han recuperado de aquel revés...

El tratado firmado entre ambos países, además de un pacto de no agresión, comportaba un protocolo por el cual -según es corriente leer- la Unión Soviética se *repartía* Polonia con Alemania. La propaganda imperialista con sus tergiversaciones acerca de este acontecimiento histórico no trata sino de lavar la cara a los nazis y ocultar el hecho fundamental de que la URSS salvó momentáneamente a bielorrusos y ucranianos del terror y los campos de concentración hitleranos, al tiempo que fortalecía sus defensas y recuperaba territorios que eran suyos históricamente y no de Polonia. Para salir de la I Guerra Mundial, la Revolución de Octubre, además del Tratado de Brest-Litovsk con Alemania había tenido que firmar también el Tratado de Riga, por el que cedía a Polonia las regiones occidentales de Bielorrusia y Ucrania, como reconoce Fontaine:

La frontera quedó fijada a doscientos kilómetros al este de la línea Curzon, que debía su nombre al del ministro de Asuntos Exteriores británico que propuso hacerla coincidir con la de demarcación entre las poblaciones polacas de un lado y las ucranianas y bielorrusas de otro.

La Rusia blanca y Ucrania se encontraban así cortadas en dos. Era evidente que en la primera oportunidad Moscú plantearía de nuevo los problemas derivados de este trazado artificial. Y la primera ocasión será el ataque alemán contra Polonia. A grosso modo esta línea Curzon separará a alemanes y soviéticos en 1939. Cuatro años más tarde Roosvelt y Churchill la reconocerán, tras algunas modificaciones, como frontera definitiva (1).

Lo que se había dividido no era Polonia en 1939 sino Bielorrusia y Ucrania en 1921, de modo que la URSS no se apropiaba de una parte de Polonia sino que recuperaba algo que era suyo y que se le había arrebatado. Para los que gustan más de la geografía que de la política, esto es lo que se puede leer en un manual: en marzo de 1921 la paz de Riga había fijado la frontera polaca *a 250 kilómetros al este de la frontera étnica* (2) lo que, traducido, significa que se le habían arrebatado a la Unión Soviética todos esos territorios. También Wiskemann expone lo mismo:
Los rusos fueron derrotados y, en consecuencia, tuvieron que aceptar el tratado de Riga, formado en marzo de 1921, según el cual la línea Curzon, que seguía bastante de cerca las divisiones étnicas, y que había sido propuesta por el Foreign Office, fue abandonada a favor de una frontera ruso-polaca situada más al este. Así, unos seis millones de ucracnianos, ortodoxos o uniatos y rusos blancos, quedaron a la fuerza dentro de Polonia. Aunque en Occidente se habló mucho más de los agravios alemanes contra la nueva república polaca, la minoría casi rusa de ésta era incomparablemente mayor que la alemana; estaba enteramente formada por campesinos pobres y, por tanto, más desamparada. La mayor parte de los rusos, comunistas o no, consideraban rusos a los ucracnianos. Por ello, la Polonia de entreguerras fue tan inaceptable para la URSS como lo habría sido para la Rusia zarista, pues la propaganda soviética la describió como un país de pequeños propietarios agrícolas antiproletarios, aunque la mayoría de los polacos eran también campesinos pobres. La extensión de Polonia después de Versalles ea amenazadora, aunque esto no se tuvo en cuenta e incluso fue bien acogido en la medida en que contribuía a contener a los soviéticos ((3)).
Por lo mismo, esos territorios no retornaron en la posguerra a poder de Polonia y en eso estuvieron de acuerdo todos los países, de donde se puede deducir que lo que era justo en 1945 también debía serlo seis años antes.

Lo mismo cabe decir de Besarabia, integrante de Rusia antes de la Revolución de Octubre y luego reincorporada a la soberanía soviética, así como Estonia, Letonia y Lituana, países *independizados* tras la Revolución, y los territorios de Finlandia próximos a Leningrado, que también fueron integrados después de una breve guerra entre ambos países en 1939.

Polonia tuvo la gran oportunidad de asegurarse el dominio de aquellos territorios de Ucrania y Bielorrusia cuando Molotov le propuso un acuerdo que suponía el recnocimiento de las fronteras existentes, es decir, la renuncia por parte de la URSS a las regiones perdidas en 1921. Es preciso, en consecuencia, explicar las razones de ello. Con la colaboración del Vaticano, la reacción polaca en el gobierno aspiraba a repartirse con Alemania Ucrania entera. Ante la posibilidad de optar entre Alemania y la URSS, Polonia había tomado su decisión y prefería ponerse de acuerdo con loz nazis. Ante la posibilidad de quedarse con una parte o con todo, prefirió quedarse con todo. Lo que nunca imaginó Polonia es que no iba devorar sino a ser devorada.

La guerra de la Unión Soviética con Finlandia puso, otra vez, de manifiesto la verdadera catadura de Gran Bretaña y Francia que, mientras tenían la guerra declarada a la Alemania nazi, luchaban a su lado en Finlandia. Desde Oriente Medio, un teletipo del general francés Weygand a su superior en París, le propone *romper los riñones* de la Unión Soviética atacando desde Siria las instalaciones petrolíferas del Cáucaso. De esta forma, el Ejército Rojo quedaría atrapado en dos frentes tan lejanos como Finlandia en el norte y el Cáucaso en el sur.

En una semana Polonia desapareció como Estado, lo cual fue consecuencia tanto del III Reich como de su propia política. Durante las negociaciones de Molotov con Gran Bretaña y Francia para llegar a un acuerdo de seguridad colectiva, un aspecto fundamental de las mismas fue la necesidad de que, en caso de agresión alemana, el Ejército Rojo debía penetrar en suelo polaco para enfrentarse con la Wehrmacht ya que ambos países carecían de fronteras comunes. Tanto Gran Bretaña como Francia lo reconoceron así y exigieron a Polonia que autorizara la entrada de las tropas soviéticas, algo que el reaccionario gobierno polaco negó rotundamente. Prefirieron entregar su país a los nazis antes que recabar la ayuda de la Unión Soviética.

Tras la ocupación de su país por los nazis, el gobierno polaco huyó a Londres a través de Rumanía. Entonces el Ejército Rojo avanzó las fronteras de la URSS, que situaron casi exactamente en la línea Curzon, encontrándose con la Wehrmacht exactamente en Brest-Litovsk. Pareció que los viejos fantasmas de 1918 volvían a florecer para el movimiento comunista internacional, casi con los mismos protagonistas. Los que criticaron el acuerdo de Brest-Litovsk, volvían a criticar éste. Éstos imaginan que los procesos revolucionarios son rectos y lineales y que nunca hay necesidad de girar ni retroceder, que cualquier acuerdo con el enemigo es siempre malo por sí mismo, que en las batallas sólo cabe la victoria o la derrota, sin ningíun término medio. También hay hoy -como los hubo entonces- quien opina que hay imperialistas buenos (Gran Bretaña y Francia) e imperialistas malos (Alemania, Italia, Japón) y que un pacto con éstos es rechazable, mientras que no hubieran opinado de la misma forma si el acuerdo se hubiera firmado con los primeros. En todas estas posiciones se aprecia una gran ingenuidad pero, sobre todo, se aprecian planteamientos que nada tienen que ver con el comunismo.

El Pacto supuso una tremenda derrota de los planes de las potencias occidentales de enfrentar a Alemania con la Unión Soviética. Con este pacto Alemania pretendía guardarse las espaldas en el este mientras atacaba por el oeste. Había llegado a las mismas fronteras de la Unión Soviética, pero antes de enfrentarse al Ejército Rojo pretendía ganar y acumular aún más potencial económico y militar con el sometimiento de las poderosas naciones industrializadas del occidente europeo.

Tuvo profundas repercusiones en el ulterior desarrollo de la escena internacional. Sirvió para romper el contubernio antisoviético forjado en Locarno y Munich al enfrentar a unas potencias imperialistas contra otras, de cuya rivalidad dependía en buena parte la supervivencia del poder soviético. La agudización extrema de las contradicciones imperialistas terminó con la política de resolver sus rivalidades a costa de terceros, y en primer lugar de la propia Unión Soviética. Ahora esas contradicciones se tenían que resolver a costa de unos u otros imperialistas. La política de tolerancia, apaciguamiento y no intervención, que había acabado con la República española, se vio finalmente enfrentada al militarismo del III Reich que tanto habían contribuido a alimentar. Cuando en el verano de 1941 Alemania violó sus compromisos del Pacto de no agresión, la situación internacional, comparándola con la de agosto de 1939 había cambiado radicalmente: Inglaterra ya estaba en guerra con Alemania; Estados Unidos estaba próximo a incorporarse a la contienda;

Japón tenía un exacerbado conflicto con el imperialismo norteamericano en vísperas del ataque a Estados Unidos en Pearl Harbour.

En lugar del aislamiento diplomático en que se encontraba la Unión Soviética en el verano de 1939 ante la amenaza de guerra en dos frentes simultáneamente, en occidente y en Lejano Oriente, el retraso en el ataque contra la Unión Soviética permitió comenzar la guerra en unas circunstancias mucho más favorables. En 1941 se daban todas las condiciones para una alianza anglo-soviética con la perspectiva de que Estados Unidos se adhiriera a la misma, es decir, para la formación de una coalición antifascista, como en realidad se constituyó. Por lo tanto la prórroga obtenida gracias al pacto de no agresión con Alemania resultó ser suficiente para evitar que la Union Soviética fuera arrastrada a una guerra en una situación internacional tan desfavorable como la que existía en 1939. Dos años después la Wehrmacht no combatía a un Ejército Rojo aislado sino que debía combatir también contra las potencias occidentales.

Junto a la Unión Soviética estaban un poderoso número de potencias occidentales también enfrentadas a Alemania y era posible establecer una sólida alianza bélica para enfrentarse a las fuerzas del Eje. En numerosos países cuyos gobiernos burgueses se habían derrumbado, se había desencadenado a pesar de ello un poderoso movimiento guerrillero. Todo esto obligó a la Wehrmacht a una extrema dispersión de sus fuerzas, para asentar las áreas conquistadas y evitó un golpe aún més fuerte y concentrado contra el país de los soviets.

En esos dos años se produjo un notable fortalecimiento del Ejército Rojo, que le permitió triplicar sus efectivos y prepararse meticulosamente en las nuevas técnicas bélicas que los nazis estaban poniendo en práctica en el frente occidental. Se desarrolló el sistema de defensa antiaérea, y en los primeros once meses de 1940 se pusieron en funcionamiento 100 nuevos buques de guerra, así como 125 nuevas divisiones que se formaron y equiparon entre 1939 y 1941. Igualmente fueron evacuadas 1.523 empresas industriales instaladas en la frontera occidental de la URSS y trasladadas hacia el interior en millón y medio de vagones.

En los tres años y medio anteriores a la guerra, la producción industrial creció a un ritmo del 13 por ciento anual, mientras la producción de armamento aumentó un 39 por ciento anual. En este mismo periodo de tiempo, en previsión de la guerra, fueron puestas en pie cerca de 3.000 fábricas nuevas. Al atacar la Alemania nazi a la Unión Soviética, Stalin dijo que *la guerra de hoy es una guerra de motores. La ganará el que tenga una superioridad aplastante en la fabricación de motores*. El tiempo no tardaría en darle la razón, y el fortalecimiento de la retaguardia, el gigantesco esfuerzo desplegado por la industria militar soviética constituyó uno de los factores decisivos del triunfo en la guerra contra el fascismo de 1940-1945.

En 1926 la industria soviética fabricaba únicamente 500 vehículos motorizados, y el Ejército Rojo sólo disponía de 38 tanques; en 1931 el número de aviones en funcionamiento era de 860. Era necesario acabar rápidamente con esta situación, ante los peligros que acechaban al socialismo por todas partes, y el único modo de lograrlo era una rápida industrialización socialista. Cuando todas las potencias imperialistas se estaban rearmando furiosamente y tramaban todo tipo de agresiones contra la URSS, se hacía cada vez más necesario equipar y modernizar el Ejército Rojo, introducir una serie de novedades técnicas teniendo en cuanta las recientes experiencias bélicas. Esta fue una preocupación constante del poder soviético desde los tiempos de Lenin, quien ya previno acerca de las intenciones guerreras del imperialismo: *Debemos estar alerta y aceptar ciertos sacrificios duros en bien del Ejército Rojo* [...] *Frente a nosotros tenemos a la burguesía de todo el mundo que solamente busca la forma de estrangularnos*. Lo contrario era invitar al

imperialismo a entrar a saco en la Unión Soviética. Quienes se opusieron entonces a ello, y quienes todavía hoy lo critican amargamente, no dan a entender sino su interés en que el Ejército Rojo hiciera frente a la poderosa Wehrmacht con sus divisiones acorazadas y su artillería con los viejos cañones decimonónicos tirados por mulas, como se emplearon en la guerra civil. Sin la colectivización del campo y la industrialización socialistas la Unión Soviética hubiera sucumbido estrepitosamente ante las divisiones acorazadas y los tanques nazis. La Unión Soviética tenía que integrar la diplomacia y la política exterior con el desarrollo industrial y el poder militar. La guerra moderna sería en gran escala y duraría más que la guerra de 1914-1918. Toda la vida del país se vería envuelta en ella y era tan importante preparar las comunicaciones y el transporte, como tener una fuerza aérea, un Ejército y una armada moderna.

A comienzos de la guerra la potencia de fuego del Ejército Rojo era notablemente inferior, en cantidad y calidad, a la de los invasores fascistas, desventaja que no fue equilibrada hasta bien entrada la guerra.

El presupuesto militar se elevó desde los 17.500 millones de rublos en 1931 hasta los 56.900 en 1937. Se formó la Brigada Mecanizada en 1930, con dos batallones de tanques y otros dos motorizados y equipados con artillería y equipos de reconocimiento. También se creó en 1932 una Academia de Mecánica y Motorización, dentro de la Escuela de Guerra, que instruía a los oficiales dentro de las modernas técnicas de operación bélicas con blindados. Se crearon cuerpos de ejército completamente mecanizados, se impulsaron las dotaciones de vehículos motorizados, las fuerzas aéreas, y en 1931 se crearon las primeras unidades de paracaidistas del mundo. En 1941 había ya 25 cuerpos motorizados; el parque de tanques había subido ya hasta las 7.000 unidades en 1935, con 100.000 camiones y 150.000 tractores; en 1937 estaban en servicio 3.578 aviones de combate y transporte. Las primeras divisiones de tanques sólo estuvieron dispuestas un año antes de la invasión fascista, siendo un logro gigantesco de la ingeniería militar soviética el carro de combate T-34, uno de los modelos más avanzados de la época, y que no tardaría en hacer valer sus condiciones en la defensa del socialismo. Se proyectaba formar para la primavera de 1941 unos 20 cuerpos mecanizados nuevos, pero no hubo tiempo material para ello y la industria soviética estaba ya funcionando por encima de sus posibilidades de producción. Lo mismo sucedió con las previsiones de construcción aeronáuticas.

En este año se aprobó el IV Plan Quinquenal que preveía un reforzamiento aún mayor del socialismo en la economía, junto con una sustancial elevación del bienestar y el nivel cultural del pueblo soviético. La producción industrial debía duplicarse y existían ya proyectos para constituir grandes reservas de alimentos, materias primas y combustible en previsión de la guerra. El estallido de la guerra frustró todos estos proyectos, pero a pesar de todo se obtuvieron éxitos importantes: la producción industrial creció un 45 por ciento, la de maquinaria un 76 por ciento, la agraria un 41 por ciento, etc. Se constata, pues, un gigantesco fortalecimiento del socialismo en todos los terrenos frente a la crisis económica y política del imperialismo, despedazado por sus contradicciones internas, por los levantamientos de las masas populares, por el choque de los bloques rivales. Contrastan igualmente los esfuerzos soviéticos en lograr la paz frente al rearme feroz y el expansionismo de las potencias imperialistas. Si, como dijeran Marx y Engels, la guerra pone al descubierto las debilidades de los sistemas sociales caducos, la victoria soviética y antifascista en la Segunda Guerra Mundial no tardaría en poner de relieve la vitalidad del socialismo y de las masas populares frente a la decadencia y el parasitismo de que hicieron gala a lo largo de toda la guerra la reacción y los monopolistas que la desataron.

Tampoco es desdeñable el hecho que tal retraso pusiera al desnudo la estrategia militar fascista, basada en la movilidad, la penetración en profundidad y la sorpresa, factores todos ellos que eran completamente distintos de los experimentados en la I Guerra Mundial y que a ciertos Ejécitos, como al francés, le ocasionaron serios reveses por su insistencia y fijación en los aspectos pasivos de las confrontaciones bélicas, la guerra de trincheras, etc., tal y como se demostró con el desastre de la línea Maginot. Cuando la Wehrmacht pretendió aplicar esta lección tan bien aprendida en el frente occidental contra el Ejército Rojo, éste se hallaba ya al tanto de los movimientos operativos de los nazis, que no pudieron contar con tal ventaja. La sorpresa, clave de las acciones militares hitlerianas, sólo pudo funcionar eficazmente en las primeras semanas de la guerra en el frente oriental.

Durante esos casi dos años de ventaja de que dispuso la Unión Soviética y mientras las potencias occidentales se venían abajo una por una y con una facilidad sorprendente, el poder soviético se reforzó notablemente y preparó sus fronteras y sus puestos defensivos frente a los vecinos que acechaban en espera del momento propicio para lanzarse al ataque.

La gran guerra contra el fascismo

Ante todo la guerra mundial, que para los soviéticos fue una guerra patriótica, una guerra de liberación nacional frente a un ocupante extranjero, fue una contienda que se entabló entre la Unión Soviética y la Alemania nazi. En comparación con la magnitud de los combates en el frente de Europa oriental, los demás frentes (Extremo Oriente, norte de África, Europa occidental) tuvieron una importancia muy pequeña. Baste decir que mientras los Estados Unidos tuvieron menos de 300.000 bajas en toda la guerra, los soviéticos tuvieron 30 millones, es decir, cien veces más.

Toda Europa debe a la Unión Soviética la victoria sobre las hordas hitlerianas.

La resistencia soviética frente al poderoso ejército hitleriano es uno de los episodios heroicos más grandes de toda la historia de la humanidad. Las consignas del Partido de resistir a ultranza frente al enemigo, la guerra de guerrillas, la entrega sin límite de los combatientes del Ejército Rojo y el trabajo infatigable del proletariado y los pueblos de la URSS, unidos a la fortaleza del régimen socialista, fueron las razones de la victoria soviética sobre la bestia nazi. Los países capitalistas no ofrecían apenas resistencia al avance fascista y Hitler pensó que la Unión Soviética caería como fruta madura. Mientras una capital occidental tan emblemática como París cayó humillada con apenas un paseo militar, Kiev retardó el avance nazi seis semanas, Odessa lo hizo en ocho y Moscú rechazó dos feroces asaltos, Stalingrado se convirtió en el teatro de la mayor batalla bélica de la historia, pero los nazis no lograron penetrar en su interior y Leningrado fue cercado pero jamás los nazis pudieron entrar en la capital de la revolución. Los agresores no se encontraron al pueblo soviético con los brazos abiertos, como esperaban, sino con una fiera oposición.

En el otoño de 1941, cuando las hordas hitlerianas se acercaban a Moscú, sus vecinos observaron la evacuación, primero de los niños y los ancianos, luego de los archivos y oficinas ministeriales y, finalmente, de los altos funcionarios de la administración. Una mañana cundió el pánico y los moscovitas comenzaron a agolparse en la estación de Kazán y a abandonar la ciudad, hasta que por la tarde repentinamente comenzaron a retornar otra vez a sus casas, porque vieron que Stalin no sólo no había abandonaba Moscú, sino que se le pudo ver sentado en el

asiento trasero su viejo Packard descapotable. Los moscovitas se lanzaron a la calle y fueron muchos los que pudieron saludar a Stalin en la Avenida Gorki.

El Ejército Rojo resistió y venció; el proletariado y las masas populares resistieron y vencieron, y todo ello fue posible porque se sentían partícipes del nuevo Estado socialista y tenían una confianza ciega en el Partido Comunista y en Stalin.

La derrota del fascismo en la II Guerra Mundial no fue sino un reflejo del éxito obtenido por la Unión Soviética en la construcción del socialismo, así como de la correcta política exterior desarrollada, y de una orientación militar adecuada al tipo de guerra que se estaba dirimiendo. Por otra parte dejaba al descubierto la bancarrota del sistema imperialista y su manifiesta inferioridad ante la nueva sociedad que había inaugurado la Revolución de 1917.

El hecho adquiere aún más realce si comparamos la victoria soviética en 1945 con las anteriores confrontaciones militares en las que se había visto envuelta la Rusia zarista, derrotada en la guerra de Crimea (1853-1856), humillada por Japón en la guerra de 1905 y hundida por la guerra mundial de 1914. En la I Guerra Mundial Alemania estaba venciendo sobre Rusia, a pesar de verse obligada a luchar en dos frentes y de no contar con Japón ni con Italia. A pesar de disponer en 1941 con factores notablemente más favorables, Alemania, poniendo en liza el ejército más formidable de toda la historia, fue incapaz de derrotar a la Unión Soviética, lo que destaca el formidable avance que había experimentado este país después de la revolución.

Sin embargo, entre los cálculos de los estrategas hitlerianos contaba la idea de que el régimen soviético se encontraba al borde del desmoronamiento. Presumían una gran debilidad de la retaguardia soviética, incapaz de soportar el primer embiste de la Wehrmacht. Presumían que tras los primeros fracasos del Ejército Rojo sobrevendrían levantamientos en todas las regiones que saludarían alborozados la progresión germana hasta los Urales. Los fascistas, lo mismo que los imperialistas occidentales, se habían creído sus propias falsedades acerca de la actitud de las masas hacia el socialismo y esperaban que éstas se pusieran a disposición de los invasores. El avance alemán en los primeros momentos de la guerra fue una verdadera prueba de fuego, porque al penetrar profundamente en territorio soviético, los pueblos soviéticos no sólo no se arrojaron en brazos de los fascistas, como éstos esperaban, sino que defendieron a muerte a su país. Decía Stalin en esos primeros momentos de la guerra: *Progresando hacia el interior de nuestro país el Ejército alemán se aleja de su retaguardia alemana, está obligado a operar en un ambiente hostil, a crearse una nueva retaguardia en un país extranjero que, por otra parte, disgregan nuestros guerrilleros, lo que desorganiza a fondo el revituallamiento del Ejército alemán, lo hace temer por su retaguardia y mata en ella su fe en la estabilidad de la situación. Mientras que nuestro Ejército opera en su propio país, goza del incensante apoyo de su retaguardia, está regularmente provisto de hombres, municiones, víveres y tiene una confianza firme en su retaguardia*.

La solidaridad entre las diversas nacionalidades de la URSS se mostró tremendamente fuerte, y el Estado soviético puso a prueba con éxito su solidez en todos los campos. Stalin constataba: *Nunca jamás la retaguardia ha sido tan sólida como en el presente. Es muy probable que cualquier otro Estado con pérdidas territoriales como las que nosotros hemos sufrido hasta hoy, no habría resistido la prueba y habría periclitado. Si el régimen soviético ha soportado con esta facilidad la prueba y reforzado todavía más su retaguardia, se debe a que el régimen soviético es, en el momento actual, el régimen más sólido*[...] *Las lecciones de la guerra testimonian que el régimen soviético no sólo se ha revelado como la mejor*

forma de organización del florecimiento económico y cultural del país durante los años de construcción pacífica, sino también como la mejor forma de movilización de todas las fuerzas del pueblo para responder al enemigo en tiempo de guerra. Tras un corto periodo histórico, el poder soviético creado hace 26 años ha hecho de nuestro país una fortaleza indestructible. De todos los Ejércitos del mundo, el Ejército Rojo es el que posee la retaguardia más sólida y segura.

En condiciones extremadamente difíciles, en medio del hostil cerco imperialista, se había llevado a cabo la industrialización socialista del país, y de este modo la Unión Soviética pudo superar su gran atraso, colocándose a la cabeza del mundo en cuanto a progreso social. La segunda conflagración internacional demostró claramente que la guerra moderna pone a prueba el total de los recursos materiales y morales de un país: nada se sustrae a sus devastadores efectos, y todas las energías son requeridas para lograr la victoria. Esto implica la coordinación de múltiples y variados factores: frente y retaguardia, economía, política y guerra. Actualmente no se puede ganar una guerra fiándose unilateralmente en uno sólo de los aspectos de la misma: hay que tener una superioridad manifiesta en todos ellos y en todos ellos el socialismo se demostró superior al capitalismo.

En febrero de 1931, en la I Conferencia de activistas de la industria, Stalin constataba que *marchamos 50 ó 100 años detrás de los países más adelantados. En 10 años tenemos que ganar este terreno. O lo hacemos o nos aplastan*. Y efectivamente 10 años después, en 1941, la Unión Soviética tuvo que hacer frente a la brutal agresión fascista. Sólo el tremendo esfuerzo de la retaguardia bajo la dirección del PCUS hizo posible la movilización de todas las energías humanas y materiales que desnivelaron esa ventaja de los agresores. Y esto no era más que fruto de los éxitos en la construcción económica socialista de preguerra.

La Unión Soviética triunfó porque había hecho la revolución, porque había derrotado ya a todos los imperialistas que anteriormente habían invadido su país y porque los pueblos soviéticos tenían plena confianza en su gobierno y su Estado socialistas. Pero triunfó, ante todo, porque todo el trabajo del pueblo, del Estado y del Ejército estaba dirigido por un Partido Comunista fortalecido y experimentado que en todo momento supo estar a la altura de los acontecimientos, sin dejarse llevar por el derrotismo ni por el oportunismo. Ya Lenin había escrito que *la capacidad defensiva del país que ha sacudido el yugo capitalista, que ha entregado la tierra a los campesinos, que ha implantado el control obrero sobre los bancos y las fábricas*[...] *es muchísimas veces mayor que la capacidad defensiva de un país capitalista*.

El PCUS dirigió con éxito todos los esfuerzos del pueblo soviético para alcanzar la victoria y dio ejemplo a la vez al participar sus militantes en cabeza de todas las tareas, tanto en la retaguardia (120.000 colaboradores en la defensa de Moscú junto al Ejército Rojo) como en el frente. Así se pudo elevar continuamente la producción, a pesar de la falta de mano de obra y de especialistas que se fueron al frente. En 1943, por ejemplo, se pusieron en funcionamiento más de 10.000 empresas industriales. Fruto de este trabajo político del PCUS fue el ingreso de 5 millones de nuevos militantes comunistas durante la guerra.

También en el frente, una acertada línea político-militar del PCUS permitió al Ejército Rojo disponer de todo lo preciso para llevar a buen fin las operaciones planteadas sobre el campo de batalla. El Ejército Rojo poseía un arma que sólo podía poseerla el Ejército del Estado socialista. Esa nueva arma era el trabajo político y de Partido encabezado por la Dirección General Política del Ejército Rojo y la Dirección General Política de la Marina de Guerra, que funcionaban con las atribuciones de Secciones del Comité Central del PCUS.

El Ejército Rojo no era un conglomerado de mercenarios ni tampoco un cuerpo expedicionario de invasores. Dijo Stalin en febrero de 1943 que *el Ejército Rojo defiende la paz y la amistad entre los pueblos de todos los países. Ha sido creado no para conquistar otros países, sino para defender las fronteras de los soviets. El Ejército Rojo ha respetado siempre los derechos y la independencia de todos los pueblos*. Se caracterizaba por constituir un Ejército regular, no voluntario, reclutado en el seno de la sociedad soviética, y dirigido y orientado por el Partido Comunista en base al sistema de comisarios políticos. Más de la mitad de los militantes comunistas estaban en el frente, y entre la tropa y oficiales los militantes del Partido eran el 13 por ciento (cifra que al final de la guerra ascendió hasta el 25 por ciento, cuando en la guerra civil era de sólo un 5 por ciento), a los que hay que sumar un 40 por ciento de komsomoles. En la escala de oficiales el 80 por ciento eran militantes del Partido Comunista; unos tres millones de comunistas cayeron en combate. Como ya indicara Lenin, *han quedado relegados irreversiblemente al pasado los tiempos en que las guerras se hacían por mercenarios o representantes de una casta medio aislada del pueblo. Las guerras se hacen hoy por los pueblos*. Precisamente nadie como el Ejército Rojo representó a su pueblo durante la guerra, derrochando heroísmo, coraje y energía sin medida para acabar con los planes exterminadores del fascismo.

Los comunistas dentro del Ejército Rojo desarrollaban la lucha ideológica contra las tendencias erróneas que surgían espontáneamente entre los combatientes: el derrotismo, el aventurerismo, los afanes de revancha y venganza y otras variantes del militarismo burgués que conducían al saqueo, al botín de guerra y otras formas de menosprecio hacia el pueblo. De nuevo recurriendo a Lenin recordamos su frase en la que decía: *En toda guerra la victoria depende, en resumidas cuentas, del estado de ánimo de las masas que vierten su sangre en el campo de batalla. El convencimiento de lo justo de la guerra, la conciencia de inmolar su vida para bien se sus hermanos, levanta el ánimo de los soldados y los lleva a soportar dificultades inauditas*. El desarrollar este ánimo y esta conciencia en el seno de los combatientes soviéticos fue una de las tareas más importantes que cumplieron los comunistas en las primeras líneas del frente.

En la cúspide del Ejército Rojo se hallaba el Gran Cuartel General, y por encima de él y como sección especial del gobierno se formó el Comité Estatal de Defensa, presidido por Stalin y otros cuatro dirigentes del PCUS. Era este reducido núcleo el que llevaba sobre sí toda la responsabilidad en la dirección de la guerra, especialmente Stalin que era también presidente del Gran Cuartel General, cuyas funciones eran más específicamente militares que la del anterior. Escribió el mariscal Zhukov en sus Memorias: *La labor del Gran Cuartel General se basaba en los principios leninistas de mando centralizado de las tropas* [...]*Fue un órgano colectivo de dirección de las acciones bélicas de las fuerzas armadas. Su labor se basaba en una combinación racional de mando colectivo y unipersonal. En todos los casos el Jefe Supremo* [del Cuartel General, o sea, Stalin] *era el que decidía en última instancia. Las ideas y los planes de las operaciones estratégicas y las campañas se elaboraban en el Estado Mayor General con la participación de algunos miembros del Cuartel General. A esto precedía un gran trabajo en el Buró Político* [del PCUS] *y el Comité Estatal de Defensa. Se examinaba la situación internacional en el periodo dado y se estudiaban las potenciales posibilidades políticas y militares de los países beligerantes. Únicamente después del estudio y el examen de todas las cuestiones generales se hacían pronósticos de carácter político y militar. Como resultado de toda esta compleja labor se determinaba la estrategia política y militar por la que se guiaba el Cuartel General del Mando Supremo*.

Dentro del Gran Cuartel General y del Comité Estatal de Defensa Stalin jugó un papel destacado en la dirección política y militar de la guerra, quien por sus méritos

y su gran labor fue elevado al grado de mariscal, máximo cargo dentro del Ejército Rojo. Según Zhukov:

Cuando se preparaba la operación de turno, Stalin solía llamar al Jefe del Estado Mayor General y a su adjunto, y examinaba minuciosamente con ellos la situación operativo-estratégica en todo el frente soviético-alemán, el estado de las tropas de los frentes, los datos proporcionados por los diversos servicios de información y la marcha de la preparación de las diversas reservas de todas las armas.

Luego se llamaba, para que acudieran al Cuartel General, al Jefe Logística del Ejército soviético, a los Jefes de distintas armas, así como de los departamentos del Comisariado del pueblo de Defensa, que tenían que asegurar todo lo necesario para la operación dada.

Después el Jefe Supremo, su adjunto y el Jefe del Estado Mayor General analizaban las posibilidades operativo-estratégicas de nuestras fuerzas. El Jefe del Estado Mayor General y el adjunto del Jefe Supremo recibían el encargo de sopesar y calcular nuestras posibilidades para una u otra operación que se pensaba llevar a cabo. Habitualmente, el Jefe Supremo nos daba cuatro o cinco días para realizar esa labor. Al expirar ese plazo se tomaba una decisión preliminar. Después de lo cual el Jefe Supremo encomendaba al Jefe del Estado Mayor General que pidiese a los Consejos Militares de los frentes su parecer acerca de la operación planeada.

Mientras trabajaban el mando y el Estado Mayor del frente, se realizaba en el Estado Mayor General una gran labor creadora de planificación de la operación y cooperación de los frentes. Se señalaban tareas a los servicios de información, a la aviación de largo alcance, a las guerrillas que actuaban en la retaguardia del enemigo, a los órganos de comunicaciones para el traslado de nuevos contingentes de tropas de reservas del Mando Supremo y de recursos materiales.

Por fin se señalaba el día en que los comandantes en jefe de los frentes deberían presentarse en el Cuartel General para informar del plan de las operaciones en el frente. Por lo común, el Jefe Supremo los escuchaba en presencia del Jefe del Estado Mayor General, del adjunto del Jefe Supremo o de algunos miembros del Comité Estatal de Defensa.

Después de un examen cuidadoso de los informes Stalin confirmaba los planes y los plazos de las operaciones señalando aquello a lo que se debía prestar especial atención.

Pero no solamente el carácter proletario y la dirección comunista caracterizaban al Ejército Rojo; se trataba también de un Ejército moderno, provisto de los sofisticados avances técnico-militares que la industria socialista pudo proveerle. La organización militar del Ejército Rojo estaba acorde con su carácter clasista, pero también con las modernas técnicas de dirección de la guerra. Destacaba por el rechazo a supeditarse a un sólo medio técnico de combate, poniendo de relieve la necesidad de coordinar todas las armas y medios bélicos: artillería, bombardeo, guerrilla, cerco, etc. Por el contrario los mandos occidentales daban mayor o menor importancia a la aviación estratégica, a los combates navales, etc., según los casos y las circunstancias. Como escribió Stalin: *En el transcurso de la guerra el Ejército Rojo se ha transformado en un Ejército especializado. Ha aprendido a combatir al enemigo con golpe seguro, teniendo en cuenta sus lados fuertes y débiles, como lo exige la ciencia militar moderna. Cientos de miles y millones de combatientes del Ejército Rojo se han hecho dueños en el manejo de sus armas: fusil, sable, metralleta, artillería, morteros, carros de combate, trabajos de ingeniería y en la aviación. Decenas de miles de jefes del Ejército Rojo se han hecho maestros en el*

arte de conducir a sus tropas. Han aprendido a combinar el valor y el coraje individuales con el arte de mandar los Ejércitos en el campo de batalla; han renunciado a la absurda y peligrosa táctica lineal y han adoptado resueltamente la táctica de maniobra.

Por otra parte, la vieja táctica de guerra de trincheras y de posiciones, heredada de la primera gran guerra por los países capitalistas, y que al igual que la supeditación de las acciones bélicas a los bombardeos masivos de ciudades e industrias o a los combates navales, formaban parte de la táctica dilatoria de las potencias occidentales en la primera parte de la guerra. El Ejército Rojo, desde los primeros momentos de la agresión, se esforzó por romper la estrategia nazi de guerra relámpago, de desarticular al grueso de las fuerzas enemigas practicando la política de resistencia a ultranza con objeto de romper los planes del fascismo y elevar, al mismo tiempo, la moral de los combatientes.

Finalmente, el Ejército Rojo se basaba en sus propias fuerzas y en el abastecimiento que el pueblo soviético le proporcionaba desde la retaguardia. La fuerza del Ejército Rojo se basaba en su régimen socialista, pues siguiendo a Lenin *nosotros creemos que un Estado es fuerte cuando el pueblo tiene conciencia política. Es fuerte cuando las masas están enteradas de todo, pueden formarse opinión de todo y hacerlo todo conscientemente*. Sólo en sus pueblos, en su régimen socialista, podía confiar para derrotar a los ocupantes fascistas.

Pero no fue despreciable, ni mucho menos, la ayuda que prestó a la Unión Soviética el movimiento de liberación antifascista desplegado por todos los rincones del mundo a los que alcanzaba esta plaga reaccionaria. En ningún país de Europa los ocupantes fascistas tuvieron ningún espacio de seguridad, como manifestó Stalin ya en noviembre de 1941: *Únicamente los idiotas hitlerianos no pueden comprender que no solamente la retaguardia europea, sino también la retaguardia alemana de las tropas alemanas es un volcán preparado para explotar y sepultar a los aventureros hitlerianos*.

El factor clave que impulsó este formidable movimiento revolucionario de liberación fue la dirección de los comunistas, que desde un principio se colocaron a la cabeza en la lucha contra el fascismo internacional y sus colaboradores locales. La crisis económica, política, moral y cultural, que ya había estallado antes de la guerra pero que ahora alcanzaba cotas de máxima agudización con la guerra, hizo que la vanguardia comunista adquiriera bien pronto estrechas y firmes conexiones con el movimiento de masas. Con el transcurso de la guerra, mientras este movimiento no hacía sino crecer y fortalecerse en la misma lucha, los sectores burgueses se iban hundiendo en el pantano de la represión indiscriminada, en la colaboración con los invasores, en el descrédito popular, en las divisiones internas y en la descomposición final. Nada de esto puede extrañar a nadie; se trata de un proceso lógico e irreversible bajo el imperialismo; no hace falta acudir a las injerencias de nadie ni a factores externos y extraños a las propias masas populares en ebullición; también sobre esto Lenin había escrito hacía mucho tiempo que *la guerra ha enseñado y enseña a las masas al crear una situación revolucionaria, profundizándola y extendiéndola*.

En la guerra, y gracias al esfuerzo soviético, un gran número de pueblos no sólo lograron expulsar de sus países al fascismo invasor, sino que también echaron por la borda a su burguesía, iniciando la vía de la construcción del socialismo.

Todo el sistema imperialista había sufrido un duro golpe y se hallaba al borde de la bancarrota final.

Notas:

(1) *Historia de la guerra fría*, Luis de Caralt, Barcelona, 1970, tomo I, pg.47.

(2) Hermann Kinder y Werner Hilgemann: *Atlas histórico mundial*, Istmo, Madrid, 6ª edición, 1977, tomo II, pg.171.

(3) *La Europa de los dictadores*, Siglo XXI, 3ª Edición, Madrid, 1979, pg.32

La Conferencia de Yalta

La imagen transmitida por los propagandistas del imperialismo acerca del Tratado de Yalta es la misma que la del Pacto Molotov-Von Ribbentrop. Se trataría de un nuevo *reparto del mundo* entre potencias, esta vez con las potencias occidentales, marginando a la mayor parte de los países y, por supuesto, de las colonias. Esta leyenda incluye coeficientes y porcentajes de influencia sobre cada país concreto; como ejemplos evidentes de tal proceder soviético mencionan la división de Alemania y la imposición por el Ejército Rojo de las democracias populares en el este de Europa *a punta de bayoneta*.

No obstante, la tesis del *reparto del mundo* carece totalmente de base histórica; su único punto de apoyo son las *Memorias* de Winston Churchill, destacado político ultrareaccionario que fue de los primeros en promover la intervención del imperialismo contra la naciente Revolución soviética. Semejante infundio no tiene otro objeto que el de desacreditar la política exterior de los soviets, política que se ha caracterizado siempre por el respeto al principio de no injerencia en los asuntos internos de otros países, tratando de identificar dicha política con la que practican los países imperialistas, con la política de dominación y hegemonía mundiales. Como se hizo en 1939, también el Tratado de Yalta igualaría a la Unión Soviética con Estados Unidos o con Gran Bretaña: *todos actúan de la misma manera prepotente*, quiere ser la moraleja de dicha exposición. Si antes se decía que Stalin y Hitler eran lo mismo, ahora también puede equipararse a Stalin con Roosvelt o Churchill. La Unión Soviética también sería un país imperialista.

Al menos esta tesis elevaba el rango ínfimo hasta entonces otorgado a la Unión Soviética; los publicistas occidentales se rendían ante la evidencia de que no se trataba de un país débil y a punto de demoronarse, como lo habían presentado hasta entonces.

También aquí las cosas sucedieron de forma bien distinta. Indudablemente la Unión Soviética defendió sus intereses como país, pero esos intereses no estaban en contradicción, sino más bien al contrario, plenamente conformes con los de la inmensa mayoría de países y pueblos del mundo, muchos de los cuales aún no habían logrado desligarse del colonialismo. La prueba evidente de ello es la Carta de las Naciones Unidas, donde la Unión Soviética logró plasmar los principios que hasta entonces habían guiado su política internacional, especialmente, el derecho a la autodeterminación y a la igualdad de todos los Estados.

Toda una nueva era de relaciones internacionales comenzó entonces, abriendo el camino a la descolonización.

Durante la guerra la Unión Soviética logró romper el aislamiento diplomático que había imperado durante la preguerra, derivado de la hostilidad y el intervencionismo que practicaron los Estados imperialistas contra la revolución. No por ello desaparecieron las discordias, pero, a pesar de los altibajos, se puso de manifiesto la existencia de un mecanismo regular de comunicaciones y consultas acerca de proyectos, planes operativos, etc. Esto se convirtió en una costumbre, en un trato normal entre potencias que tenía como misión discutir los problemas más acuciantes derivados de la guerra, negociar las diferencias entre ambas partes aliadas -la Unión Soviética de un lado y el bloque capitalista de otro- de manera que la diplomacia ocupara el lugar de la fuerza y de las injerencias en los asuntos internos de los demás. Por supuesto, esto no era una prueba de buena voluntad de las potencias imperialistas occidentales sino que derivaba del papel fundamental desempeñado por la Unión Soviética en la derrota del fascismo, frente a una participación sensiblemente más reducida que tuvieron Estados Unidos, Gran Bretaña, y naturalmente Francia, cuyo gobierno capituló y colaboró con el fascismo. En la guerra, el socialismo había demostrado su fortaleza, mientras que los *expertos* de los países occidentales habían previsto una rápida y catastrófica derrota del poder soviético. Tras la batalla de Stalingrado, el bloque occidental cayó en la cuenta de que ya no había lugar en el mundo para que ellos pudieran dictar sus condiciones unilateralmente como sucedió tras la I Guerra Mundial. La Unión Soviética había hecho buena demostración de su fortaleza y de que podía codearse en plano de igualdad con cualquier potencia imperialista. Su presencia y su prestigio en la arena internacional eran evidentes y sólo se podía tratar con ella en plano de igualdad. Ya no sólo no eran posibles intervenciones ni injerencias en su territorio, sino que en todos los asuntos mundiales se debía contar con el socialismo: el capitalismo ya no tenía las manos libres para manejar el mundo a sus anchas.

En verdad este mecanismo de comunicaciones y consultas mutuas entre la Unión Soviética y las potencias capitalistas duró bien poco, y numerosos problemas quedaron sin una solución negociada. Algunas instituciones como el Comité de Ministros de Asuntos Exteriores de las tres potencias, pronto quedaron estancadas: su funcionamiento se redujo a una serie de reuniones interminables que nunca llegaban a acuerdos concretos que satisfacieran a las dos partes implicadas. Es más, cuando tales acuerdos se lograron, incluido el Tratado de Yalta, los compromisos raras veces fueron más allá de la letra escrita. Surgió el problema de la interpretación de las cláusulas de los acuerdos, del cumplimiento de las obligaciones de cada uno que cada parte interpretaba de manera diferente; en otras ocasiones esas obligaciones firmadas eran olvidadas con enorme facilidad.

La fórmula más elevada en que cristalizó este sistema de mutuas consultas fueron las Conferencias-cumbre de Jefes de Estado, y otras de menor rango diplomático. Una de estas Conferencias se celebró en Moscú en octubre de 1943. Ya en aquel año surgieron importantes fricciones sobre los dos más importantes problemas del orden del día: los de Alemania y Polonia, dos cuestiones de las que llevaron al enfrentamiento de la guerra fría y que cristalizaron en la ruptura casi total de relaciones entre los Estados vencedores. En esta Conferencia Roosvelt propuso la división de Alemania en cinco Estados separados más dos zonas internacionales. Churchill, por su parte, planteó aislar y castigar a Prusia, por un lado, y fragmentar el resto del país, integrándolo en una *Federación del Danubio* con objeto de abarcar bajo el mismo techo a todos los países centroeuropeos en los que la lucha contra el fascismo hacia presagiar la revolución; sobra decir que tal Federación quedaría bajo la tutela del Imperio Británico. Por su parte, Stalin no expuso ningún plan para desmembrar Alemania, con excepción de Austria; su interés primordial versaba sobre el control tripartito de las potencias vencedoras durante la posguerra con objeto de garantizar su desmilitarización y su pacifismo. Era ésta la única fórmula que podía poner freno al revanchismo, al irredentismo y al nacionalismo que había

supuesto para Hitler la plataforma desde la que alzarse al poder e iniciar su escalada de conquistas y agresiones.

En cuanto a Polonia, las potencias occidentales exigían a la Unión Soviética el reconocimiento del gobierno polaco en el exilio, formado por los viejos aristócratas reaccionarios que habían traicionado a su pueblo, practicando una activa política antisoviética.

En la Conferencia de Quebec, celebrada en setiembre de 1944, comenzaron a aparecer divergencias entre los propios estadounidenses sobre el trato a Alemania en la posguerra, indicativas de una rápida evolución de criterio. Inicialmente Morgenthau, secretario del Tesoro, expuso un plan de una dureza extrema que conducía a reducir su industria pesada, transformando a Alemania en un país agrícola, subordinado y colonizado por las economías de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. En lo que a la división de Alemania concierne, era partidario de preservar una estricta separación entre todos los fragmentos resultantes de la partición del país. Este criterio de Morgenthau era compartido por el presidente Roosvelt. Mientras tanto Winant, embajador norteamercano en Londres, comenzó a defender que Alemania no podía ser tratada con una dureza excesiva y, además, atenuaba la división con una posterior confederación de los Estados resultantes. Esta era la tesis -que se impondrá inmediatamente después de la Conferencia- de Cordel Hull y del Departamento de Estado, compartida también por Stimson.

Lo que quedó claramente establecido ya entonces fue que, incluso en el caso de Alemania, no hubo más propuestas de división que las que pusieron sobre la mesa negociadora Roosvelt y Churchill.

Cinco meses depués, en Yalta, se repiten las mismas tesis con los mismos protagonistas. Aquella conferencia celebrada en Crimea en febrero de 1945, fue la más importante de las cumbres de Jefes de Estado de la guerra mundial. En ella se plantearon no ya únicamente cuestiones relativas a las operaciones finales de la guerra, sino primordialmente las que hacían referencia a los problemas previsibles de la posguerra. Y eran éstas precisamente los que dividían más profundamente a la coalición antihitleriana. Con el Ejército Rojo a 50 kilómetros de Berlín y los aliados a 500 se discutieron infinidad de temas. Se trató de la creación de la ONU, tema ya discutido en la Conferencia de Dumbarton Oaks en agosto de 1944, y consolidado definitivamente en San Francisco en abril de 1945. Sobre el tema de la ONU hubo una cuestión -el derecho de veto de las grandes potencias- que se discutió ya entonces como hoy día, y que reflejaba bastante acertadamente lo que antes hemos expuesto sobre el papel que la Unión Soviética había alcanzado en todos los asuntos internacionales. El derecho de veto fue una conquista tanto de la Unión Soviética como de todos los pueblos del mundo, especialmente los que tras la guerra iniciaban la construcción del socialismo y aquellos otros que se estaban emancipando de las ataduras coloniales. Transigir en el principio de *un país, un voto*hubiera transformado a la ONU en un apéndice de la política imperialista occidental, como lo fue en su tiempo la Sociedad de Naciones, lo que en definitiva condujo a su bancarrota. Si pensamos por un momento que ni siquiera el dicho de veto que se reservó la Unión Soviética impidió que en sus primeros años la ONU adoptara toda una serie de acuerdos y decisiones enfilados contra el socialismo y los pueblos coloniales, si recordamos que la agresión imperialista contra la República Democrática y Popular de Corea se llevó a cabo bajo la bandera de las Naciones Unidas, entonces caeremos en la cuenta de la importancia que el derecho de veto tuvo para la defensa de la paz mundial y de las conquistas revolucionarias de todos los pueblos del mundo, que tuvieron en la Unión Soviética un tribuno y un defensor consecuente de sus derechos. Esto es lo que reconoce Rostow cuando sostiene que *en un mundo estructurado como el de finales la Segunda Guerra Mundial, el fortalecimiento de la Asamblea, aumentaba en cierto grado la influencia*

americana en las Naciones Unidas y disminuía la de la Unión Soviética... En 1945, sobre la base de un país un voto, ambos quedaban en minoría y mayoría respecto al poder político mundial (1). Dejar las cuestiones capitales del mundo al voto mayoritario de la Asamblea hubiera supuesto legalizar la política belicista y rapaz del imperialismo, y revestirla de un ropaje seudodemocrático.

Otro de los temas tratados fue el del futuro de los países liberados de la ocupación fascista, problema arduo a causa de la bancarrota de los gobiernos respectivos y de la efervescencia política en la que se encontraban. Se arbitró un sistema bastante ambiguo de control e inspección conjuntos de las tres potencias que tendría por misión supervisar la celebración de elecciones libres, la firma de los armisticios y la formación de los gobiernos subsiguientes.

Es evidente que la tesis del *reparto del mundo* es incongruente con este acuerdo de celebrar elecciones libres bajo control de las tres potencias: cualquier reparto de las esferas de influencia en los países liberados de Europa central hubiera hecho innecesarias la celebración de elecciones. Por lo demás, hay que tener en cuenta que los Estados Unidos se oponían a este viejo sistema de dominación imperialista y, dada la subordinación de la política exterior británica de finales de la guerra a la norteamericana, es muy dudoso que Churchill se aventurara a tomar tal iniciativa, o bien, que una vez adoptado dicho acuerdo con la Unión Soviética, lo mantuviera contra la opinión de Roosvelt. El gobierno estadounidense era contrario a una política colonial a la antigua usanza y, por tanto, a un reparto de las esferas de influencia y de los territorios. Siguiendo a Wilson, pretendía superar el rancio colonialismo británico y enunciar una serie de principios abstractos que no le sometieran a ninguna responsabilidad concreta en el futuro. En suma, todo conduce a pensar que la mención de Churchill en sus *Memorias* no es más que una de sus características diatribas contra el socialismo, un intento de confundir -y en buena parte lo ha logrado- y de hacer pasar como política exterior soviética lo que no es sino un fiel reflejo de las prácticas colonialistas del decadente Imperio Británico.

La celebración de elecciones libres era particularmente difícil en Polonia, donde coexistían el gobierno de Londres junto al gobierno del interior, formado en base a los representantes de las fuerzas patrióticas que, junto al Ejército Rojo, habían liberado al país del ocupante nazi. Este segundo gobierno era el que verdaderamente contaba con el apoyo popular, como lo demostró en las elecciones que se celebraron en enero de 1947 en las que obtuvo un rotundo éxito. A pesar de que Polonia debía su independencia a la Revolución rusa, sus gobernantes habían practicado una política muy hostil a la Unión Soviética, y su pueblo se hallaba sujeto a una brutal dictadura fascista, sostenida por los altos jerarcas militares. Polonia había invadido la Unión Soviética tras la Revolución de Octubre y fomentado a la aristocracia zarista y a los guardias blancos con el fin de prolongar la guerra civil, el caos y el derrocamiento del poder soviético. Polonia ambicionaba extensos territorios de la Ucrania soviética y de Bielorrusia, así como de Rutenia, Lituania, Eslovaquia (la zona de Teschin} y otras regiones a repartir con Hungría formando una *Federación* bajo la tutela de Polonia. Según relata Ciano, ministro fascista italiano de Asuntos Exteriores, en su *Diario*, los polacos *no se resignaban a considerar como definitiva la frontera con Checoslovaquia y confían aún en alcanzar una frontera común con Hungría. La preocupación por el problema ucraniano domina silenciosamente el corazón polaco, aunque Beck subraya a menudo, con complacencia y sin convicción, las seguridades recibidas por Hitler a este respecto* [...] *Resumiendo las impresiones y trasladándolas al plano de nuestros intereses, me parece justo llegar a la conclusión de que seria ligero afirmar que Polonia es un país conquistado para el sistema del Eje o del Triángulo, pero que sería demasiado pesimista calificarlo como francamente hostil* (2).

Tal era el panorama que presentaba el gobierno polaco antes de la invasión de su país por la Alemania hitleriana, y que en su exilio londinense perseguía con mayor tenacidad, si cabe, a pesar de que el Ejército Rojo había liberado a su país de la dominación fascista. Esto es tan más grave cuanto que entre la Unión Soviética y Polonia existían una serie de acuerdos de amistad y cooperación que el gobierno exiliado se negaba obstinadamente en cumplir. La lucha del gobierno exiliado se enfilaba más hacia el socialismo que hacia el ocupante nazi. Ellos tomaban como excusa el litigio existente en la frontera polaco-soviética, haciendo de ésto el centro de su política exterior con el fin de entorpecer las relaciones entre la Unión Soviética y las potencias occidentales. Para la etapa de posguerra, el gobierno exiliado mantenía sus aspiraciones de grandeza, de hegemonía centroeuropea a costa de sus vecinos. Según relato del artífice de la política exterior de Roosvelt, Harry Hopkins, la tesis de A. Eden (Ministro de Asuntos Exteriores británico) era que Sikorski (Presidente del gobierno polaco en el exilio) *está haciendo a los polacos más mal que bien. Polonia tiene* -decía Eden- *grandes ambiciones para después de la guerra y piensan que con Rusia debilitada por la contienda y Alemania aplastada, Polonia se convertirá en el Estado más poderoso de esos parajes del mundo. Eso a Eden se le figura completamente ajeno a la realidad. Polonia desea poseer la Prusia oriental, y tanto Eden como el Presidente* [se refiere a Roosvelt] *entienden que debe atendérsele en ésto* (3). Eran éstas las perspectivas que ofrecía el gobierno polaco en el exilio; su asentamiento en la posguerra hubiera llevado a una serie interminable de conflictos fronterizos y de todo tipo que hubieran desestabilizado toda la situación creada en la posguerra en Europa central, todos los avances logrados por los pueblos en la lucha contra la invasión de la Wehrmacht. En síntesis, la política chovinista, hegemonista y agresiva de los exiliados hubiera dado carta de naturaleza en la Europa de la posguerra a los conflictos fronterizos, a las reivindicaciones territoriales y a los permanentes conflictos y guerras nacionales.

Tras una feroz campaña antisoviética lanzada desde Londres por el gobierno polaco en el exilio y la retirada hacia el norte de Africa de las tropas polacas dislocadas en el frente este, cuando más necesarias eran a causa de la batalla de Stalingrado, a pesar de ser tropas adiestradas y equipadas por el Ejército Rojo, la Unión Soviética rompió sus relaciones diplomáticas con el gobierno en el exilio el 23 de abril de 1943. Entonces, bajo la dirección del Partido Obrero Polaco y con el apoyo de la Unión Soviética, se formó la Unión de Patriotas Polacos y la División Kosciuszko, al mando del coronel polaco Berlinger, quienes comenzaron la verdadera lucha contra la Wehrmacht y contra el traidor gobierno en el exilio. En diciembre de 1943 se formó la Krajowa Rada Narodowa (o Consejo Nacional polaco, máximo organismo decisorio, quien hacía las veces de Parlamento nacional) el cual, a su vez, eligió un Comité Polaco de Liberación Nacional, que comenzó a ejercer las funciones administrativas conforme el país iba siendo liberado de la ocupación, y que en un principio tenía su sede en Lublin, donde hacía las veces de Gobierno provisional. Igualmente, la División Kosciuszko fue incrementando sus efectivos y su prestigio en la lucha de liberación nacional, tanto en el frente, junto al Ejército Rojo, como en la retaguardia, formando parte de la lucha guerrillera en territorio polaco. De aquí surgió el Armjia Ludowa (Ejército Popular) que contaba con 286.000 combatientes, frente a los 125.000 de que disponía el Armjia Krajowa (Ejército Nacional) dependiente del gobierno en el exilio.

Cuando el Ejército Rojo cruzó la frontera soviético-polaca en persecución de la Wehrmacht, Stalin envió un comunicado oficial a Churchill en el que decía: *El problema de la administración del territorio polaco se nos ha planteado en la práctica. No queremos establecer ni estableceremos nuestra administración en el territorio de Polonia, porque no queremos inmiscuirnos en sus asuntos internos. Esto concierne a los propios polacos. Hemos juzgado necesario, pues, establecer contactos con el Comité Polaco de Liberación Nacional recientemente constituido*

por el Consejo Nacional de Polonia que fue formado en Varsovia a fines del año pasado y está integrado por representantes de los Partidos y agrupaciones democráticos, de lo cual Vd. ya estará informado por su embajador en Moscú. El Comité Polaco de Liberación Nacional se propone instituir su administración en territorio polaco, cosa que esperamos pueda realizarse. No hemos encontrado en Polonia otras fuerzas capaces de formar una administración polaca. Las tituladas organizaciones clandestinas, dirigidas por el gobierno polaco en Londres han demostrado ser efímeras y carecer de influencia. No puedo considerar al Comité Polaco como el gobierno de Polonia, pero puede ser que sirva en el futuro como núcleo para formar un gobierno polaco provisional compuesto de elementos democráticos.

A pesar de esta clara postura, Stalin se declaró dispuesto a entrevistarse con el Presidente del gobierno polaco en el exilio, Mikolaczyk que había sustituido a Sikorski en el cargo, así como a mantener conversaciones entre ambas partes con el fin de colaborar para la más rápida liberación de Polonia. Mikolaczyk viajó a Moscú el 3 de agosto, pero se negó a cualquier forma de colaboración con el Comité Polaco de Liberación Nacional. Sus exigencias se basaban en el reconocimiento del gobierno exiliado como el único y legítimo del país, por lo que las demás fuerzas políticas y militares que actuaban en Polonia debían supeditarse a las directrices de los exiliados. Igualmente se opuso a la petición del CPLN de que fuese restaurada la Constitución de 1921, punto de partida para la democratización futura del país. Unicamente reconoció la torpe campaña de desprestigio que se estaba llevando desde Londres por parte de los exiliados polacos contra la Unión Soviética y el Ejército Rojo.

En consecuencia, los esfuerzos del gobierno exiliado de Londres y de sus fuerzas en el interior continuaban, lo mismo que en la preguerra, enfilados hacia un Ejército y un país que lo estaba dando todo por la liberación de sus vecinos. De esta manera la oligarquía polaca continuaba favoreciendo, aún desde el exilio, los planes del nazismo y socavaba la necesaria unidad para sacudirse el yugo del ocupante. Esta política les condujo a una absurda pugna competitiva con el CPLN con el fin de demostrar a los ojos del mundo que contaba con el respaldo de la gran mayoría del pueblo polaco. El último y más trágico episodio de estas ansias aventureras de los exiliados fue el alzamiento de Varsovia, que acabó en una gigantesca masacre popular a manos del Ejército y la policía hitlerianas.

En el fondo lo que se cuestionaba era si Polonia continuaría siendo en la posguerra un puente para las provocaciones y las agresiones contra la Unión Soviética y sus otros vecinos, o si por el contrario la reaccionaria camarilla aristocrática refugiada en Londres iba a ser apartada dejando paso a un gobierno de las fuerzas patrióticas y populares interesadas en democratizar el país, mantener relaciones pacíficas y cordiales con todos los países adyacentes. Era evidente que la Unión Soviética no podía tolerar ya más focos conflictivos en sus fronteras que desembocaran en excusas para desencadenar agresiones e invasiones de su territorio; la Unión Soviética exigía a sus vecinos, y ahora se encontraba en condiciones de llevarlo a cabo, el respeto a los principios de la coexistencia pacífica, a la inviolabilidad de fronteras y a la no injerencia en los asuntos internos. El centro de Europa y los Balcanes no podían ser, una vez más, esa hoguera interminable de conflictos, bajo la excusa de reivindicaciones territoriales seculares ni bajo cualquier otra.

Más trascendental, si cabe, era el problema de Alemania. En Yalta las potencias occidentales continuaron con su propuesta de desmembración. A pesar de que Truman contó diez años después en sus Memorias que *mi idea era una Alemania unificada con un gobierno centralizado en Berlín*, todos sus esfuerzos y los de su predecesor, F.D.Roosvelt, así como los de Churchill coincidían en tratar de lograr que las zonas de ocupación militar se transformaran en fronteras políticas

definitivas. No menos radical era la postura francesa que, aunque no participó en Yalta, también mantenía posiciones similares, pues, según cuenta R. Aron, *en el Consejo de Control el representante francés vetó toda creación de cualquier presunta administración central para toda Alemania. Es que el general De Gaulle se mantenía fiel a su fórmula: nada de Reich, sino varias Alemanias; quería facilitar no la restauración de Alemania, sino el nacimiento de dos Estados alemanes* (4).

Estos planes se lograron frustrar en un principio gracias a la insistencia soviética en establecer cuatro áreas de control bajo el mando conjunto de las cuatro potencias que, según se especificaba en las resoluciones, sólo tendrían un carácter provisional. Para llevar ésto a cabo se constituyó la Comisión Aliada para el Control de Alemania a la que se refiere Aron, que tuvo una vida muy breve y no logró poner de acuerdo a las cuatro potencias en su propósito de alcanzar una Alemania unificada, pacífica y desmilitarizada, a causa de la labor obstruccionista de las potencias occidentales, empeñadas en enredar las conversaciones, prolongarlas interminablemente con objeto de no obtener ningún acuerdo conjunto, ningún compromiso concreto y mantener permanentemente la situación de una Alemania dividida y enfrentada. Las consecuencias de esta postura occidental se dejó sentir fuertemente en la posguerra. Esto no era ninguna casualidad sino una política premeditada, perfectamente planificada por los Estados Mayores del imperialismo: se trataba de reproducir la situación creada en la posguerra anterior, de atomizar Europa central, balcanizarla, eternizar las rivalidades nacionales. Esto daría la posibilidad de que Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos quedaran como árbitros de la situación, de las rivalidades entre los pequeños Estados, y en definitiva el que pudieran actuar en las fronteras de la Unión Soviética a sus anchas. El mantener una hoguera permanente a las puertas de la Unión Soviética y en una zona donde el movimiento revolucionario iba en ascenso proporcionaría al imperialismo la coartada necesaria para nuevas injerencias e invasiones contra el socialismo. Tampoco iban a ser despreciables las consecuencias para la propia Alemania: dividida y enfrentada, se le abría el camino para un nuevo rearme, se le daban nuevas energías al revanchismo, al irredentismo y a un nacionalismo hitleriano de nuevo cuño que perseguiría la reunificación alemana a costa del aplastamiento de la República Democrática Alemana y, en definitiva, de la comunidad de países socialistas a la que se había integrado una parte del pueblo alemán.

Además de la oposición a la política del gobierno polaco en el exilio y al desmembramiento de Alemania, las propuestas de Stalin en Yalta contenían otros aspectos constructivos para la rápida derrota del fascismo y la configuración de las relaciones internacionales en la posguerra. Proponía el juicio público y el castigo de los criminales de guerra; la supresión del nazismo y la creación de una Alemania unificada, pacífica, democrática e independiente; la liquidación de la industria de guerra, y finalmente, el resarcimiento, aunque fuera parcial y simbólico, de los daños ocasionados a los países ocupados, si bien habría de tenerse en cuenta la situación económica de Alemania y las necesidades del pueblo alemán. En concreto, una declaración oficial del gobierno soviético decía: *Nuestro fin inquebrantable es destruir el militarismo y el nazismo alemán y crear la garantía de que Alemania jamás volverá a estar en condiciones de perturbar la paz en todo el mundo* [...] *En nuestro propósito no cabe el exterminio del pueblo alemán*.

Muy distintos eran los propósitos de las potencias imperialistas, crúdamente expuestos por Morgenthau que, en definitiva, consistían en vengarse y humillar al pueblo alemán, que no de los auténticos responsables de la masacre con quienes el imperialismo tenía buenas relaciones que no tardarían en estrecharse todavía más al final de la guerra.

Esta línea política no duró mucho a causa del auge revolucionario en Europa central. De un extremo las potencias occidentales se pasaron rápidamente al otro, y

comenzaron a fomentar la industrialización, el rearme y el revanchismo germano-occidental. Fue así como en la posguerra fueron instalados en los cargos dirigentes de la República Federal Alemana gran parte de los viejos dirigentes hitlerianos, ahora transformados en demócrata-cristianos o socialdemócratas.

La Unión Soviética fijó el monto de las indemnizaciones que se le debían en 20.000 millones de dólares, muy por debajo de los daños materiales ocasionados, y que aún posteriormente rebajaría a la mitad. Sobre la cuestión de las reparaciones se discutió en Yalta acerca de la experiencia que se guardaba de la Primera Guerra Mundial, en la que estas indemnizaciones supusieron una carga sobre las espaldas de la clase obrera alemana mientras que para el nazismo constituyeron un argumento para desatar la demagogia revanchista. Esto agudizó sensiblemente la lucha de clases en Alemania en el periodo de entreguerras, y así, mientras la oligarquía reaccionaria apretaba filas en torno a Hitler, las masas populares no se dejaban someter pacíficamente.

So pena de colapsar toda la economía alemana no se podía repetir el error de exigir nuevamente reparaciones en moneda. Por esto, en Yalta y luego en Postdam el acuerdo adoptó la forma siguiente: cada uno de los aliados tomaría las reparaciones, desmontando de ella el aparato industrial excedentario, de acuerdo con los niveles autorizados de producción. Fue la Unión Soviética quien insistió precisamente en que las reparaciones se hiciesen efectivas en especie, ante todo a costa de industria de fabricación de material bélico, con lo que de esta manera se garantizaba, al mismo tiempo, el desarme de Alemania para el futuro. El deseo de las potencias occidentales era, naturalmente, que las indemnizaciones se pagaran en dinero, lo que ya tras la Primera Guerra Mundial había supuesto un gran negocio para la gran banca internacional y las finanzas que se hicieron los dueños de la economía alemana durante los años veinte. Aparte de esto, la experiencia había demostrado que Alemania fue desposeída de todos los capitales que tenía en el exterior a finales de la guerra anterior. De país acreedor se transformó en un país deudor, presa de los créditos abusivos y de la inflación que ello ocasionaba automáticamente. Las reparaciones monetarias, por consiguiente, amén de ser inviables, no conducirían sino a nuevas tensiones para Alemania, a situaciones que recrudecerían la política reaccionaria de la camarilla neohitleriana que se iba a instalar en la República Federal Alemana en la posguerra. Era, pues, uno de los aspectos fundamentales de las reparaciones el que se hicieran efectivas en especie, sobre los bienes existentes en Alemania en el momento de la derrota y nunca sobre la base de obligaciones futuras o aplazadas que hipotecaran el futuro de la economía germana.

Sin embargo, cuando la Unión Soviética comenzó a desmantelar las industrias de guerra alemanas en la zona que ocupaba, se lanzó contra ella la acusación de *saqueo* y de perseguir *el botín de guerra*. Aparte de lo ya dicho acerca de los acuerdos de Yalta en los que se basaba la actuación soviética, hay que hacer constar que el asunto tiene un transfondo importante que es lo que forzaba a la propaganda imperialista contra el poder soviético: se trataba del descubrimiento de que buena parte de la industria de guerra que estaban desmantelando los soviéticos era copropiedad de los monopolistas anglo-norteamericanos, los cuales, como era lógico exigían una compensación económica de la Unión Soviética. Se puso entonces al descubierto la escandalosa doble política del imperialismo internacional y toda la propaganda que se difundió (y que se continúa difundiendo) contra la Unión Soviética por este asunto no pudo ocultar la complicidad de los trusts occidentales con el nazismo por mucho que intentaran desligar sus intereses privados de la gran matanza a la que contribuyeron. Lo que tantas veces se había desmentido presentándolo, a su vez, como *falsa propaganda bolchevique* se aclaró ahora definitivamente, cuando los grandes capitalistas occidentales veían expropiadas sus posesiones en los países del Eje y exigían que no se les asimilara

con el fascismo cuando en realidad le habían sostenido y apoyado hasta el punto de instalarle sus fábricas de destrucción y de muerte. Naturalmente ni la Unión Soviética ni nadie podía separar las responsabilidades de unos y otros.

Pese a ello, algunos monopolistas occidentales organizaron un fantástico negocio con la derrota de Alemania y fueron quienes verdaderamente se lanzaron al saqueo de los países derrotados, especialmente de su oro. Algunos monopolistas yanquis supieron convertir en negocio las atrocidades cometidas por los nazis. Las instalaciones para las cámaras de gas de las fábricas de la muerte fascistas fueron vendidas por firmas alemanas estrechamente ligadas a monopolistas yanquis. Los carros de la muerte se fabricaron en las fábricas alemanas pertenecientes a Ford y a la General Motors. El Bank of International Settlements de Basilea, cuyo director era el banquero neoyorquino Thomas Mackintrik, compraba al Reich Bank alemán el oro robado por los hitlerianos, así como los dientes de oro de las personas asesinadas en los campos de concentración.

Por el contrario, la política soviética de cobrarse las indemnizaciones sobre la industria de guerra alemana estaba de acuerdo con el Tratado de Yalta. El propio Truman en sus *Memorias* manifiesta que *las reparaciones debían provenir de la riqueza nacional de Alemania existente en el momento de su colapso, concediendo atención preferente a la remoción de la maquinaria industrial, instalaciones y fábricas*. Y una declaración oficial del gobierno norteamericano, firmada por Truman ratificaba: *Ahora y siempre la política fundamental de los Estados Unidos ha consistido en que el potencial bélico de Alemania sea destruido y se impida su resurgimiento dentro de lo posible, mediante el traslado o destrucción de fábricas, material u otros bienes*. La actuación de la Unión Soviética se ajustó en todo momento a estas directrices tanto en lo relativo a las reparaciones como en lo referente a la desmilitarización de Alemania; sería el imperialismo occidental quien pronto olvidaría sus compromisos fomentando, una vez más, el revanchismo y el rearme de Alemania occidental.

A la Conferencia de Yalta siguió la de Postdam (Berlín) cinco meses más tarde. El cambio de clima en las relaciones entre los vencedores se hizo entonces mucho más patente, desde los deseos de amistad y cooperación hacia el enfrentamiento abierto y la política de guerra fría. Acontecimientos muy importantes se sucedieron entre ambas Conferencias. El Comité Polaco de Liberación Nacional o gobierno de Lublin accedió a ser ampliado integrando a algunos elementos del gobierno en el exilio; entre otros pasó a formar parte del gobierno como Vicepresidente Mikolaczyk el 21 de junio de 1945; el 5 de julio este gobierno era reconocido por Gran Bretaña y Estados Unidos como el único legitimo de Polonia. No por ello menguó la propaganda imperialista acerca del *expansionismo soviético* y de la imposición de *gobiernos títeres* en centro-europa y los Balcanes. Gestos como el del CPLN no eran la prueba de buena voluntad y de distensión que exigían las potencias occidentales, sino que por el contrario era tomadas como signos de debilidad que, según los estrategas del imperialismo, había que aprovechar para imponer su dictado en la zona. De ahí que esta actuación del CPLN, como otras de los demás gobiernos legítimos de Europa oriental, lejos de obligar al imperialismo a guardar silencio no hacía más que avivar la propaganda de los monopolios contra la Unión Soviética y por la*reconquista* de Europa central y los Balcanes.

En este sentido actuó también la explosión de la primera bomba atómica en plan experimental en Alamogordo (Estados Unidos) que se realizó precisamente el día anterior de abrirse la Conferencia de Postdam. El imperialismo norteamericano se vio enormemente fortalecido en sus posiciones con esta nueva baza entre sus manos. Esto arreció la demagogia antisoviética e hizo más intransigentes -si cabe- a los norteamericanos en sus propuestas y negociaciones. Pensaron que podían apostar fuerte y lograr que sus compañeros de viaje en la Conferencia se atasen al

carro que ellos iban a guiar. No tuvieron contratiempos con Gran Bretaña, pero no tardaron en caer en la cuenta que la Unión Soviética no cedería ante el chantaje nuclear. Tampoco es casualidad que dos semanas después de finalizar la Conferencia, el mando norteamericano se decidiera llevar a la práctica su experimento nuclear, esta vez en vivo, haciendo explotar dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Y todo esto se llevó a cabo por el conocido método del imperialismo, es decir, sin contar con los aliados de guerra, precipitadamente y con inconfesables objetivos colaterales.

Por lo que se refiere a las conversaciones de Postdam, la mayor parte de las cuestiones giraron en torno a los países liberados. Truman y, con mayor virulencia aún, Churchill, comenzaron acusando a Stalin de no respetar los acuerdos de Yalta, de tratar de imponer en Europa oriental y los Balcanes *regímenes comunistas y satélites de Moscú* a causa de la presencia en la zona del Ejército Rojo. Los norteamericanos exigían *una acción conjunta para reorganizar los gobiernos de Bulgaria y Rumanía de manera que todos los grupos democráticos participasen en ellos*. Ni siquiera el CPLN se libraba de las críticas, a pesar de haber ampliado su composición con miembros del gobierno exiliado. Era objeto especial de crítica la demarcación fronteriza que se delimitó de mutuo acuerdo con la Unión Soviética.

En suma, el imperialismo acusaba a la Unión Soviética de no respetar los acuerdos de Yalta en lo referente al control tripartito de los países liberados y a la celebración de elecciones libres. Pero de lo que las potencias occidentales no querían ni hablar era de las manipulaciones que había llevado a cabo, las que estaban efectuando y las que harían en un futuro bien próximo. Allá donde las *intromisiones soviéticas* no les paraban los pies, los gobiernos occidentales hacían y deshacían a su antojo sin contar con tan incómodo compañero de viaje, tratando de aupar en los más altos sillones ministeriales, incluso por la fuerza de las armas, a los más sanguinarios tiranos, aunque se tratara de viejos colaboradores de Hitler. El único requisito para tal ascenso es que fuesen buenos amigos de occidente, del *mundo libre*, lo que siempre ha sido sinónimo de títeres del amo que todo lo dirige desde la metrópoli.

En el caso de Italia, los británicos y estadounidenses negociaron por sí solos la capitulación y no concedieron al representante soviético un puesto en la Comisión de control del armisticio, sino sólo en el Consejo consultivo interaliado, organismo que nunca tuvo funciones efectivas. Pero se pueden citar muchos más casos similares demostrativos de que quienes estaban violando los acuerdos de Yalta eran precisamente las potencias imperialistas.

Algunos de ellos son bastante conocidos, como los de Grecia o Japón, y otros no tanto, como los de Siria o Líbano. Aquí, por ejemplo, fue Francia quien, tras su inicial *derrota* a manos del III Reich, trató de recuperar el terreno perdido con respecto a las demás potencias capitalistas y volver a conquistar las colonias perdidas. Siria y Líbano habían sido mandatos franceses de la Sociedad de Naciones, lo que era una fórmula legal para continuar con el régimen colonial bajo una apariencia de legitimación. Pero en el curso de la guerra el imperialismo anglo-norteamericano se vio obligado a reconocer su independencia con el fin de utilizar a estos países en la lucha contra el fascismo. Tras la guerra habían ingresado en la ONU como miembros soberanos de pleno derecho, a pesar de lo cual tropas expedicionarias francesas desembarcaron en ambos países con objeto de volver al estado de cosas anterior. Incluso llegaron a bombardear algunas ciudades sirias, entre ellas Damasco, la capital.

Pero ésto, naturalmente, no constituía para el imperialismo ninguna forma de manejo, sino el ejercicio legitimo de sus derechos. Por el contrario, el ascenso revolucionario en Europa central y los Balcanes no podía ser sino fruto de las

bayonetas del Ejército Rojo. Por ello, poco después de la Conferencia de Postdam, el 18 de agosto de 1946, el Secretario de Estado norteamericano, J.F. Byrnes, emitía una declaración oficial de su gobierno en contra de las elecciones en Bulgaria, clamorosamente ganadas por el Frente de la Patria (integrado por comunistas, la Unión Agraria, los socialdemócratas, el circulo Zvenó, los radicales y otros) que era la organización que representaba la unidad de todas las fuerzas populares que habían combatido contra el fascismo, contra el gobierno reaccionario que había permitido la ocupación alemana contribuyendo activamente a la agresión contra la Unión Soviética y a la represión del movimiento revolucionario en los Balcanes.

El establecimiento del régimen democrático-popular en Bulgaria fue consecuencia directa de la lucha armada contra el ocupante fascista. En una serie de lugares los grupos numéricamente débiles de guerrilleros se transformaron en destacamentos organizados que contaban con el amplio apoyo del pueblo. A fines de 1943 y principios de 1944 un Ejército de cien mil soldados y gendarmes bajo mando fascista participó en la lucha contra el movimiento de los guerrilleros. El 26 de agosto de 1944 el Comité Central del Partido planteó la tarea del derrocamiento inmediato, por un levantamiento armado, del Consejo de Regencia fascista y del gobierno de Bagrianov, así como de la formación de un gobierno del Frente de la Patria. Cuando el 7 de setiembre el Ejército soviético penetró en territorio de Bulgaria, el levantamiento armado estaba ya en su apogeo. La huelga general de los mineros de Pernik, la huelga de los tranviarios y las manifestaciones de los trabajadores de Sofía, la huelga general de Plovdiv y Gabrovo, la toma por asalto de las cárceles de Pleven, Varna y Sliven fueron acompañadas de la ocupación de una serie de ciudades y aldeas por los destacamentos guerrilleros. Bajo la presión del Ejército soviético, las hordas alemanas abandonaron rápidamente el país. Los soldados búlgaros se negaban a cumplir las órdenes de los oficiales reaccionarios y se pasaban a los guerrilleros. El 9 de setiembre bajo el poderoso golpe de las masas populares unidas, ayudadas por los destacamentos guerrilleros y por los soldados y oficiales revolucionarios, fue derribada la dictadura monarco-fascista y se formó el primer gobierno del Frente de la Patria.

Esto es lo que el imperialismo llamaba *expansionismo soviético*. Frenar ese *expansionismo soviético* era sinónimo de frenar el movimiento revolucionario que, al igual que en Bulgaria, se estaba desarrollando en toda la Europa central y en los Balcanes. Con la excusa de supervisar el proceso de elecciones libres en esta zona, las potencias capitalistas trataban de torcer el curso natural de los acontecimientos, ejercer todo tipo de presiones, injerirse en los asuntos internos de otros países y hacer valer el peso de la presencia militar que deseaban tener aquí como en otras áreas que manejaban a sus anchas. En la misma Bulgaria para impedir el levantamiento popular en maduración, la camarilla monarco-fascista se dirigió, por medio del gobierno de Bagrianov y después del gobierno de Muraviev-Guichev, al Estado Mayor anglo-americano con una proposición de capitulación incondicional, esperando que una ocupación anglo-americana dejaría impunes sus crímenes y con los quebrantados cimientos del régimen monarco-capitalista en Bulgaria.

En realidad no había nada que supervisar: se celebraron elecciones por el conocido y democrático sistema del sufragio libre y secreto y el Frente de la Patria obtuvo el 70 por ciento de los votos para la Gran Asamblea Nacional, de los cuales más de 50 por ciento fueron obtenidos por los diputados comunistas. Esto dejaba patente que las fuerzas antifascistas, democráticas y revolucionarias habían vencido tanto por la vía de las armas como por la de los votos. Demostraba que el Frente de la Patria, que agrupaba a todas esas fuerzas gozaba del amplio apoyo del pueblo búlgaro.

Y lo mismo podemos decir de los demás países de la zona que se libraron de la esclavitud capitalista en la posguerra. Por ejemplo, en Checoslovaquia en las primeras elecciones parlamentarias tras la derrota de los invasores, las de mayo de 1946, solamente el Partido Comunista obtiene el 38 por ciento de los votos, constituyéndose en el mayor Partido del país por lo que se le encarga la formación de gobierno a su Secretario General, K.Gottwald, quien incluyó entre sus ministros a algunos socialdemócratas, por lo que entre ambos Partidos agrupaban el 51 por ciento de los escrutinios, formando de esta manera un gobierno con mayoría de votos. Con el transcurso del tiempo esta mayoría no haría sino consolidarse y ampliarse gracias a una extraordinaria gestión económica y social de los comunistas y sus aliados desde el gobierno. En lo que podemos considerar un auténtico y real *milagro económico* Checoslovaquia recupera en menos de un año la producción industrial de la preguerra. Por ello en las elecciones del 30 de mayo de 1948 el Frente Nacional amplia su base electoral hasta obtener el 90 por ciento de los votos; todo esto a pesar de que en el intermedio entre ambas consultas electorales numerosos reaccionarios habían desertado del Frente Nacional y se habían pasado abiertamente a las filas de los enemigos del gobierno dirigido por los comunistas hasta el punto de urdir una serie de complots armados para hacerse con el poder con la ayuda de los Ejércitos aliados que esperaban en la frontera occidental el momento de intervenir.

En consecuencia, es evidente que si bien el Ejército soviético contribuyó decisivamente al desarrollo de la revolución en esta zona al derrotar al grueso de las fuerzas de la Wehrmacht y al impedir la intervención de los Ejércitos aliados, no es menos cierto que en estos países, como en otros que no gozaban de tan favorables condiciones, la bancarrota y la descomposición total de las viejas camarillas gobernantes que, o bien se hallaban en el exilio o se sostenían gracias a los ocupantes hitlerianos, abría el terreno para que las masas populares y los combatientes antifascistas se hicieran con el poder. Las elecciones que se celebraron corroboraron ampliamente esta tendencia. Cuando los imperialistas hablaban de *supervisar* estas elecciones lo que en realidad pretendían era, por una parte, frenar el proceso revolucionario, y por el otro, mantener permanente en la zona un foco de conflictos internacionales y agresiones enfilado contra la Unión Soviética. Para el imperialismo era necesario evitar que la Unión Soviética tuviese siquiera un momento de tregua tras la enorme sangría humana y material que le había supuesto la guerra. El socialismo, presa de la enorme devastación ocasionada por la guerra y con continuos enfrentamientos con sus vecinos, caería exhausta a los pies del capitalismo. Para ello era vital, dentro de los planes anglo-norteamericanos, evitar que la revolución se consolidara en el este de Europa y los Balcanes, que el socialismo no pudiera garantizar su seguridad y sus fronteras, que Europa no fuese, ahora menos que nunca, un área de paz.

Tampoco hay que perder de vista que, junto con sus Ejércitos, el imperialismo llevaba sus equipos de economistas. Directamente del mando supremo del Ejército estadounidense en Europa surgieron el grupo de organizaciones económicas europeas que más tarde desembocarían en el Plan Marshall y en el Mercado Común.

Los planes del imperialismo al pretender *supervisar* e inmiscuirse en el proceso revolucionario que experimentaban los países de la zona eran esos justamente: llevar sus ejércitos para aplastar el movimiento de masas y las organizaciones guerrilleras; instalar a sus expertos económicos para reconstruir el capitalismo, y finalmente, hacer los preparativos para una nueva agresión a la Unión Soviética. La consigna que encubría estas intenciones era la de que *el este de Europa y los Balcanes no debían ser zona de influencia de nadie*, lo que equivalía a decir que estaban a merced de cualquiera, sobre todo de los Estados Unidos, la única potencia beneficiada por la guerra. Los Estados Unidos no habían padecido la

guerra en su territorio, por lo que sus bajas humanas eran bastante más reducidas que las de otros países beligerantes. Por contra, los monopolios dedicados al armamento y gran cantidad de industrias obtuvieron gigantescos beneficios con los suministros al gobierno y la exportación al exterior. Mientras tanto, la Unión Soviética y los países de Europa oriental y los Balcanes habían sufrido cuantiosas pérdidas, siendo bastantes los que se hallaban en una completa ruina, padeciendo en extensas regiones la población hambre, enfermedades y toda suerte de calamidades. En estas condiciones la pretendida *no influencia* de nadie era la cortina que encubría la necesidad de esos pueblos de subordinarse al imperialismo norteamericano, si la revolución no se consolidaba.

Pero mientras el imperialismo establecía este estatuto para los pueblos de la zona, extensas áreas repartidas por todo el planeta eran tomadas como plazas de armas de Estados Unidos y Gran Bretaña, como zonas para su seguridad estratégica. Estas zonas de seguridad no eran contiguas, ni mucho menos, a las fronteras de sus países, sino que se repartían por todo el mundo y alcanzaban territorios contiguos a la Unión Soviética. A la inversa, el imperialismo se negaba a que la Unión Soviética estimase como zona para su seguridad a los países vecinos de Europa oriental y los Balcanes.

La Unión Soviética no podía tener una zona de seguridad ni en sus propias fronteras; Estados Unidos y Gran Bretaña las podían extender, por el contrario, a miles de kilómetros de las suyas, sobre todo si se trataba de la periferia de la Unión Soviética en la que instalaron tras la guerra un cordón de bases militares y de espionaje. Es más, las pretensiones del imperialismo llegaban al extremo de pretender obtener bases áreas de aviones e hidroaviones en el interior del territorio soviético. Es el caso de sus reclamaciones sobre las islas Kuriles que, según el Tratado de Yalta, correspondían a la Unión Soviética. Stalin contestaba así a las exigencias de Truman: *Las peticiones de esta naturaleza se dirigen generalmente a un Estado conquistado o bien a un Estado aliado que no se encuentra en situación de defender con sus propios medios ciertas partes de sus territorios y, en vista de ello, se muestra dispuesto a conceder a sus aliados una base adecuada. No creo que la Unión Soviética pueda ser incluida entre tales Estados*.

Las zonas de seguridad estadounidenses eran de goma, alcanzaban a todo el mundo y se prolongaban por todos los rincones. Pero a la Unión Soviética se le negaba su seguridad al borde mismo de su frontera. También Gran Bretaña podía mantener sus propias áreas de seguridad, y así, según Truman, *Churchill estaba decidido a conseguir que Inglaterra mantuviese o incluso aumentase su control sobre el Mediterráneo*. En suma, que para el imperialismo era indescifrable dónde terminaba su seguridad y dónde comenzaba su área de expansión y de dominación colonial, pues -como continúa Truman- *el Mediterráneo era de importancia vital para Inglaterra, porque constituía la ruta principal hacia la India y Australia*.

Eran, pues, estos des países quienes en realidad hacían lo que estaban achacando a la Unión Soviética. El socialismo, protegiendo la revolución en el este de Europa y en los Balcanes, garantizaba al mismo tiempo la seguridad de sus fronteras en una zona tradicionalmente conflictiva. Por contra, era el imperialismo quien, bajo la excusa de su seguridad, instalaba bases militares y se inmiscuía en los asuntos internos de todos los países, por lejanos que estuviesen de sus fronteras.

El Pacífico, por ejemplo, estaba destinado por Truman a ser un lago interior de los Estados Unidos. Ésta era, según ellos, la única manera de garantizar la seguridad de su país, aunque fuese a costa de liquidar la independencia de otros países como Filipinas o Japón, donde el imperialismo norteamericano se preocupaba muy poco del control tripartito, las elecciones libres o la soberanía nacional. Truman

recordaba que el Pacífico había servido poco antes de la guerra como base de agresión contra ellos: *Eran les islas Marshall, Marianas y Carolinas, incluidas además centenares de islas y pequeños archipiélagos, con unos 50.000 nativos. El área total era pequeña -escasamente ochocientas millas cuadradas- pero comprendía una gran región del Pacífico occidental. En manos de una potencia enemiga, podían nuevamente usarse para desplazarnos de aquella área y bloquearnos de las Filipinas y Guam, así como de las posiciones británicas y holandesas en aquella parte del mundo. Podían también emplearse para combatir nuestras líneas de comunicación con Nueva Zelanda y Australia. Estas líneas se habían puesto bajo el control japonés al final de la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después de esto se habían fortificado y cerrado a los que no eran japoneses. Como bases de operaciones para los japoneses nos estorbaron mucho durante la guerra, y era comprensible que nos interesasen no sólo como fideicomisos, sino también en el caso de algunas, como áreas estratégicas especiales dentro de un sistema de fideicomiso* [...] *Con la victoria en el Pacífico ahora asegurada, ya que las fuerzas norteamericanas expulsaban a los japoneses de sus islas fortificadas una después de otra, el control de estas islas durante el tiempo de paz suponía una importancia creciente en el desarrollo de la política norteamericana de posguerra*.

La política norteamericana era clara: donde el Ejército Rojo tenía una presencia efectiva eran necesarias elecciones y un control de las tres potencias, o sea, había que dejar paso a la intervención anglo-norteamericana; pero donde ellos estaban presentes nadie se podía inmiscuir. Las hipócritas palabras de Truman en sus *Memorias* lo dejan bien claro: *A pesar de nuestro vivo deseo de que Rusia entrara en guerra contra el Japón, la experiencia de Postdam hacía que yo estuviese decidido a evitar que los rusos participaran en absoluto en el control del Japón* [...] *Adopté la determinación de conceder al general MacArthur el mando y control absolutos del Japón después de la victoria. La táctica rusa no podría perturbar de esta manera nuestra acción en el Pacífico. La fuerza es la única cosa que entienden los rusos. Y si bien confiaba que algún día sería posible convencer a Rusia de que colaborase en pro de la paz, yo sabía que no debía permitírseles ninguna clase de control sobre el Japón* (5).

Notas:

(1) W.W.Rostow: *Los Estados Unidos en la palestra mundial*, Tecnos, Madrid, 1962, pg.167.
(2) Ciano: *Diario*, pg.86
(3) R.E. Sherwood: *Roosvelt y Hopkins; una historia íntima*, Ed. Janés, Barcelona, 1950, pg.242.
(4) *La República imperial*, Alianza Editorial, Madrid, 1976, pg.67.
(5) H.S.Truman: *Memorias: 1945, año de decisiones*, Ed.Vergara, Barcelona, 1956, tomo II, pgs.10 y 171.

La guerra fría

Tras su victoria en la guerra, la Unión Soviética se convirtió en uno de los países de mayor peso en la diplomacia internacional y en punto de referencia de todos los pueblos oprimidos del mundo. El prestigio de la Unión Soviética era enorme en aquella época y la militancia de todos los partidos comunistas había aumentado hasta límites insospechados. En un país como Estados Unidos se cifraba en casi un millón. En otros tan dispares como Francia o Chile, formaban parte activa de los gobiernos, sus representaciones parlamentarias eran fuertes e influyentes de manera que se podía decir que eran los únicos Partidos que habían logrado resistir

la tremenda represión desencadenada durante la ocupación fascista. La burguesía, por el contrario, se hallaba fragmentada en numerosas facciones desorganizadas y desacreditadas ante el pueblo, hasta el punto de que en varios países únicamente se sostenía en el poder gracias al apoyo del Ejército anglo-norteamericano.

Las conferencias de Teherán (1943), Yalta (1945) y Potsdam (1945) demostraban que los imperialistas, que lo habían intentado todo para acabar con los soviets, se veían forzados, por primera vez, a sentarse en la misma mesa de negociaciones con los comunistas. En aquellas cumbres los países capitalistas más importantes no tuvieron más remedio que reconocer el papel decisivo que la Unión Soviética estaba desempeñando en la derrota de las fuerzas del Eje, y el puesto clave que había conquistado en la arena internacional. Ya no tenían las manos libres para dirigir el mundo a su antojo.

Pero aunque los imperialistas insistían en su idea del *expansionismo soviético*, la Unión Soviética no era la causante única de esa situación; eso también había cambiado porque era toda la correlación de fuerzas la que se había modificado sustancialmente en la posguerra en contra de los intereses imperialistas. Ese desequilibrio fue propiciado por dos factores que concurrían en la misma dirección:

— la bancarrota de la burguesía en gran parte del mundo (especialmente en Europa) que conduciría a la creación de todo un bloque de países socialistas y a la presencia de partidos comunistas en los gobiernos de otros

— la revolución china en 1949, en Indochina, en Corea y la apertura de un proceso de descolonización en todo el mundo que atacaba directamente las antiguas áreas de influencia del imperialismo.

La guerra había terminado con un fuerte golpe contra el capitalismo, incluso en potencias que antes habían sido de primera fila. Alemania y Japón habían sido derrotadas; Gran Bretaña no estaba en condiciones ni de hacer frente a la nueva situación y ni siquiera de mantener sus viejas posiciones coloniales; la situación de Francia era aún mucho mucho peor. Todo conducía a que los destinos del imperialismo debían ser asumidos en las manos de Estados Unidos, el gran beneficiado económica y estratégicamente por la guerra. Para ellos la guerra había sido el mejor de los negocios, del que salía como cabeza del campo imperialista.

Pero a su vez, en Estados Unidos se pusieron se manifiesto dos líneas diferentes para confrontar la nueva situación:

— una línea de adaptación a la nueva situación, de aceptación de la Unión Soviética como fuerza internacional y, en consecuencia, de mantenimiento del diálogo internacional como se había venido practicando en las últimas fases de la guerra. Esta posición puede identificarse con Roosvelt, Wallace, Hopkins, Stimson y Stettinius.

— una segunda línea de confrontación, de hostilidad, que pretendía cambiar la nueva correlación de fuerzas atacando a lo que consideraban su núcleo esencial, la Unión Soviética. Es la tesis de personajes como Truman o Kennan que, finalmente, acabará imponiéndose bajo el calificativo de *guerra fría*.

Roosvelt murió en 1945 y todo su equipo de gobierno fue purgado. De los diez miembros de su gabinete, seis dimitieron o fueron sustituidos ya antes de la Conferencia de Postdam. De los cuatro que quedaron, dos abandonaron el gobierno a finales de 1945 y los otros dos a finales de 1946. Fueron ellos los que reconociero la nueva correlación de fuerzas surgida en el curso mismo de la guerra y se

mostraron partidarios de proseguir la política de colaboración con la Unión Soviética. De aquel grupo destacaban Stimson, Secretario de Guerra, y Wallace, Secretario de Comercio, quien elaboró un memorándum criticando el giro dado por Truman a la política exterior norteamericana y proponiendo proseguir el entendimiento y la colaboración con Moscú en pro de la paz internacional. También Harry Hopkins se distanció de Truman afirmando que los soviéticos *no sólo no experimentan deseo alguno de pelear con nosotros, sino que están dispuestos a ocupar su puesto en los asuntos mundiales mediante una organización internacional y que, sobre todo, desean mantener con nosotros relaciones amistosas*. Si el Kremlin no era el verdadero enemigo de la paz mundial ¿dónde se escondían los enemigos de la distensión? La respuesta de Hopkins fue terriblemente sincera: se hallan ni más ni menos que en el mismo interior de Estados Unidos, dentro de los círculos reaccionarios y militaristas que durante la guerra no habían ocultado sus simpatías por Hitler y el nazismo. Y escribió: *A lo que el pueblo norteamericano ha de consagrar su atención es al hecho de que hay en Norteamérica una minoría que, por diversidad de razones, desearía haber visto a Rusia derrotada en la guerra y que, antes de que nosotros entrásemos en la lucha, decía que lo mismo daba que venciesen Alemania o Rusia. Esa minoría, pequeña pero vociferante, aprovechará todas las diferencias entre nosotros y Rusia para perturbar nuestras mutuas relaciones. Hay en Norteamérica multitud de gente que vería con agrado que nuestros Ejércitos atravesasen Alemania, después de que ésta fuera derrotada, para pelear contra Rusia. Esa gente no representa a nadie más que a sí misma, y ningún gobierno digno de tal nombre que funcione en nuestro país debe permitir que ese grupo influya en nuestras relaciones oficiales*. Hopkins finalizaba así sus advertencias: *Nuestra política rusa no ha de ser dictada por personas que tienen el prejuicio de que es imposible entenderse con Rusia y que nuestros mutuos intereses forzosamente habrán de chocar y al fin de conducirnos a la guerra. Desde mi punto de vista esta actitud es inadmisible y sólo puede llevarnos al desastre* (1).

Sin embargo, fue esa minoría pequeña pero influyente dentro de los círculos de la gran industria y el Ejército, la que tomó las riendas de la política norteamericana desde la muerte de Roosvelt en abril de 1945. Un balance del escritor norteamericano Horowitz le lleva a concluir que *el 23 de abril de 1945 los rusos se enfrentan con una nueva y hostil dirección política americana, dispuesta a abandonar la coalición de guerra realizar abiertas presiones contra sus antiguos aliados. Además se dieron cuenta enseguida de que esta nueva dirección americana no tenía intención de ofrecer ayuda a la Unión Soviética para su programa de reconstrucción* [...] *Es más, durante este periodo y el inmediatamente anterior los rusos fueron testigos de una expansión en escala prodigiosa del poder americano* (2).

Las elecciones de 1948 resultaron dramáticas para las fuerzas progresistas norteamericanas que habían cifrado sus esperanzas en Wallace, el antiguo colaborador de Roosvelt. Wallace tuvo que formar un tercer partido para presentarse a las elecciones, pero fracasó.

Después de eliminar a los colaboradores de Roosvelt, Truman formó un nuevo gabinete para llevar adelante los planes de confrontación, cuyos ejes de actuación fueron los siguientes:

— en el terreno económico, el plan Marshall, la reconstrucción económica de todos los países de Europa, la creación de un nuevo sistema monetario en Bretton Woods que favorecía al dólar y el despliegue de toda una serie de instituciones financieras, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, bajo control de los imperialistas

— en el terreno diplomático, la eliminación de las consultas mutuas, la reanudación del bloqueo y las presiones así como la construcción de toda una serie de bases militares rodeando las fronteras externas de la Unión Soviética

— en el terreno militar, la creación de bloques agresivos como la OTAN, el despliegue de la intimidación atómica y el rearme, especialmente estratégico que los imperialistas siempre consideraron como el factor esencial y determinante de su fuerza

— la fuga y posterior incorporación de nazis y criminales de guerra al espionaje y los aparatos de seguridad, tanto en Estados Unidos como en Alemania y otros países, creando la red Gladio y fomentando los atentados de la extrema derecha

— en el terreno ideológico, una campaña sin precedentes de intoxicación propagandística para acabar con el enorme prestigio que gozaba la Unión Soviética en general y Stalin en particular, que desembocó en el maccarthysmo y la caza de brujas, tanto en Estados Unidos como en Alemania.

Además, Truman apruebas dos leyes represivas. Una, la ley Taft-Hartley impedía el acceso de los comunistas a los sindicatos, favorecía los cierres patronales como instrumento capitalista de presión contra los obreros y, en definitiva, frenaba las luchas obreras, que se habían disparado en la posguerra. La ley McCarran autorizaba el establecimiento de campos de concentración por todo el país para internar masivamente en ellos a los opositores, por decisión del Presidente cuando considere que ponen en peligro la seguridad o conspiran contra Estados Unidos.

Estas medidas, generalizadas en todos los países capitalistas, demuestran que la guerra fría no iban sólo enfiladas contra la Unión Soviética y demás países socialistas, sino contra el comunismo en general.

Los imperialistas no iban a dar ni un minuto de tregua a la Unión Soviética. Querían acabar con su prestigio y frenar el desplome capitalista. Pusieron en juego una feroz campaña anticomunista por todo el mundo, lanzaron dos bombas atómicas, iniciaron grandes persecuciones así como una campaña de intoxicación contra los países socialistas y, muy particularmente, contra Stalin. El Partido Comunista alemán fue prohibido y en Francia e Italia fueron desalojados del gobierno.

En 1945 Yalta había marcado el tope que en cuanto a colaboración con la Unión Soviética estaban dispuestas a alcanzar las potencias occidentales. Con el debilitamiento del nazi-fascismo y la bancarrota de los imperios tradicionales de Gran Bretaña y Francia, unido al poder y la confianza que los nuevos dirigentes de Washington depositaron en el armamento nuclear, hizo que Estados Unidos creyeran que podían dictar por sí mismos los destinos del mundo. De Gaulle les estorbaba muy poco, y el laborista Attle (que ocupaba el puesto de Churchill desde las elecciones de julio de 1945) no podía mantener el Imperio Británico en pie más que acatando las instrucciones de su socio mayor de la otra orilla de Atlántico. Sólo quedaba por saber si la Unión Soviética cedería ante el chantaje nuclear.

Los norteamericanos acusaban a Moscú de no respetar los acuerdos de Yalta. Pero ya con el nuevo arma atómica en sus manos, fueron ellos mismos quienes empezaron a cuestionar la validez de estos acuerdos. Comenzaron a decir que tanto lo convenido en Yalta, como la creación de las Naciones Unidas en San Francisco, no habían sido más que concesiones vergonzosas al *comunismo*. Sin embargo, el Secretario de Estado norteamericano E. Stettinius, que estuvo con Roosvelt en Yalta, reconoció que *la Unión Soviética hizo más concesiones a Estados*

Unidos y a Gran Bretaña de las que le hicieron a ella, añadiendo Horowitz que *todos los acuerdos alcanzados eran, en cierto modo, concesiones soviéticas* (3). Por su parte, el asesor de Roosvelt en la Conferencia de Yalta le pasó una nota en el curso mismo de las conversaciones en la que se podía leer: *Los rusos han concedido tanto en esta Conferencia que no creo que debamos abandonarles* (4). Por lo que se refiere a la de San Francisco, el conocido periodista norteamericano del *New York Times*, James Reston, comentó en su columna del 12 de junio: *El balance de la Conferencia arroja, según han comentado los delegados, diez concesiones de Rusia que han contribuido en gran medida a la liberación de las propuestas de Dumbarton Oaks* (5).

A pesar de todo ello, una vasta campaña de prensa fue puesta en funcionamiento con objeto de desprestigiar a la Unión Soviética y apaciguar las simpatías que se había ganado entre las masas norteamericanas por su contribución decisiva a la derrota del nazi-fascismo. Según esta campaña propagandística, Roosvelt había cedido ante lo que llamaban con su habitual demagogia *las pretensiones expansionistas de Moscú*. Roosvelt había legalizado ese *expansionismo soviético* en Yalta y San Francisco y además, se decía, la Unión Soviética incumplía esos acuerdos en aquellos aspectos que frenaban su *expansionismo*.

Pero ante el problema que se planteó de quién había hecho las concesiones y de quién había de hacerlas en el futuro, los alumnos de West Point pensaban, con su lógica propia, que no deberían ser ellos, los fuertes, sino los débiles, los que no tenían la fuerza de las nuevas armas atómicas, los que debían ceder. Otros iban mucho más lejos y mantenían que ni siquiera había que sentarse a discutir con la Unión Soviética: bastaba que Estados Unidos dictaran sus condiciones y lanzaran un ultimátum con la amenaza de llevar sus bombarderos atómicos a quienes no las aceptaran. Había que obligar a los soviéticos a ceder y capitular frente a las pretensiones del imperialismo norteamericano: *Dada la hipótesis de que el poder soviético era débil e inestable* -escribe Horowitz- *la necesidad de llegar a un acuerdo con él pasaba a un segundo plano*. La Unión Soviética no podía ya ser tomada en cuenta como una potencia de primera fila. Había que aprovechar su gran debilidad de posguerra para hacerla retroceder en todos los campos, revisar los acuerdos adoptados durante la guerra, acabar con las negociaciones e imponer unilateralmente los intereses del imperialismo norteamericano.

Pero el mencionarlo aquí no está de más para poner de relieve que no fue la Unión Soviética quien violó los acuerdos de Yalta, sino precisamente las potencias capitalistas, y Estados Unidos en primer lugar. En contraste con la campaña que posteriormente desataría por su cuenta, Churchill manifestó poco después de la cumbre de Yalta, en su discurso a la Cámara de los Comunes: *La impresión que he recogido en Crimea y en todos los demás contactos que he llevado a cabo es que el mariscal Stalin y los líderes soviéticos desean vivir en paz con las democracias occidentales. Creo también que cumplirán su palabra. No conozco ningún gobierno que cumpla sus obligaciones, incluso en perjuicio propio, hasta el extremo que lo hace la Rusia Soviética* [...] *Muy sombrío sería desde luego el futuro de la humanidad si se produjese una terrible escisión entre las democracias occidentales y la Unión Soviética, si todas las futuras organizaciones mundiales quedasen partidas por la mitad y si nuevos cataclismos de inconcebible violencia destruyesen todo lo que queda de tesoros y libertades de la humanidad*.

Mientras en Estados Unidos se acusaba a la Unión Soviética de violar los acuerdos de Yalta, A.H.Vandenberg escribía ya el 7 de marzo, pocos días después de la cumbre, que aquellos acuerdos debían ser revisados. Y esto fue lo que la delegación norteamericana en la Conferencia de San Francisco (de la que Vandenberg formaba parte como Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado) trató de llevar a cabo por medio de ocho enmiendas a la Carta de la ONU en las que se

solicitaba que el Consejo de Seguridad tuviese facultades para revisar los Tratados vigentes, incluyendo el de Yalta, por supuesto. De nuevo se olvidaba la experiencia de la Primera Guerra Mundial, cuyos tratados de paz habían intentado derogar los revanchistas nazis, consigna que sirvió a Hitler para auparse al poder y cuyo incumplimiento había favorecido el rearme de Alemania.

La política imperialista de romper el clima de colaboración imperante durante la guerra se manifestó en un principio y con mayor intensidad en las posiciones de Churchill de no transigir jamás con los dirigentes del Kremlin. Cuando en Yalta se discutía el derecho de las colonias a la autodeterminación y a la independencia, Churchill estalló diciendo que él *no consentiría, en circunstancia alguna, que las Naciones Unidas se entrometieran en lo que constituía la mismísima vida del Imperio Británico. Habló con cierta prolijidad y con determinado vigor respecto a su histórica aserción en la que garantizaba que, mientras el fuese primer ministro, jamás cedería el menor jirón de patrimonio inglés* (6). Pero pronto él, como su sucesor en Downing Street, tuvieron que reconocer la realidad de los hechos y ceder el sitio para que Estados Unidos ocuparan su lugar con una forma renovada de colonialismo -el neocolonialismo- más acorde con los tiempos que se avecinaban. Así, ya antes de la guerra J.McCormack pudo escribir que *en tanto que los dominios británicos se encogen, los dominios americanos deben expandirse y donde la dominación inglesa termina, la coerción americana debe empezar* (7).

Si a todo esto añadimos el monopolio que Estados Unidos tenía sobre el arma nuclear y la confianza y seguridad que este hecho les proporcionaba tendremos una visión mucho más aproximada del Estado de ánimo de esa *pequeña camarilla vociferante* de que hablaba Hopkins. En sus *Memorias* Zhukov narra una anécdota que observó en la conferencia de Postdam: Truman trató de intimidar a Stalin informándole de que Estados Unidos acababa de experimentar con una bomba potentísima, sin decirle de qué tipo. Él y Churchill se le quedaron mirando, tratando de comprobar la reacción de Stalin, de verificar si la noticia le había impresionado. Pero Stalin no pestañeó; ni dijo nada, ni se inmutó, ni siquiera hizo ningún gesto. En sus *Memorias* Churchill concluye que lo que ocurrió fue que Stalin no se había enterado de lo que Truman acababa de decirle. La versión de Zhukov es bien distinta: al regresar de la reunión, Stalin le comentó a Molotov lo que Truman acababa de decirle; Molotov le comenta que los imperialistas querían *'subir el precio'*, y Stalin le respondió: *'Que lo suban. Hay que hablar con Kurtchatov para que acelere nuestro propio trabajo'*. Miembro de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, Kurtchatov ultimaba los preparativos para que el Ejército Rojo dispusiera de su propia bomba atómica.

A diferencia de Jruschov y los revisionistas, Stalin consideraba que ni la bomba ni ningún nuevo medio técnico de ninguna especie cambiaría la naturaleza del imperialismo. La bomba atómica era un acontecimiento importante pero en ningún caso decisivo.

El abuso diplomático del monopolio atómico fue uno de los que propiciaron la dimisión de Stimson quien *insistía sobre la necesidad de proponer a los rusos una asociación sobre la base de la cooperación. Sugería que los tres grandes detuvieran la producción de bombas comprometiéndose a no emplearlas sin común acuerdo y sellando las que pudieran existir. Preconizaba además el intercambio de información sobre el desarrollo de la utilización pacífica de la energía atómica*. Naturalmente Washington no podía aceptar esto: ellos iban muy por delante de los soviéticos en el campo nuclear, tenían una gran ventaja en el dominio de esta tecnología y sólo británicos y canadienses tenían conocimientos exactos de alguno de los misterios del armamento nuclear. Fue por ello que estos tres países se lanzaron frenéticamente a desarrollar esta tecnología con el fin de ganar tiempo y obtener una ventaja sustancial sobre la Unión Soviética. No podían desaprovechar

la oportunidad de manera que boicotearon todos los planes destinados por la ONU a frenar la carrera de armamento nuclear. Es más, emitieron una declaración conjunta que *eliminaba toda posibilidad de cooperación entre los tres grandes que, nueve meses antes, en Yalta, habían reafirmado su voluntad común de mantener y reforzar en la paz futura la unidad de fines y de acción que había permitido en la guerra la victoria de la Naciones Unidas no eliminaba toda posibilidad de una solución negociada en la marco de la joven ONU* (8). Pero igualmente, no pasaría mucho tiempo antes de que las conversaciones de desarme quedaran totalmente bloqueadas también en las Naciones Unidas.

Las conversaciones de desarme no interesaban a los imperialistas. Pero no les interesarton entonces, cuando ellos tenían el monopolio sobre el arma mortífera. Comenzó a interesarles después, cuando la Unión Soviética dispuso de idénticas posibilidades atómicas. Entonces empezaron a hablar de desarme, bien entendido que cuando hablaban de desarme querían decirme que era la Unión Soviética quien debía desarmarse.

El enfrentamiento con la Unión Soviética se mantuvo secreto en un principio; llevarlo a la calle de buenas a primeras hubiera supuesto ganarse la enemistad del pueblo norteamericano, así como desenmascararse abiertamente ante todo el mundo como una potencia belicosa y agresiva, similar a las que habían sido derrotadas en la guerra. Formalmente proseguían los encuentros a alto nivel, las negociaciones y los intercambios de mensajes. La propaganda antisoviética se reservaba a ciertas cadenas de prensa, como la de Hearst, que lanzaban todo tipo de bulos acerca de la inminencia de una invasión del Ejército Rojo hacia el oeste de Europa, y criticaban la *blandengue* política exterior de Truman. La inestabilidad de algunos Estados europeos y el miedo de la burguesía a la revolución daba crédito y aireaba todos los bulos acerca de la inminente invasión del Ejército Rojo. Favorecían y se aprovechaban del clima de guerra fría con el fin de obtener apoyo más decidido -generalmente de tipo militar y económico- del imperialismo estadounidense.

Fue Churchill quien en su famoso discurso de Fulton (Estados Unidos) en marzo de 1946 levantó a los cuatro vientos toda la demagógica propaganda que se estaba organizando. Es así como se dio crédito a los más fantásticos planes agresivos del Ejército Rojo y se inventaron hasta la saciedad las más fantásticas aventuras de espionaje con el fin de depurar los gobiernos y la administración de los sospechosos de simpatizar con el comunismo y apretar filas en torno a Truman y sus planes agresivos y militaristas.

Stalin respondió al discurso de Chuchill con una entrevista en *Pravda* publicada el 14 de marzo que -naturalmente- no tuvo tanta acogida en la prensa occidental como el discurso de Fulton. En la entrevista Stalin comparaba a Churchill con Hitler, le acusaba de racismo y le reprochaba su incitación a una nueva guerra. Le acusaba también de proponer compartir la hegemonía mundial con Estados Unidos bajo la tesis de que sólo los países angloparlantes estaban capacitados para ello. Pero *si las naciones han vertido su sangre en el curso de cinco años de terrible guerra* -decía Stalin- *ha sido por la libertad y la independencia de sus países y no para remplazar la dominación de los Hitler por la de los Churchill*.

Continuaba Stalin desvelando la hipócrita política del imperialismo británico, que había propuesto prorrogar por otros *cincuenta años* el tratado de alianza existente con la Unión Soviética: eso sólo es posible -decía- porque para ellos los tratados internacionales son papel mojado, porque no piensan cumplir sus compromisos.

Pero Churchill, aunque en aquel momento era jefe de la oposición en el Parlamento británico, no representaba el pensamiento oficial de ningún país, por lo que no podía comprometer a nadie que no fuese su propio partido. A pesar de ello, estalló una violenta oleada de protestas en la opinión pública mundial contra sus declaraciones y contra el clima artificial de enfrentamiento que estaba gestando el bloque imperialista. El propio Truman, que se hallaba presente en el mitin de Fulton, tuvo que reconocer que desconocía el contenido de la declaración de Churchill y que no representaba la política oficial de su gobierno.

Por tanto, se decidió mantener aún en secreto la política de guerra fría y de enfrentamiento con la Unión Soviética, hasta que en marzo de 1947, un año más tarde, Truman expuso abiertamente las mismas ideas de Churchill ante el Congreso norteamericano. La excusa era la guerra civil de Grecia y la situación política en Turquía. Aquel discurso se conoció más tarde como la *doctrina Truman* y hacía referencia al relevo que los estadounidenses iban a hacer de los británicos en aquellos dos países, incapaces de sostener en Grecia a la camarilla de reaccionarios griegos, monárquicos y ex-nazis, que estaba a punto de ser derrocada por el EAM (Frente Nacional) que representaba a todas las fuerzas populares que habían liberado a su país de la ocupación hitleriana y contaban con el respaldo unánime del pueblo griego. Según Truman y la propaganda imperialista, el EAM estaba sostenido por Moscú, extremo éste que todos los historiadores han reputado completamente falso. De la misma manera se achacaba la inestabilidad del gobierno reaccionario turco a la agitación de los comunistas y a las presiones de la Unión Soviética sobre el gobierno.

Los británicos se habían visto totalmente incapaces de mantener a ambos Estados dentro de su órbita de influencia y Truman manifestó oficialmente que tomaba el relevo de los británicos para sostener ambas dictaduras enviando apoyo económico y militar que declaró estar dispuesto a ampliar a todos aquellos gobiernos que luchasen contra las *minorías armadas* y contra la*infiltración comunista procedente del exterior*. Es así como Estados Unidos inició su política de sostener a las más sanguinarias y corruptas camarillas gobernantes repartidas por todo el mundo, aún a costa de acabar con los pocos gobiernos democráticos que aún quedaban en el bloque capitalista.

Kennan, diplomático estadounidense destacado en la Unión Soviética desde el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países en 1933, expuso la teoría oficial de la guerra fría, calificada como *doctrina de la contención*. Inicialmente esta doctrina la elaboró en un informe reservado para el secretario de la Armada (Ministro de la Marina de Guerra) a finales de 1946, aunque después de aparecer la *doctrina Truman* se publicó sin firma en la revista *Foreign Affairs* en julio de 1947 bajo el título*Los orígenes de la conducta soviética*.

Es cierto que la doctrina de la contención de Kennan no se ha entendido nunca -tampoco entonces- en su extraordinaria sutileza. Siempre se ha considerado como una estrategia militar de freno de esa supuesta *expansión comunista* emprendida por la fuerza militar. Pero, como insiste Kennan, *no me refería a la contención por medios militares de una amenaza militar, sino a la contención política de una amenaza política*, por lo que no tiene nada que ver con el cerco de la Unión Soviética con bases militares, cohetes estratégicos y armas nucleares. Los rusos no aspiraban a invadir ningún país, reconoce Kennan, y, por tanto, la guerra no era inevitable. El desafío que la Unión Soviética planteaba en la posguerra era político y, por tanto, *había un terreno medio de resistencia política en el cual podíamos batirnos con buenas posibilidades de éxito*. Era un error responder a un reto político con medidas militares, dice Kennan, porque el verdadero núcleo del problema radica en los partidos comunistas locales y en que esos partidos eran los *vehículos de la voluntad de Stalin*.

¿Cómo responder a ese desafío? ¿Qué medidas tomar? Desde luego nada de concesiones, propone Kennan, sino todo lo contrario; que no se deba recurrir a las armas (y menos a las armas nucleares) no significa para Kennan preconizar algún tipo de relajación; lo que se debe hacer es tensar la cuerda sin llegar a romperla: *El antagonismo soviético-norteamericano podía ser grave sin que hubiese que recurrir forzosamente a la guerra para resolverlo*. Ahí está definida la esencia de la guerra fría, ese es el terreno medio de resistencia política frente al comunismo.

Pero Kennan no se queda ahí porque, desde el observatorio privilegiado de la embajada estadounidense en Moscú conoce al primer país socialista y a su máximo dirigente, Stalin. A Kennan no le cabe ninguna duda de que el verdadero problema es Stalin, es decir, el comunismo. Cuando él temía la implantación de los partidos comunistas *locales*, lo que en realidad le preocupaba no era su voluminosa afiliación, ni su presencia pública, ni sus votos; era su misma naturaleza comunista, su ideología revolucionaria, lo que había que destruir. El objetivo era que esos partidos comunistas locales dejaran de ser *vehículos de la voluntad de Stalin*, lo cual comenzó a cumplirse, añade Kennan, primero con Tito y luego con la propia muerte de Stalin, momento en el que surgen las discrepancias con China: la doctrina de la contención *perdió en gran parte su razón de ser con la muerte de Stalin y el desarrollo del conflicto chino-soviético*.

El artículo desató una gran discusión porque la opinión pública simpatizaba con la Unión Soviética. Fue necesaria una gran campaña propagandística para cambiar esa corriente de admiración hacia el socialismo y su gesta durante la guerra. La guerra fría jamás hubiera podido continuar sin cambiar en profundidad ese sentimiento espontáneo y volverlo del revés. Al más puro estilo nazi se inició una gigantesca campaña publicitaria que trataba de alertar sobre unos peligros de *subversión comunista* y llamaba a defender la seguridad del *mundo libre* donde la democracia se extinguía paulatinamente (o a golpe de cuartelazo) y en su lugar se imponían regímenes que todo el mundo confiaba enterrados definitivamente. Con la excusa de *contener la expansión comunista* y de su propia seguridad, Estados Unidos pretendió erigirse en árbitro de todos los conflictos mundiales. Llevaron sus fronteras desde el Atlántico 10.000 kilómetros más allá de sus orillas, hasta la puerta misma de la Unión Soviética con el fin de instalar allí una red de bases militares agresivas y plataformas de injerencia y espionaje. La frontera norteamericana estaba en el Rhin, en el Elba, en Grecia, en Turquía, en Irán, en Filipinas, en China, en Corea; su frontera marítima en el Mar del Norte, en el Báltico, en el Mediterráneo, en el Mar Rojo, en el Océano Índico.

Uno de los caballos de batalla que utilizaba asiduamente Churchill en esta campaña antisoviética era la no retirada de las zonas de ocupación militar efectiva que se habían alcanzado en el campo de batalla hacia las previstas en Yalta. El rápido avance de los Ejércitos aliados a finales de la guerra en Europa a causa de la rendición sistemática de la Wehrmacht en el frente occidental, hizo que los límites previstos en Yalta fueran sobrepasados por los aliados. Esa ocupación militar de hecho era la que Churchill quería retener, violando una vez más los acuerdos adoptados. Por otro lado, esto equivalía a detener el funcionamiento del sistema de control tripartito de Alemania, también previsto en Yalta. Además, Churchill presionaba a Truman continuamente para que las tropas norteamericanas que ocupaban Europa no fueran trasladadas al Pacífico, donde la guerra con Japón no había concluido aún. De manera que por todos los medios trataba de poner frente a frente en Europa al Ejercito Rojo con el norteamericano. Esto, unido al ultimátum unilateral impuesto a Japón, a la admisión de Argentina en las Naciones Unidas, a la separación de Formosa de China continental tras la revolución de 1949, a las propuestas de Vandenberg en la Conferencia de San Francisco y a un largo etcétera de acciones del imperialismo en la posguerra, es suficiente para mostrar claramente

cuáles fueron las violaciones de los acuerdos firmados en Yalta y quiénes son los responsables de las mismas.

La política de romper el clima de colaboración con la Unión Soviética se consolidó a fines de 1945 cuando prácticamente se celebraron las últimas conversaciones y consultas mutuas. Comenzaba así un periodo de diez años en el que no tuvo lugar ninguna entrevista entre los Jefes de Estado soviético y norteamericano. Y lo que es peor, se comenzó ya en todos los medios de comunicación una furibunda campaña de propaganda negra destinada a convencer a todo el mundo de que, efectivamente, la Unión Soviética era un peligro para la paz mundial, de que pretendía invadir Europa para imponer regímenes comunistas en los países occidentales, de que numerosos agentes subversivos se estaban infiltrando desde Moscú por todas partes y de que esto era origen de todos los males y desgracias que asolaban al mundo. Según esto, las *democracias* occidentales se veían obligadas a defenderse, a prohibir las actividades de los partidos comunistas, a intensificar las depuraciones y la caza de brujas y a tomar todo tipo de medidas represivas contra las reivindicaciones populares *teledirigidas desde Moscú*. Los siniestros personajes que habitaban el Kremlin eran los culpables de todos los padecimientos de los pueblos en la posguerra. Ellos eran también los responsables de los infinitos crímenes cometidos contra sus pueblos; en la Unión Soviética y en Estados de democracia popular la gente vivía en la más completa miseria, presa del hambre, las enfermedades y la tiranía más brutal jamás conocida por la Historia.

Sin embargo fueron muchos quienes dentro de esta furiosa embestida propagadística supieron ver la realidad con sus propios ojos. Así, E.Roosvelt, hijo del antiguo Presidente, reconocía en 1946 que *fueron Estados Unidos y Gran Bretaña los que primero blandieron el puño de hierro, los que primero anularon las decisiones colectivas*. Por su parte, T.Alsons escribía el 12 de diciembre de 1949 en el New York Herald Tribune: *Uno de los objetivos constantes de la política del Kremlin ha sido sostener conversaciones bipartitas con Estados Unidos; nosotros en cambio hemos procurado evitarlas siempre*. Y ya en 1966 J.P.Taylor defendía también la verdad cuando concluyó: *Numerosos estudios... destruyen la leyenda de manera completa. Demuestran claramente que la guerra fría fue iniciada deliberadamente por Truman y sus consejeros* (9).

Pero estas voces clamaban, y claman aún hoy, más de medio siglo después, en el más silencioso de los desiertos. Lo que se impuso, y lo que continúa hoy en boga gracias a los medios de comunicación controlados por el imperialismo, es precisamente esa leyenda a la que se refiere Taylor. Incluso hoy, cuando la Unión Soviética ha desaparecido, las acusaciones de expansionismo, agresividad e intenciones belicosas no hacen sino tratar de encubrir el propio expansionismo, agresividad y belicosidad del imperialismo.

Pero no es con propaganda difamatoria como se puede variar el rumbo de los acontecimientos: estos casi 50 años transcurridos han mostrado una y otra vez a los pueblos de toda la tierra el camino para conquistar la felicidad y la paz del mundo, y han dejado bien sentado repetidas veces que todo esto no se halla precisamente en lo que los imperialistas llaman el *mundo libre*, sino precisamente luchando contra él, contra el sistema que representa de explotación económica, represión política y opresión de las justas aspiraciones de todos los pueblos a la paz, la libertad, la justicia y la felicidad, que sólo son posibles bajo un régimen socialista que nos conduzca a la sociedad sin clases.

Esa belicosidad imperialista es la que le animó a financiar la reconstrucción de Alemania occidental, en colaboración con buena parte de quienes había actuado a

las órdenes de Hitler, mientras negaban cualquier clase de ayuda a la Unión Soviética.

Aún sin ninguna clase de apoyo exterior, la superioridad del socialismo se demostró en 1949 cuando la Unión Soviética probó la primera bomba atómica. Pocos años después lanzaba el primer satélite no tripulado al espacio.

La posguerra no fue esa era de paz que todos los pueblos del mundo esperaban después de tan espantosa matanza. Por todas partes los Estados imperialistas provocaron tensiones, e incluso guerras como la de Corea en 1950.

Una de las última batallas ideológica que Stalin enfrentó al final de su vida fue contra el revisionismo yugoeslavo.

La denuncia de los manejos de Tito en los Balcanes no es fácil de exponer en el contexto en el que se desenvolvieron, pues hay varias cuestiones conexas de distinta naturaleza, entre las cuales tres de las más importantes que provocaron la ruptura fueron las siguientes:

— la disolución del partido comunista dentro del Frente Popular, perdiendo su condición de vanguardia
— la Federación Balcánica
— la colectivización de la tierra en Yugoeslavia.

Además, la cuestión yugoeslava coincide en el tiempo con la revolución en Grecia y ambos acontecimientos no se pueden separar.

Como en Grecia, en Polonia y, en general, en todos los países europeos, en Yugoslavia existían también dos movimientos de resistencia antifascista. Uno dependía del gobierno reaccionario en el exilio (chetniks) y otro, más fuerte, estaba dirigido por los comunistas. A diferencia de todos los demás países en que se produjo esa dualidad, en el caso de Yugoslavia, Churchill decidió apoyar, no al gobierno reaccionario en el exilio, sino a los comunistas. El 10 de diciembre de 1943 se lo comunicó oficialmente al rey Pedro II e incluso argumentó las razones para esa opción: el presidente del gobierno exiliado Mijailovitch colaboraba en realidad con los ocupantes hitlerianos. En junio de aquel año Churchill ya había enviado a Tito una misión militar encabezada por el general Fitzroy MacLean y su propio hijo Randolph. Para evitar su bancarrota, el rey destituyó a Mijailovitch y los imperialistas británicos, verdaderos dueños de toda la región de los Balcanes, alentaron una entrevista entre Tito y Chubachitch, un delegado del nuevo gobierno exiliado, que se celebró el 16 de junio de 1944. Se acordó la unificación de la guerrilla, la formación de un gobierno único y Tito introdujo a dos antifascistas en el gobierno exiliado. Dos meses después, se produjo otra entrevista entre Churchill y Tito en Nápoles y ambos llegaron a una serie de acuerdos, entre los que cabe destacar:

— Tito se opondría al retorno del monarca
— abandonaría sus pretensiones sobre Triestre e Istria a Italia, Carintia a Austria y una parte de Macedonia a Grecia
— pretendía integrar a los países de los Balcanes en una única Federación
— se comprometía a no construir el socialismo en Yugoslavia.

De aquellos acuerdos, tan extraños para la época y tan diferentes -aparentemente- de la política británica hacia otros países, se desprendían, sin embargo, dos conclusiones claras: que Tito no era comunista y que, por el contrario, era una nacionalista que pretendía someter a todos los países de la región a través de la

Federación Balcánica. La familiaridad de Churchill con un comunista como Tito era harto exótica. En sus *Memorias* el británico dice que aunque Tito se comprometió con él a no adoptar medidas socialistas en privado, se negó a hacer público ese compromiso. Según Dedidjer, el biógrafo de Tito, lo que éste dijo fue lo siguiente: *La experiencia rusa será útil para nosotros, pero no nos impedirá tener en cuenta las condiciones particulares de nuestro país*. La cosa no cambia en nada. En aquel tiempo *ruso* era sinónimo de comunista y, a la inversa, bastaba cualquier declaración de independencia hacia Moscú para indicar el alejamiento del comunismo. El *eurocomunismo* fue luego un buen ejemplo de ésto.

La paradoja era máxima en el caso de Yugoslavia porque, como en los demás países y a pesar de la demagogia imperialista, Stalin no tenía ningún interés específico en que Yugoslavia fuera una país socialista e incluso le recomendó a Tito que admitiera el regreso del rey. Su interés era preservar entre los Estados vecinos unos vínculos que garantizaran su seguridad, con los que pudiera mantener buenas relaciones y que no se prestaran a ningún tipo de provocaciones. Por el contrario, era Tito quien manifestaba pretender hacer de Yugoslavia un país socialista, si bien con un socialismo diferente. Por tanto, la denuncia de Stalin no radicaba en esa supuesta independencia de criterio por parte de Tito sino en su doble juego, en su enmascaramiento y en la confusión que sembraban sus teorías.

El nacionalismo de Tito no consistía sólo en esa independencia respecto a Moscú, sino que era de tipo expansionista y eso podía provocar graves disturbios en una región ya de por sí muy conflictiva históricamente. La federación balcánica era una vieja consigna del movimiento comunista internacional. Ya había sido aprobada en 1925 por el V Congreso de la Internacional Comunista cuando los revisionistas yugoeslavos se convirtieron en sus máximos defensores. Durante la guerra mundial, Tito llegó a entablar negociaciones con Bulgaria a este respecto. En diciembre de 1944 se entrevistó con Petar Todorov, enviado especial del gobierno búlgaro. Los comunistas búlgaros propusieron la formación de un Consejo Unificado de Gobierno, con Tito como primer ministro de la federación búlgaro-yugoeslava. Pero dos horas antes de la salida de la delegación búlgara para Belgrado, los soviéticos pidieron que permaneciera en Sofia. Primero de una forma velada y más tarde abiertamente, la Unión Soviética comenzó a oponerse al proyecto federal. En un momento en el que las fronteras en Europa aún no se habían delimitado, no era ni el momento ni la forma de llevarla a cabo.

Cuando terminó la guerra, el 27 de julio de 1947, Dimitrov y el ministro búlgaro de Asuntos Exteriores, Gueorguiev, se entrevistaron con Tito en Belgrado. El 2 de agosto se firmó en Bled un tratado que incluía a Albania, y, en contra de la práctica habitual, su texto fue inmediatamente difundido con gran despliegue publicitario. El artículo 2 del tratado regulaba la cooperación económica de ambos países, estableciendo incluso un tipo de cambio, así como la preparación de una unión aduanera, y la coordinación de medidas económicas, que alcanzaban a la energía eléctrica, las minas, la agricultura, los transportes y el comercio exterior. El artículo 3 abolía los visados y en virtud del artículo 7, Yugoslavia renunciaba a los 215 millones de dólares que aún quedaban por hacer efectivos de sus reparaciones.

También se concluyó un acuerdo secreto entre ambos países que sentaba las bases de un Estado búlgaro-yugoslavo, con el nombre de *Unión de Repúblicas Populares Sur-eslavas*. Esta parte secreta del acuerdo entre Yugoeslavia y Bulgaria dejó de serlo cuando Tito lo hizo público tras anunciarse su ruptura con la Kominform.

Pero Dimitrov fue aún más lejos. El 17 de enero de 1948 dijo: *Con la condición y en el momento en que este problema esté maduro para su discusión, los países democráticos -Bulgaria, Yugoslavia, Albania, Rumania, Hungría, Checoslovaquia,*

Polonia, y tal vez, Grecia- decidirán cómo y cuándo tal federación tendrá lugar. Lo que ahora está haciendo el pueblo es preparar tal federación para el futuro. Como medida inmediata propuso la unión aduanera: *Estamos convencidos de que sólo una unión aduanera puede realmente contribuir al desarrollo de nuestros pueblos, y por eso, concienzuda y animosamente, nos proponemos seguir adelante, en la elaboración de esta unión aduanera, abierta a todos los países que quieran integrarla*. Con ello se perseguía una unión aduanera, no sólo de Bulgaria y Yugoslavia, sino una federación de todos los países balcánicos y danubianos. Tito pretendía territorios de todos sus vecinos y en su Federación Balcánica tenía intención de integrar, entre otros países, a Albania, que reaccionó valientemente contra estas pretensiones hegemonistas. Las sutiles pretensiones de Tito eran incorporar a aquel país no en pie de igualdad con Yugoslavia sino en las mismas condiciones que Serbia, Croacia, Montenegro o Eslovenia.

El asunto fue demasiado rápido y demasiado lejos. El 28 de enero de 1948 Pravda lanzó un ataque abierto contra Dimitrov, en el que se alegaba que estos países no necesitaban una federación problemática y artificial, ni una confederación o unión aduanera. Inmediatamente después de la crítica de Pravda, los dirigentes del Partido Comunista búlgaro, incluyendo al propio Dimitrov, rectificaron y dieron marcha atrás (discurso al II Congreso del Frente Patriótico, 2 de febrero de 1948).

La retirada de los comunistas búlgaros de la federación balcánica fue otra causa de descontento hacia la Unión Soviética para los revisionistas yugoslavos. Uno de éstos, Moshe Pijade, les responsabilizó del naufragio, tanto del proyecto de la federación eslava del sur como de todos los tratados de alianza concertados entre Yugoslavia y Bulgaria. Comenzaron a acusar a la Unión Soviética de *imperialismo* hacia los pequeños estados de los Balcanes, que es lo que ellos estaban tratando de imponer en Albania.

Todo esto introdujo una enorme confusión en el movimiento comunista internacional y dio lugar a un cúmulo de paradojas. La confusión sólo fue posible porque Tito y los suyos se hicieron pasar por comunistas y actuar como si tuvieran algo que ver con el comunismo. Por lo tanto, Stalin tenía, una vez más, absoluta razón cuando los desenmascaró como revisionistas y agentes del imperialismo. No hay punto intermedio entre el capitalismo y el socialismo, no hay ningún modelo distinto de socialismo, no hay vías ni atajos para construir una sociedad socialista, el socialismo no cambia en absoluto de un país a otro.

El revisionismo de Tito, como era corriente en la posguerra, adoptaba la forma de nacionalismo. La posición geoestratégica de Yugoslavia le concedía una baza muy importante, la supuesta pretensión de equidistar del capitalismo y el socialismo, la de encontrar una tercera vía, la de inventar un nuevo modelo de socialismo. Buscaba disponer de un amplio margen de maniobra en el terreno diplomático. Por eso Yugoslavia encontró pronto su lugar a la cabeza del movimiento de países no alineados. Pero no se puede ser comunista y nacionalista al mismo tiempo; los comunistas somos internacionalistas, que es todo lo opuesto al nacionalismo, una ideología esencialmente burguesa. El 28 de junio de 1948 el Kominform denunció públicamente al Partido Comunista de Yugoslavia como una organización revisionista y nacionalista. Las declaraciones contra el revisionismo yugoslavo se repetirían luego en otros foros comunistas, como en la declaración de Moscú de 81 partidos comunistas, celebrada en 1960.

Desenmascarado Tito y su Liga Comunista de Yugoslavia, las potencias imperialistas se volcaron en apoyar y financiar la reconstrucción del modelo de *socialismo* en Yugoslavia con millones de divisas, firmando inmediatamente tratados de colaboración económica con todas las grandes potencias.

Posteriormente la rehabilitación de los revisionistas yugoslavos por su colega Jruschov, permitió que también pudieran a obtener financiación de la Unión Soviética y convirtió a Yugoslavia en un país privilegiado. El desarrollo capitalista en aquel país, como denunciara Stalin, se fundamentó en los mismos patrones que todos los demás países capitalistas: inversiones extranjeras, emigración, desempleo y turismo.

Para terminar de complacer a sus jefes imperialistas, Tito llevó a cabo su último acto de traición, cerrando la frontera con Grecia y permitiendo que la guerrilla griega fuera aplastada. Luego suscribió un pacto balcánico tanto con la Grecia reaccionaria como con Turquía, países ambos que formaban parte del dispositivo de la OTAN.

A la muerte de Stalin, otro revisionista, Jruschov, rehabilitó a Tito y a la Liga Comunista de Yugoslavia como organización integrante del movimiento comunista internacional, poniéndose de su lado sin que Tito hubiera variado lo más mínimo sus postulados. A través de Jruschov, las posiciones revisionistas de Tito se abrieron camino y, con ellas, el nacionalismo y la demagogia acerca de las vías nacionales diversas para construir el socialismo.

Una de las consecuencia de esa rehabilitación, fue la reacción contraria del Partido del Trabajo de Albania a las nuevas tesis revisionistas que se imponían en Moscú y, en cosecuencia, la definitiva división del movimiento comunista internacional.

Notas:

(1) R.E. Sherwood: *Roosvelt y Hopkins; una historia íntima*, Ed. Janés, Barcelona, 1950, pgs.406 y 467.
(2) D. Horowitz: *Estados Unidos frente a la revolución mundial*, Ed. de Cultura Popular, Barcelona, 1968, pgs.59 y 93.
(3) D. Horowitz: *Estados Unidos frente a la revolución mundial*, Ed. de Cultura Popular, Barcelona, 1968, pg.38.
(4) W.W.Rostow: *Estados Unidos en la palestra mundial*, Tecnos, Madrid, 1962, pg.141.
(5) D. Horowitz: *Estados Unidos frente a la revolución mundial*, Ed. de Cultura Popular, Barcelona, 1968, pg.43.
(6) R.E. Sherwood: *Roosvelt y Hopkins; una historia íntima*, Ed. Janés, Barcelona, 1950, pg.406.
(7) H. Ramírez Necochea: *Estados Unidos y América Latina*, Ed. Palestra, Buenos Aires, 1966, pg.50.
(8) André Fontaine: *Historia de la guerra fría*, Luis de Caralt, Barcelona, 1970, tomo I, pgs.264 y 267.
(9) D. Horowitz: *Estados Unidos frente a la revolución mundial*, Ed. de Cultura Popular, Barcelona, 1968, pg.23.

McCarran era senador por el Estado de Nevada. En 1950 propició la concesión de un empréstito en favor del régimen franquista y tres años después fue uno de los que negoció la reanudación de relaciones diplomáticas con nuestro país. La población indígena de Estados Unidos ya había sido recluida en campos de concentración (camufladas como reservas indias) y también se utilizaron durante la II Guerra Mundial para encerrar a los ciudadanos de origen japonés. En el de Tule Lake, California, internaron a unos 20.000 de aquellos detenidos. Pero a partir de entonces, con la ley McCarran, se reconstruyeron antiguos campos ya utilizados y se abrieron otros nuevos, destacando Wickenburg y Florence (Arizona), Reno

(Oklahoma), Allenwood (Pennsylvania), Avon Park (Florida) y Tule Lake (California). Allenwood, en Pennsylvania, parece destinado fundamentalmente a los detenidos de la costa occidental, Nueva York, Filadelfia y Baltimore. Su capacidad aproximada es de unos 7.000 reclusos, aunque no cabe duda de que, en caso de declararse un estado de emergencia, podrían internar a muchos más. Los situados en Arizona (Wickenburg y Florence) son quizás los más impresionantes, ya que se encuentran en medio de un desierto que impide la fuga, pues carecen de agua, las temperaturas llegan a los 50 grados durante el día y corren fortísimos vientos en invierno. Actualmente se utilizan para los mexicanos que cruzan ilegalmente la frontera. El de Tule Lake en California parece estar destinado a los subversivos de la costa oriental. Aparte de estos campos, se sabe que el gobierno dispone de otros: Mill Point (Virginia occidental), Greenville (Carolina del sur), Montgomery (Alabama), Tucson (Arizona), Sefford (Arizona), McNeil Island (Washington), Elmendorf (Alaska), y se sabe de la existencia de varios en regiones desérticas o prácticamente inaccesibles, camuflados como aeródromos, bases militares, para ocultar su auténtica finalidad. El reciente caso de Guantánamo ha destapado un episodio que los imperialistas estadounidenses siempre quisieron ocultar.

El último Congreso

La guerra mundial había sido una batalla exterior que, aunque muy dura, concernía exclusivamente a un enemigo ajeno a la misma Unión Soviética. Quedaban aún muchas gueras internas, éstas aún peores que la anterior, aunque aparentemente menos sangrientas. En el interior también había enemigos a los que combatir, por más que se vistieran con ropajes marxistas y simularan una coincidencia casi plena con los objetivos socialistas. Por lo invisible, este enemigo era el peor de todos, así que la lucha ideológica continuaba.

Desarrollando esa lucha ideológica, Stalin, en esta etapa última de su vida, realizó tres aportaciones teóricas trascendentales al marxismo-leninismo, demostrando que además de un dirigente capaz, dominaba los aspectos fundamentales del materialismo dialéctico. Esas tres cuestiones eran la lingüística, la economía política y la revolución cultural.

Por lo demás esas batallas ideológicas demuestran, una vez más, que no existió nunca ese país y ese Partido bolchevique de pensamiento monolítico, sometido a la férula de una sola persona. Más bien al contrario, se advierte que no eran precisamente los criterios de Stalin los que prevalecían y que las discusiones eran realmente largas y dilatadas, alcanzando tanto al Partido, como a los cooperativistas, a las juventudes, a los estudiantes, al ejército, a las organizaciones de masas y a las facultades de ciencias. En su exposición sobre la lingüística, Stalin apunta algo obvio, generalmente reconocido en la investigación científica, pero que conviene recordar aquí para refutar su leyenda negra: *No existe ciencia que pueda desarrollarse y expandirse sin una lucha de opiniones, sin la libertad de crítica*.

Pero no era esa la situación que se estaba dando en la Unión Soviética en el campo de la lingüística, y no porque Stalin lo hubiera propiciado, sino todo lo contrario. Se habían difundido tesis que impedían el desarrollo de la lingüística: *El debate ha demostrado, ante todo, que en las instituciones de la lingüística, tanto en el centro como en las Repúblicas, reinaba un régimen incompatible con la ciencia y la cualidad de los hombres de ciencia. La menor crítica de la situación en la lingüística soviética, incluso las tentativas más tímidas de criticar, la 'nueva doctrina' en lingüística, eran perseguidas y ahogadas por los medios dirigentes de la lingüística. Por una actitud respecto a la herencia de N.Marr, por la menor desaparobación de la doctrina de N.Marr, valiosos trabajadores e investigadores de la lingüística eran*

relavados de sus puestos o destituidos. Los lingüistas eran convocados a cargos dirigentes no por sus méritos sino por porque aceptaban incondicionalmente la doctrina de N.Marr.

Impulsor de la teoría jafética del lenguaje, Marr ya era un lingüista reconocido antes de la Revolución de 1917. En torno a su teoría, creó una escuela que fue ganando influencia en muchos ámbitos académicos dentro de la Unión Soviética cuando asimiló sus ideas a las del materialismo dialéctico. Pero su aproximación al marxismo era tan falsa como su propia teoría, que no era muy diferente tampoco de las del relativismo lingüístico que apareció en los países capitalistas a mediados de los años 20 a raíz de los escritos de Sapir y Worf. Si éstos postulaban que cada lengua nacional era radicalmente diferente de otra e intraducible en última instancia, lo que engendraba una conciencia propia, algo parecido defendía Marr pero referido a las clases sociales.

El debate sobre lingüística se desarrolló a raíz de un artículo publicado por Stalin en Pravda el 20 de junio de 1950, seguido de una serie de preguntas que con dicho motivo le plantearon los estudiantes. En este dominio se habían impuesto las tesis de N.Marr, que las lanzó envueltas en una fraseología marxista, especialmente:

— la lengua, como las ideas en general, forma parte de la superestructura y cambia cuando cambia su fundamento económico
— por tanto, es un producto de la lucha de clases.

Stalin criticó ambas tesis: una lengua no está sujeta a la lucha de clases sino que tiene un carácter nacional, es común para las clases sociales de una misma nación y no cambia sustancialmente aunque cambie el sistema económico de esa nación. La lengua está influida por las clases sociales sólo en determinados aspectos muy limitados, como el vocabulario; pero nada más. La fraseología marxista no debía haber confundido a los investigadores sobre el verdadero contenido que se escondía en las erróneas tesis de Marr: *Marr quería ser marxista y se esforzó en ello, pero no lo logró. No hizo más que simplificar y banalizar el marxismo, en la línea de los miembros de Proletkult o de la RAPP*, aludiendo al debate de los años veinte sobre la cultura.

Según Stalin, *la lengua registra y fija en las palabras y las combinaciones de palabras que forman proposiciones, los resultados del trabajo del pensamiento, los progresos del trabajo del hombre para extender sus conocimientos y promueve de esa manera el intercambio de ideas en la sociedad humana*. Por el contrario, Marr separó la lengua del pensamiento y afirmó que los hombres podían comunicarse sin el empleo de la lengua, con la ayuda únicamente del pensamiento, liberado de su*materia natural* que es el lenguaje. Por tanto, sus tesis son idealistas.

A su vez, Marr acusaba de *formalismo* a las tesis que Stalin defendía, pero éste manifestó que *el formalismo fue inventado por los autores de la 'nueva doctrina' para facilitar su lucha contra sus adversarios en lingüística*. En defensa de su criterio Marr aducía la existencia de un lenguaje no fonético, no hablado, por ejemplo, el lenguaje expresivo de los sordomudos. Pero Stalin sostuvo que no había más lenguaje que el lenguaje hablado porque es el único que permitía la comunicación humana. Sólo el lenguaje fonético había permitió desarrollar el pensamiento humano, ya que el lenguaje gestual era extremadamente pobre. Por atrasada que fuera una sociedad humana, el lenguaje fonético es imprescindible.

Mucho más trascendente fue la segunda polémica, relativa a la Economía Política socialista, que venía de atrás y merece una atención más pormenorizada, dada la trascendencia que luego tuvo. Se trata de su última obra, *Problemas económicos*

del socialismo en la Unión Soviética, publicada en 1952, en el que Stalin debatió con varios economistas acerca de la construcción del socialismo en la Unión Soviética.

La gestación de los *Problemas económicos del socialismo en la Unión Soviética* se prolongó durante más de veinte años de amplias y profundas discusiones dentro del Partido bolchevique, que resultan de un extraordinario interés para comprender la restauración del capitalismo en la Unión Soviética.

En el seno del Partido bolchevique no existía un estudio acabado de la teoría económica socialista. La formación de los militantes y el trabajo práctico se fundamentaban en las discusiones previas, dispersas y muy ceñidas a los aspectos más práctico de la construcción del socialismo. Faltaba un análisis de conjunto, algo más acabado.

Ya en abril de 1931 el Comité Central encargó a I.Lapidus y K.V.Otrovitianov la elaboración de un *Manual sobre la Economía Política del socialismo*, especie de apéndice o continuación del texto general sobre economía que ya tenían publicado. En 1936 el Comité Central constituye una comisión para llevar a cabo ese trabajo, pero al año siguiente se aprueban otras dos resoluciones que tratan del mismo problema, indicativo de que no se había llevado a cabo a consecuencia de las fuertes divergencias existentes al respecto.

Entre tanto, en los cursos y escuelas se utilizaba un *Manual* de A.A. Bogdanov escrito en 1897 que Lenin había alabado. No es ocioso, sin embargo, recordar quién era Bogdanov, cómo había sido expulsado del Partido bolchevique en 1905, sus tesis positivistas y antidialécticas, así como su influencia en muchos militantes, como Bujarin y Yarochenko, de quien volveremos a hablar luego.

En 1938 A.Leontiev y A.Stetski publican un primer compendio de Economía Política del socialismo que fue aprobado por la Comisión del Comité Central para servir de base en los estudios de economía de las escuelas del Partido y de las Juventudes. Los cuatro primeros capítulos no eran más que un resumen del *Manual* de Bogdanov. Luego, el *Manual* de Leontiev se fue ampliando en ediciones sucesivas. Stalin hizo algunos comentarios y anotaciones a las ediciones de 1940 y sostuvo una polémica al año siguiente en torno a dos tesis erróneas del *Manual* de Leontiev:

— bajo el socialismo no hay lugar para una ciencia como la Economía Política
— la ley del valor no desempeña ninguna función en una economía socialista

La primera era una tesis que ya habían avanzado Hilferding y Rosa Luxemburgo, es decir, la socialdemocracia alemana, y se trata de formulaciones revisionistas que en la Unión Soviética introdujo Bujarin, estrechamente influido por Bogdanov. Según Bujarin, el intercambio de dinero por mercancías no podía tener cabida en una economía socialista. Para él, como para Leontiev, la planificación anulaba la ley del valor porque es el Estado el que fija los precios. Aseguraba que la industria socialista produce productos y no mercancías, para lo que se apoyaba en una frase de Lenin de mayo de 1921.

Según Stalin, la ley económica fundamental del socialismo consistía en asegurar el máximo de satisfacción de las necesidades, progresivamente crecientes, de toda la sociedad, desarrollando sin cesar la producción socialista sobre la base de una técnica superior.

Junto a esta ley, aunque no tan decisiva, opera otra ley, la del desarrollo armonioso y proporcional de la economía.

Estas leyes económicas son objetivas, no dependen de la voluntad de nadie. Embriagados por los éxitos ininterrumpidos de los planes quinquenales, los economistas que negaban la existencia de leyes económicas bajo el socialismo, caían en el idealismo y pretendían dictar ellos mismos las leyes por medio de una planificación que, necesariamente, debía caer en el voluntarismo y en el aventurerismo económico.

Por tanto Stalin sostuvo desde un comienzo que bajo el socialismo también era necesaria la Economía Política, que ésta también era aplicable a las sociedades no capitalistas y que, además, la ley del valor continúa vigente bajo el socialismo, si bien debía ser circunscrita y reducida lo más posible, hasta acabar con ella definitivamente.

Pero, por falta de acuerdo, seguía sin aparecer un texto definitivo que expresara las experiencias acumuladas en la construcción del socialismo en la Unión Soviética. Las cuestiones debatidas versaban sobre los intercambios de dinero por mercancías y el funcionamiento de la ley del valor bajo el socialismo. Las discusiones eran muy fuertes, según se aprecia en la carta de G.Alexandrov y A.Leontiev a Stalin el 15 de marzo de 1941.

En medio de la guerra mundial A.Leontiev publicó un artículo *Algunas cuestiones sobre de la enseñanza de la Economía Política*, publicado como editorial en el número 78 de la revista *Bajo la Bandera del Marxismo* en 1943. No obstante, la guerra impidió una discusión más a fondo de la cuestión. También aparecieron hasta cuatro proyectos diferentes de *Manual*, algunos de ellos elaborados por Molotov y Voznesenski.

Después de la guerra se reanudó el proyecto de *Manual* y se prepararon dos borradores diferentes en 1946 y 1948 que fueron los que sirvieron de base a las discusiones de febrero, abril y mayo de 1950. Sobre la base de esas discusiones se preparó un nuevo borrador en 1951 que debía servir de base para las intervenciones a un gran número de economistas soviéticos sobre las distintas cuestiones debatidas. Como consecuencia de ello se elaboraron varias enmiendas: una sobre las posibles mejoras a introducir en el *Manual*, otra sobre la eliminación de sus errores e inexactitudes y otra con los debates mantenidos entre todos los participantes. Entre ellas hay unas *Observaciones* de Stalin que luego se incluyeron dentro de la obra *Problemas económicos del socialismo en la Unión Soviética*.

Esta obra, que tiene un carácter polémico, recoge las discusiones con los economistas soviéticos y fue publicada poco antes del XIX Congreso, celebrado en octubre de 1952. Stalin sostenía que la persistencia de la ley del valor en una economía socialista se debía a que no se estaba en condiciones todavía de retribuir al trabajador según sus necesidades, sino según su trabajo. Sólo en una sociedad comunista -dotada de una plétora de riquezas, será posible retribuir al trabajador según sus necesidades. En su opinión, el Estado soviético debía mantener la propiedad de las denominadas Estaciones de Máquinas y Tractores *y no vendérselas a los koljoses, ya que, de las dos formas de propiedad socialista, la estatal es superior a la koljosiana*.

La obra de Stalin dio lugar a nueva redacción del *Manual de Economía Política* pero suscitó una viva discusión en el Congreso, poniendo al descubierto lo que ya se tramaba.

En 1952 Stalin llamó a D.T. Shepilov y mantuvo con él una larga discusión sobre la cuestión del *Manual* y sobre los errores que existían en el de Leontiev. Le pidió que se consagrara a la terminación del *Manual*, ya que era imprescindible tanto para el

Partido como para las Facultades de Economía Política. Para ello le aconsejó formar un equipo de trabajo junto con K.V. Ostrovitianov, L.A. Leontiev, L.M. Gatovsky, A.I. Pashkov y el filósofo P.F. Iudin, que debía acabar la redacción en el plazo de un año.

Finalmente el *Manual* no se publicó hasta agosto de 1954, pero para entonces Stalin ya había muerto y muchas de las exigencias sobre las que había venido insistiendo, desaparecieron. A este respecto, las ideas de Stalin, si bien manifiestan coherencia a lo largo de un debate tan prolongado, se desarrollaron y ampliaron desde 1941 hasta 1952. Aunque siempre sostuvo la operatividad de la ley del valor bajo el socialismo, no acabó de explicar las causas de este fenómeno más que al final. Para ello partió de la existencia de dos formas de propiedad en la Unión Soviética: la propiedad estatal y la propiedad cooperativa. En las cooperativas, aunque la tierra y la maquinaria fuesen de propiedad estatal, la producción era privada en definitiva y, por tanto, daba lugar al funcionamineto de la ley del valor con el intercambio de mercancías entre la industria socialista y la granjas colectivas.

Pero la ley del valor era temporal y debía circunscribirse estrechamente dentro del socialismo, todo lo contrario de lo que repetían los partidarios del *mercado socialista*. Lo que restringía la operatividad de la ley del valor era la planificación.

Por el contrario, en el *Manual* se observa ya una cierta aquiescencia hacia el *mercado socialista*, es decir, hacia la difusión de la ley del valor bajo el socialismo. Las alteraciones groseras comenzaron en 1957 y a partir de la tercera edición al año siguiente, donde las tesis sobre el *mercado socialista* se generalizan.

Por eso otra novedad introducida en 1955 fue la planificación *coordinada* en lugar de la planificación centralizada que había existió con anterioridad. Dos años después se introdujo un sistema organizado de ventas centralizadas de productos industriales.

Por eso la tercera edición del *Manual* apunta que los medios de producción que se transfieren de una empresa a otra por compraventa, le dan una apariencia de mercancías. Finalmente el sistema de ventas de maquinaria agrícola a las cooperativas se eliminó y se creó otra agencia especial de ventas en 1957 para la venta a las Estaciones de Máquinas y Tractores que, finalmente, fueron disueltas al año siguiente, autorizando la venta de maquinaria agrícola a las granjas colectivas. Consecuencia de ello es que los medios de producción comenzaron a circular como mercancías tanto en la industria como en la agricultura.

El punto de llegada de todas esas reformas capitalistas fue el XX Congreso, en el que, además de Jruschov, Mikoyan lanzó un ataque a los *Problemas económicos del socialismo en la Unión Soviética*.

El XIX Congreso del Partido bolchevique, celebrado en octubre de 1952, tuvo una extraordinaria importancia. Por primera vez, dado su delicado estado de salud, Stalin no pudo presentar el informe político, que fue leido por Malenkov, mientras Jruschov presentó al informe sobre los Estatutos y Stalin intervino con un breve discurso sobre la situación internacional. A partir de entonces el Partido bolchevique se denominó Partido Comunista de la Unión Soviética.

Debió encontrarse muy mal de salud. Después de 50 años dejó de fumar su pipa, de lo cual se enorgullecía mucho. Tras el Congreso, por dos veces declaró al Comité Central que deseaba retirarse. Cuatro meses después del Congreso, el 5 de marzo de 1953 murió este gran dirigente comunista y de todos los pueblos oprimidos del

mundo. Una multitud inmensa, calculada en tres millones de personas, desfiló ante su féretro.

Stalin llevó siempre una vida ordenada, metódica y austera, tanto en la clandestinidad como a la cabeza del Partido bolchevique. Jamás aceptó ningún regalo. Los innumerables y lujosos obsequios los entregó a un museo, donde podían ser contemplados por toda la población. Vivía con su mujer y sus dos hijos en una casita en las afueras de Moscú. Pudiendo vivir de una manera suntuosa, en el Kremlin apenas ocupaba tres modestas habitaciones de la primera planta, precisamente las que antes de la Revolución habitaba la servidumbre del zar. Las fotos que de él se tomaron muestran también una extraordinaria modestia, siempre cubierto con el mismo capote gris de los soldados del Ejército Rojo.

Los revisionistas le acusaron falsamente en el XX Congreso del PCUS, celebrado en 1956, de imponer el *culto a la personalidad*y de vanagloriarse a sí mismo. En todos sus escritos siempre rechazó tajantemente cualquier tipo de alabanza personal. En una carta de 1930 respondiendo a Schatunovski, le dice: *Usted habla de 'devoción' hacía mí. Quizá esas palabras se le hayan escapado por casualidad. Puede ser... Si esas palabras no se le han escapado por casualidad, entonces le aconsejaría arrojar por la borda el 'principio' de la devoción respecto a las personas. Ese no es el estilo bolchevique*. En 1938 dirigió otra carta a las *Ediciones para niños* del Komsomol oponiéndose al culto a la personalidad que pretendían hacer en un libro sobre su infancia:

Soy contrario a la publicación de las 'Historias de la infancia de Stalin'. El libro está plagado de una masa de contra-verdades fácticas, de alteraciones, de elegios inmerecidos. Los aficionados a los cuentos, los narradores de bobadas (quizá narradores de bobadas de buena fe), los aduladores, han inducido al autor a error. Es una lástima para el autor, pero así son los hechos.

Pero eso no es lo esencial. Lo esencial es que el libro tiene tendencia a sembrar en la conciencia de los jóvenes soviéticos y de la gente en general, el culto a la personalidad, del jefe, del héroe infalible. Es peligroso y nocivo. La teoría del héroe y de la muchedumbre no es una teoría bolchevique sino eserista. Los héroes hacen al pueblo, transforman la muchedumbre en pueblo, dicen los eseristas. El pueblo hace a los héroes, responden los bolcheviques a los eseristas. El libro lleva agua al molino de los eseristas. Todo libro de este tipo llevará agua al molino de los eseristas, perjudicará nuestra causa bolchevique común.

Aconsejo quemar ese libro

Muchos años después, en 1946, volvía a rechazar esa adulación desmedida en una carta el 23 de febrero de respuesta al coronel Razin, que alababa con exaltación sus éxitos en la II Guerra Mundial: *Los ditirambos en honor de Stalin hieren los oídos: al leerlos, uno se siente muy a disgusto*, le dice el propio Stalin con extraordinaria modestia.

Al respecto hay otro detalle interesante que el mariscal Zhukov narra en sus *Memorias*, y que desmienten a Jruschov, quien en su informe secreto reprocha a Stalin apuntarse todos los triunfos de la guerra. Según el mariscal, Stalin le llamó a su despacho a mediados de junio de 1945 y le preguntó si se le había olvidado montar a caballo. *«Lo vas a necesitar para pasar revista a las tropas en el desfile de la Victoria»*, añadió Stalin. Zhukov le responde: *«Agradezco el honor, pero ¿no sería preferible que Usted mismo pasara revista a las tropas? Usted es el Comandante en Jefe y en virtud de ese cargo, le incumbe pasar revista a las*

tropas». Stalin -cuenta Zhukov- le dijo que él estaba demasiado viejo para eso y que él era más joven.

La salud de Stalin había quedado seriamente afectada por la guerra. Zhukov le encontró pálido, físicamente agotado en las últimas semanas de la guerra: *Todo su aspecto exterior, sus movimientos y su conversación denotaban una inmensa fatiga física. Durante los cuatro años de guerra J.Stalin había trabajado excesivamente. Había trabajado soportando una fuerte tensión, apenas dormía y había padecido los reveses militares hasta el punto de caer enfermo*.

El desfile de la Victoria el 24 de junio fue uno de los actos más grandiosos y emocionantes de la historia revolucionaria mundial. Los prisioneros de guerra alemanes postraron sus estandartes fascistas ante los cientos de miles de soviéticos que tanto habían padecido a lo largo de la contienda. Se rindió un cálido homenaje a los 30 millones de soldados del Ejército Rojo caídos en combate; se recordaron algunas de sus hazañas. También desfilaron los heridos y toda una legión de soldados, de los más variados rangos militares, que habían combatido bravamente. Nada menos que siete millones de combatientes habían sido condecorados como héroes de guerra. Stalin no estaba allí, en el momento gozoso de los honores; trabajaba en silencio en un pequeño despacho del Kremlin.

Aunque los imperialistas se empeñen en otra cosa, él era así de sencillo y de humilde, exactamente igual que como había vivido a lo largo de toda su vida de revolucionario. Sin embargo, es cierto que los obreros, los campsinos y las masas soviéticas tenían verdadera admiración por él, una admiración que el tiempo no ha podido borrar y que se prolonga hasta la actualidad. Su hija, que no le hace un buen retrato, lo reconoce así en sus memorias:

En general, no soportaba el espectáculo de la muchedumbre aplaudiéndole frenéticamente y lanzando alaridos de ¡hurra!: se le contraía el rostro de irritación. En la estación de Kutaisi, sus coterráneos georgianos le organizaron tal recibimiento, que durante largo rato no hubo manera de bajar del tren ni de subir al coche y partir... La gente se precipitaba poco menos que bajo las ruedas, empujaba, gritaba, arrojaba flores, levantaba a los niños por encima de la cabezas. Aquello, allí, no era ficticio, era sincero, era un impulso que brotaba del corazón, pero a mi padre le irritaba. Él estaba ya acostumbrado a que la estación estuviera vacía a su llegada, a que la carretera permaneciera despejada cuando circulaba por ella, estaba acostumbrado a que la gente no se precipitara sobre su coche aclamándole a gritos, se olvidaba de la autenticidad de aquel sentimiento... (1)

Stalin puso al primer país socialista en lo más alto, un país que cuando él nació aún conocía la esclavitud. En 1953, al fallecer, la Unión Soviética ya fabricaba energía atómica y muy poco después, el 4 de octubre de 1957, enviaba un satélite alrededor de la tierra. Los obreros y campesinos ya no tenían que caminar descalzos, la jornada de trabajo era de siete horas, y sólo seis en las tareas más fatigosas, como en la minería.

No es de extrañar que el imperialismo no se lo perdone y haya lanzado la campaña de mentiras más grande jamás inventada por la propaganda: el movimiento comunista internacional nunca había sido tan fuerte.

Notas:

(1) Svetlana Stalin: *Rusia, mi padre y yo*, Planeta, Barcelona, 1967, pg.280.

El informe secreto de Jruschov

La leyenda negra sobre Stalin no sólo no terminó con su muerte en 1953 sino que fue justamente entonces cuando se infló con las más groseras falsificaciones históricas. Y de nuevo fueron quienes habían aparentado ser sus más próximos colaboradores los que, como buitres, se lanzaron a devorar su memoria.

No habían pasado tres años de su muerte cuando en febrero de 1956, en una sesión nocturna del XX Congreso del PCUS, Jruschov pronuncia por sorpresa un discurso conteniendo un balance de la etapa soviética anterior. Para pronunciar ese discurso, Jruschov obligó a salir a los delegados de otros partidos comunistas, aunque a algunos de ellos les dio una copia unos momentos antes de pronunciarlo, con ruego de no difundir su contenido. El informe jamás se aprobó previamente por ningún órgano de dirección del PCUS, ni tampoco fue luego sometido a votación. Ni siquiera fue publicado dentro de la URSS con posterioridad. El informe que denunciaba el culto a la personalidad fue una decisión *personal* de Jruschov.

Sin duda, constituye un caso único en la historia del movimiento comunista internacional; muchos comunistas del mundo entero se enteraron de su contenido por la prensa burguesa y quedaron desagradablemente sorprendidos. El informe no se divulgó jamás en el interior de la URSS porque hubiera chocado con la arraigada simpatía de los obreros y campesinos soviéticos hacia Stalin.

Naturalmente que el secreto lo explica Jruschov de una manera bien distinta: *Especialmente la prensa no debe estar informada. Por esta razón examinamos esta cuestión aquí, en sesión del Congreso a puerta cerrada. Hay límites para todo. No debemos proporcionar municiones al enemigo; no debemos lavar nuestra ropa sucia ante sus ojos*. Sucedió todo lo contrario: los comunistas del mundo entero se enteraron de un informe del Secretario General del PCUS al Congreso gracias al *New York Times* en junio. Era la segunda vez que la prensa imperialista reproducía documentos de esa trascendencia para los comunistas; la anterior fue el llamado *testamento* de Lenin.

Nunca se quiso mantener secreto el informe, sino dosificar bien su mensaje. De ahí que se leyera su contenido en organizaciones de base del PCUS y que se entregara una copia a algunos dirigentes de otros partidos comunistas. Había que ir preparando el terreno, dejar correr el rumor. Las consecuencias son bien evidentes: el informe desarmó al proletariado y rearmó a la burguesía precisamente en un momento delicado presidido por la guerra fría, por el maccarthiysmo, en donde la guerra psicológica era imprescindible para destruir el prestigio que la URSS gozaba en todo el mundo. Por eso, a pesar de su secreto, fue divulgado por todos los medios occidentales a los cuatro vientos hasta el punto de convertirse en uno de los documentos históricos más mencionados, un verdadero punto de referencia para analizar Stalin y toda su etapa al frente de la URSS.

El origen del informe proviene de un acuerdo del Buró Político que encomendó a una comisión bajo la dirección de Pierre Pospelov la redacción de un informe sobre la etapa de Stalin al frente del Partido. Parece importante consignar aquí que Pospelov había presidido otra comisión que redactó una *Biografía Resumida* de Stalin que se publicó poco antes de su muerte y Jruschov afirma en su informe que esa *Biografía* fue retocada por el mismo Stalin para auto-halagarse. En cualquier caso, en el transcurso de muy pocos años, Pospelov redacta una biografía de Stalin hagiográfica y luego un informe totalmente opuesto, insultante y despectivo incluso en el aspecto personal. Pasa de un extremo al otro sin paradas intermedias, como

quien escribe al dictado; no importa el contenido porque tanto se puede afirmar una tesis como su opuesta.

En 1956 la comisión presidida por Pospelov no había llegado a ninguna conclusión o, si lo hizo, nunca se publicó y, en realidad, el informe de Jruschov tampoco parece existir porque lo que conocemos son las actas taquigráficas de su discurso. Jruschov parece no leer un texto escrito, sino improvisar sobre la marcha sobre la base de unas anotaciones previas y, conociendo la proverbial locuacidad y la frivolidad intelectual de Jruschov, su contenido debe tomarse con una cautela extraordinaria. Esa precaución es tanto más necesaria en cuanto que algunas de las versiones publicadas, por ejemplo las estadounidenses, han sido mutiladas parcialmente.

Así que no puede analizarse su contenido sin tener todo eso en cuenta y, además, sin dejar constancia de las groseras falsificaciones que contiene. La primera de ellas es una falsedad formal: Jruschov dice hablar en nombre del Comité Central, lo que no es cierto, pues ni siquiera tenía autorización del Buró Político. Habla en su propio nombre y no tiene otra legitimidad que la que le otorga su condición de Secretario General improvisando una intervención fuera del orden del día del Congreso.

Además, Jruschov lanza un ataque que, en definitiva, es una ofensa personal dirigida contra Stalin que, por su misma subjetividad (suspicaz, desconfiado, caprichoso, irritable, loco, arrogante, megalómano), lo inutiliza como fuente veraz para reconstruir los sucesos históricos. Lo mismo dice de otros personajes, como el juez Rodos, a los que califica de viles o de degenerados moralmente. Ese tipo de calificativos se los permite emitir alguien como Jruschov que critica la depuración, por ejemplo, de un dirigente del Partido como Kossior -al que por cierto se refiere en numerosas ocasiones- al tiempo que calla que fue él quien ocupó su lugar sin emitir protesta alguna. Por tanto, el informe no es sólo un relato personal de Jruschov sino que en su contenido todo está plagado de personalismos.

Otro dato importante que demuestra hasta qué punto Jruschov no es un observador ajeno e imparcial de los hechos, es la versión que ofrece de la batalla de Jarkov durante la guerra mundial. En mayo de 1942 tanto los soviéticos como los nazis se aprestaban a la ofensiva en los alrededores de Jarkov. Por la parte soviética, el plan de ofensiva se le propuso a Stalin por el Consejo Militar del frente de los que eran máximos responsables Timoshenko en lo militar y Jruschov como comisario político. El Gran Cuartel General, entre ellos Stalin, rechazó el plan y, en lugar de desistir del mismo, Timoshenko y Jruschov lo modificaron e insistieron en la ofensiva y equivocadamente, el Gran Cuartel General acabó aceptando la ofensiva. Aún modificado, el plan adolecía de graves defectos: la zona de ataque no era la más apropiado, los flancos y la retaguardia eran vulnerables, no existían reservas suficientes y ni tampoco superioridad sobre los fascistas que asegurara el buen fin del operativo. Muy rápidamente las tropas soviéticas se vieron en graves apuros, pero Timoshenko y Jruschov no suspendieron el ataque. Tuvo que ser el general Vasilievski, jefe del Estado Mayor, quien pidiera al Gran Cuartel General la paralización del ataque, que llegó muy tarde. Nada menos que cuatro generales soviéticos cayeron en combate, por no contar las innumerables pérdidas en combatientes (*cientos de miles* según Jruschov) y armamento. En cualquier caso, el traslado a Stalin de sus propias responsabilidades demuestra a las claras el carácter falaz de un manipulador tan descarado como Jruschov.

Los marxistas nunca hemos creído que esas enemistades fuesen en ningún caso de tipo personal, sino que se trataba de una verdadera lucha de clases, y cuando Jruschov (y tras él todos los revisionistas y la misma burguesía) aluden a *cuestiones personales* lo que tratan es de encubrir la lucha de clases que allí

subyace. Esto conduce naturalmente a reconocer que cuando esos *ataques personales* eran tan duros es porque la misma lucha de clases revestía la forma de un choque intenso, es decir, todo lo contrario del punto de partida de Jruschov, según el cual, la lucha de clases se atenuaba con el desarrollo de la sociedad socialista.

Por otro lado, es también evidente que esa lucha de clases se había trasladado al interior mismo del Partido Comunista. Ya no se trataba de combatir al zarismo, ni a los kulaks, ni a los mencheviques, ni a los trotskistas. El enemigo estaba al lado mismo, en el asiento contiguo, y el propio informe reconoce que poco antes de morir Stalin preparaba una nueva depuración en la dirección del PCUS, que quería acabar con todos los miembros del Buró Político y nombrar en su lugar a *personas menos experimentadas*. Es posible que Jruschov atisbara entonces su reemplazo, aunque no se menciona a sí mismo sino a sus enemigos dentro de la dirección, entre ellos Molotov, Kaganovich y Voroshilov. Aquí parece indudable que Jruschov desvía la atención hacia terceras personas a las que trata de atraer en su crítica contra Stalin y, por tanto, ganar para su propia causa. Exponente de unas determinadas posiciones políticas vencidas en anteriores purgas, Jruschov no pudo imponer esas mismas posiciones sin proceder, a su vez, a depurar la dirección de los verdaderos comunistas y rehabilitar a sus predecesores. Es reveladora una carta de Molotov al Presídium del Comité Central muy pocos días después del XX Congreso en la que denuncia el *aventurerismo derechista* y concreta las divergencias que se venían manifestando dentro de la dirección del PCUS:

Alto secreto
A mis camaradas del Presídium
De V. Molotov

Una vez concluido el XX Congreso del Partido quiero advertir a mis colegas del peligro con que nos enfrentamos como resultado de nuestras acciones. Hablo libremente porque, como es bien sabido, acepté la decisión colectiva, denuncié mis propias ideas, expresadas con anterioridad y me uní a un esfuerzo que, no puedo ocultarlo, sigo considerando como aventurerismo derechista.

Recordemos las discusiones que han tenido lugar durante los años pasados y que han culminado ante el Congreso.

Algunos de nuestros camaradas adoptaron la siguiente posición:

1. En una reacción prolongada de la guerra de Corea, los Estados Unidos estaban dedicando sus esfuerzos de un modo primordial al desarrollo de un anillo de pactos militares.

2. Estos pactos eran impopulares y al mismo tiempo ineficaces. Los pueblos de los países afectados deseaban la paz, el desarrollo económico y un creciente desarrollo nacional, así como una posición mejor para sus naciones.

3. Por tanto, era el momento oportuno para asociarnos con estos sentimientos emocionales y desbordar a los americanos.

Yo encabecé a los que adoptaron una posición opuesta, entre los que se contaban los más experimentados de entre nosotros en esas cuestiones. Manteníamos la siguiente posición:

a) La táctica propuesta fortalecería a los Gobiernos burgueses existentes, concedería tiempo a dichas naciones para organizarse y fomentaría una fase prolongada de desarrollo burgués.

b) La influencia que obtendríamos con una táctica semejante sería superficial y no podría traducirse en una toma del poder seria par parte de los comunistas.

c) La táctica necesaria del Frente Popular dentro de esos países haría imposible el desarrollo de la táctica de guerrillas e infiltración que es la única que promete éxito en esas zonas.

d) Podríamos vernos arrastrados a una competencia económica costosa en un momento en que nuestros recursos son altamente necesarios para finalidades militares y económicas dentro de la Unión Soviética.

La única esperanza que cabía hacerse consistía en que sin ayuda americana esos países, con sus estúpidos métodos burgueses, fracasarían, en sus planes económicos y se volverían hacia nosotros.

Repito que considerábamos la táctica propuesta como una negación de todas las lecciones de nuestra experiencia, desde la victoria de Lenin, en octubre, a nuestro triunfo diplomático en Ginebra, en 1954, en la cuestión de Indochina. Hasta ahora nuestro movimiento no ha confundido nunca los síntomas superficiales del poder y de la influencia con su esencia. En último análisis, el poder es una cuestión de control físico, y la política propuesta no promete en modo alguno el control físico. Al contrario, hace más difícil el problema de su adquisición.

Como sabéis muy bien, ninguno de las que abogaban por la política propuesta fue capaz de explicarnos cómo se pasa de los pactos económicos y de los collares de flores para nuestros colegas a la adquisición seria del poder. Pero nuestro inteligente y flexible camarada Mikoyan dejó bien sentada la cuestión con sus dos famosas proposiciones:

1. Lo que es malo para los Estados Unidos es bueno para la Unión Soviética.
2. Mikoyan puede obtener beneficios de la ayuda económica soviética.

Estos dos conceptos superficiales y, si se me permite, casi cosmopolitas, dejaron bien sentada la cuestión; y nos unimos todos para enunciar las doctrinas del XX Congreso: coexistencia prolongada, frentes populares y todo la demás.

¿Por qué vuelvo ahora a estas cuestiones dolorosas, tras de haber aceptado de buena gana la decisión colectiva? Lo hago porque en este momento creo que bien pronto veremos cómo se dispara la trampa americana sobre nosotros. Estamos comprometidos en esas posiciones y políticas altamente fluidas. Cada día llevamos a cabo algunas medidas, y fortalecemos en algún modo a Gobiernos no comunistas sobre los que no tenemos ningún control real. En tanto que los americanos prosiguen su política actual podemos influir indudablemente sobre esos Gobiernos, para que actúen en nuestro interés. ¿Pero están obligados los americanos a seguir concentrándose estúpidamente en sus pactos militares? ¿Son sus círculos dirigentes (que pueden achacar los cambios a excusas tan absurdas como unas elecciones a la opinión pública mercurial), son sus círculos dirigentes -os pregunto- incapaces de cambiar su política económica exterior? Y si lo hacen, ¿qué controles dignos de confianza poseemos sobre los Gobiernos medioorientales y asiáticos para asegurarnos de que, una vez fortalecidos, no volverán a adherirse al bloque americano?

Siempre hemos sabido que el margen de éxito o fracaso del segundo plan quinquenal indio era una cuestión de unos cuantos miles de millones de dólares en divisas extranjeras. Esto llegó a excitar incluso a algunos de nuestros camaradas. Recordad que sólo con grandes esfuerzos logré persuadir a algunos camaradas para que no hiciesen de este plan un éxito de Nehru prestándole ese dinero. Pero, ¿creéis que los americanos, que han estado fingiendo estupidez en esta cuestión, son incapaces de realizar la oferta ahora, una vez que nos hemos lanzado al aventurerismo derechista? El dinero significa poco para ellos; y si prolongan el auge del automóvil, como nos decía ese gran experto en capitalismo americano que es Mikoyan, tendrán que hacer préstanos al extranjero en el próximo año si quieren mantener el pleno empleo.

Y lo mismo puede decirse de Birmania, Indonesia, Pakistán y -tomad nota de mis palabras- de Oriente Medio.

Camaradas: estamos jugando con fuego burgués y acabaremos por quemarnos. Se nos ha tendido un cepo. Bien pronto los americanos volverán a esas zonas pobres con dinero, técnicos e intereses y misioneros; y los pueblos estarán contentos al volverles a ver. La India obtendrá Goa con apoyo americano y con un gran crédito para América gracias a la inteligencia de Dulles. Pronto tendremos que volver a los principios auténticos de Lenin y Stalin- sí, de Stalin- y más nos valdría empezar a pensar sobre lo que tendríamos que hacer en ese caso.

V. Molotov, 29 de febrero de 1956 (1).

Molotov no podía ser más claro acerca de las divergencias y su pronóstico resultó plenamente certero. La Unión Soviético siguió jugando con el *fuego burgués* y acabó cayendo en la trampa que le habían tendido los imperialistas.

La experiencia del derrumbe de los países socialistas ha demostrado la exactitud de la *fórmula Stalin*: quienes han restaurado el capitalismo han sido los propios *comunistas*. Ni el socialismo se ha venido abajo por sí mismo, ni lo derribó el imperialismo por más guerras que desató. En todos los países la caída del socialismo ha sido obra de la quinta columna, del caballo de Troya, lo que confirma plenamente la tesis de Stalin y desmiente a Jruschov.

No es la única coincidencia, porque el tratamiento que Jruschov ofrece sobre el conflicto con la Yugoslavia de Tito, *inflado artificialmente*, proporciona la clave sobre la naturaleza de las pretensiones revisionistas, que eran las mismas de Tito, a saber, la restauración capitalista en la URSS. Por eso tampoco es coincidencia que Tito fuera uno de los primeros en disponer de una copia del informe.

Sin embargo, ni el informe ni los *Recuerdos* de Jruschov son en absoluto veraces, por más que coincidan los relatos ideológicos aparentemente alejados. Eso sólo demuestra que las leyendas, por fantásticas que sean, no son sólo propias de la prehistoria sino de acontecimientos bien cercanos. En el caso de los *Recuerdos*, publicados en 1970 en Estados Unidos, el propio Jruschov jamás los reconoció como propios, lo que no ha sido óbice para que se extraiga de ellos buena parte de la leyenda negra que persigue a Stalin.

Pero el informe de 1956 no es apócrifo y, en consecuencia, hay que analizarlo como una episodio más de la lucha de clases en la URSS, desenvuelto en el interior mismo del Partido Comunista que se salda esta vez con la derrota de las posiciones revolucionarias. Por eso mismo el informe no es veraz, porque la verdad es siempre revolucionaria y los revisionistas hubieron de recurrir a la calumnia para imponerse.

Curiosamente el informe comienza reconociendo los méritos de Stalin, que es justamente la parte del informe mutilada en algunas ediciones estadounidenses. Pero esa parte de la biografía de Stalin es muy conocida y no interesa -dice Jruschov- porque quiere centrarse en el *culto a la personalidad*. E inmediatamente rechaza, con diversas citas de Marx, Engels y Lenin, dicha práctica, de la que responsabiliza exclusivamente al propio Stalin. Eso es obviamente falso porque es conocido que Stalin repudió tanto el halago hacia sí mismo como los halagos provenientes de terceros. El culto a la personalidad fue practicado por quienes le rodearon, especialmente el propio Jruschov. Por sí mismo esto demuestra la doblez de este personaje. Pero es que, además, en aquella época era muy frecuente que ciudades, fábricas, koljoses o escuelas llevasen el nombre no solamente de Stalin sino el de cualquier otro dirigente del Partido en activo. Por lo demás, fue muy característico el empleo de todo tipo de menciones honoríficas, como condecoraciones, medallas, insignias y distinciones de lo más diversas que ostentaban millones de personas. No era una falta de modestia, como dice Jruschov, sino una forma de promocionar determinadas actitudes, los estímulos morales, de dar ejemplo, de agitar y movilizar en definitiva. Desde luego, para los comunistas ese es un sistema preferible a los estímulos materiales que Jruschov comenzó a introducir en el sistema económico soviético y que se convirtieron en otros tantos factores de disgregación capitalista. Por lo demás, es un gesto demagógico y grotesco afirmar, como hace el informe, que poner el nombre de Stalin a un sovjós, por ejemplo, sea una forma de regresar a la propiedad privada, pero es indicativo de la pobreza ideológica del informe.

Además, Jruschov desgrana otras supuestas cualidades de Stalin que resultan de utilidad para sus propios fines: omnipotencia, violaciones de la legalidad, despotismo unipersonal, facultades ilimitadas, etc. El objetivo es responsabilizar a Stalin de todos los problemas, hasta el punto de sostener que en realidad el problema era el mismo Stalin, no solamente como dirigente comunista sino incluso personalmente. Stalin era brutal, no consultaba con nadie, exigía sumisión absoluta: *él solo decidía sobre todos los asuntos*, nos quiere hacer creer Jruschov.

La demostración de todo ello es volver sobre el *testamento de Lenin* que Jruschov difundió junto con su informe a los delegados del XX Congreso. Lo que Jruschov dice es lo siguiente: si en vida de Lenin Stalin se permitió tratar de manera tan poco delicada a su mujer, podemos imaginarnos cómo trataba a todos los demás y cómo con el tiempo ese carácter suyo se agravó aún más. El mismo Jruschov que coincidió con él desde que ingresó en 1934 en el Comité Central, no pone más ejemplos de brutalidad que ése, de manera que basta un solo supuesto para endosar un rasgo sicológico a una persona para todo el resto de su vida y extender ese rasgo personal y privado a su actuación pública. Es muy chocante porque, además, Jruschov afirma que inicialmente Stalin acertó al combatir las diversas desviaciones dentro del Partido, pero que a partir del XVII Congreso celebrado en 1934, el problema se agravó. Por tanto, justamente en el momento en el que Jruschov es elegido miembro de la dirección es cuando se agrava el problema, si bien él no tiene responsabilidad alguna en ello, ni pone ejemplo ninguno de abuso o intolerancia, ni siquiera su propia experiencia como dirigente.

En esto, como en otros extremos, las afirmaciones de Jruschov no coinciden con las memorias de otras personas que trabajaron junto a Stalin, memorias incluso publicadas con posterioridad al informe secreto y que ofrecen un retrato personal de Stalin bien diferente al que dibuja Jruschov.

Las falsedades y *olvidos* comienzan cuando el informe dice que a lo largo de toda la guerra mundial no se reunió nunca el Comité Central, lo cual no es cierto porque se celebró al menos una el 27 de enero de 1944. Otro tipo de falsedades muestran bien a las claras el tipo de calumnias vertidas por Jruschov, como la que afirma que

Stalin analizaba las batallas de la guerra mundial en un globo terráqueo o mapamundi como los que utilizan los niños en la escuela primaria. Otra afirmación del mismo carácter es aquella que dice que Stalin se informaba sobre la situación de la agricultura a través del cine. Este tipo de falsedades prueba que lo que pretendía Jruschov no era tanto convencer intelectualmente como denostar emocionalmente la figura de Stalin, de ridiculizar, quebrar la imagen de que entonces gozaba Stalin en todo el mundo, extremo éste en el que coincide puntualmente con el maccarthysmo imperante entonces en Estados Unidos, del que es un complemento imprescindible. El informe falsea también la realidad cuando afirma que Stalin *nunca admitió haber cometido ni un solo error*, pues en sus obras constan numerosas rectificaciones y autocríticas.

Para rematar todo el cúmulo de contradicciones, Jruschov introduce una última, que constituye un halago hacia Stalin que choca con todo lo anteriormente expuesto y vuelve sobre la apología expresada al comienzo: *Stalin estaba convencido que eso era necesario para la defensa de los intereses de la clase obrera contra las intrigas de los enemigos y contra los ataques del campo imperialista* [...] *No podemos decir que sus actos fueran los de un déspota lleno de vértigo. Estaba convencido de que eso era necesario en interés del Partido, de las masas trabajadoras, para defender las conquistas de la revolución. ¡Ahí es donde reside la tragedia!*

Ni aquellos insultos ni estos halagos son creíbles. Su objeto es tratar de suavizar el ataque para que el mensaje de fondo penetrara con mayor fuerza. Es frecuente que alguien cometa errores con una intención opuesta a la que realmente consigue, pero es imposible cometer errores de la naturaleza de los que Jruschov denuncia con el propósito de defender a la revolución, al Partido Comunista y a la clase obrera. Los errores que el informe consigna sólo se pueden cometer deliberada e intencionadamente; si no existe esa mala intención, como dice Jruschov, no son posibles esos errores. No es posible defender al Partido Comunista depurando a los comunistas honestos; o los comunistas no eran tan honestos o Stalin no tenía esa intención.

Para los comunistas lo importante es que el informe secreto forma parte de una dura lucha de clases en el interior del Partido Comunista de la Unión Soviética que, además, no se circunscribía a aquel momento sino que venía de atrás. Los revisionistas como Jruschov tampoco lo tuvieron fácil para imponerse en la dirección sino que se produjeron diversas alternativas, avances y retrocesos. El informe fue desmentido bien pronto por resoluciones posteriores del Partido Comunista de la Unión Soviética, la principal de las cuales es la de 30 de junio de aquel mismo año, que decía:

Sus enemigos enviaron a la URSS un gran número de espías y de agentes provocadores esforzándose por todos los medios por dislocar el primer estado socialista del mundo [...]

Los manejos de la reacción internacional eran tanto más peligrosos cuanto que en el interior del país una cruel lucha de clases proseguía hacía mucho tiempo para resolver la cuestión de saber 'quién vencerá'.

Tras la muerte de Lenin, se manifestaron tendencias aún más sediciosas en el Partido: los trotskistas, oportunistas de derecha, nacionalistas burgueses que reprobaban la teoría leninista según la cual el socialismo podía nacer en un solo país, reprobación que de hecho habría conducido a la restauración del capitalismo en la URSS. El Partido llevó una lucha sin descanso contra esos enemigos del leninismo [...]

Esas circunstancias interiores y exteriores complejas exigían una disciplina de hierro y una vigilancia reforzada, la centralización más rigurosa de la dirección, lo que forzosamente debía tener consecuencias negativas en el desarrollo de ciertas formas de democracia [...]

Todas esas dificultades sobre la vía de la edificación del socialismo fueron superadas por el pueblo, bajo la dirección del Partido Comunista y de su Comité Central que han seguido constantemente la línea general trazada por Lenin [...]

Stalin ocupó mucho tiempo el puesto de secretario general del Comité Central del Partido y, con otras dirigentes, luchó por realizar los preceptos de Lenin. Se consagró al marxismo-leninismo y, en tanto que teórico y gran organizador, tomó la dirección de la lucha del Partido contra los trotskistas, los oportunistas de derecha, los nacionalistas burgueses, contra los manejos de los países capitalistas que cercaban a la URSS.

En esta lucha política e ideológica, Stalin adquirió una gran autoridad y una gran popularidad.

Esta posición, aunque insuficiente, es correcta y, como decimos, indica que en la dirección del PCUS estaba desatada una sorda batalla entre dos líneas irreconciliables. El día de Nochevieja, Jruschov da marcha atrás y afirma en un discurso: *Si se trata de luchar contra el imperialismo, podemos afirmar que todos nosotros somos stalinistas* [...] *Desde este punto de vista, me siento orgulloso de que seamos stalinistas*. Este discurso no fue publicado por la prensa soviética, pero el 17 de enero repetirá en la embajada china: *Como el propio Stalin, el stalinismo es inseparable del comunismo. Como suele decirse, quiera Dios que cada comunista luche como Stalin lo hizo*. Este discurso lo publicó Pravda dos días después y muestra, por un lado, la nula fiablidad de Jruschov como político y, por el otro, que la cuestión de Stalin distaba de resultar algo pacíficamente admitido.

Esas vacilaciones de Jruschov se producían a pesar de la intensa sustitución de dirigentes en todos los organismos del Partido Comunista. Las cifras de depurados dan cuenta de la batalla que supuso el cambio de línea política en el interior del Partido Comunista. Hasta 1962 Jruschov había expulsado al 70 por ciento de los miembros del Comité Central elegidos en el Congreso de diez años antes, y en el XII Congreso, celebrado en 1960, a casi la mitad de los elegidos en 1956. Poco antes del XXII Congreso, so pretexto de la rotación de cuadros, sustituyó al 45 por ciento de los miembros de los comités centrales de los partidos de las repúblicas federadas, de los comités regionales y provinciales. Además también fueron depurados el 40 por ciento de los militantes de los comités urbanos del Partido. En 1953 otra nueva depuración, esta vez con el pretexto de reorganizar la producción, sustituyó a más de la mitad de los miembros de los comités centrales y provinciales de las repúblicas federadas (2).

Además de la lectura del informe secreto, el PCUS introdujo en el Congreso de 1956 toda una batería de concepciones extrañas al marxismo-leninismo, a saber:

— la posibilidad de una transición pacífica al socialismo
— la sustitución de la dictadura del proletariado por el *Estado de todo el pueblo* donde desaparece la lucha de clases
— el cambio en la concepción del internacionalismo proletario, de la coexistencia pacífica y la negación de la inevitabilidad de las guerras bajo el imperialismo
— la absolutización de la contradicción entre el capitalismo y el socialismo
— la introducción de los incentivos materiales en el sistema económico como elemento de corrupción de la clase obrera

— la emulación socialista según la cual, la URSS adelantaría a los países capitalistas hacia 1970 en tecnología y bienestar

Así que no es de extrañar que Jruschov se reconciliara con los revisionistas yugoslavos: ambos sustentaban las mismas posiciones ideológicas. Entre Tito y Stalin, los nuevos dirigentes del PCUS optaban por el primero. También Tito había sido injustamente perseguido. De ese modo los revisionistas de todos los partidos levantaron cabeza e incluso en Hungría intentaron un golpe de Estado aquel mismo año.

Es indudable que después de la guerra la situación internacional había cambiado sustancialmente y que existían condiciones muy favorables para el desarrollo del socialismo y la superación de las deficiencias existentes. Pero todo ello debía hacerse sobre la base del marxismo-leninismo. Sin embargo, lo que hizo Jruschov fue liquidar el marxismo-leninismo y sustituirlo por el revisionismo.

El imperialismo aupó a Jruschov, como antes había hecho con Tito y luego haría con Gorbachov. Para los propagandistas del imperialismo, Stalin había sido muy perverso, pero Jruschov era totalmente diferente. Así como con Stalin era imposible entenderse, Jruschov aparecía como alguien dialogante y sensato. En primer lugar, a diferencia de Stalin, Jruschov nos fue presentado como un pacifista auténtico, porque mientras el primero preconizaba la lucha antimperialista, el segundo comenzó a viajar por Estados Unidos (setiembre de 1959) y otros países pronunciando discursos bien diferentes, más gratos a los oidos imperialistas.

Naturalmente que también aquí la presentación del problema no tiene nada que ver con su contenido real. Stalin fue un consecuente defensor de la paz mundial, antes y después de la guerra. Pero él siempre señaló dónde radicaba el riesgo para la paz, en el imperialismo, de manera que sin combatir al imperialismo no se puede garantizar la paz y que la paz universal sólo se logrará con la derrota del imperialismo. Según los comunistas, las guerras son guerras imperialistas y, en consecuencia, sólo hay una forma de luchar contra ellas que es luchar contra el imperialismo. Los países socialistas no pueden exportar la revolución, que es un asunto interno del proletariado de cada país; deben practicar una política de paz, lo que no significa nunca una política de claudicación frente al imperialismo. Por lo demás, es evidente que el principio de coexistencia pacífica en una norma que concierne sólo al Estado, porque los partidos comunistas nos guiamos por el principio del internacionalismo proletario, que Lenin definió de la forma siguiente: *Sólo hay un internacionalismo efectivo que consiste en entregarse al desarrollo del movimiento revolucionario y de la lucha revolucionaria dentro del propio país y en apoyar (por medio de la propaganda, con la ayuda moral y material) esta lucha, esta línea de conducta y sólo ésta en todos los países sin excepción*(3).

Por el contrario, Jruschov entendía que la paz mundial era posible como consecuencia de un acuerdo entre Estados Unidos y la URSS y entendía la coexistencia pacífica como una política de conciliación, de compromisos y de concesiones con el imperialismo que, además, no concernía sólo a los países socialistas, sino también al proletariado de los países capitalistas y a los pueblos oprimidos por el imperialismo.

Los revisionistas crearon la ilusión de que el peligro de guerra provenía del desacuerdo con Estados Unidos, de que como consecuencia de ello se había desatado una carrera de armamentos y que era eso lo que ponía a la humanidad ante el riesgo de una nueva guerra. Para alcanzar la paz había que lograr el desarme total. El rearme o era un problema técnico (la armas de destrucción

masiva) o era una problema voluntarista: los halcones de Washington, el complejo militar-industrial, etc., que están interesados en el rearme. De ahí a exponer que todas las guerras eran iguales y, por tanto, que todas ellas eran malas, no había más que un paso, que también recorrieron los revisionistas.

Notas:

(1) Rostow: *Los Estados Unidos en la palestra mundial*, pgs.329-330.

(2) Enver Hoxha: «Carta abierta a los miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética», en *Discursos y artículos (1963-1964)*, Tirana, 1977, pg.262.

(3) *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*.

Stalin según Barbusse

Henri Barbusse: Stalin, un mundo nuevo visto a través de un hombre*, Editorial Cénit, Madrid, 1935, pgs.291 y stes.*

Volvamos aún a la figura de este hombre que se halla siempre entre lo que está hecho y lo que está por hacer (hasta el punto de que su expresión más habitual cuando se le habla sobre el trabajo es la siguiente: «Lo que es no es nada al lado de lo que debe ser»).

Nuestros enemigos le toman como blanco y tienen razón, dice Knorin. Él es el nombre de nuestro Partido, dice Bubnov. Es el mejor de la vieja cohorte de hierro, dice Manuilski. A los viejos bolcheviques se los respeta -dice Mikoyan-, no porque sean viejos, sino porque no envejecen.

Su historia es una serie de victorias sobre una serie de dificultades gigantescas. No hay un solo año de su carrera desde 1917 que no hubiera bastado para hacer ilustre a cualquier otro con lo que él ha hecho. Es un hombre de hierro. Su nombre lo retrata: Stalin (acero). Es inflexible y flexible como el acero. Su poder estriba en su formidable buen sentido, en la extensión de sus conocimientos, en su asombrosa catalogación interior, en su pasión por la claridad, en su inexorable espíritu de secuencia, en la rapidez, seguridad e intensidad de su decisión, en su perpetua obsesión por elegir a los hombres necesarios.

Los muertos sólo sobreviven en la Tierra, Lenin se encuentra dondequiera haya revolucionarios. Pero puede decirse que el pensamiento y la palabra de Lenin se encuentran en Stalin más que en ningún otro sitio. Stalin es el Lenin de hoy.

Tiene, como hemos visto, muchos puntos de semejanza con el extraordinario Vladimiro Ilitch: el mismo conocimiento de la teoría, idéntico sentido de la práctica, análoga firmeza. ¿En qué se diferencian? He aquí la opinión de dos obreros soviéticos: «Lenin, el Director; Stalin, el maestro». Y «Lenin es más gran hombre; Stalin, más fuerte...» No prosigamos demasiado, sin embargo, este paralelismo, que a través de sus vagas indicaciones podría conducirnos a lo ficticio respecto a estas personalidades de dimensiones excepcionales, una de las cuales ha formado a la otra.

Digamos si se quiere que, a causa sobre todo de las circunstancias, Lenin fue más agitador. En el vasto sistema director, más adelantado, más desarrollado, Stalin debe obrar en mayor medida por conducto del Partido, por conducto de la organización, cabría decir. Stalin no es hoy día el hombre de los grandes mítines tempestuosos. Por otra parte, nunca ha empleado esta fuerza tumultosa de la elocuencía que constituye todo el mérito de los déspotas advenedizos y el único también muy a menudo de los apóstoles con éxito. Y éste es un dato que debe ser tenido en cuenta por los historiadores que hayan de estudiarle. Son otros los caminos que ha seguido para ponerse en contacto con el pueblo obrero, campesino e intelectual de la U.R.S.S. y con los revolucionarios del mundo entero que llevan a su patria dentro del corazón, o sea mucho más de doscientos millones de seres.

Ya hemos entrevisto algunos de los secretos de su grandeza. Entre los recursos de su genio, ¿cuál es el principal? Bela Kun dice, en una bella fórmula: «Sabe no ir demasiado de prisa. Sabe pesar el momento». Y Bela Kun cree que ésta es la cualidad específica de Stalin, la que le pertenece en propiedad además de las otras: esperar, dar tiempo al tiempo, resistir a las tentaciones vertiginosas, tener una

paciencia terrible. ¿No es esta facultad la que hace que sea Stalin entre todos los revolucionarios de la historia el que ha enriquecido la Revolución de manera más práctica, el que ha cometido menos errores?

Stalin titubea y reflexiona mucho antes de proponer ciertas medidas (mucho no quiere decir largo tiempo). Es en extremo circunspecto y no otorga fácilmente su confianza. A uno de sus más íntimos colaboradores, que desconfiaba de un tercero, decíale: «La desconfianza sana es una buena base de trabajo colectivo». Es prudente como un león.

Este hombre claro y luminoso, es, como hemos visto, un hombre sencillo. No es difícil abordarle sino porque siempre está trabajando. Cuando se va a verle a una de las salas del Kremlín no se tropieza uno con más de tres o cuatro personas al pie de una escalera y en los vestíbulos. Esta sencillez orgánica no tiene nada de común con la sencillez aparatosa de algún monarca escandinavo que se digna salir a pie por las calles, o de un Hitler que hace pregonar a sus propagandistas que no fuma ni bebe vino. Stalin se acuesta por lo regular a las cuatro de la mañana. No tiene treinta y dos secretarios, como Lloyd George: sólo tiene uno, el camarada Proskrobitchev. No firma lo que escriben otros. Se le facilita el material y él lo hace todo. Todo pasa por sus manos. Y esto no impide que conteste o haga contestar todas las cartas que recibe. Cuando se le encuentra se muestra cordial, familiar. Su «franca cordialidad», dice Serafima Gopner; «su bondad», «su delicadeza», dice Bárbara Djaparidzé, que ha luchado a su lado en Georgia; «su jovialidad», dice Orajelachvilí. Se ríe como un niño.

En la ceremonia con que terminó el jubileo de Gorki, en la Gran Ópera de Moscú, algunos de los personajes se reunieron en los entreactos en los salones situados detrás de un palco perteneciente antaño al emperador o algún gran duque. Y allí armaban un alboroto infernal. Todos se reían a mandíbula batiente. Estaban allí Stalin, Ordyonikidzé, Rykov, Bubnov, Molotov, Vorochilov, Kaganovitch y Piatniski. Referían anécdotas de la guerra civil, evocaban sucedidos pintorescos: «¿Te acuerdas de cuando te caíste del caballo?...» «¡Ya lo creo! ¡No sé lo que le pasaría a aquel maldito animal!...» Y brotaba una carcajada homérica, una jovialidad enérgica, un trueno juvenil que hacía vibrar los artesonados zaristas de los saloncillos, breve y fresco desahogo de los grandes haladores de la reconstrucción.

También Lenin se reía con todas sus fuerzas.

«No he conocido a un hombre -dice Gorki- cuya risa fuera tan contagiosa como la de Vladimiro Ilitch. Hasta resultaba extraño que un realista tan austero, un hombre que con tal claridad veía y tan profundamente sentía la inminencia de las grandes tragedias sociales, un hombre inquebrantable en su odio por el mundo capitalista, pudiera reir así, hasta verter lágrimas, hasta perder la respiración». Y Gorki concluye: «Hace falta una enorme, una sólida salud moral, para poder reir de este modo».

El que ríe como un niño ama a los niños. Stalin tiene tres: el mayor, Jascheka, y dos más pequeños, Vassili, de catorce años, y Svietlana, de ocho. Su mujer, Nadejda Aldiluieva, ha muerto el año pasado: su forma terrestre ya no es más que una bella efigie noblemente plebeya y un hermoso brazo de mármol blanco destacándose de una gran estela en el cementerio de Novo Devitchi. Stalin ha adoptado casi a Artiom Serguiev, cuyo padre pereció en un accidente en 1921. Ha mostrado una solicitud paternal por las dos hijas de Dyaparidzé, fusilado por los ingleses en Bakú. ¡Y por cuántos otros! Aún creo presenciar la satisfacción de Arnold Kaplan y de Boris Goldstein, dos pequeños prodigios del piano y del violín, cuando me contaban cómo les había recibido Stalin después de su triunfo en el

Conservatorio, e incluso les había dado tres mil rublos a cada uno, diciéndoles: «Ahora que sois capitalistas, ¿me saludaréis en la calle?»

En torno a la risa de Lenin y Stalin, y por así decir en la misma categoría de fenómenos, hay que situar su ironía. De ella hacen un abundante uso a la menor ocasión. Stalin da con gusto a la expresión de su pensamiento una forma divertida o satírica.

Damian Biedny nos cuenta una preciosa historia: «En vísperas de las jornadas de julio de 1917 nos encontrábamos los dos, Stalin y yo, en la redacción de la Pravda. Teléfono. Los marinos de Cronstadt le preguntan a Stalin: '¿Hay que ir a la manifestación con fusil o sin él?' ¿Qué les contestará por teléfono?, me dije yo muy atento. 'Eso de los fusiles es cosa vuestra, camaradas. Nosotros, los escritores, llevamos siempre el lápiz encima'. Naturalmente -concluye Biedny- todos los marinos acudieron a la manifestación con sus 'lápices'».

Por lo demás, también sabe ser discreto. Cuando Emil Ludwig exclama, a propósito de una respuesta suya: «¡No se imagina usted cuánta razón tiene!», responde gentilmente: «¡Quién sabe! ¡Puede que me lo imagine un poco!» En cambio, cuando el mismo escritor le pregunta: «¿Cree usted que puede comparársele con Pedro el Grande?», contesta sin ironía: «Las comparaciones históricas son siempre arriesgadas. Esta es absurda». No aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen de soltar la carcajada.

Lo que resalta siempre en él es este propósito: no intentar brillar, no hacerse valer.

Stalin ha escrito libros importantes y en gran número. Algunos de ellos tienen un valor clásico en la literatura marxista. Pero si se le pregunta lo que es, responde: «Yo no soy más que un discípulo de Lenin, y toda mi ambición es ser un discípulo fiel». Resulta curioso observar cómo al exponer el trabajo realizado bajo su dirección, Stalin atribuye sistemáticamente a Lenin el mérito de todos los progresos conseguidos, siendo así que él mismo tiene en ellos una gran participación y que por lo demás no se puede realizar el leninismo sin ser uno mismo un creador. En este caso la palabra «discípulo» enaltece, pero estos hombres no la emplean sino para reducir su papel individual y fundirse en el conjunto. Esto no supone sujeción, sino fraternidad. Se piensa en la hermosa y lapidaria frase de Séneca el Filósofo: Deo non pareo sed assentior («No obedezco a Dios, pienso igual que él»).

Si se tarda en comprender a estas gentes no será por lo que tengan de complejas, sino más bien por su misma sencillez. Se ve muy claramente que no es la vanidad personal ni el contenido que pueda darse a su nombre lo que impulsa a ese hombre hacia adelante y le sostiene de pie en la brecha. Es la fe. En este gran país en el que los sabios se dedican a resucitar de verdad a los muertos y salvan a los vivos con la sangre de los cadáveres, en el que se cura a los criminales, en el que las religiones brumosas y tópicas son disipadas en el espacio por la brisa saludable, la fe brota de la misma tierra como los bosques y las cosechas. Es la fe en la justicia inmanente de la lógica. Es la fe en el saber, expresada tan profundamente por Lenin al contestar a quien le hablaba del cobarde atentado de que acababa de ser víctima y que abrevió sus días: «¿Qué quiere usted? ¡Cada cual se conduce como sabe!» Es la fe en el orden socialista y en la muchedumbre que le encarna, en el trabajo, en lo que Stetski llama el crecimiento tempestuoso de las fuerzas productoras: «El trabajo -dice Stalin- es una cuestión de dignidad, de heroísmo y de gloria». Es la fe en el Código del trabajo, en la ley comunista y en su paroxismo de honradez. «Nosotros creemos en nuestro Partido -decía Lenin-. Vemos en él el espíritu, el honor y la confianza de nuestra época». «No pertenece a este Partido el

que quiere -dice Stalin-. No todos pueden afrontar sus esfuerzos y sus penalidades».

Si Stalin tiene fe en las masas, lo mismo puede afirmarse en sentido inverso. La Rusia Nueva siente un verdadero culto por Stalin; pero un culto hecho de confianza y nacido por entero desde abajo. El hombre cuya silueta se destaca en los carteles rojos entre las de Lenin y Carlos Marx es el que se interesa por todo y por todos, el que ha hecho lo que es y hará lo que será. Ha salvado. Y salvará.

No ignoramos que, según ha dicho el propio Stalin, «han pasado los tiempos en que los grandes hombres eran los principales creadores de la historia»; pero si bien hay que negar el papel exclusivo ejercido sobre los acontecimientos por el «héroe», tal como lo presenta Carlyle, no se puede discutir su papel relativo. También en este caso cabe pensar que lo que es idéntico se obedece. El gran hombre es aquel que, previendo el curso de las cosas, se le adelanta en vez de seguirlo y actúa preventivamente contra algo o en favor de algo. El héroe no inventa la tierra desconocida, pero la descubre. Sabe suscitar los vastos movimientos de masas -que son, sin embargo, espontáneos-: hasta tal punto conoce sus causas. La dialéctica, bien aplicada, extrae del hombre lo que contiene e igualmente de un acontecimiento. En todas las grandes circunstancias hace falta un gran hombre que sirva de máquina centralizadora. Lenin y Stalin no han creado la historia, pero la han racionalizado. Han acercado el porvenir.

Estamos hechos para hacer producir en la tierra al espíritu humano el mayor progreso posible, porque en definitiva de eso somos depositarios por encima de todo, del espíritu. La lealtad de nuestro paso por la Tierra consiste en evitar la tentativa imposible, pero llegar tan lejos como alcancen las fuerzas en la realización práctica. No hay que hacer creer a los hombres que se va a impedir la muerte. Hay que querer que vivan plena y dignamente. No hay que lanzarse en cuerpo y alma sobre los males incurables, inherentes a la naturaleza humana, sino sobre los males curables, que son de orden social. No es posible elevarse por encima de la Tierra sino sirviéndose de medios terrestres.

Cuando se pasa de noche por la plaza Roja, entre esta vasta decoración que parece desdoblarse -lo que es de ahora, es decir, de la nación de numerosas criaturas del Globo, y lo que es de antes de 1917 (lo que es antediluviano)- parece que el que yace en la tumba central de la plaza nocturna y desierta es el único que no duerme en el mundo y que vela por lo que irradia todo en torno suyo, ciudades y campos. Él es el verdadero guía, el que hacía reír a los obreros al demostrarles hasta qué punto era a la vez maestro y camarada. Es el hermano paternal que ha cuidado realmente de todos. Aunque no le hayáis conocido él os conocía de antemano y se ocupaba de vosotros. Quienquiera que seáis, tenéis necesidad de este bienhechor.

Quienquiera que seáis, sabed que la mejor parte de vuestro destino está en manos de este otro hombre que vela también por todos y que trabaja; del hombre de cabeza de sabio, rostro de obrero y traje de soldado.